A watercolor illustration of a pond. The background is a mix of dark teal and green, representing water. Large, dark green lotus leaves with prominent veins are scattered throughout. In the lower right, a large, fully bloomed lotus flower with white petals and pinkish-red tips is in full bloom, showing a yellow center with blue stamens. To its left, a smaller lotus flower is in the process of blooming. The overall style is soft and artistic, with visible brushstrokes and a rich color palette.

NADEEM ASLAM

**El jardín del
hombre ciego**

LITERATURA RANDOM HOUSE

El jardín del hombre ciego

NADEEM ASLAM

Traducción de
Roberto Falcó Miramontes



www.megustaleerebooks.com

Índice

El jardín del hombre ciego

I. Notas a pie de página de la derrota

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

II. El jardín del hombre ciego

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

III. Hijos iguales

Capítulo 36

Capítulo 37

IV. Isaías

Capítulo 38

Agradecimientos

Biografía

Créditos

Acerca de Random House Mondadori

Para Sadia y Nasir

I

NOTAS A PIE DE PÁGINA DE LA DERROTA

Pero, ante todo, la negra sangre caída a tierra de una sola vez con la muerte de un hombre, ¿quién podrá volver a llamarla a la vida mediante ensalmos?

ESQUILO

1

La historia es el tercer padre.

Mientras Rohan camina por el jardín, poco después del anochecer, le viene a la cabeza un recuerdo de la infancia de su hijo Jeo, un recuerdo que le hace reducir el paso hasta que, al final, se detiene. Frente a él las velas arden en distintos lugares de la casa porque no hay electricidad. Se dice que en ciertas circunstancias las heridas emiten luz, si se tocan el brillo se transmite a las manos, y mientras las velas arden Rohan piensa que cada llama es una herida que ha sufrido su casa.

Una noche, Jeo puso un gesto de preocupación cuando su padre le contaba un cuento. Rohan dejó de hablar, se acercó hasta él y lo cogió en brazos, sintiendo los temblores del pequeño cuerpo. Cuando llegaba el anochecer, el niño intentaba convencerse a sí mismo de que el mundo seguiría existiendo cuando cayera dormido, que lograría salir a la luz al otro lado. Pero esa noche era distinta. Al cabo de unos minutos le confesó a su padre que la angustia se debía a la aparición del malo del cuento. Rohan soltó una pequeña risa.

–Pero ¿alguna vez has oído un cuento en el que el malo acabe ganando? – preguntó el padre.

El niño meditó la respuesta.

–No –dijo al final–, pero antes de perder hacen daño a los buenos. Eso es lo que me da miedo.

Rohan mira por la ventana y sus ojos se posan en el árbol que plantó su mujer. Hace veinte años que murió, cuatro días después de dar a luz a Jeo. El aroma de las flores del árbol puede detener una conversación. Rohan no conoce una fuente más pura de melancolía. El viento frío agita el árbol, un puñado de hojas de una rama pequeña, de esas que un soldado podría arrancar antes de la batalla y ponérselas en el casco a modo de camuflaje.

Mira hacia el reloj. Dentro de unas horas Jeo y él partirán en un largo viaje y tomarán el tren nocturno a la ciudad de Peshawar. Es octubre. Estados Unidos sufrió los atentados el mes pasado, un día en el que el fuego azotó sus ciudades. Y como consecuencia de ello, los ejércitos occidentales han invadido Afganistán. «La batalla del World Trade Center y el Pentágono» es el nombre que han dado algunos aquí, en Pakistán, a los ataques terroristas de septiembre. Son los mismos que se aferran a la lógica de que no hay gente inocente en una nación culpable. Y, de un modo parecido, al cabo de unas semanas son los edificios, los huertos y las colinas de Afganistán los que son arrasados por las bombas y los morteros. Los heridos son trasladados a Peshawar y Jeo quiere acercarse al límite de la ciudad para ayudar a atenderlos. Padre e hijo llegarán allí al amanecer, después de un viaje de diez horas que durará toda la noche.

En el cristal de la ventana se refleja el rostro de Rohan: el castaño intenso de los iris, la barba descolorida queda realzada por el leve resplandor de la vela. Su cara deja constancia del peso del tiempo en el alma.

El anciano sale al jardín, donde los primeros haces de la luz de la luna caen

sobre las hojas y la enramada. Saca una linterna de un hueco. Levanta la linterna bajo el árbol de algodón de seda y alza la vista a la inmensa copa. Los árboles más altos del jardín son diez veces más altos que un hombre y ni siquiera con el brazo estirado Rohan es capaz de lograr que la luz alcance más allá de las hojas más próximas. No puede ver ninguna de las trampas para pájaros: el entramado de fino alambre oculto entre el follaje, nudos que cobrarán vida y se tensarán lo suficiente para retener un ala o un cuello en delicada e inofensiva cautividad.

O eso afirmó el desconocido. El hombre había aparecido en casa a última hora de la mañana y pidió permiso para poner las trampas. Llevaba una jaula grande y rectangular sujeta en la parte posterior de su bicicleta oxidada. Le explicó que recorría la ciudad con la jaula llena de pájaros y la gente le pagaba para que soltara uno o más, y ese acto de compasión permitía que el cliente obtuviera el perdón por alguno de sus pecados.

—Me conocen como «el perdonador de pájaros» —dijo—. El pájaro liberado reza una plegaria en nombre de aquel que ha comprado su libertad. Y Dios nunca hace caso omiso de las plegarias de los débiles.

Rohan observó para sí mismo que la jaula era tan grande que en su interior cabía un hombre.

La idea del desconocido le resultó muy complicada, su razonamiento tenía defectos. Si un pájaro reza una plegaria por la persona que ha comprado su libertad, ¿por qué no pedía el castigo de aquel que lo había cazado y enjaulado? ¿Y el de aquel que lo había permitido? Al final decidió reflexionar sobre la cuestión y le pidió al hombre que regresara más tarde, pero cuando se despertó de la siesta descubrió que el perdonador de pájaros había tomado su anodina conversación por un acuerdo. Mientras Rohan dormía, entró de nuevo en la casa, le aseguró a Jeo que contaba con el permiso de su padre y puso varias trampas.

—Me ha dicho que volverá mañana temprano a buscar los pájaros —dijo Jeo.

Rohan alza la vista hacia los árboles de grandes ramas mientras se desplaza por el jardín, bajo las miles de hojas durmientes que rodean su casa. De vez en cuando se levanta una ráfaga de viento, pero por lo demás reina la calma, un silencio perfecto en el aire nocturno. Está seguro de que muchas de las trampas ya se han activado y tan solo puede imaginar el miedo y el sufrimiento de los pájaros capturados, que revolotean y cantan sus delicadas melodías en las ramas durante todo el día, como si sus perfiles y manchas estuvieran dibujados con una pluma más fina que todo lo que los rodea, con un trazo más preciso y nítido. Ahora casi percibe los ojos, que se extinguen de dos en dos.

Cuanto mayor sea el pecado, más raro y más caro es el pájaro que se necesita para borrarlo. ¿Es así como gestiona su negocio el perdonador de pájaros? Un gorrión por un pequeño engaño, pero un papamoscas del paraíso y un monal colirrojo por albergar alguna duda sobre Su existencia.

Posa la mano en la corteza del árbol, como si quisiera transmitir paciencia y ánimos a las criaturas. Fue el fundador y director de una escuela, y el afecto que siente por este árbol se debe a sus vínculos con la educación, ya que desde la antigüedad se han hecho tablillas para escribir con su madera, un uso reflejado en su nombre en latín: *Alstonia scholaris*.

Con la linterna en la mano echa a caminar en dirección a la casa que se encuentra en el mismo centro del jardín. Antes de construirla había visitado las ciudades de La Meca, Bagdad, Córdoba, El Cairo, Nueva Delhi y Estambul, los seis lugares del antiguo esplendor y posibilidad del islam. De cada una trajo un puñado de tierra que esparció por el aire en un arco, observando mientras la creencia, la virtud, la verdad y el juicio se escurrían entre los dedos y caían suavemente al suelo. La línea purificadora, en forma de luna creciente o guadaña, se encontraba donde había puesto los cimientos.

En el siglo XIX, el bisabuelo de Rohan había criado caballos en esta extensión de tierra, y sus animales se habían granjeado una gran fama por su

cuerpo fibroso, su agilidad y su fuerza, por su capacidad para recorrer terrenos pedregosos sin herraduras. En el transcurso del motín que se desató contra los británicos en julio de 1857 un grupo de hombres fueron a ver al criador de caballos el día del eclipse, y en los diecisiete minutos de penumbra los amotinados hablaron sobre causa y nación, apuntando con estas palabras a modo de flechas contra el poderío armado del Imperio. A la sazón, Gran Bretaña era la potencia suprema del planeta y el destino del mundo pendía de un hilo. Los amotinados necesitaban su ayuda, pero el criador les dijo que no podía darles ningún caballo. Había enviado al trotón de Norfolk y a los sementales árabes, a las yeguas de Dhanni, Tallagang y Kathiawar a un lugar apartado para que se salvaran de la fiebre ludhiana que azotaba la zona.

Cuando los rebeldes se dieron la vuelta con la intención de irse, la tierra se abrió lentamente ante ellos, apareció una grieta que creció y se convirtió en una fisura en forma de estrella. Una pequeña esfera de cristal negrísimo se materializó en el centro de la estrella. Entonces se dieron cuenta de que era un ojo, una mirada antigua centrada en ellos y que atravesaba la tierra. Un fantasma. Una quimera. Al cabo de un instante la cabeza del caballo había emergido del suelo, el enorme cuello musculoso dio una embestida e hizo volar la tierra por el aire que el eclipse había sumido en la oscuridad. Los cascos encontraron el punto de apoyo necesario y salió a la luz el resto del animal entre resoplidos, la imponente caja torácica y la grupa enorme y poderosa. Carne desgarrada del planeta vivo.

La tierra explotó. Una docena de caballos, luego casi dos, y sus relinchos preñaron el aire después de todas las horas pasadas a oscuras. Una erupción de almas furiosas surgida de las profundidades. La tierra levantada y los chillidos de las mandíbulas liberadas y el pánico de los hombres en la oscuridad en pleno día.

El día anterior, el bisabuelo de Rohan recibió el aviso de que los amotinados perseguidos por los británicos intentarían apropiarse de sus

animales. Durante varias horas, sus nueve hijos y él habían preparado un abrevadero más profundo que su semental más alto y luego habían introducido a los veinticinco caballos en su interior; sus pelajes negros, blancos, tobianos y ruanos resplandecieron bajo los rayos oblicuos del sol crepuscular.

Los caballos gozaban de la estima de sus amos y confiaron en ellos cuando les vendaron los ojos y los condujeron al foso, pero aun así reaccionaron encabritados cuando los hombres empezaron a enterrarlos, e hicieron repicar los cascos a medida que subía el nivel de tierra. Franjas de espuma blanca y salada recorrían el cuerpo de los equinos y los hombres les susurraban las frases o palabras que sabían que les gustaban para tranquilizarlos, si tal cosa era posible. Aun así siguieron adelante con el plan a un ritmo constante y con determinación durante toda la noche mientras las estrellas aparecían sobre ellos como un bosque de cristal, y tampoco se detuvieron más tarde cuando se desató una tormenta que alteró el paisaje con sus rayos, como si se estuviera librando una guerra y se hubiera desatado una rebelión también en el cielo, porque no iban a permitir que ni uno de los caballos cayera en manos de los amotinados; el bisabuelo de Rohan consideraba que habían tomado una decisión errónea y se mantenía fiel a los británicos.

Cuando solo se veían los cuellos de los caballos, los hombres saltaron dentro de la trinchera y apisonaron la tierra con los pies, corriendo entre las veinticinco cabezas que sobresalían del suelo mientras fogonazos de fuego azul descendían del cielo surcado de relámpagos y se reflejaban en las crines de los caballos y en las barbas y el pelo de los hombres.

Alá le dijo al viento del sur «¡Transfórmate en carne!», y así se creó el caballo árabe.

Al final la clemencia se apoderó de sus corazones; los diez hombres bajaron al hoyo y taparon la cabeza de los animales con un cesto del revés, una capucha de fibras vegetales, juncos y hojas de palma entretejidas, y se

aseguraron de no cubrir los cestos por completo, dejando un hueco del tamaño del pulgar para que entrara aire. Solo se oía el sonido amortiguado de los cascos al repicar en la tierra cuando una línea roja brillante surcó el horizonte detrás de los hombres, que esperaron la llegada de los amotinados, conscientes de pronto de su peso en el suelo.

Los insectos se sienten atraídos por la linterna que Rohan sostiene en la mano cuando regresa a casa, unas polillas que parecen las virutas de madera de un sacapuntas, unas polillas tan grandes y con una pigmentación tan llamativa que pueden confundirse con mariposas.

Frente a él, en el camino, hay una pluma negra que se le ha caído a uno de los pájaros atrapados en las trampas.

Al final el motín fue sofocado, se puso fin a mil años de mandato islámico en la India y Gran Bretaña conquistó el poder. Un territorio musulmán pasó a manos de no creyentes y los antepasados de Rohan desempeñaron un papel fundamental en ello.

Esta era la mácula de más de un siglo de antigüedad que Rohan había intentado limpiar esparciendo las tierras de las seis ciudades amadas de Alá. La Meca. Bagdad. Córdoba. El Cairo. Nueva Delhi. Estambul. Las esparció siguiendo la forma de la trinchera en la que fueron enterrados los caballos, la grieta de la que resucitaron ellos mismos.

El muro que delimita la casa está cubierto de jazmín, la flor nacional de Pakistán. Jeo camina a lo largo de él y entra en la sala que había hecho las veces del estudio de su madre. Deja la vela encendida en el escritorio, cuya superficie está cubierta de manchas de tinta de su pluma. No han cambiado la hoja del calendario desde su muerte, el mes que nació él.

Abre un gran libro de mapas; las páginas y su propio aliento, los únicos sonidos de la habitación. Ha mentido sobre el viaje a Peshawar. Desearía estar donde más lo necesitan, lo más cerca posible de la carnicería de esta guerra, y ha realizado en secreto todos los preparativos necesarios para cruzar la frontera con Afganistán por Peshawar.

Se inclina sobre los mapas bajo la cálida luz de la estancia, observa la geografía de la Provincia de la Frontera Noroccidental, el lugar adonde viajará esta noche con su padre. Sus ojos se desplazan de un lugar a otro. Allí se encuentra la cadena montañosa llamada Pir Sar que Alejandro sitió en el 326 a.C.; un reducto tan formidable que se dice que resultó inexpugnable incluso para el propio Heracles, hijo de Zeus. Y en 1221, Gengis Khan persiguió al último príncipe musulmán del Asia Central hasta ese lugar al sur de Peshawar. Y allí se encuentra Pushkalavati, que fue un destino habitual de peregrinos chinos durante los siglos V, VI y VII porque fue donde Buda entregó sus ojos a modo de ofrenda.

El hecho de que vaya a cruzar la frontera de Afganistán es un secreto no solo para su padre. Jeo no ha revelado sus intenciones a la que es su mujer desde hace doce meses, ni a su hermana ni a su cuñado, ya que ha querido

ahorrarles un miedo innecesario. Rohan lo acompañará esta noche a Peshawar y regresará a casa pasado mañana, cuando Jeo ya esté en Afganistán.

De niño se quedaba dormido escuchando las historias que le contaba su padre y soñaba con los mártires. Veía cómo sus almas se desprendían de los cuerpos ayudadas sutilmente por ángeles y otros seres alados, el sol y las nubes rojas y los pájaros parecían manchados de sangre cuando alzaban el vuelo. Y en el sueño sabía que se habían enfrentado a una voluntad aterradora y a una fuerza aterradora, ninguna de las dos forjadas por la guerra sino reveladas por ella, puestas en sus almas mucho antes de nacer, y cuando dormía Jeo sabía que estaban todos con él, que eran los hombres que él era antes de ser este hombre, los miles de fantasmas que se remontaban varias generaciones y mientras dormía le confiaban cuestiones no solo de la vida y la muerte, sino también de la muerte y la vida *eternas*.

Con gran cuidado arranca varios mapas del libro, y bajo la luz de la habitación las montañas y cordilleras y los desfiladeros de roca que se ramifican hasta el infinito aparecen como si las páginas estuvieran arrugadas, y se apodera de él el deseo momentáneo de alisarlas. Bombas guiadas por láser caen en las páginas que tiene en las manos, misiles lanzados desde el mar Arábigo, desde buques de guerra estadounidenses que son tan largos como el Empire State de alto.

Sale de la habitación y cruza el jardín con movimientos ágiles que lanzan sombras en todas las direcciones cuando roza las hojas, sin dejar de mirar hacia arriba. Cuando un pájaro queda atrapado en el primer nudo, una serie de mecanismos se activan al instante para inmovilizarlo por completo e impedir que se haga daño a sí mismo.

En la galería guarda el mapa en la bolsa de viaje. Hay luz en la ventana de la habitación que comparte con su mujer, Naheed, y ve que su sombra se desliza por la pared. La luz es ámbar como el color de sus ojos y su mente

evoca el Niágara oscuro de su melena y el peso de la mano de su mujer sobre su pecho durante la noche. El deseo lo invade de nuevo, un deseo por tenerla a su lado, consciente de que no volverá a verla durante un tiempo. Cruza el pasillo oscuro, entra en la habitación y Naheed se vuelve hacia él.

Mikal lo acompañará a Afganistán. Se encontraron de manera fortuita la semana pasada, cuando Jeo salía de casa con la motocicleta y se dirigía hacia el otro extremo de la ciudad, por la Gran Carretera Principal. Una vez allí se presentó formalmente en el cuartel general de la organización que envía a hombres a Afganistán. Necesitan médicos y, aunque Jeo está cursando el tercer año de medicina, lejos aún de haber completado su educación, se mostraron encantados de aceptar su ayuda. Se trata de una organización benéfica e incluye una madraza que se encarga de la alfabetización de los niños de familias pobres –veinte aulas, todas llenas de voces que rebosan un murmullo de advertencia y cánticos de alabanza, como una colmena–, y estaba a punto de salir cuando, en una puerta cercana, vio asomarse a alguien cuyo rostro lucía una mirada de aislamiento inquebrantable.

–Mikal.

Si el amor era el resultado de entrever un fugaz atisbo de la soledad del otro, entonces él amaba a Mikal desde que ambos tenían diez años.

Mikal alzó la mirada, Jeo se acercó hasta él y se abrazaron.

–¿Qué haces aquí? –preguntó Jeo cuando se separaron.

Mikal lo abrazó de nuevo.

–Iba a entregar unas armas que les he reparado –dijo al final, imprimiendo, como siempre, una gran solemnidad a sus palabras, con un leve movimiento de las cejas, que se unían en el centro–. Trabajo en una armería.

A su alrededor la madraza era un bullicio de voces de niños que, ajenos a las privaciones de la vida, rezaban como comían, con un hambre voraz.

Jeo no dudó en hablarle de Afganistán a su amigo, a quien casi consideraba su hermano. Era un amor fraternal en su máxima expresión, pero no en

sentido literal. Mikal tenía diez años cuando su hermano mayor y él fueron a vivir a la casa de Jeo. Mikal llegó con un libro de constelaciones bajo un brazo, sus grandes páginas llenas de héroes y animales atrapados en redes tachonadas de diamantes. Del cachorro que llevaba en el otro brazo habría de deshacerse al cabo de dos meses, cuando se dieron cuenta de que era un lobo. Los dos tenían la misma edad y no tardaron en hacerse inseparables; Jeo sentía auténtica veneración por Mikal, que siempre se mostraba alerta y se manejaba de forma muy contenida y con una gracia que moldeaba todos sus movimientos, a pesar de que esta se veía interrumpida durante breves períodos, cuando alguien lo hacía enfurecer y decidía desaparecer.

–¿Vas a ir a Afganistán? –preguntó Mikal cuando Jeo acabó de hablar.

–Solo un mes. Más adelante quizá vaya más tiempo.

–¿Y tus estudios?

–Ya me pondré al día.

Cuando Jeo tenía doce años, Rohan lo llevó a que presenciara su primera intervención quirúrgica, y a los trece ya sabía algunas de las cosas que le enseñaron en el primer año en la facultad de Medicina.

Jeo se ofrece a llevar a Mikal a la armería y tienen que sortear el denso tráfico de la ciudad.

–Aún no me has contado por qué desapareciste del mapa el año pasado –le dice a Mikal sin volver la cabeza–. Te perdiste mi boda. Y desde entonces solo nos has hecho una breve visita. Me pregunto si recuerdas siquiera el nombre de mi mujer.

–No sabía que ibas a casarte –dijo Mikal.

Los padres de Mikal habían sido comunistas. A su padre lo detuvieron cuando él nació y no volvieron a verlo. Fue la muerte de la madre, al cabo de una década, lo que llevó a Rohan a adoptarlo a él y a su hermano. La gente que lo estaba pasando mal iba a ver a Mikal y le pedían que rezara una

oración por ellos porque, según se decía, los huérfanos pertenecían a ese grupo de seres a los que Alá siempre tomaba en cuenta.

En la armería había una pared cubierta por seis hileras de AK-47. Si hubieran sido verdaderos, los fusiles habrían costado unas ochenta mil rupias cada uno, pero estos eran réplicas, por lo que su precio se reducía a una cuarta parte. El día después de que Occidente invadiera Afganistán, ofrecieron un «descuento devoto» para aquellos que desearan comprar el arma para ir a la yihad. También había reproducciones de armas más antiguas, de fusiles que se podían encontrar en las armerías de la Torre de Londres, pistolas chinas del calibre 30, Ballester-Molinas argentinas. En la pared había una gran fotografía de una bandada de águilas adiestradas para luchar en guerras humanas, con las alas extendidas en un ángulo muy abierto, como atriles vivos; un sueño de la tierra del pasado.

El propietario le dio una serie de instrucciones a Mikal sobre las diversas reparaciones que debía llevar a cabo y luego se marchó para responder a la llamada del muecín. El gatillo de una escopeta estaba encasquillado y el dueño de un revólver quería que hiciera más ruido al dispararlo. Mikal abrió la recámara de la escopeta con un gesto rápido del antebrazo y extrajo el cañón.

–Conque Afganistán –dijo.

–Eres la única persona a quien se lo he contado.

–¿Y si te sucediera algo?

–¿Vendrás a casa antes de que me vaya?

Los vínculos entre ellos se habían reforzado, ya que la hermana de Jeo estaba casada con el hermano de Mikal.

–Jeo, podría pasarte algo. Podrían matarte, o podrías perder la cordura, una extremidad o los ojos.

–¿Y si todo el mundo empezara a pensar como tú?

Mikal lo miró fijamente, pero al final se centró en su trabajo. Jeo se dio

cuenta de que la meticulosa mente de su amigo estaba absorta en la tarea que tenía entre manos. Mikal disfrutaba desentrañando los secretos de todo aquello que tuviera que ver con la mecánica. En una ocasión estuvo a punto de robar un helicóptero. «No deberían haber dejado las llaves puestas –dijo–. Pero cambié de opinión cuando vi el número de marchas.» Con catorce años ya había conducido un bulldozer, varios coches y un barco.

–Antes hacías juguetes –dijo Jeo.

Mikal se inclinó hacia atrás y, sin mirar, abrió el armario que tenía detrás y sacó un pequeño camión de cuerda. Hizo girar la llave varias veces y lo dejó sobre el mostrador de cristal. Jeo situó la mano junto al borde para que el camión no cayera al suelo.

–Quédatelo. Es tuyo. –Mikal deslizó la llave sobre el mostrador para dársela–. ¿Y si te dijera que estoy dispuesto a ir contigo?

–No necesito que nadie cuide de mí.

Mikal había abierto el cargador del revólver con el pulgar y estaba en posición de semiamartillado, pero entonces hizo una pausa y alzó la mirada.

–No me refería a eso.

Hizo girar el cilindro y sacó la bala de la cámara con la varilla extractora.

Encendió un Gold Flake.

–Fumo cinco al día. Mis cinco oraciones –dijo con una sonrisa.

Jeo se sintió obligado a sonreír.

–Irás al infierno. ¿Hablabas en serio cuando has dicho que me acompañarías? –preguntó.

–Sí. Iré a verlos esta tarde y les daré mi nombre.

–¿Qué harás allí?

–Me dedicaré al traslado de heridos del campo de batalla. –Y un momento después, sin mirarlo, añadió–: Y recuerdo su nombre, Jeo. Su nombre y el hecho de que descende del Profeta.

Naheed aparta el brazo de Jeo de su cintura. Su marido se irá con Rohan para tomar el tren con destino a Peshawar dentro de menos de dos horas, pero de momento tiene los ojos cerrados y duerme profundamente. Ella se abotona el cuello de la túnica y se aleja de la cama cuando nota un pequeño tirón y mira hacia atrás. Jeo está tumbado sobre su velo. Naheed retrocede bajo la luz de las velas y ve que su marido se ha atado una esquina del velo al dedo índice de la mano derecha. Ella deshace el nudo y su brazalete de cristal tintinea cuando le da una palmada en el hombro desnudo. Él sonríe sin abrir los ojos y se le forman sendos hoyuelos de dos centímetros en las mejillas. Un día la dejó atónita cuando le dijo: «Me gustaría que fueras lo último que viera al morir».

Naheed mira por la ventana, más allá de la rama de palisandro de la que todos los años cuelgan una oveja para destriparla y despellejarla pocos minutos después de sus últimos minutos de conciencia, a fin de conmemorar el sacrificio de Abraham. Unos días antes compran una cabra adulta, pero en condiciones ideales debería ser un cordero criado con cariño, y luego sacrificado.

Se vuelve y ve que su marido está mirándola. Apoyado en un hombro, coge el camión de juguete del montón de libros que tiene en la mesita de noche. El camión avanza hacia ella entre la ropa que él había tirado antes al suelo, pasa de largo y enseguida se pierde de vista bajo el sillón, donde el sonido de sus engranajes de lata cesa de repente al chocar con la pared.

–Me lo ha dado Mikal –dice, tumbándose de nuevo.

Naheed recoge la ropa de él y la deja a los pies de la cama. Ella misma le había hecho la camisa, con gran secretismo, sin revelarles a nadie cómo es posible que no se vea ni una costura ni una puntada.

Coge una lámpara de una repisa del pasillo y sale a la fría oscuridad. Alza la mirada a los árboles. Cuando Rohan y Jeo partan hacia Peshawar esta noche, ella se irá a casa de su madre, que se encuentra a pocas calles de allí,

pero regresará a primera hora de la mañana para esperar al perdonador de pájaros. Rohan ha dado instrucciones de que se libere a todos los pájaros cautivos. «Y quiero que quite las trampas. No recuerdo haberle dado permiso.» Naheed levanta el brazo y la luz de la lámpara se descompone en destellos al reflejarse en los alambres que hay sobre ella.

Se pregunta dónde se encuentra Mikal en este momento. En algunos aspectos, el dolor por la pérdida y la desaparición es peor que el dolor por los muertos, y en ocasiones, solo durante una fracción de segundo, su intensidad la lleva a acariciar el deseo de que Mikal dejara de existir para que ella no tuviera que preguntarse si volverá a verlo.

–Vayámonos –le había dicho Mikal una semana antes de que se casara con Jeo, y señaló hacia la noche–. Desaparezcamos y perdámonos donde sea.

La propuesta la dejó boquiabierta, pero aceptó, presa de una súbita y feroz determinación.

Sin embargo, él no se presentó a la hora acordada.

Naheed recorre uno de los varios caminos rojos que hay en el jardín.

La casa en forma de media luna era el edificio original de Espiritu Ardiente, la escuela que habían fundado Rohan y su mujer Sofía. Cuando el número de alumnos aumentó demasiado, construyeron un nuevo edificio al otro lado del río que discurre detrás de la casa. Y así, la escuela antigua se convirtió en el hogar de Rohan y Sofía.

Varias décadas antes, cuando concibieron la idea de Espiritu Ardiente, Rohan había usado cerillas para explicarle la disposición a su mujer.

Está dividida en seis pares de habitaciones, dispuestas en una elegante curva y unidas por un pasillo con una mampara. Cada par de habitaciones lleva el nombre de uno de los seis centros del pretérito esplendor del islam.

La casa de La Meca se encuentra situada entre palmeras de dátiles árabes que dejan caer sus frutos sobre el tejado durante el verano, unos dátiles que tienen el sabor del cuero dulce y suave. Junto a la entrada hay una placa con

el nombre grabado, y en ella puede leerse: «Con el fin de establecer la dirección correcta de La Meca, los musulmanes adquirieron un gran interés por la geometría y las matemáticas, y acabaron inventando la trigonometría». Aquellas palabras debían servir de recordatorio de su legado a los niños, el vasto legado del islam de conocimiento y logro.

La caligrafía corresponde a Sofía y su elegancia hace que el lector sea consciente, y que incluso se sienta responsable, del alma de la calígrafa.

La casa de Bagdad está cubierta por una cortina de rosas que se aferra a los muros gracias a sus estilizados zarcillos, mientras los pétalos marchitos reposan sobre las baldosas para recuperar la luz prestada a la noche. A los niños les enseñaban que en Bagdad ya existía una «Casa de la Sabiduría» en el año 830.

En torno a la casa de Córdoba crecen los claveles y los almendros españoles. Según la tablilla que hay en el exterior, el clavel fue la flor que el rey de los genios ofreció a Salomón para que se la entregara a la reina de Saba, que se la puso en el pelo. La tablilla da testimonio de que los musulmanes de España habían fabricado el primer papel de Europa alrededor de 1150, y también de que en 1221 Federico II, emperador del Sacro Imperio Romano, había declarado inválidos todos los documentos oficiales escritos en papel ya que en Europa este había quedado asociado a los musulmanes.

Frente a la casa de El Cairo hay un estanque triangular, y en sus aguas cristalinas y herméticas se mecen los lotos azules egipcios, cuyas flores se cierran de noche y se sumergen bajo el agua para salir de nuevo a la superficie al amanecer. El Cairo, donde se creó la «Casa de la Ciencia» en el año 995 y donde la biblioteca del palacio fatimí albergaba cuarenta salas, cuyas colecciones incluían dieciocho mil manuscritos de las «Ciencias de la Antigüedad», y cuyo personal estaba formado por matemáticos, astrónomos, físicos, gramáticos, lexicógrafos, copistas y lectores del Corán.

Junto a esta, al amparo de un baniano centenario, están las dos salas que

llevan el nombre de Delhi, y al lado se encuentra la casa Otomana. Según el libro de las constelaciones de Mikal, en el siglo XVI los clérigos convencieron al sultán Murad III de que destruyera el primer observatorio de Estambul: le dijeron que las lentes invadían los secretos de los cielos de Alá en nombre del progreso y de la ciencia, lo que desataría la ira divina sobre su reino.

Mikal.

Una tarde, cuando solo habían pasado dos meses desde la boda, Jeo lo llevó a su casa, convencido de que no se conocían.

Ella lo oyó susurrar algo cuando Jeo salió un momento de la sala. Mikal estaba sentado en el borde de la silla, con la mirada fija en el suelo. Ella aún conservaba las cartas que él le había escrito en los meses previos antes de que supiera que iba a casarse con Jeo. En más de una ocasión las había llevado al río, pero al final había sido incapaz de deshacerse de ellas.

Mikal la miró.

–No podía traicionarlo. Para mí es un hermano –dijo con voz clara.

Ella recuerda que asintió. Se concentró en mantener la compostura.

Ambos permanecieron en silencio y al final, aguzando el oído por si Jeo regresaba, dijo:

–Ahora ya no se puede hacer nada.

–No.

Tuvo que intentarlo dos veces, pero cuando pronunció la palabra lo hizo de forma atropellada, como si le quemara en la boca.

Mikal se puso de pie.

–Dile a Jeo que he tenido que irme.

–Tal vez mi vida sería más fácil si no volviera a verte. Debo aprender a amarlo, nada de lo que ha sucedido es culpa suya.

–No volveré. Intentaré irme de la ciudad.

Llevaba sesenta y seis días casada y fue la última vez que lo vio.

Naheed alza la mirada al cielo. Él dijo que Orión tenía la forma de la piel

de la vaca de la que nació nueve meses después de que Zeus, Hermes y Poseidón orinaran en ella. Él le dijo que unos astrónomos árabes vieron una mano de mujer adornada con dibujos de henna en las constelaciones de Casiopea y Perseo, mientras que otros decían que era la mano de Fátima manchada con gotas de sangre: Fátima, la hija de Mahoma, el antepasado de Naheed.

Naheed oye las dos notas del canto de un pájaro y, adentrándose en un túnel de follaje, empieza a buscarlo, con la ayuda de la luz de la luna, pálida como la tinta aguada. Se detiene junto al cítrico cuyas ramas estaban cargadas de las flores blancas que cuando agonizaba Sofía había confundido con un ángel. A partir de los retratos impecables de Sofía, Naheed puede reconocer casi todos los árboles y las plantas del jardín, las vainas y las hojas y las bayas preñadas de azúcar.

También había pintado cuadros de seres vivos, pero Rohan los había quemado en las últimas horas de vida de su mujer por temor a que la juzgaran por desobedecer a Alá, que prohibía tales imágenes para que no fomentaran la idolatría. El humo negro del fuego se había filtrado hasta su lecho de muerte. El boceto de un cráneo de toro y el de un fósil de las colinas de Bannu también fueron destruidos: estas criaturas ya estaban muertas cuando las dibujó, pero en el pasado habían estado vivas, y Rohan deseaba erradicar cualquier atisbo de duda para asegurar su salvación. Le pidió que le dijera dónde se encontraban el resto de cuadros y dibujos, que le dijera la dirección del amigo para cuya casa había diseñado diversos murales. El temor lo había llevado a eliminar todas las imágenes de la casa, todas las fotografías y cuadros, incluso los que no eran obra de ella.

Entonces, una década después de su muerte, Rohan vio a Sofía, que lo miraba a través de un ventanal. Era el último día del Ramadán: un grupo de distinguidos ciudadanos había recibido una invitación para subir al minarete de la mezquita del viernes en el centro de la ciudad, para ver el creciente del

nuevo mes. Al recorrer la ciudad con los prismáticos, reconoció los ojos de Sofía entre los tejados, la cara inclinada hacia él ligeramente de soslayo, el dibujo de su túnica aguamarina. Tardó unos instantes en encontrarla de nuevo y la distancia entre ellos era de varios kilómetros: demasiadas calles y al menos tres bazares. Junto a Sofía había un hombre gigante con barba, y en las manos de ella varios bulbos de flores trufados de lirios, y en el interior de cada bulbo había un bebé muy pequeño, acaso un feto.

Rohan no había sabido que Sofía había incluido su propio retrato en el mural de las ocho paredes y dos techos de la casa de su amigo, la piel coloreada de las habitaciones. Rohan habría de rastrear una gran parte de la ciudad para localizarlos, lo que lo llevó a entrar en todos los callejones y callejuelas, y no encontró su destino hasta al cabo de varias semanas. «Tengo permiso para hablar de uno de los ocho ángeles que sostienen el trono de Alá –había dicho el Profeta–. Es tan grande que la distancia entre el lóbulo y el hombro equivale a un viaje de setecientos años.» Y la cabeza gigante junto al retrato de Sofía pertenecía a uno de los ocho ángeles.

Naheed inspira aire y apaga la lámpara, absolutamente inmóvil en la noche, y el humo se desvanece a su alrededor.

Escucha, decidida a localizar el pájaro atrapado que la había llamado, al borde de la locura del sufrimiento. Pero ahora solo hay silencio, ni tan siquiera un trino vacilante. «¡Ali! ¡Ali! Un derviche, tras su renuncia a pronunciar todas las palabras salvo esa, nunca vuelve a pronunciar otra, bajo ninguna circunstancia...» La frase, tomada de un libro que había estado leyendo antes, queda grabada en su mente. Su mirada se desliza por el cielo, donde la luna brilla en un gran anillo de oro a medida que recuerda más y más palabras. «Solo importa una cosa, solo una palabra. Si hablamos, es porque no hemos encontrado esa cosa, ni la encontraremos.»

A Mikal no ha dejado de sorprenderle lo mucho que pesa una bala, dado su tamaño.

Está en la habitación alta que tiene alquilada en un callejón serpenteante que nace en la Gran Carretera Principal. La primera vez que soñó con la muerte de Jeo, se despertó y encontró la habitación inundada de sus gritos de pánico. Era justo antes de la boda, y las pesadillas prosiguieron durante los meses siguientes.

Coge una bolsa de balas y varios objetos más del armario y los mete en una bolsa de lona; está preparándose para tomar el mismo tren nocturno que Jeo y Rohan. Un lunes por la noche durante una guerra mundial. Lleva un jersey azul marino y encima la americana negra de un traje occidental; y en la pistolera que esconde bajo el jersey, la pistola Beretta M9.

Sus padres habían vivido en este piso, y él también hasta que cumplió los diez años. Casi dos meses después de la muerte de su madre, abrió la puerta a un desconocido de aspecto digno e imponente que llevaba una levita *sherwani* y un gorro Jinnah. Mikal recuerda que le dijo que había ido a mirar las fotografías de las paredes, recuerda que se lo quedó mirando enmudecido y que luego dio un paso atrás para dejarlo entrar. El desconocido se quedó paralizado al ver el retrato en concreto de una mujer, cuyo rostro estaba situado entre una pared alta de libros y una silla. Se detuvo ante ella como si deseara memorizarla. Entonces su ropa crujió cuando se sentó en la silla y empezó a hacerle preguntas a Mikal, su nombre, dónde estaban los adultos. Mikal, que no había hablado desde el entierro, le dijo que su hermano de dieciocho años y él vivían ahí solos.

–Mikal, me llamo Rohan –dijo el hombre–. He venido para llevaros a tu hermano y a ti conmigo. –Señaló a la mujer de la pared–. Me ha enviado ella.

Mikal mira su reloj de pulsera. Oyó trece veces la palabra «muerte» en la media hora que pasó en la sede de la organización benéfica cuando fue a apuntarse, y desde entonces tiene la sensación de que se ha acercado más y

más a lo desconocido. Según un periódico, se ha enviado a Estados Unidos un ladrillo de la casa arrasada del mulá Omar como trofeo de guerra para la Casa Blanca. Y, según otro periódico, el 19 de septiembre un agente paramilitar de la CIA recibió la siguiente orden de su jefe en Langley, Virginia: «Quiero que me envíes la cabeza de Bin Laden en una caja llena de hielo. Quiero enseñársela al presidente. Le prometí que lo haría».

Mikal se encuentra junto a la ventana y ve una vela que titila en un hueco, no muy lejos de donde se encuentra. No sopla ni una gota de viento, está oscuro y las constelaciones arden con un fuego gélido y arrojan una luz frágil sobre Heer, su ciudad. Se recrea detenidamente en la vista para comprobar qué otras zonas de Heer no tienen electricidad esta noche. Su ciudad, unida a una nación pobre y sometida a una gran tensión, aquí en el tercer mundo. Mira a lo lejos, a la derecha, en dirección al barrio de Rohan. Le viene a la cabeza un recuerdo del día en que él cantó y ella le cogió las manos y se las puso en las orejas, una en cada lado, y las sujetó con fuerza. Escuchó con atención la canción que se introdujo en su cuerpo a través de los brazos de Mikal, en lugar del aire, fluyendo por sus huesos, su sangre y sus músculos. Lo único que se interponía entre ella y la canción era él y con el tiempo habría de convertirse en un ritual entre los dos amantes, en una costumbre que repetirían y en un juego misterioso.

Mikal enciende la radio, se tumba en el colchón sin sábanas tirado sobre el suelo de cemento y escucha las noticias con los ojos cerrados. Los talibanes todavía se mantienen en el poder en Afganistán pero los estadounidenses han enviado a soldados de las fuerzas especiales: militares especializados en guerrillas que están forjando alianzas con la población local y orquestando la rebelión. Y desde el primer momento los cazas y las bombas que pesan decenas de miles de kilos surcan el aire y el cielo. Y ahí es donde quiere ir Jeo.

—¿Estás seguro? —le ha preguntado Mikal cuando ha ido a verlo ese mismo

día.

–Sí.

–¿Sabes que los talibanes envían a jóvenes paquistaníes sin experiencia a primera línea, donde son aniquilados?

–La organización con la que he hablado no toma parte activa en el combate. No vamos ahí para luchar.

–De acuerdo –dijo Mikal, que asintió con un gesto de la cabeza.

Ahora mira el reloj de pulsera de nuevo. Se echa la mochila al hombro, apaga la vela con los dedos sin mirarla y después de cerrar la puerta baja las escaleras y sale a la calle oscura. Se acuerda entonces de la radio, pero ya es demasiado tarde y decide no volver. Piensa que llenará la habitación de música y noticias hasta que se le agoten las pilas.

En cualquier momento llegará el rickshaw que los llevará a la estación. Rohan aguza el oído para escuchar la bocina del conductor cuando entra en la habitación de Sofía y descubre dos grandes libros de mapas abiertos en la mesa, con unos colores que brillan a pesar de la luz tenue. E incluso en la penumbra ve que les han arrancado algunas páginas. Se pregunta cuándo ha sucedido.

Acaricia los colores, casi a modo de despedida. Tiene sesenta años y su vista se ha deteriorado progresivamente en las últimas dos décadas. Le quedan, a lo sumo, cinco años antes de perderla por completo. Después, esa iluminación se transformará en un misterio. Tiene que limpiarse los ojos con belladona y miel diluida en agua de rocío y debe evitar la luz a partir de cierta intensidad, pero incluso ahora hay momentos que pueden alargarse bastante y en los que una sombra se tiñe de blanco, o el cielo de verde y sus manos de negro como el carbón. Su visión está salpicada de pequeñas formas de color añil, como masas de tierra. A veces, también, cae un velo dorado que lo

abarca todo, una aniquilación luminosa que percibe incluso con los párpados cerrados.

Ha venido aquí para coger algo que le apetecería leer durante el viaje. Se encuentra en la casa de Bagdad, cubierta por un denso manto de rosas de Irak, sus dos habitaciones convertidas en una para Sofía. Coge los atlas y se los lleva al otro extremo del amplio interior. La semana anterior habían llegado a la casa doscientas cajas llenas de libros. El conductor del camión que las había llevado le dio una carta dirigida a Rohan y Sofía. Uno de sus antiguos estudiantes, de los primeros días de Espíritu Ardiente, había fallecido poco antes. Había escrito la carta poco antes de morir y en ella decía que la pareja le había inculcado un gran amor por el saber, y que en el transcurso de su vida había llegado a acumular miles de libros, que ahora quería legar a Espíritu Ardiente, ya que recordaba lo mal nutrida que estaba la biblioteca de la escuela en su época. Dejaron veinte cajas en la habitación de Sofía y las demás las distribuyeron por la casa, lo que provocó que el pasillo, por ejemplo, quedara reducido a la mitad de su tamaño.

Rohan deja los atlas en una de las cajas. Va a acompañar a Jeo a Peshawar porque quiere visitar a la familia de su alumno fallecido para transmitirle su gratitud por el donativo y rezar una oración ante su tumba.

Abre fugazmente *La epopeya de Gilgamesh* y luego *La cartuja de Parma* y *Taos Chaman ki Mynah*, y a continuación consulta un libro de historia mientras la vela arde en la otra mano.

«Tras la caída de Granada en 1492 doscientos mil musulmanes se vieron obligados a convertirse al cristianismo. La Inquisición mandó exhumar cadáveres para comprobar que no habían sido enterrados en dirección a La Meca, y prohibieron a las mujeres que se cubrieran con el velo...»

Oye la bocina del rickshaw junto al portal. Mientras cierra las ventanas, dirige la mirada hacia el río, donde garcetas y garzas reales deben de estar preparándose para pasar la noche entre las cañas y las espadañas. El nuevo

edificio de Espiritu Ardiente, situado al otro lado de las aguas verdes y casi inmóviles, es de hormigón, cristal y acero, pero aun así está dividido en seis casas. Cinco años atrás Rohan se vio obligado a dejar el cargo y su puesto lo ocupó un antiguo alumno incapaz de tolerar durante más tiempo las críticas de Rohan sobre lo que enseñaban a los niños.

Sale al exterior y cierra con llave la puerta de la casa de Bagdad. Se siente orgullosísimo del deseo de Jeo de ir a Peshawar como voluntario. Sabe que si él mismo hubiera sido más joven, no se habría detenido en Peshawar: no sabe cómo se habría resistido a la posibilidad de entrar en Afganistán. Y no solo para prestar ayuda, sino que habría luchado y defendido el país con sus propias manos. Y, sí, de haberse encontrado en los Estados Unidos de América en septiembre, habría hecho todo lo que hubiera estado en sus manos para salvar la vida a los inocentes en las ciudades que fueron víctimas de aquel desastre.

¿Cómo no pedir ayuda en esos días –a otros, a Dios–, cuando uno tiene la sensación de que está rodeado por la destrucción de la propia idea del hombre?

Pronuncia versículos del Corán en silencio mientras se dirige a la habitación de Jeo.

Es posible pensar que la fragancia existió antes de que se creara la flor que la contiene, del mismo modo en que Dios creó el mundo para mostrarse a Sí mismo, para mostrar compasión.

Una o dos veces al año, tal vez tres, una mujer visita el jardín. Tiene el rostro ajado y la mirada serena pero no pasiva mientras se acerca al palisandro y empieza a recoger y examinar todas las hojas que han caído. Nadie sabe con certeza si está en pleno uso de sus facultades mentales. Tal vez esté cuerda y solo finja estar loca como medida de autoprotección. Hace muchos años –antes de que se construyera la casa, cuando este lugar solo era una extensión de terreno cubierta de maleza–, la mujer había descubierto el

nombre de Dios en una hoja de palisandro, cuyas venas verdes trazaban una caligrafía sagrada. Ahora recoge todas las hojas pequeñas con la esperanza de que se repita el milagro, y las sostiene en la palma de la mano en un gesto idéntico de plegaria. En la casa, la vida prosigue su curso y de vez en cuando la anciana observa a la gente, siguiendo los actos humanos más comunes con una atención que otros reservan a acontecimientos mucho más importantes. Si es otoño debe permanecer en el jardín durante horas, siguiendo la fuerza del viento que arrastra las hojas caídas a todos los rincones. Luego, cuando el anochecer empieza a oscurecer el aire, se sientan juntos, ella y los árboles, hasta que solo quedan los árboles.

Ignoran qué necesidad colma aquella búsqueda en la anciana. Tal vez la curación existió antes que las heridas y los cuerpos se crearan para convertirse en su recipiente.

Cuando se acuña una moneda, el diablo la besa.

El comandante Kyra se encuentra en el tejado de Espiritu Ardiente con el sabueso a su lado. Se dice que un saluki vigilaba al Profeta mientras este rezaba, por lo que el mundo islámico profesa cierto cariño hacia esta raza de perro.

Recorre el largo tejado en forma de media luna con paso marcial, acariciando con la yema de los dedos el pelaje del saluki, que se ha mojado al atravesar la hierba alta y los carrizos de la ribera. La bandera de Espiritu Ardiente ondea en la oscuridad. Por encima de él, en el silencio de la noche, oye a una bandada de grullas que emigra del Asia Central hacia los desiertos de Pakistán, el crujido de las alas y una serie de débiles reclamos.

De vez en cuando mira hacia el antiguo edificio de la escuela, donde los puntos intermitentes de la luz de las velas titilan en las ventanas. Ahora se ha convertido en el hogar del fundador, Rohan. Veinte años antes, tras la muerte de su mujer, Rohan había traspasado la escuela a un antiguo estudiante, Ahmed, porque el dinero llevaba la mancha del diablo, porque quería borrar de su vida los enredos de la riqueza y los bienes y las posesiones. Se quedó en la escuela como director asalariado.

Ahmed murió en Afganistán hace diez días y, como su hermano, el comandante Kyra ha heredado Espiritu Ardiente.

El sabueso observa la luna como si le sorprendiera su presencia. La niebla se alza del río como una cortina sinuosa, con un tono blanquecino que contrasta con los juncos negros. A Ahmed lo conocían como Ahmed el

Polilla, nombre que recibió a la edad de cinco años, en la mezquita de su infancia en Abbottabad. Fue ahí donde un día le dijeron que la bolsa que habían tirado al fuego contenía dinero y juguetes y él se limitó a observar cómo ardía, pero cuando le dijeron que estaba llena de páginas del Corán, se quemó las manos al intentar salvarla, y las cicatrices y el nombre lo acompañaron hasta la edad adulta.

El año anterior, durante una visita a Espíritu Ardiente, el comandante Kyra vio salir de las clases a varios niños con las manos vendadas. Habían imitado a Ahmed el Polilla como parte de su educación.

Sabe que el hijo de Rohan, Jeo, y su hijo adoptivo, Mikal, han emprendido el viaje a Afganistán esa noche, y le han garantizado que no regresarán. Vivos, cuando menos.

Hace casi setenta y dos horas que Kyra no duerme. Abandonó el ejército anteayer, incapaz de aceptar la alianza que el gobierno paquistaní ha formado con Estados Unidos y Occidente para ayudar a esos imperios en sus planes de aniquilación de Afganistán.

11-S. Empieza a creer que todo lo que rodea a esa fecha es una mentira. Una conspiración. Lograr que un avión grande sobrevuele una ciudad a baja altura no es tarea fácil. Tenía que haber alguien que manipulara el tráfico aéreo. Tenía que haber alguien que desconectara el sistema de alerta del Pentágono. A juzgar por lo que ha leído y oído parece que las fuerzas aéreas tardaron más de una hora en despegar. Kyra es militar, de modo que conoce estas cuestiones tan básicas. Todo estaba organizado, se trataba de inventar una excusa para poder empezar a invadir los territorios musulmanes uno a uno.

Mira hacia el arco que se alza sobre el portal delantero de Espíritu Ardiente. Lo desmontaron de la entrada del edificio original y lo trajeron aquí cuando la escuela cambió de ubicación. Cuando Rohan y su mujer la fundaron, se podía leer la inscripción «La educación es la base de la ley y el

orden». Al poco tiempo el propio Rohan añadió la palabra «islámica» a «educación», al parecer en contra de los deseos de su mujer. A lo largo de los años se ha modificado en alguna ocasión más y ha pasado de «La educación islámica es la base de la ley y el orden» a «El islam es la base de la ley» y luego a «El islam es el objetivo de la vida», mientras que en la actualidad reza «El islam es el objetivo de la vida y la muerte».

Bajo la dirección de Ahmed el Polilla, Espíritu Ardiente había establecido vínculos con los servicios de inteligencia paquistaníes, el ISI. Escogían a alumnos para entrenarlos en combate en campos yihadistas dirigidos por el ISI, y posteriormente los enviaban en operaciones encubiertas a Cachemira. Fue uno de los motivos que provocaron el enfrentamiento de Rohan con Ahmed, una de las razones por las que Rohan se vio obligado a abandonar el centro hace cinco años.

Sin embargo, ahora que Ahmed había muerto, el vínculo más directo con los servicios de inteligencia se había roto. Kyra podría haber mantenido la conexión, pero el ejército y el ISI le inspiran repugnancia por haber abandonado a Afganistán. Ahora los alumnos de Espíritu Ardiente le pertenecen solo a él y gracias a ellos pondrá en marcha sus planes, los moldeará para convertirlos en guerreros sagrados, unos planes brillantes para engañar a Occidente y a todos los simpatizantes que tienen en casa.

«No somos hombres de odio, pero debemos ser hombres de justicia.»

Cuando llegó ayer para asumir el control de la escuela, los alumnos mayores estaban preparándose para partir hacia el combate en Afganistán, muchos con los ojos arrasados en lágrimas al conocer las noticias de destrucción y matanza. Un millón de nuevos refugiados habían llegado a Pakistán y ocho millones más necesitaban ayuda humanitaria. Algunos de los maestros y de los niños mayores contaban historias de rescates y heroísmo del pasado del islam, de poblaciones en peligro salvadas por hombres gallardos y píos, y los oyentes, cuya exaltación no hizo sino aumentar,

proferían gritos de «¡No temáis! ¡La ayuda está en camino y ha partido de Heer!». Con la esperanza de que los oyeran a pesar de los miles de años que los separaban.

En un barrio situado en la zona oriental de la ciudad hay una organización benéfica y una madraza que estaba dirigida por Ahmed el Polilla pero que es propiedad del ISI. La beneficencia es una fachada: chicos y jóvenes son transformados en guerreros yihadistas. Y ayer le llevó un montón de papeles uno de los hombres que trabajaba allí: Kyra quería averiguar hasta el último detalle del modo en que Ahmed había gestionado los asuntos cotidianos.

El hombre había elegido una hoja llena de nombres y se la entregó.

–El primer nombre de la tercera columna.

El nombre de Jeo no le había dicho nada, pero se le escapó una exclamación de sorpresa cuando vio «Rohan» escrito en el recuadro del «Nombre del padre».

–Quiere ir a un centro médico situado cerca de uno de los campos de batalla de Afganistán sin contárselo a su familia –dijo el hombre.

Kyra se quedó mirando el papel.

–¿Por qué hay una línea roja que lo une con este otro nombre, un poco más abajo? Mikal.

–Es el hijo adoptivo de Rohan. Un niño de la calle y un vagabundo. Está predestinado a desaparecer. He pensado en decírselo a Rohan. Pienso que tal vez se lo debamos, aunque solo sea por sus antiguos vínculos con Espíritu Ardiente.

La furia de Kyra lo sorprendió incluso a él. La falta de sueño. La muerte de su hermano, menos de dos semanas antes.

–No es el mejor momento para sucumbir a la pena y la compasión –dijo–. Permíteme que lo diga de la forma más clara posible. Me gustaría que enviaran a este muchacho al corazón de la guerra, o que se trasladara alguna

de las batallas al lugar donde se encuentra él. Hazlo en memoria de Ahmed. Se lo debes a él antes que a Rohan. ¿Sabes exactamente adónde va?

–Por supuesto. Somos nosotros quienes lo enviamos. No solo sabemos adónde va, sino que sabemos más o menos qué ruta seguirá.

–Entonces hazlo.

En Cachemira había estallado una bomba que había matado a varios transeúntes así como a dos soldados indios. Al mismo tiempo, en otra parte de la región, un artefacto explotó antes de tiempo y mató al niño que iba a colocarlo. Cuando se descubrió que ambos sucesos estaban relacionados con Espíritu Ardiente, Rohan se había encarado con Ahmed, y este le confesó que hacía tiempo que albergaba dudas sobre la solidez de su fe.

–Me prometiste una y otra vez que en esta escuela no sucedería nada relacionado con la yihad –dijo Rohan–. Me diste tu palabra de honor.

–Se la di a un infiel.

–Fue tu palabra.

–Lo importante es a quién se la das.

Entonces Rohan hizo enfurecer a todo el mundo cuando empezó a decir que se alegraba de la muerte del segundo niño mientras colocaba el artefacto explosivo, estaba contento y agradecido por el hecho de que le hubieran ahorrado la tarea de matar a sus semejantes.

–Alá se apiadó del muchacho descarriado antes de que pudiera derramar sangre inocente.

Fue entonces cuando lo obligaron a abandonar Espíritu Ardiente.

El comandante Kyra, que todavía no se ha acostumbrado a prescindir de su antiguo rango militar, baja las escaleras de la casa de Bagdad, acompañado del saluki que corretea ante él, y que al llegar al último escalón se vuelve y los sube todos con un movimiento ágil. Cuando Kyra enciende una lámpara ve su reflejo en una ventana, una cara con las cicatrices provocadas por una explosión que se produjo en la guerra con la India, dos años atrás.

Piensa en el tren que transporta a Rohan y a los dos muchachos a Peshawar en esos momentos. Abre el Corán y empieza a leer: «¡Por las que galopan, jadeantes, que hacen saltar chispas, que aparecen en el alba y levantan una nube de polvo y, en su centro, atraviesan los grupos enemigos! Ciertamente, el hombre es ingrato con su Señor. Este es testigo de eso...».

Cuando ya lleva tres horas de viaje en tren, Mikal se levanta de su asiento. Jeo le ha dado el número de la cabina que Rohan y él han reservado para ellos. Está cuatro vagones más allá. Los demás pasajeros no se mueven mientras avanza por los pasillos, el ruido del tren no los molesta, aislados tras la gruesa puerta de su sueño.

Jeo abre el pestillo y sale cuando solo ha tenido tiempo de llamar una vez. A Mikal lo embarga un sentimiento de ternura al ver a Rohan que, delgado y frágil, duerme bajo una manta en la litera inferior. Rohan no sabe que Mikal va a Peshawar. No se lo han dicho para evitar preguntas innecesarias y por temor a que alguna de las respuestas pueda despertar recelos.

Jeo tiene los mapas. Recorren el pasillo largo y estrecho, se sientan uno junto al otro, con la espalda apoyada en las paredes de formica del vagón, y examinan los mapas con una linterna, mientras la noche se desliza velozmente al otro lado de las ventanas que hay sobre sus cabezas. El círculo brillante de la linterna se desplaza sobre el terreno y transmite la sensación de que el sol se ha aproximado mucho a la tierra, tal y como afirma el Corán que sucederá el día del Juicio Final, hasta la altura de una lanza y media. Mikal lee las palabras inglesas de los mapas muy lentamente, sílaba a sílaba. En ocasiones, letra a letra. El inglés siempre fue la asignatura más difícil en su época de estudiante. La última vez que lo había intentado no había recordado una parte del alfabeto, por lo que mucho más le costaba aún leerlo, escribirlo o hablarlo.

–El año pasado trabajé ahí con un grupo de hombres que se dedicaba a la

búsqueda de oro con batea –dice, señalando una montaña.

–¿Hay oro en las montañas de Pakistán?

–En algunos lugares. Y cuando estuve allí, había tanta nieve en las cumbres que los lobos bajaban hasta los pueblos.

–Cuando volvamos de Afganistán iremos. ¿Has traído la pistola, Mikal?

–Ahí arriba el silencio es tan grande que oyes cómo caen los copos de nieve. Te llevaré.

–A Naheed le encantará.

Mikal se pone de pie y vuelve la cara hacia la ventana. Mira afuera mientras el tren pasa por una estación con las luces de color marfil de las casas esparcidas a lo lejos, y la luna como única nota musical luminosa sobre los cables junto a las vías, su reflejo surcado de arrugas por el curso del agua en un río sereno, y los atajacaminos cazan entre las estrellas.

–Aquí es a donde vamos.

Jeo también se ha puesto de pie y señala una zona del mapa situada en el interior de Afganistán. Territorio de clanes y tribus donde, además de joyas y tierras, los niños heredan misiles.

–Parece una telaraña de roca.

Mikal sostiene el mapa con los brazos estirados.

Jeo sonríe.

–Si me pierdo, tú me encontrarás.

Mikal sabe los nombres y la ubicación de las cincuenta y siete estrellas de navegación.

Dirigen la mirada hacia la oscuridad.

–¿Qué hacías en las montañas?

–A veces, cuando cantaba, creía que lo sabía. Pero esa sensación solo duraba una fracción de segundo, luego desaparecía.

–¿Las canciones te decían qué buscabas?

–En ocasiones. Pero la mayoría de las veces no dejaba de decirme a mí

mismo: «Lo sabrás cuando lo veas». Pero, al final, nada.

Jeo dobla el mapa hasta formar un cuadrado, elige otro del fajo que lleva y lo abre.

–¿No lo viste, o lo viste pero no te diste cuenta de que era lo que estabas buscando?

–¿No es lo mismo?

–Esto me da dolor de cabeza.

–A mí también.

Jeo se concentra de nuevo en el mapa.

–Dicen que la guerra no será rápida. Si cae Kabul, no será hasta dentro de un año o año y medio. No creo que los combates de verdad empiecen hasta que llegue el deshielo de la primavera. Los soldados occidentales se quedarán sentados en las colinas y las montañas, comiendo cabra hervida y encorvados sobre hogueras de estiércol, azotados por las ventiscas. –Mira el reloj–. Creo que no debería tardar en volver a la cabina, mi padre podría despertarse.

–Iré a tu hospital a última hora de la mañana. Déjame los mapas hasta entonces.

–Tendremos que hacer una visita fugaz al bazar para comprar un teléfono vía satélite para poder llamar a casa desde Afganistán y fingir que lo hago desde Peshawar.

Jeo se vuelve para irse y Mikal se lleva la mano debajo del brazo, donde se encuentra la funda de la Beretta.

–Sí, Jeo, tengo una –dice.

Cuando Jeo se va, enciende un cigarrillo y lo fuma, exhalando el humo por la ventana. Fuerza la cerradura de una cabina del vagón contiguo y se cuela en su interior, que está oscuro como boca de lobo, moviéndose a tientas, con las manos estiradas como un ciego, y se dirige hacia los lirios de plástico que ha visto que llevaban a la cabina cuando empezaba a anochecer. Un par de estaciones más allá el hijo de un señor feudal va a casarse y la familia ha

recorrido las ciudades más próximas para comprar flores. Si hubieran sido reales, Mikal se habría guiado por el aroma. Almizcle, canela, fango de río, éter, sangre, musgo del monzón. Crecen en el jardín de Rohan y coge una flor de cada ramo y regresa a la ventana del pasillo, sujetando los lirios blancos contra su cuerpo, un diezmo obligatorio. Fuera, la noche conforma un ciclorama y cada vez que el tren pasa junto a una chabola o una cabaña lanza una de las grandes flores en su dirección, y vuelve la cabeza hacia atrás para ver cómo aterriza en el tejado de paja podrida o en el saco de yute y el cartón que hace las veces de pared.

Regresa a su asiento y cierra los ojos. La tarde que abordó a Naheed por primera vez, para entregarle su primera carta, ella estaba esperando un rickshaw a la sombra de un árbol. Y él se refugió también en la sombra, un patrón de sombras de hojas que los protegían a ambos, pero acto seguido salió al sol e incluso le dio la vuelta a la gorra de béisbol que llevaba para no ocultar sus facciones.

Las vías del tren se curvan bajo él y nota el movimiento oscilante en la sangre.

Un día, cuando ya habían intercambiado varias cartas y llevaban seis semanas viéndose en secreto, Naheed hizo un comentario sobre lo atractivo que era un chico del barrio, pero acto seguido ofreció una especie de disculpa por miedo a haber herido el orgullo de Mikal. Sin embargo, él se limitó a encogerse de hombros.

–Pues yo estoy segura de que tú miras a otras chicas –le dijo ella.

Él negó la acusación con un gesto de la cabeza.

–Eso significa que me quieres más que yo a ti.

–Lo sé.

Aquella revelación le causó un fuerte impacto, como si hubiera recibido un golpe.

–¿Y eso no supone ningún problema?

–No. Doy gracias por el simple hecho de que ames a alguien como yo.

Naheed dijo que fue después de esa conversación cuando se enamoró perdidamente de él.

Mikal abre los ojos y mira hacia la oscuridad, ciñéndose la chaqueta para evitar el frío.

¿Qué iba a hacer en las montañas? Cuando solo tenía trece años había empezado a faltar a clase, se montaba en cualquier autobús que saliera de Heer y acababa en un lugar remoto a medio camino de Karachi o en la base del K²; era tan capaz de vagar con un grupo de cantantes itinerantes del sur del Punjab como de colarse en el cine por el tejado, o de sobrevivir en el desierto de Baluchi gracias a agua de pozos cavados por contrabandistas.

Rohan le imploraba que le dijera qué le pasaba, qué podía hacer para retenerlo en casa, y una mañana, cuando tenía quince años, lo siguió y descubrió que había encontrado trabajo como mecánico de coches. No le quiso contar por qué necesitaba el dinero, dónde pasaba algunas noches, y todos temieron la posibilidad de que la respuesta fuera la heroína o la yihad en Cachemira.

El dinero, claro, era para la habitación que había alquilado, la habitación alta con los cuadros en las paredes, con palomas y pichones de madera como compañeros, en el ruinoso barrio centenario donde más de la mitad de los callejones no tenían salida. Era una zona evitada por la gente de fuera porque era el lugar donde vivían los empleados del servicio doméstico y los obreros, los eunucos y los artistas que actuaban en bodas, los mendigos y los traperos, lo cual atraía a ladrones, prostitutas y otros criminales.

–¿Qué significa todo esto? –preguntó su hermano Basie, que un día lo siguió hasta la habitación.

–No lo sé –recuerda Mikal que le respondió.

De repente empezaron a escocerle los ojos. Se tapó la cara y rompió a

llorar como los niños muy pequeños y los bebés, ya humanos antes de que hayan aprendido a hablar.

Basie se le acercó y lo abrazó. Esa habitación fue donde nacieron Basie y Mikal, donde se habían reunido los camaradas comunistas de sus padres, y el lugar en el que fue detenido su padre por los agentes del gobierno aliado con Estados Unidos, el enemigo del comunismo.

Absorto en el sueño de la revolución, su padre nunca se molestó en intentar prever las necesidades futuras de la familia, y despejaba las dudas ocasionales de su mujer y las suyas propias diciendo: «No es necesario que nos preocupemos por el futuro de nuestros hijos. Cuando sean adultos, las necesidades básicas serán gratuitas para todo el mundo. No existirá la riqueza personal y estos chicos serán iguales entre iguales. Debemos concentrarnos en crear el caldo de cultivo para conseguir nuestro objetivo».

Mikal se fue más o menos de casa de Rohan a los diecisiete años y empezó a vivir en la habitación, adonde lo iban a visitar los demás siempre que podían. Al ser ocho años mayor que Mikal, Basie tenía unos recuerdos más intensos y vívidos de su madre, mientras que su hermano no había llegado a conocer a su padre.

Basie se tumbaba en el colchón y hablaba sin parar, de vez en cuando tomaba un trago de una botella de whisky Murree que había llevado, comprada en uno de los bares clandestinos de Heer donde había una especie de jaulas cerradas con llave para las mujeres que querían beber, con el fin de impedir que las agredieran sexualmente los clientes borrachos, así como para evitar que las mujeres ebrias mataran a todos los hombres que veían. Según Basie, su inteligente hermano era un chico muy sociable, de risa fácil gran parte del tiempo, y soltaba alguna que otra palabrota de vez en cuando, aunque nunca con mala intención.

–Creo que está vivo –le dijo Mikal a Basie en una ocasión, cuando la botella de Murree estaba casi vacía.

–No. Lo torturaron hasta la muerte, seguramente en las mazmorras del fuerte de Lahore. –Basie abrió los ojos–. ¿De manera que es eso? Quería volver aquí para esperarlo.

–No lo sé.

Basie regresó a casa de Rohan después de fracasar en su intento de convencerlo para que volviera con él, pero de vez en cuando pasaba algunos días con su hermano.

Mikal nunca apagaba la luz cuando dormía porque la oscuridad lo aterrorizaba. Todas las semanas guardaba el dinero que ganaba en una caja; aparte de cubrir sus necesidades básicas, no sabía qué hacer con él, y un día cogió aquel fajo de billetes sin sentido y miró las paredes de la habitación vacía. Dejó el dinero en un cuenco, en el centro del dormitorio, le prendió fuego y lo redujo todo a cenizas.

La vio cerca de la casa de Rohan cuando tenía dieciocho años, la chica de la mirada amarilla y serena. A partir de entonces se fue fijando cada vez más en ella. Era una muchacha tan bonita que era incapaz de pensar en ella sin sufrir, pero entonces, una tarde ella le devolvió la mirada. Fue una sonrisa fugaz. Nada al verla, todo al contemplarla.

Algo en el traqueteo del tren que atraviesa la noche despierta a Rohan, que enciende la luz que tiene encima. Jeo duerme en la litera superior; la luz, situada debajo del pecho del muchacho, ilumina al anciano.

En ocasiones temía haberse distanciado demasiado de Jeo en su infancia; la existencia del muchacho era una cruz para él, un recordatorio constante de su pérdida, y recuerda que un día le preguntó:

–¿Sabes que te quiero?

Por entonces Jeo debía de tener cuatro años y dejó consternado a Rohan cuando negó con la cabeza.

—¿No lo sabes?

—No. —Entonces el pequeño empezó a mirarlo a la cara, incluso levantó la mano para acariciar sus facciones—. ¿Cómo puedes saber si alguien te quiere?

Pensó que tal vez existía una marca visible o un sello. Algo que se le había pasado por alto.

El brazo de Jeo cuelga del borde de la litera y se balancea en el aire. Rohan gira la mano con cuidado para ver el reloj. Son casi las cuatro de la madrugada. Rohan debería levantarse y leer un capítulo del Corán por el reposo del alma de Sofía.

Con un solemne esfuerzo se incorpora y se restriega la cara y la barba con las manos. El sol saldrá a las seis, y las oraciones de antes del amanecer se pueden rezar en cualquier momento a partir de las cinco.

Se pone de pie y permanece inmóvil junto a Jeo. Lo observa y piensa en lo joven y guapo que es.

Uno de los pies asoma por debajo de la manta y Rohan intenta tapárselo, incapaz de soportar la imagen de vulnerabilidad e indefensión que transmite. Tiene un pequeño lunar de color marrón óxido en el arco, algo que desconocía de su hijo. El misterio de otro ser humano. Los lugares que han recorrido y recorrerán estos pies, de los que el padre no tendrá conocimiento. Se inclina hacia delante y besa a su hijo en su rostro de adulto.

En el baño lleva a cabo las abluciones rituales, sale y empieza a leer el Corán, pidiéndole a Alá que cuide de ella en su muerte, del mismo modo en que cuida de él y de sus hijos en su vida. Que la perdone. El Corán trata sobre el género humano, y cree que el versículo que infunde mayor miedo se encuentra en el capítulo titulado «Hombre». Puede considerarse un capítulo bello, ya que habla de las recompensas que aguardan en la otra vida a los fieles y a los que saben mantenerse firmes, pero cuando se lo citó a Sofía en su lecho de muerte, ella le corrigió un pequeño error. Fue una prueba de que sabía exactamente lo que estaba rechazando. Y ahí se encuentra el origen del

temor que sentía hacia el alma de su mujer. Sofía había muerto como no creyente, como apóstata.

Hasta el momento en que resucite el día del Juicio Final, estará sometida a tormentos, las consecuencias de su rechazo de Dios. Cuando el mundo llegue a su fin será arrojada al infierno. En sus últimas horas de vida Rohan intentó desesperadamente que se arrepintiera. No fue una decisión súbita, sino un proceso gradual, su pérdida de fe fue creciendo alrededor de todos ellos como una planta, cuyos anillos se hacían más y más grandes.

–Por mor de las apariencias y de nuestra seguridad seguiré fingiendo. Pero quiero compartir contigo que ya no soy creyente.

Invitó a distinguidos clérigos y a mujeres santas a casa para que la ayudaran a ver la belleza de la fe. En su mente la acusó de dar una falsa imagen de sí misma antes de que se casaran, porque él jamás habría elegido a una persona acuciada por unas dudas tan descomunales. Probablemente el matrimonio era nulo –un musulmán no podía seguir casado con una mujer no creyente–, pero también se decía a sí mismo una y otra vez que el estado de su mujer era reversible, no perdía la esperanza de que Dios le hiciera sentir Su presencia una vez más.

Cuando tuvieron a su primera hija, los médicos le desaconsejaron que se quedara embarazada de nuevo, a pesar de lo cual él se sintió feliz cuando concibieron a Jeo, ya que creía que la maravilla de una nueva vida le renovaría el alma a Sofía.

Lee el libro sagrado e intenta no pensar en que su hermoso cuerpo está sufriendo heridas bajo tierra en estos momentos, un juguete en manos de los demonios de Alá. Torturas conocidas como *Kabar ka Aazab*. Sofía está viva ahí debajo, del todo consciente, en el infierno del que no escapa ni el humo ni ningún grito. La persona cobra vida en cuanto la tumba se cierra e incluso se dice que oye claramente los pasos que se alejan de los hombres que la han enterrado.

Tras el fallecimiento de Sofía entregó Espiritu Ardiente a Ahmed el Polilla, ya que deseaba concentrarse en el alivio del sufrimiento en muerte de su mujer, capaz de imaginársela bajo sus pies llamándolo estremecida de dolor. No le sobraba mucho tiempo para dedicárselo a Jeo y a Yasmin, su hija de ocho años. Se ausentaba a menudo para reunirse con eruditos y buscar libros raros que ofrecieran doctrinas, comentarios y registros de controversias, cualquier cosa que pudiera absolverla de su pecado, y de algunos viajes volvía más alterado que al partir, mientras que de otros regresaba en paz.

Mientras Rohan intentaba hallar un remedio a sus tribulaciones, Ahmed deformó su filosofía pedagógica hasta dejarla irreconocible y adaptó la disposición en forma de media luna de Espiritu Ardiente a sus propios fines. Diseñó una bandera verde con seis llamas que trazaban una curva en el centro, en la que cada llama surgía de una pareja de espadas cruzadas. Todavía ondea en el tejado de Espiritu Ardiente a diario, los chicos llevan turbantes verdes y cuando los desenrollan dejan al descubierto las mismas seis llamas y espadas. Los seis centros de la gloria pasada, cuya pérdida será vengada a fuego y espada.

En el pequeño baño Rohan se limpia las lágrimas de la cara y lleva a cabo de nuevo las abluciones. Cuando el apóstata muere, la tierra que ha de convertirse en su tumba profiere un lamento con vehemencia y dolor, ya que no está dispuesto a recibirlo. Cuando Sofía exhalaba su último aliento él no dejó de pedirle en voz baja «Dime qué ves», porque al cabo de un minuto, de diez minutos, todo sería irreversible, porque es demasiado tarde para arrepentirse cuando los ojos agonizantes empiezan a ver el Ángel de la Muerte.

Sin embargo, tras dos décadas de cavilaciones, en ocasiones sospecha que su comportamiento se había parecido al pecado, el pecado del orgullo. ¿Había decidido de verdad que Alá no tenía compasión, ni tan siquiera por una apóstata? Sí, a veces teme que su dolor por la muerte de Sofía, y en el pasado

por sus dudas y su renuncia, lo empujaron a cometer algo parecido a una ofensa. ¿Cómo puede estar seguro de que la extensión de tierra que se convirtió en su tumba no se alegró de su muerte, «que se había engalanado como una novia, exultante por tener que acogerla tan pronto», tal y como dicen los libros de devoción espiritual sobre los virtuosos?

Sofía había fundado la escuela con él y había impartido clase en ella, pero las primeras discrepancias no tardaron en surgir y al final ella dejó de dar clase cuando él expulsó a un alumno al descubrirse que su madre era prostituta.

Rohan levanta las persianas de listones y dirige la mirada hacia las vías del tren y la Gran Carretera Principal, que discurren en paralelo. La eternidad suspendida sobre el tiempo humano, las estrellas brillan sobre el mundo como granos de luz, este mundo que ella amaba y que calificaba como el único paraíso que necesitaba. Mientras se prepara para la ceguera, graba todos los recuerdos en su memoria, del mismo modo en que ella lo grababa todo en papel, pintando las flores y los pájaros del jardín en su mente, y cuando ya hacía varios años que ella se había ido el jardín tenía un aspecto extraño, como si le hubiera sucedido algo importante. Los tilos y las acacias parecían llorar su muerte, así como el palisandro y el cinamomo, el ficus y los coralitos, y los diversos frutos, bayas y esporas, las semillas duras como pelotas de críquet, o lo bastante ligeras para permanecer a flote durante media hora. Bajo tierra las raíces la lloraban incluso sin haberla visto, y también la teca blanca cuya corteza se desprendía en láminas del tamaño de una pisada, y el limonero que daba veinticinco cestos de fruta al año. Rohan estaba convencido de que todos, así como las lagartijas veloces como el rayo del jardín, la lloraban con él, al igual que las libélulas con el zumbido de sus alas, y los abejorros carpinteros de alas azules y las cadenas negras de las hormigas y los escarabajos con su duro caparazón y los diversos tipos de caracoles. Afligido por la pena había susurrado el nombre de su mujer

mientras caminaba por los senderos rojos del jardín, y la palabra se había desvanecido entre el resplandor fulgurante de los cuervos y las mariposas que flotaban a la luz del sol: la pierrot del Himalaya, la chitralli satyr, las tigre azul y otras más comunes como la leopardo y las macaón y las pavo real. A Sofía le encantaban tanto las mariposas como su mundo, decía: «Dios no es más que un nombre para referirnos a esta maravilla». No existía el alma, solo la conciencia. No existía un plan divino, solo la naturaleza, y nosotros tan solo éramos uno más de los innumerables resultados de su aleatoriedad. Sus últimas palabras fueron: «Echaré esto de menos porque es lo único que hay», luego se fue de este mundo y relegó a Rohan a décadas de temor por su culpa, porque él sabía que el alma sí existía, y no solo eso, sino que respondía ante Alá y su providencial ira. A diferencia de ella, él sabía que los muertos también podían sufrir.

Al llegar a Peshawar, Rohan acompaña a Jeo al hospital donde su hijo pasará el siguiente mes. Después, mientras los primeros rayos del día inundan las carreteras, toma un rickshaw que lo lleva a la casa de su antiguo alumno para dar las gracias a la familia por los libros. Hace mucho más frío aquí en las montañas, a quinientos metros por encima del nivel del mar, se abrocha el abrigo hasta el último botón y se sube el cuello. Ahí fuera hay montañas más altas que los Alpes y los Pirineos juntos. Glaciares que los soldados de Tamerlán tuvieron que atravesar casi a gatas en 1398.

En cierto sentido resulta apropiado que los libros hubieran llegado en un camión pintado con colores llamativos y criaturas mitológicas, con santos y figuras de leyenda, pájaros y guirnaldas de flores. El rickshaw está decorado con unos motivos similares y mientras se adentra en la ciudad se encuentra con una multitud de manifestantes, con las carreteras llenas de hombres de todas las edades y que sujetan carteles y pancartas. Es una manifestación de apoyo a las víctimas de la guerra de Afganistán. A medida que aumenta el número de manifestantes el rickshaw tiene que reducir la velocidad y al cabo de poco ya no pueden avanzar ni retroceder, por lo que Rohan se baja y echa a andar con la muchedumbre que fluye como un río por los bazares y las calles, mientras el sol se filtra entre el ruido y los carteles que la gente lleva en alto. «¿Por qué hubo tres mil judíos que no fueron a trabajar al World Trade Center el 11 de septiembre...?», se pregunta alguien, mientras otro añade: «Occidente quiere arrebatarse las armas atómicas a Afganistán...».

Al final Rohan decide dar media vuelta y regresar al hospital para hacer

compañía a Jeo hasta que acabe la manifestación.

Es más de mediodía cuando llega al hospital. Nadie sabe decirle dónde puede encontrar a Jeo y recorre el laberinto de pasillos, los caóticos pabellones por culpa de la manifestación, que ha desembocado en enfrentamientos violentos con varios heridos y muertos después de que la policía haya abierto fuego. Algunas partes de la ciudad se han convertido en un infierno y las llamas no tardan en llegar a las inmediaciones del hospital. Pregunta por el doctor con el que había dejado a Jeo y le dicen que suba un piso. Un bote de gas lacrimógeno entra por la ventana, explota en las escaleras y lo envuelve en una niebla amarga y asfixiante. De pronto empieza a temblar asustado, lo invade un mal presagio y las lágrimas le corren por las mejillas. Fuera se gritan consignas, sobre la historia antigua y las noticias de la semana, la gente de hoy día se muestra tan consternada por hechos que ocurrieron mil años atrás como la gente que los vivió en carne propia. Tal vez más, incluso. Pero una enfermera esboza una sonrisa mordaz, niega con la cabeza y dice:

—¿Podría hacer el favor alguien de decirles a los manifestantes que en la calle de al lado están repartiendo visados para poder entrar en los países occidentales? Así se dispersarán.

Dobla por un pasillo tapándose la boca con un pañuelo. El doctor está examinando a un periodista inglés que sangra por la cabeza y tiene un brazo roto, víctima de la ira de la multitud. Se encuentra débil pero no para de repetir que no les guarda rencor, que si hubiera nacido aquí él tampoco sería capaz de reprimir su ira ante el primer occidental que viera.

Cuando el doctor acaba con las curas, Rohan se acerca a él y le pregunta por Jeo. El médico le dice que su amigo Mikal y él se fueron hace tres horas. Jeo le había dicho a una de las enfermeras que partían hacia los campos de batalla de Afganistán y quería saber cuáles eran los medicamentos esenciales que se necesitaban allí.

–¿Mikal? –pregunta Rohan, que se toca el entrecejo.

El doctor asiente.

–Sí, era él.

Rohan siente que es demasiado mayor, que no está a la altura de lo que requiere la emergencia, pero aun así se dirige al teléfono más cercano y marca el número de Basie, el hermano de Mikal, que vive en Heer, para pedirle consejo, para decirle que vaya a Peshawar de inmediato. Deben seguir a los dos muchachos hasta la zona de conflicto y obligarlos a volver. Cada minuto que pasa se acercan más y más a la guerra, se sitúan ante la mira de la historia.

Afganistán es un caos. Los talibanes gobiernan con puño de hierro, castigan a traidores, confidentes, espías y aquellos que incitan a la rebelión. Pero la gente se está alzando, animada por la ayuda encubierta estadounidense: los soldados de las fuerzas especiales se desplazan a caballo de una aldea a otra, de pueblos a ciudades, vestidos con *shalwar kameez* y chales y gorras de lana, envalentonando, sobornando y armando a la población. Ahmed murió ahí diez días atrás mientras visitaba a sus amigos talibanes. Un grupo de ciudadanos corrientes lo agarraron a él y a un soldado talibán en la esquina de una calle y los tiraron al suelo. Derramaron hasta el último gramo de ira –por todas las violaciones, todas las desapariciones, todas las ejecuciones públicas, todas las manos amputadas durante los últimos siete años de régimen talibán, todas las niñas de diez años obligadas a casarse con un mulá que les octuplicaba la edad, todos los hombres azotados, todas las mujeres víctimas de palizas, todas las extremidades rotas– en los dos hombres con puños, porras, palos, pies y piedras, y cuando acabaron y se dispersaron no quedó nada de los dos. Fue como si los hubieran devorado.

La puerta se ha abierto y ambos han entrado en el futuro. Jeo está sentado en la parte trasera de la furgoneta con Mikal mientras atraviesan las sombras de las colinas y la meseta. Reducen el uso de los faros al mínimo, por lo que en ocasiones desconocen qué van a encontrar en la oscuridad dentro de cinco segundos. Más tarde, esa misma noche, caen relámpagos que iluminan no solo la tierra y las nubes, sino también el lugar de la mente en el que la línea del miedo cruza los pensamientos, y la tierra refulge y se tiñe de azul unos instantes con una inmediatez cristalina, las vistas se abren como si se tratara de una revelación, dominadas por unas formas negras, sombras acaso, acaso criaturas contra las que solo cabe luchar con armas forjadas por el espíritu, no por la carne, y luego cuando la noche se hace más profunda salen las estrellas y surcan el cielo, lo emborronan con fosforescencia antigua.

Hay diez hombres y todos guardan silencio. Algunos, incluido Mikal, duermen profundamente. De vez en cuando, sin darse cuenta de ello, uno de los que están despiertos empieza a recitar los versículos del Corán que debe de estar recitando en su corazón y la voz se materializa en la oscuridad, pero se desvanece al cabo de unos segundos.

Jeo coge la bolsa de Mikal. Acaricia con los dedos el frío metal de las balas de la pistola. Enciende la pequeña linterna y ve que entre los mapas que ha cogido hay cartas, y sonrío de inmediato, como si volviera a tener dieciséis años, cuando todas las chicas estaban enamoradas de su amigo. Aparta las cartas con cuidado y las deja en la bolsa en el momento en que el vehículo se adentra en una extensión de terreno donde los aviones estadounidenses han

extendido una alfombra de paquetes amarillo chillón de comida. Los paquetes crujen y explotan suavemente al ser aplastados por los neumáticos, y Jeo coge las cartas de nuevo. Al final de una de ellas aparece un nombre que le ha llamado la atención, y ahora también lo ve en otra. Y otra. De pronto siente que le hierva la sangre porque la letra de todas las cartas es idéntica, es la de ella. Es como si el rostro de Naheed apareciera detrás de las frases pero no lo mirara a él.

Mikal se mueve por culpa del ruido que llega de fuera y Jeo guarda las cartas en la bolsa y la cierra con cremallera. Podría ser otra Naheed. ¿Era de verdad su letra?

Tiene que examinar de nuevo las cartas. Piensa en aquella noche, cuando llevaban poco tiempo casados, en que se despertó y la descubrió llorando en la oscuridad. Al cabo de unos meses, la abrazó en el jardín, ella sonrió pero de pronto se le saltaron las lágrimas. ¿Estaba triste por haber olvidado a Mikal durante unos instantes? ¿Se sentía culpable por no amar a Jeo?

Mirarla a los ojos era darse cuenta de que los ojos formaban parte del cerebro. A través de ellos podía ver sus pensamientos. ¿Estaba equivocado?

El conductor tiene una radio Motorola portátil con la que se comunica con las otras dos furgonetas del convoy. A Jeo y Mikal les han dicho que llegarían al centro médico alrededor de mediodía del día siguiente. Los otros ocho ocupantes del vehículo seguirán adelante, ya que tienen otro destino.

Se oyen los aullidos de los chacales a lo lejos.

—¿Estás bien? —pregunta Mikal, que echa un brazo sobre la espalda de su amigo.

—Sí.

Naheed es el milagro de su vida, hecho realidad inesperadamente el año pasado, como si se tratara de un deseo que le habían concedido a él, que se había resignado a una vida solitaria, a que los estudios constituyeran su único horizonte, consciente de que no experimentaría ciertos aspectos de la vida

hasta que se casara, una vez que hubiera finalizado su educación, bien avanzada la veintena. Cierra los ojos y cuando los abre su reloj le dice que ha dormido dos horas. Aún está oscuro pero el vehículo se ha detenido en una cresta elevada y el conductor ha bajado y está buscando algo fuera con una linterna. Jeo piensa en su padre. En ese momento debe de estar despierto y rezando por su madre.

–Nos hemos perdido –dice Mikal, señalando las estrellas–. Se lo he dicho hace una hora, pero no me ha hecho caso. Hace ya un buen rato que vamos en la dirección equivocada.

Sale de la furgoneta con la bolsa al hombro y Jeo lo observa mientras habla con el conductor y señala los mapas y el cielo. Jeo decide salir y unirse a ellos, tal y como hacen los demás, todos envueltos en una manta para protegerse del aire frío; las linternas revelan que se encuentran junto a los restos de una gran fundición de hierro, ya que varios centenares de metros de las colinas están cubiertos con las ruinas de antiguos hornos de esteatita, resistentes al fuego, para fundir el mineral de hierro. Reliquias de las razas budistas que abandonaron estas tierras. Repartidos por el suelo hay varios cubos de pirita de hierro. Y mientras discuten en aquella tierra extraña y bajo aquel cielo extraño, Jeo oye algo que no ha oído jamás, el horrible estallido de los proyectiles disparados por los tanques, explosiones y cañonazos a lo lejos.

–¿Lo oyes?

–Sí –responde Mikal.

–Es una batalla, ¿no?

–Sí.

–Es el mundo –dice otro de los hombres–. Ese es el sonido habitual del mundo, lo que ocurre es que no lo oímos. Solo en algunos lugares.

Se suceden una serie de grandes explosiones y de pronto es incapaz de mirar hacia el lugar en cuestión sin imaginar los pedazos de metal, pequeños

y grandes y de todas las formas, que lo arrasan. Para entonces ya hace tiempo que la luna ha desaparecido, pero hay tantas estrellas que aún arrojan sombras sobre las ruinas sin tejado, y entonces el silencio lo engulle todo y oye en lo alto el débil trino de los pájaros que vuelan hacia el este dibujando una ruta que se asemeja a los trazos de una elegante caligrafía, miles de aves entre la plata ardiente.

–Antes de que nos vayamos tenemos que llenar las garrafas –dice el conductor. Señala a Mikal y Jeo–. Hemos pasado junto a una fuente hace muy poco. Coged las garrafas vacías de la furgoneta y llenadlas. Seguid las roderas de los vehículos y así evitaréis las minas.

–Voy yo solo –dice Mikal.

–No, ve con tu amigo. Os esperamos aquí.

–He dicho que iré solo –insiste Mikal, con un tono tajante que resulta sorprendente–. Quiero que Jeo se quede aquí con vosotros.

El conductor se acerca hasta él, lo agarra de las solapas con sus gruesas manos y Mikal está a punto de perder el equilibrio. Ambos se miran fijamente y en silencio y, de pronto, el hombre lo suelta.

–Haz lo que te he ordenado.

Jeo agarra a Mikal de la manga.

–Te acompañaré.

Cogen las dos garrafas de cuatro litros y siguen las roderas por el camino de piedra y fragmentos de cuarzo, caliza y mica primitivas, pero no logran encontrar la fuente. Sin embargo, justo cuando están a punto de abandonar la búsqueda, oyen el sonido de agua manando que procede del otro lado de un desfiladero, al que se accede tras atravesar una zona de pizarra y basalto. Descienden a otra era geológica y se dirigen al agua cruzando la cicatriz de

un lecho de río seco, empequeñecido entre las grandes rocas que reposan en el mismo lugar donde cayeron hace diez mil años.

–Asegúrate de que la llenas hasta arriba –dice Mikal mientras Jeo sostiene una de las garrafas bajo el hilo de agua que cae de un espolón, un hilo de fina seda que se rompe con el mínimo contacto–. Si cayera más agua se oiría desde un kilómetro de distancia.

Con los pies hundidos en el barro, Jeo se ajusta el gorro cuando se fija en una figura negra sentada en el suelo, a diez metros del lugar donde se hallan. El hombre permanece inmóvil, de espaldas a ellos, pero se encuentra sobre una alfombra de oración y mira en la dirección equivocada. De no ser por ello, Jeo habría creído que estaba rezando.

Se dirigen hacia el hombre sin dejar de enfocarle la espalda con la linterna. Las pequeñas piedras que cubren el suelo brillan bajo los rayos de luz como si estuvieran envueltas con papel de aluminio. Atraviesan la superficie lunar y Mikal carraspea para alertar al desconocido. Se acercan hasta él y ven que tiene un trozo de cartón clavado en el pecho con la punta rota de una lanza, entre la quinta y la sexta costilla.

Jeo arranca la lanza y cae un reguero de sangre sobre el regazo del hombre.

–Creía que los muertos no sangraban –dice Mikal, que retrocede un paso.

–Y así es. Pero el lado derecho del corazón retiene sangre líquida después de la muerte y la lanza debió de atravesarlo.

Le entrega el cartel de cartón a Mikal, que sabe pastún.

–Dice: «Esto es lo que les sucede a aquellos que traicionan a los talibanes, hijos amados de Dios».

Mikal ilumina la oscuridad que los rodea con la linterna, recorre los distintos estratos de las colinas alineadas de noroeste a sudoeste.

–Deberíamos irnos.

Jeo se quita la manta, tapa el cadáver y se levanta.

–Ya rezaremos una oración por él más tarde.

Cuando regresan con el agua descubren que las tres furgonetas se han ido. Sobre el suelo, que levanta una nube de polvo a la menor pisada, las huellas de los neumáticos se pierden en la oscuridad y ambos permanecen inmóviles y en silencio durante unos minutos.

–Todas mis posesiones estaban en la furgoneta –dice Jeo–. El teléfono vía satélite, la bolsa con el material médico, mi ropa.

Mikal aún tiene la mochila a la espalda y mira hacia las estrellas, examinando su posición. Mientras tanto, al otro lado de las montañas, siguen los combates.

–Ha pasado algo y han tenido que irse de inmediato. Volverán a buscarnos.

–No volverán.

Jeo mira a Mikal.

–¿Qué quieres decir?

–Que querían abandonarnos aquí, por eso han insistido en que me acompañaras. –Mientras habla, vuelve la mirada hacia la oscuridad, como si se dirigiera a la noche–. Creo que nos han intercambiado por armas. ¿O tal vez por dinero? Los talibanes necesitan soldados, refuerzos, y creo que somos dos de ellos.

–Esto ya lo dijiste en Heer. Te equivocas.

–Creo que deberíamos irnos de aquí cuanto antes. Vendrá a buscarnos alguien para llevarnos al campo de batalla.

–¿Quieres caminar de noche? ¿Es que pretendes matarme?

–¿Qué?

–¿Pretendes matarme?

Jeo le quita la linterna, lanza una mirada acerada a la oscuridad y luego mira a su amigo a los ojos.

–¿Por qué estás aquí en realidad? ¿Por qué decidiste acompañarme de repente?

–¿Es que te has vuelto loco?

Jeo da un par de pasos al frente e introduce la mano en la mochila.

–Dame los mapas.

Mikal retrocede y mira alrededor.

–Ya los cojo yo –dice.

Se quita la mochila del hombro y hurga en ella de espaldas a su amigo. Jeo pasa la semana en la facultad de Medicina de Lahore y vuelve a casa el fin de semana. ¿Se ven Mikal y Naheed en su ausencia?

–Sabes que no soy un soldado –dice Jeo en voz baja, mientras Mikal le entrega los mapas.

–Te obligarán a combatir, Jeo. Han pagado por ti. Tenemos que alejarnos de aquí cuanto antes.

Al cabo de treinta minutos, sumidos en la más absoluta oscuridad, encuentran una cueva y la enfocan con sus linternas, iluminan las paredes curvas de roca en las que aparecen incrustados fragmentos minerales pulidos que reflejan sus ojos y parte de su rostro hasta el techo: una estela fulgurante roja y amarilla en los lugares por los que pasa el haz de la linterna. Se apodera de ellos la intensa sensación de que han quedado encarcelados en la montaña y que ahora deben moverse en su interior.

Jeo coge una brazada de leña polvorienta y Mikal los excrementos secos de golondrina que hay al fondo de la cueva. QUITAN el mecanismo que produce la chispa de un mechero al que se le había acabado el gas, encienden un fuego y se frotan las manos ante las llamas, se restriegan la ropa mientras sus reflejos los observan desde el otro lado de la montaña.

–Mikal, tenemos que volver y enterrar el cadáver.

–Lo sé.

Jeo se levanta para ir a buscar más madera y se dirige hacia el montón alto de rocas que conduce a las profundidades de la cueva, donde encuentra un

generador de electricidad y una caja de cartón llena de bombillas de cristal. Cuando regresa con la caja, Mikal está rodeado por un grupo de hombres armados, vestidos de negro como seres surgidos de la más absoluta oscuridad. Uno de ellos le hace un gesto con la pistola para que Jeo se sitúe junto a su amigo.

–¿Qué es eso que tienes en las manos?

–Acabo de encontrarlo. No sé qué es.

Uno de los hombres examina el contenido de la caja mientras los demás observan a Jeo y Mikal con un lento movimiento de los ojos.

–¿Estáis intentando enviar señales a los americanos?

Uno de los hombres dice que hace poco ha visto una hilera de bombillas eléctricas en una meseta, a las afueras de su aldea, conectadas a un generador de gas. Las bombillas brillaban en el suelo y entonces aterrizó un helicóptero, que se había guiado gracias a ellas, y del aparato bajaron varios hombres blancos vestidos con vaqueros y que llevaban ordenadores, armas y unas bolsas de lona negra muy pesadas. Se fueron con el señor de la guerra que controlaba la aldea, un hombre leal a los talibanes que ahora defendía a los estadounidenses. No le cabía ninguna duda de que las bolsas de lona negra estaban llenas de dólares, dinero con el que los habían comprado.

–No tenemos nada que ver con los americanos –dice Mikal.

Jeo podría haberles enseñado el material médico, pero estaba en la furgoneta. Les dice que está estudiando para ser médico y que ha ido hasta allí para ayudar a sus hermanos y hermanas afganos.

–¿Quién de vosotros es Jeo y quién Mikal? –pregunta uno de los hombres, que los mira con recelo–. Nos han dicho que uno de vosotros conoce el lenguaje de las estrellas.

–¿Cómo sabéis nuestros nombres?

–Nos hemos cruzado con el convoy que os transportaba. Ahora vendréis con nosotros.

La mitad de la luz de los espejos de colores esparcidos por las paredes de la cueva ha quedado oscurecida por la ropa negra que llevan esos hombres.

Fuera arrecia el frío en la oscuridad debido al sol que aún no ha salido, mientras el lucero del alba se alza en el cielo. Hay varios camiones aparcados entre las rocas y sus ocupantes descienden, abrazan a Jeo y a Mikal y los llaman «hermanos». Todos rezan las oraciones previas al amanecer, mirando hacia la densa oscuridad del oeste.

Cuando despunta el sol se dibuja un largo abanico de luz, momento en el que todos suben a los camiones y el convoy se pone en marcha. El techo metálico está perforado con una hilera regular de agujeros de bala, en el lugar en el que uno de los muchachos, presa de un acceso de locura, abrió fuego contra un helicóptero estadounidense, incapaz de contener su ira.

–¿Cuántos años tienes? –le pregunta Mikal al chaval que está sentado junto a él.

–Dieciséis.

Mikal estira el brazo y le palpa la nuez.

–Tienes doce años. Trece como mucho.

Armados de valor y de un elevado sentido del deber, los nuevos muchachos son guerreros y veteranos de varios campamentos de entrenamiento de la yihad. Los invade una sensación de alivio y un estímulo contenido cuando piensan en que están a punto de participar en un combate sagrado. Su ropa está impregnada de sudor y polvo, los zapatos están en mal estado y tienen la piel ajada. Hablan muy seriamente de las cruzadas y de la yihad, de armas legendarias y de guerreros famosos, y provienen de todos los rincones de Pakistán y del mundo islámicos: hay egipcios, argelinos, saudíes y yemeníes, de edades comprendidas entre los dieciséis y los veinticinco años, reclutados mediante una fetua promulgada por un clérigo saudí, el jeque Al Uqla, una

fetua en la que alababa a los talibanes por crear el único país del mundo que no se regía por leyes creadas por el hombre. También hay uzbekos y chechenos, y un grupo del norte de Inglaterra, varios de los cuales llevan los turbantes sobre gorras de béisbol para que les resulte más fácil quitárselos. Entre ellos hay un paquistaní que solo quiere atrapar a un soldado estadounidense para llevarse la recompensa que ofrece Osama bin Laden, cien mil dólares por soldado, más de un millón de rupias.

Tan solo interrumpen el viaje para rezar las oraciones de mediodía y de la tarde, viajan todo el día y al anochecer llegan a una aldea de casas de barro, situada en la zona inferior de la ladera. El fuerte que hay en la cima es el cuartel general de los talibanes y atraviesan el poblado de camino a él, aunque reducen la velocidad debido a lo estrechas que son las calles, mientras los hombres y las mujeres se apartan a un lado al ver el vehículo talibán, abrazados a la pared con la mirada gacha. Las puertas y ventanas de muchas casas están astilladas por culpa de las balas, y comprueban que no hace mucho han alineado a una serie de personas frente a un muro y las han fusilado, ya que todavía quedan restos de sangre en las paredes. Una de las manchas está a la altura de la cabeza de un niño.

Un perro gris ladra al camión y un soldado talibán baja de un salto, le da una patada bajo la mandíbula y entonces, cuando el can se recupera y le gruñe, lo mata con su AK-47, lo que provoca que el camión se detenga bruscamente y el conductor asome la cabeza por la ventanilla para juzgar la situación. Le ordena al soldado que monte de nuevo, pero en ese preciso instante se oye un tintineo que procede del interior del burka de una de las mujeres que se encuentran junto a la pared: una pulsera o un pendiente. En cualquier caso, se trata de una joya y todos lo han oído. El conductor desliza la mano bajo el asiento, saca un látigo de cuero con docenas de monedas

cosidas que mide unos dos metros de largo, baja del vehículo y exige saber quién lleva las ruidosas joyas que incitan a los hombres de fe con sus artimañas.

–¿Quién es?

Las mujeres se apiñan y el conductor lanza varios latigazos contra el amasijo de tela azul y sucia, da vueltas alrededor del grupo para atizar a la que grite, mientras que el otro soldado le abre la cabeza con su AK-47 al hombre que ha tenido la osadía de intervenir.

–¿Acaso no eres musulmán? ¿Acaso Alá no prohíbe que las mujeres lleven joyas?

Los guerrilleros del camión observan el castigo imbuidos de un sentimiento de justicia que se dibuja en su rostro, y uno de ellos le suplica a Alá que impida que alguien peque.

Mikal tira de la manga de Jeo.

–A tu izquierda. –Apenas mueve los labios.

Jeo mira en esa dirección, pero no está muy seguro de lo que debe buscar.

–¿Lo has visto? –susurra Mikal.

Jeo niega con la cabeza.

Mikal lanza una rápida mirada.

–Se ha ido.

–¿Quién?

–Un americano.

El hombre blanco se encontraba en la ventana de un piso superior, al otro lado de la calle. Lo ha visto un instante, pero de pronto Mikal ha sentido un escalofrío. «Están aquí. Están organizando un ataque contra el cuartel general de los talibanes.» El lugar al que los llevan a ellos.

Mientras avanzan hacia el fuerte, aparece otro perro escuálido que los

sigue durante un trecho, luego se detiene y se los queda mirando. Hay marcas de oruga bajo la nube de polvo que conduce hasta la puerta alta en forma de arco del fuerte. El camión la atraviesa y se detiene ante un complejo de edificios del interior, la puerta se cierra tras ellos y bajan con las extremidades entumecidas.

Se llevan de inmediato a Jeo para que atienda a un grupo de soldados talibanes heridos. A Mikal le escuecen los ojos por culpa del cansancio, pero aun así observa con detenimiento el muro: mide algo menos de diez metros de alto y debe de tener unos seis metros de grosor. A lo largo del parapeto hay huecos para las armas, lo bastante anchos para permitir que tengan un amplio ángulo de tiro.

No ve a Jeo hasta que todo el mundo se reúne en la mezquita del fuerte para la oración nocturna.

–Hay más de ciento veinte hombres aquí –le dice Mikal–. Hasta hace dos días había varios centenares, pero han partido para actuar como refuerzos en una importante batalla que se está librando en una aldea no muy lejos de aquí. Se han llevado tanques y blindados.

–Háblame del americano.

–Van a atacar el fuerte.

–He oído que había unos cuantos miembros de Al Qaeda aquí –dice Jeo–. Pero desaparecieron poco después del once de septiembre.

–Podríamos intentar robar un camión.

El fuerte es, inevitablemente, el lugar más odiado y temido de la región. La gente de la aldea no mostrará piedad cuando lo tomen gracias a la ayuda de los refuerzos y las armas estadounidenses.

–Por la mañana les pediré una pistola, y quiero que aprendas a dispararla.

–No.

–Jeo. No voy a disparar a nadie si puedo evitarlo. Solo quiero que memorices su funcionamiento y que no te desprendas de ella.

–Cuando asalten el fuerte y vean que tengo una pistola en la mano creerán que soy el enemigo.

–No se fijarán en ese tipo de detalles. Ya has visto cómo los tratan los talibanes. No dejarán ni un gorrión con vida.

Mikal se despierta con la sensación de que alguien lo está mirando a través de la oscuridad. Comparten el dormitorio con un grupo de jóvenes, unos colchones mugrientos e infestados de insectos. Una mano le ha rozado la cara, tal vez una uña ha estado en contacto con un botón metálico de su abrigo. Estaba utilizando la mochila de almohada y ahora se da cuenta de que ya no la tiene. Se lleva la mano al bolsillo y saca la linterna. Tapa el cristal con la mano para amortiguar la intensidad de la luz, la levanta, una piedra resplandeciente en su mano. Ilumina los cuerpos dormidos con un débil haz de luz. Jeo no está en la habitación.

Sale a la noche, seguido por la luna mientras atraviesa el amplio patio, intentando no apartar el haz de luz del suelo. La zona rodeada por los muros del fuerte tiene el tamaño de un pequeño vecindario: hay establos, campos de maíz y trigo, un arroyo y un jardín de rosas.

–¿Jeo? –susurra en varias ocasiones.

Intenta abrir las puertas de los camiones aparcados cerca de la entrada, pero están todos cerrados, nota el metal helado al entrar en contacto con la yema de sus dedos. Uno de los establos está lleno hasta las vigas de armas: granadas, cohetes y armas de fuego, cajas de munición, cualquier artilugio concebido para matar, incluso rifles Lee Enfield con fechas grabadas en las bayonetas (1913), de la época en que los británicos intentaban hacerse con el control de la zona. Se lava la cara en el arroyo para no perder la concentración. Al volver por el jardín de rosas encuentra una carta partida por la mitad, escrita hace un año por una mujer de la aldea que hay un poco más

abajo, dirigida a Naciones Unidas, en la que dice que es maestra y que está viviendo un infierno, «he escrito 197 cartas en los últimos cinco años, ayúdenos, por favor...». Alza la mirada hacia la oscuridad y se orienta al localizar Casiopea al norte y los dos diamantes unidos de Orión al oeste; observa el cielo como si fuera a revelar el designio secreto del mundo. Al este se encuentra el planeta Venus.

–¿Jeo?

Se dice que el Ángel de la Muerte no tiene orejas para que no pueda oír las súplicas de nadie.

–Sí.

Mikal lo encuentra con la linterna.

–¿Tienes mi mochila?

–No. Creía que te la habías llevado a alguna parte.

–Ha desaparecido.

–Eres un mentiroso detestable. –La voz surge de la oscuridad.

Aparecen ante ellos dos hombres armados con Kaláshnikov.

–¿Qué hacéis aquí? –Sus palabras envueltas por un velo reluciente de vaho.

–No podíamos dormir.

Los hombres dan un paso al frente. Van vestidos con ropa paquistaní, pero salta a la vista que uno de ellos es uzbeko.

–Te preguntamos si tenías algún mapa y dijiste que no, pero acabamos de encontrarlo en tu mochila –le espeta el uzbeko a Mikal en punyabí.

–Son suyos, no míos. Me preguntasteis a mí, no a él.

–Se los di para que los guardara –dice Jeo.

–¿Alguno de los dos tiene dinero?

–Un poco, para ir tirando.

–¿Y dólares?

–No, nada de dólares.

–Eres un mentiroso detestable.

–¿Qué hacéis aquí en mitad de la noche? –pregunta el otro–. Si estuvierais en nuestro lugar, ¿no creeríais que estáis espiando para los americanos?

–Hemos salido aquí a hablar. No queríamos molestar a los que dormían.

–¿Por qué mirabas hacia arriba? ¿Crees que van a llegar aviones americanos? ¿Por qué no querías que encontráramos los mapas? Mientras hablamos, tus hermanos y hermanas están muriendo asesinados en todo Afganistán y tú eres demasiado egoísta para ayudar.

–Eso no es verdad –tercia Jeo–. Estamos aquí porque queremos ayudar.

–El islam está en la situación en que está por culpa de egoístas como vosotros.

–Dadme un mapa y quedaos los demás.

–De gente que no quiere hacer sacrificios –dice el uzbeko con desdén–. Ahora regresad al dormitorio y no volváis a salir.

Regresan a sus colchones y no se mueven hasta el amanecer cuando, estremecidos de frío, todo el mundo se dirige a la mezquita para rezar las oraciones, y mientras se alza el sol empiezan los ejercicios con gritos de «¡Dios es grande!» tras cada esfuerzo, disparando balas contra guías telefónicas de ciudades paquistaníes empapadas en agua, una prueba de que los talibanes recibieron el apoyo y la financiación del gobierno y el ejército paquistaní, y luego, tal y como esperaba Mikal, los talibanes anuncian que un confidente de la aldea los ha avisado de que el fuerte está a punto de sufrir un ataque.

Evacuar el fuerte es imposible, ya que los caminos están bloqueados. Fuera hay una multitud de hombres de la media docena de aldeas que rodean el fuerte, un destello de bayonetas en un círculo ininterrumpido alrededor de la base de la colina.

A pesar de que ha salido el sol, una luna de ceniza blanca brilla en el cielo.

Mikal siente que la masa de la guerra se desplaza hacia ellos, que únicamente disponen de las manos para contenerla. Necesita las balas para su Beretta y tiene que buscarlas en su mochila, por lo que se ve obligado a preguntar a todo el mundo y se dirige de un lugar a otro casi corriendo. El fuerte fue utilizado en la década de 1980 por los soldados soviéticos para encarcelar y torturar a la población, y hay pintadas en ruso en varios muros. Alguien le contó ayer a Mikal que hay un esqueleto encadenado a una pared en una sala subterránea, lo que le hace pensar en su padre en el fuerte de Lahore.

–Tu amigo Jeo también andaba preguntando por la mochila hace un momento –le dice un hombre, que abre la puerta del arsenal que Mikal vio anoche; poco después amontonan las armas bajo una morera.

Algunas tienen que arrastrarlas y dejan un amplio rastro tras ellas. Permanece inmóvil durante un rato, observándolo, mientras intenta aclararse las ideas. Y entonces, cuando se dirige hacia allí a toda prisa, recuerda haber seguido un rastro similar al de una víbora que un hombre santo había dejado en las calles: un faquir, un nómada. Por aquel entonces Mikal debía de tener unos ocho años y había oído decir a alguien que el hombre santo poseía cierto parecido con su padre, con su cabeza de león triste y sabio. Como penitencia por un grave pecado cometido en el pasado, el mendigo recorría Pakistán atado con unas largas cadenas que colgaban en círculos del cuello y de las muñecas, y las arrastraba también por los tobillos; Mikal decidió ir a buscarlo, siguiendo su rastro durante kilómetros, pero no pudo dar con él. Fue la primera vez que se alejó de casa, y Basie y su madre se entregaron a la desesperación en las habitaciones pintadas de la casa.

–La mitad de estos chicos no son soldados –le dice Mikal al jefe talibán–. Estarían mejor si trataran de pasar desapercibidos.

–Estarían mejor, pero no es esa nuestra causa –dice el hombre–. Todo el

mundo debe luchar. Esto forma parte de los planes de Alá –añade de forma tajante.

Su mente no halla indicios de una orden superior en ninguna parte. Se encuentran en un lugar que resulta aún más agreste por su distancia del mundo real, una tierra fronteriza fría y yerma.

De entre las armas que hay bajo la morera –el sol ha ahuyentado el frío del metal y ha aparecido una mariposa para contagiarse del calor de un protector del gatillo–, elige dos subfusiles de asalto Type 56 chinos y empieza a buscar a Jeo. Las hojas de la morera, con sus perfiles formados por un sinfín de curvas bruscas, siempre le han despertado las ganas de dibujarlas. No es de extrañar que la madre de Jeo no pudiera resistirse a pintarlas.

En el dormitorio deja uno de los subfusiles en el suelo y se pone a examinar el otro, pero alza la cabeza en cuanto aparece Jeo en la puerta.

–Cógelo. –Señala el subfusil que hay en el suelo–. Me aseguraré de que no tengas que usarlo. Haré todo lo que pueda, pero si no queda otra alternativa, quiero que aprendas a manejarlo.

Fuera, oye gritar a los muchachos «¡Alá es grande!».

Jeo permanece inmóvil y lo mira desde la puerta. Tiene un pedazo de papel en la mano izquierda, medio arrugado en el puño.

Mikal se dirige hacia él y le tiende el arma.

–Tienes que intentar disparar al enemigo justo por debajo de la nariz. Así, la bala cortará el tronco encefálico, la mano quedará paralizada y no apretará el gatillo, ni tan solo como acto reflejo. –Cuando tenían doce años habían construido un ordenador juntos. Cierra los dedos de Jeo en torno al subfusil–. Mantén la mano derecha aquí...

Una gota de agua cae en su muñeca, levanta la mirada, confuso, y ve los ojos de Jeo, teñidos de una extraña luz.

–Mi padre... –dice Jeo.

–¿Qué?

Jeo levanta la mano del papel y Mikal ve que es una de las cartas de Naheed.

–Mi padre... –repite Jeo, que saca las demás del bolsillo.

–Son cartas antiguas. De antes de que os casarais. Puedes comprobarlo por las fechas.

Pero Jeo tiene la cabeza en otra parte.

–Mi padre... –Tiembla y tiene la respiración entrecortada cuando mira a Mikal con expresión aterrorizada–. ¿Mi padre fue el responsable de la muerte de mi madre? –Repasa las cartas rápidamente–. Lo dice aquí... –No encuentra la que busca y las suelta, las deja caer todas y lanza una mirada de súplica a su amigo–. ¿Mi padre mató a mi madre?

Mikal niega con la cabeza.

–Eso no es lo que sucedió.

Arrodillado entre los papeles esparcidos en el suelo, Jeo aparta algunas cartas para dar con la que le interesa, lee frases sueltas, buscando por ambas caras.

–Ella se estaba muriendo y tu padre no quería que fuera condenada para la eternidad. Le quitó los medicamentos hasta que ella renegó de sus dudas y la obligó a abrazar a Alá de nuevo antes de que fuera demasiado tarde. Algunos dicen que sufrió un infarto en esos momentos... Debido a la falta de medicación... –Se lleva las manos a la frente–. Oh, Dios. ¿Por qué las has leído?

Se dirige hacia él, pero Jeo profiere un rugido contenido.

–Aléjate de mí.

Mikal se detiene.

–Naheed...

Jeo deja caer las cartas, una de las cuales tiene siete flores de colores

pegadas, como si fueran manchas. Las había cogido en el jardín de Rohan, sin saber que habría de casarse con Jeo al cabo de unos meses.

–Te ama –dice Mikal.

Jeo se pone de pie y lo empuja con fuerza contra la pared.

–¿Cómo lo sabes?

El arrebatado deja sin respiración a Mikal, que se golpea la cabeza contra la pared de un azul intenso. Jeo ha cogido el arma e intenta averiguar cómo funciona sin dejar de apuntar a Mikal. El subfusil puede disparar cuatrocientas balas por minuto y al final cobra vida. Jeo aprieta el gatillo durante dos o tres segundos, lo suficiente para disparar treinta balas, que trazan una línea curva de esquirlas en la pared que hay detrás de Mikal.

Durante unos instantes, el corazón desbocado de Mikal es el único punto de referencia en la oscuridad informe que inunda sus ojos. Los casquillos vacíos caen al suelo con el ruido de una cadena. Tú le dijiste al mendigo que añadiera un eslabón a las cadenas que colgaban de su cuerpo por ti, un eslabón que representaba una necesidad tuya, un deseo. Y mientras vagaba, rezaba por la necesidad de alivio. Si el deseo se cumplía, el eslabón desaparecía milagrosamente del faquir y la cadena se hacía más corta. Para él era una prueba de que Alá se había apiadado de él y había decidido aliviar su carga, de que lo había perdonado un poco por su transgresión.

Y ahora oyen, Mikal y Jeo, lo que no han oído antes: las granadas propulsadas por cohetes que han lanzado contra la puerta principal. Oyen las astillas de la madera que estallan cuando la puerta cede.

Durante unos segundos reina un silencio sepulcral y entonces más de mil guerrilleros atraviesan el polvo y el humo en un intercambio de disparos, disparan y reciben disparos, besan sus armas antes de apretar el gatillo y ambos bandos gritan el nombre de Alá. El pánico se extiende como en un

banco de peces cuando se produce un sonido que procede de un lugar inesperado. Ruidos de las bocas de los humanos y de las armas. En forma de gritos, en forma de balas, como si los hombres gritaran a las armas y las armas les devolvieran los chillidos. Mikal sabe que llegarán al dormitorio dentro de menos de cinco minutos. «Recuerda –se dice a sí mismo–. Ráfagas breves y controladas.» Se vuelve hacia el lugar donde ha visto a Jeo por última vez, hace tan solo un segundo, acaso una vida entera.

Jeo está paralizado, pero entonces empieza a recoger las cartas de Naheed. Se dirige al otro extremo del dormitorio para guardarlas en un hueco de la pared.

Seis talibanes entran y cierran la puerta a cal y canto. Ocho seres humanos y su destino.

–Ninguno de vosotros puede morir hasta que haya matado a veinte enemigos –dice uno de ellos, el conductor que los llevó hasta allí, el dueño del látigo de cuero reforzado con monedas saudíes.

Mikal se agacha junto a la ventana y levanta la cabeza para mirar fuera. Habitaciones, camiones y árboles están ardiendo, al igual que la cúpula dorada de la mezquita, y le resulta increíble la intensidad de la lucha, los cientos de armas que abren fuego al mismo tiempo. Los atacantes logran avanzar y actúan con brutalidad contra todo aquel que se interpone en su camino. Creían que habría más talibanes y, decepcionados ante el pequeño número, descargan la ira, la violencia y las balas destinadas a varios hombres en tan solo uno. Cada hombre muere diez, veinte o treinta veces.

Alguien intenta derribar la puerta y la madera recibe unas fuertes embestidas. Desde hace un buen rato hay un herido fuera que grita de dolor:

–¡Socorro, que alguien me ayude, que alguien me ayude, por favor!

Una granada disparada desde el otro extremo del patio impacta contra la

pared del dormitorio, queda alojada en su interior, incluso sobresale la mitad del proyectil, pero no estalla. Permanece allí y empieza a vibrar. Arena y escayola caen al suelo, y sobre el hombre que se encuentra justo debajo de la granada. Él, y Mikal y Jeo, y los demás, observan el proyectil cautivados durante unos segundos, sus vidas reducidas a una sensación de miedo y embeleso. Debería haber explotado, pero no puede porque la pared la constriñe. En lugar de eso empieza a arder, derrama una llama líquida brillante sobre el pecho del hombre que hay debajo con un silbido penetrante que rebota en las paredes.

Se produce el impacto de la segunda granada, que queda atrapada en la pared justo encima de Jeo y Mikal, y también vibra pero sin hacer ruido. Tan solo se oye un zumbido, el sonido de lo irrevocable más allá de cualquier ilusión. Mikal despierta de su parálisis y aparta a Jeo del lugar. Como hace un rato que no oyen golpes en la puerta, Jeo la abre y echa un vistazo fuera mientras Mikal coge las cartas de Naheed. La nuca de Mikal se tiñe de sangre, Jeo mira hacia atrás y lo ve caer. El pasillo está inundado de un humo espeso y la muchacha que irrumpe en él y corre en dirección a Jeo le lanza una mirada salvaje, sus ojos irradian poder. ¿Cuándo fue la última vez que vio a una mujer? La punta del puñal de treinta centímetros atraviesa la mejilla izquierda de Jeo, en el hueco que hay entre la mandíbula superior y la inferior. El afilado metal atraviesa el paladar y llega a la base del cerebro. La hoja impacta contra la base del cráneo, la perfora, y produce un chirrido cuando lo extrae. Jeo oye ambos sonidos, en el interior, entre los oídos. El dolor que siente es inconcebible, jamás podría haberlo imaginado.

–Esto por lo que le hicisteis a mi marido –dice la chica, armada con las ansias de venganza que nacen del amor.

Una parte de la mente de Jeo se fija en la belleza de la chica, en las flores

de su vestido. Ha caído con la cara de lado y ve que Mikal yace boca abajo en el otro extremo del dormitorio, y la sangre brota de su boca como si fuera algo que estuviera diciendo, sus últimas palabras.

Qué fácil es crear fantasmas, piensa, mientras empieza a morir al cabo de un minuto y nota que su mente cierra una sala tras otra, el recuerdo de Naheed en cada una de ellas. Y a pesar de todo significa mucho haber amado. Justo antes de que el mundo se desvanezca, nace en él la esperanza de que esto no haya sido todo, de que pueda regresar de algún modo.

Levanta el brazo y recuerda cuando este era un ala.

«Noche» era la palabra empleada para referirse al largo período durante el cual Mahoma no recibió ninguna revelación de Alá.

Naheed está en casa de su madre, no puede dormir y fija la mirada en la oscuridad. Hace cinco días recibió una llamada de teléfono de Rohan, desde Peshawar, y le dijo que Jeo y Mikal se habían fugado a Afganistán. Basie y su mujer, Yasmin, la hermana de Jeo, partieron de inmediato a Peshawar para ayudar a Rohan. Siguen allí, buscando, y llaman a Heer todas las noches, pero no tienen noticias.

Suena la alarma del reloj para despertar a su madre, Tara, para que rece las oraciones antes del amanecer. No se pueden fiar de la llamada amplificada de los altavoces situados en los minaretes de la mezquita porque a veces hay cortes de electricidad. De modo que Tara pone la alarma como medida de precaución.

Sin embargo, su madre no se ha despertado. Sucede en ocasiones, cuando se ha ido a dormir tarde para acabar algún trabajo de costura, con la espalda encorvada sobre la máquina de coser.

Naheed no la despertará. ¿Qué pasa si falta a una oración? Alá lo entiende. A veces Naheed incluso se levanta en plena noche y desconecta la alarma para que no suene. Que descanse.

Se incorpora y siente la necesidad de estar en la habitación en la que duerme con Jeo, que tiene una serie de diminutas cicatrices en el pecho, en el lugar donde de manera fortuita se rompieron sus pulseras de cristal la noche de bodas. Allí donde un hombre tiene la piel suave, es mucho más suave que

en cualquier otro lugar del cuerpo de una mujer. Naheed lo descubrió acariciando el cuerpo de Jeo.

Tras invocar la protección del ángel que vela la quinta hora de la noche, sale a la oscuridad. Mira hacia abajo desde el balcón, y oye la salpicadura del agua cuando el dueño del edificio, Sharif Sharif, realiza las abluciones en el piso de abajo. Gélida en invierno, y abrasadora en los meses de verano, Naheed se crió en esta habitación del primer piso que Tara tiene alquilada.

Baja en silencio y levanta la mano para abrir el pestillo de la puerta de la calle.

–¿Adónde vas a estas horas?

Ella no se vuelve.

–Tengo que ir a buscar algo a la otra casa.

–¿A estas horas? –insiste él–. Espera, te acompaño.

–No es necesario, está cerca de aquí.

Con unos brazos y unos hombros fuertes como los de un sepulturero, el enorme cuerpo de Sharif Sharif rezuma una tensión animal y se distingue por su porte erguido. Cuando Naheed entró en la adolescencia, el comportamiento de aquel hombre hacia ella tomó un giro inadecuado. Un día del año pasado, Sharif Sharif subió a su piso con un libro y le preguntó si conocía el significado de la palabra inglesa que había subrayado. Cuando Tara volvió de hacer un recado, Naheed le contó el incidente. Su madre reaccionó con calma, pero era obvio que estaba asustada. Después de pensar en lo sucedido durante varias horas, Tara fue a ver a Rohan, que, sin que Naheed lo supiera, había prometido unos años antes que la convertiría en su nuera.

–Soy demasiado mayor y estoy muy débil para cuidar de ella –dijo Tara–. Tiene dieciocho años, es una mujer adulta y te pertenece. Te pido que hagas algo.

Su miedo irrefrenable desembocó en la boda de Jeo y Naheed al cabo de

dos semanas, y Naheed se mudó a casa de Rohan.

Teme que la estén siguiendo. Podría ser el sonido de sus pisadas, que resuenan de un modo distinto en el silencio, que se oyen más que durante el día. Acelera el paso y dobla en la siguiente esquina. Cuando mira hacia atrás se convence de que puede ver una figura en las sombras, unos cuantos metros detrás de ella. Reprime las ganas de echar a correr, dejando tras de sí la estela del velo, pasa frente a la tienda que, según se dice, visitan los genios a altas horas de la noche para comprar barras de incienso y perfume. Abriga la esperanza de que el vigilante del barrio esté haciendo la última ronda. La palabra inglesa que Sharif Sharif había subrayado era «desnudo».

El aire es frío y azul y la calle parece blanca como la sal bañada por la luz de la luna. Cuando abre el candado de la puerta de Rohan, aparece un saluki gris y la mira desde el otro lado de la calle. El animal inclina la cabeza y luego tal vez aparece un hombre tras él, y cuando Naheed vuelve a mirar ambos se han desvanecido. Oculta bajo varias capas de oscuridad, a cual más intensa, atraviesa el jardín, los caminos se bifurcan, regresan, desaparecen en todas las direcciones, inundados por las sombras, y hay movimientos y sonidos en lo alto, pero podrían ser pájaros atrapados en las trampas. El perdonador de pájaros no ha vuelto tal y como prometió que haría. Los primeros pájaros debieron de caer en la trampa el día que Jeo se fue, por lo que a buen seguro estarán muertos.

Abre el pestillo de la puerta de la habitación. Se acerca a la ventana para mirar al jardín, los caminos que de noche conducen a las constelaciones del estanque o al reflejo resquebrajado de la luna cuando la hay. Al cruzar el suelo de baldosas de la galería, el saluki se detiene y mira en su dirección y Naheed se queda quieta, incapaz de recordar si los perros ven de noche. El

sabueso avanza pero ella no está segura de oír algún gruñido, no está segura de oír pasos humanos intermitentes justo fuera de la habitación.

El sol ha salido y Naheed cruza el jardín con una silla. La deja bajo el gran cinamomo, apoyada en el tronco nudoso y retorcido, como si estuviera librando una batalla con una fuerza invisible. Encaramada a la silla alza la mirada a las hojas altas, que resplandecen iluminadas por los primeros rayos de sol del alba. Los haces brillantes caen sobre su rostro como parches de calor. Con unas tijeras en la boca, se pone de puntillas y empieza a trepar; las suelas se aferran a la áspera corteza mientras las manos se agarran a las ramas y a los agujeros que han dejado los nudos, a ramas gruesas como extremidades humanas, que hacen que se sienta como si la estuvieran ayudando a trepar. Los trinos de los pájaros se convierten en un batiburrillo indescifrable, pero no puede saber qué cantos corresponden a pájaros libres, eufóricos por la llegada del nuevo día, y cuáles a pájaros atrapados y angustiados. ¿Cuántas canciones faltan en el coro que está oyendo? No lo sabe.

Prosigue su ascenso por el poderoso organismo entre jadeos. Cuando llega al interior de la copa mira alrededor y se da cuenta del inmenso tamaño del árbol y ve varias docenas de pájaros cautivos. Algunos están boca abajo, colgando de las garras, de las alas, con nudos alrededor del cuello. El brillo de los ojos se ha vuelto opaco en varios de ellos, los insectos invaden sus cuerpos y las hormigas entran por el pico abierto o desaparecen bajo las plumas. Pero otros todavía luchan. Una oropéndola dorada agita las alas como un fuego azuzado por el viento. Otros permanecen inmóviles pero cobran vida cuando sienten su presencia. Naheed puede identificar el sonido de las moscas en sus oídos.

En un arrebato de locura intenta silbar, convencida de que podrá calmar a

los que sienten pánico por su presencia, cree que los hará creer que es uno de ellos; sin embargo su madre consideraba que silbar era una costumbre disoluta y siempre la había disuadido de hacerlo, por lo que ahora no sabe.

Segura de su equilibrio en el interior del mar inmóvil de hojas, se inclina hacia delante con las tijeras y corta un cable para que el abejaruco, que no para de dar vueltas atrapado por la garra, caiga en su otra mano. Lo sopla con mucha delicadeza y ve lo frágil y pequeño que es. Lo deja en una rama y aparta la mano lentamente. El pájaro permanece acurrucado sobre sus patitas durante unos instantes y Naheed profiere un grito cuando este se desploma y cae casi diez metros hasta el suelo. El respingo que da Naheed le hace tocar un cable con la cabeza y de repente se activa una trampa, que se cierra en torno a uno de sus mechones. Una gran garza choca contra la copa mientras ella intenta liberarse, y el pico de un tono dorado y arenoso la ataca como una lanza. Ve cómo el nudo se cierra alrededor del cuello del ave y la atrapa, y siente el viento de sus fantasmagóricas alas blancas en la cara.

Cuanto más se acerca, más forcejea el animal y más se ciñe el nudo, por lo que empieza a sangrar y las gotas caen sobre las hojas que hay debajo haciendo ruido. Naheed corta el cable tan rápido como puede, sin hacer caso del buitre negro, con un pico feroz y grueso como su muñeca; sabe que esas aves pueden tragarse huesos. Ha venido a dar cuenta de los pájaros muertos y en el interior de sus ojos se mueve el conocimiento de otro mundo.

Sujetando la garza empapada en sangre contra sí con un brazo, empieza a bajar, consciente de que hace un rato que oye a alguien que llama a la puerta, y también cae en la cuenta de que el zumbido de las moscas había desaparecido un minuto o dos antes, como si se hubieran ido a otra parte.

—¿Es esta la casa de Rohan-sahib? —pregunta el hombre cuando abre la puerta.

En un lateral del camión aparcado junto a él, hay un dibujo de Buraq, el

caballo alado con cabeza de mujer que llevó a Mahoma al Paraíso desde el minarete de Jerusalén. El animal atraviesa una lluvia de rosas.

–Sí, pero no está –responde Naheed–. ¿Nos trae más libros?

–¿Libros? No, tengo aquí el cuerpo de su hijo. –Mira el pedazo de papel que tiene en la mano–. Jeo, se llama, lo dice aquí.

La garza cae al suelo y no intenta ponerse en pie. La sangre que mana de la herida del cuello se derrama plácidamente por el suelo. El hombre dice algo y señala la parte posterior del camión, cuya puerta trasera se ha abierto; dos hombres sacan un cuerpo que yace en una camilla. Envuelto en una sábana blanca.

Naheed mira a ambos lados. Es una mañana normal, como cualquier otra. El sonido de una radio sale de una puerta abierta al otro lado de la calle: una mujer escucha música mientras hace las tareas del hogar. Como no podía ser de otro modo, la mujer se acerca a la puerta con una escoba en las manos y observa cómo transportan el cuerpo en dirección a Naheed, se lleva la mano a la boca, entra en casa y apaga la música. Se confirma el desastre para Naheed. Hay dos buitres sentados en el tejado de la casa de al lado y ve que otro levanta la cabeza desde el techo del camión.

El cuerpo se acerca, con la camisa que hizo para Jeo sobre la sábana blanca, la tela gris de la camisa empapada en sangre y rodeada de moscas. Naheed mueve las manos en el aire y se agarra al franchipaniero, pero la débil rama se parte y empieza a derramar una leche blanca y espesa, gota a gota, muy rápido.

Retrocede cuando los hombres abren la puerta y repara en la expresión de desconcierto de sus rostros cuando miran hacia las copas de los árboles y ven los pájaros atrapados que aletean en el aire como si se estuvieran ahogando, las plumas de todos los colores que caen lentamente al suelo. Dejan la camilla delante de ella, junto a la garza aturdida, y levantan la sábana blanca y abren

los pliegues de las mortajas que hay debajo para mostrarle el rostro manchado de sangre, hinchado y carnosos de Jeo para que lo identifique.

Tara rebusca en su cesto de retales. Una niña que vive en la misma calle que Rohan ha ido a pedírselos para hacer vestidos de muñecas.

Cuando Tara se ha despertado la cama de Naheed estaba vacía, por lo que sabía que debía de haber ido a casa, a esperar al perdonador de pájaros. Tara se ha quedado dormida y no ha realizado las oraciones del alba. Es pecado faltar a una oración, pero podrá compensarlo con una oración *qaza* esta tarde. Alá conoce las debilidades humanas e hizo provisiones.

–¿Por qué llora? –pregunta la niña.

–No lloro.

–Sí que llora. Lo estoy viendo.

–Por culpa de la guerra.

Se ha despertado pensando en Jeo y en su decisión de irse a Afganistán. Se ha preguntado si Mikal es el responsable de esta crisis, Mikal, que fue a hablar con Tara para pedirle la mano de Naheed el año pasado, unos días antes de la boda de Naheed con Jeo. ¿Se ha llevado a Afganistán al marido de su hija para que lo maten? Pero no, no debe ceder a estos pensamientos. Alá devolverá a Jeo a casa un día de estos, sano y salvo. Y puesto que Alá rechaza la difamación, Tara no debe pensar ni decir nada de Mikal hasta que no conozca todos los hechos.

Tiene las rodillas del pantalón muy arrugadas debido a todas las oraciones que ha rezado en los últimos cinco días para pedirle a Alá que cuide de Jeo en la zona de guerra. Pero no puede liberarse de todos sus miedos porque 2001 había empezado en lunes, una señal, según los almanaques, de que los débiles sufrirían mucho en manos de los fuertes y los irreflexivos durante estos doce meses.

Le da los retales a la niña, emocionada por sus colores vivos, por el jardín de flores impresas y diseños geométricos.

–No deberías andar por la calle tan temprano –le dice Tara cuando la pequeña ya se va.

–Hay mucha gente cerca de mi casa –dice la niña–. Creo que hay una boda. He salido a mirar y luego he venido a su casa.

Tara llena un cuenco de agua y rocía el arbusto de alheña que crece en una maceta resquebrajada de la terraza del tejado.

Creyó que se encontraba ante un loco cuando Mikal se presentó en casa y le dijo que amaba a Naheed. La injusticia de la situación estuvo a punto de sumirla en un mar de lágrimas... justo cuando creía que había alejado a su hija de las garras de Sharif Sharif. Conocía a Mikal, claro, su pasado turbulento y sus ausencias súbitas, y lo había visto con Jeo en casa de Rohan.

–Creo que entenderás que como madre de Naheed no puedo permitir que se case contigo –le había dicho–. No puedes proporcionarle un futuro mejor que un médico.

Mikal dijo que se lo contaría todo a Jeo y a Rohan y que haría que se suspendiera la boda. Tenía la mirada encendida y sus cejas se unían en el centro, como si sus ojos soportaran el peso de un oscuro misterio.

–Nos amamos.

–¿Es así como piensas mostrarle tu agradecimiento a Jeo, robándole a su prometida? El chico cuya familia te acogió. –Torció el gesto al oírla, pero aun así ella prosiguió, incapaz de contener su temor y su angustia–. No puedes traicionar a Jeo.

–Tampoco puedo traicionar a Naheed.

–Me gustaría saber dónde viviréis. ¿En esa habitación que dicen que has alquilado en un barrio marginal donde se acumula la basura?

–Mi casa no tiene nada de malo –replicó sin alterarse–. Mis padres vivieron allí también.

Como si la historia de sus padres no la asustara. El padre desapareció mientras intentaba emprender una revolución tras la cual no habría Dios, y la madre lo buscó hasta la extenuación y lo único que recibió de los policías y funcionarios a los que creía que podía exigir respuestas fueron bofetones.

Tara le contó todo eso y él permaneció inmóvil, casi como si se hubiera muerto de pie. Sin saberlo, el desdichado chico se había convertido en la válvula de escape de la soledad y el sufrimiento de la vida de Tara.

–Aunque ella te ame, deberías tener la deferencia de no volver a verla jamás. Con Jeo tendrá una vida mejor.

Tara le prometió a Alá que rezaría quinientas oraciones de gratitud si la boda seguía adelante, tal y como se había planeado. Y siguió el rastro del mendigo encadenado cuando pasó por las calles de Heer y le pidió que añadiera un eslabón a sus cadenas: su deseo era la felicidad de Naheed y que Mikal desapareciera.

Y le fue concedido, por lo que el eslabón debió de desaparecer del mendigo.

Ahora, mientras riega la alheña, se dice a sí misma que debe confiar en Alá.

Se oye un pequeño acoplamiento en el altavoz de la mezquita y el clérigo carraspea. Tara presta atención. A esa hora no hay oración, por lo que debe de tratarse de un anuncio especial, que acostumbran a ser sobre algún fallecimiento en el barrio o un niño perdido. Piensa en la niña que acaba de irse con los retales.

–Caballeros, por favor, presten atención al siguiente anuncio...

A veces, cuando oye esas palabras, Naheed murmura «¿Y qué pasa con nosotras las damas?», lo que le vale una mirada reprobatoria de Tara, que es incapaz de aceptar críticas en cualquier asunto relacionado con la mezquita. El hombre anuncia que Jeo, el hijo de Rohan-sahib, el antiguo director de Espíritu Ardiente, ha fallecido, que el cuerpo amortajado se encuentra en su

casa y que el entierro se celebrará tras las oraciones de mediodía. Encaja las palabras como si hubiera recibido un fuerte golpe en la cabeza y en el pecho, pero tarda varios segundos en asimilarlas. Siente dolor pero no puede ubicar su origen mientras baja las escaleras lentamente y sale por la puerta.

El suelo amenaza con desvanecerse bajo sus pies cuando se acerca a casa de Rohan, donde se ha congregado una multitud, tal y como había dicho la niña. Se abre paso entre la muchedumbre y entra en el jardín; sabe que encontrará a Naheed junto al cadáver, pero no hay rastro del cuerpo ni de su hija.

Acaricia el rostro. Está desfigurado, pero es él. Tiene un corte en la mejilla, la carne del contorno hinchada y la sangre coagulada y teñida de un color oscuro bajo la piel, unas facciones que serían del todo irreconocibles si no las conociera tan bien como las conoce. El lunar de la parte posterior de la oreja que ni tan siquiera él sabía que tenía. Las mujeres no han parado de llamar a la puerta desde que han descubierto que se ha encerrado ahí dentro con él, pero ella no les hace caso, se limita a mirarlo a los ojos, que están abiertos, unos ojos de porcelana estropeada que la miran. Lo destapa con cuidado. Tiene cortes y heridas de bala en todo el cuerpo y lo imagina gritando en el momento en que sufrió cada herida. En el estómago, dos cortes en diagonal lo bastante profundos para desgarrarle los intestinos. Los moratones son de un color tan intenso que teme que puedan mancharle los dedos, pero permanecen inalterables, como si los hubieran pintado en el reverso de la piel. Toca la boca, que es una mancha púrpura, llena de un plasma espeso y de coágulos de sangre, los labios y la lengua que se unían para formar una palabra o darle un beso, y se inclina hacia delante para oler el aire muerto de la nariz y huele la camisa desgarrada, el frío hedor a polilla que desprende. En circunstancias normales se habrían llevado el cuerpo para lavarlo en la mezquita y lo

habrían traído impregnado de un olor a vetiver y a esencia de alcanfor, pero hace un rato ha oído que alguien decía que no debían lavarlos, que un mártir se enterra manchado con la sangre de la batalla.

Desde hace más de una década, el clérigo de una mezquita cercana se ha dedicado a transcribir el Corán en un libro en blanco y para hacerlo ha mojado la plumilla en un tintero lleno de su propia sangre. Su intención es completar el libro sagrado gracias a su propio cuerpo. Pero en ocasiones, cuando lo conmueve un acto de piedad realizado por un niño, el clérigo permite que el niño done una gota de sangre de un dedo. Jeo se sentía orgulloso de que el clérigo le hubiera pedido, cuando era pequeño, que contribuyera con un par de gotas en nombre del profeta Ayub.

Naheed amortaja de nuevo el cuerpo, lo cubre con la sábana y se dirige a la puerta para dejarlas entrar.

Nada de lo que hagan los demás puede cambiar el hecho de que está muerto. Ni siquiera Dios puede cambiar el pasado.

Al anoecer la mayoría de la gente se ha ido, solo quedan unos cuantos hombres frente a la casa, alguien que busca el zapato de su hijo en la galería, unas cuantas mujeres en la cocina fregando y guardando los platos, y luego ellas también se van. Han dejado mensajes en Peshawar para Rohan, Yasmin y Basie, pero no pueden localizarlos ya que han partido hacia otros pueblos de los alrededores en busca de Jeo y Mikal, siguiendo ciertos rumores.

Las mujeres del barrio habían tomado el control de la casa y de la situación: se habían encargado de repartir tareas, de coger las hojas de parra para cubrir el cuerpo y luego la tumba, y de pedirles a unos cuantos chicos que se encaramaran a los árboles para quitar las trampas. Habían rodeado a Tara y Naheed para consolarlas, cada mujer había recordado la última vez

que había visto a Jeo, les había ofrecido recuerdos de su inteligencia y bondad y había mencionado detalles de su boda.

Naheed recorre la gran casa. Son las diez y la única luz que hay es la de las velas, ya que han cortado la electricidad. Recorre el pasillo oscuro hacia la casa de Córdoba con una vela, se detiene y se apoya en la pared, la cera líquida goteándole en los pies. En la pared hay una fotografía de Jeo y la mira inquisitivamente. Los tres hombres que han llevado el cuerpo no tenían demasiada información. Lo único que le han dicho es que eran empleados de una compañía normal de alquiler de camiones de Peshawar y que un hombre había acudido a su almacén y les había pagado para que entregaran el cuerpo de Jeo en esa dirección de Heer.

Hasta cierto punto, es demasiado pronto para tomar en consideración ese tipo de detalles. Cuando una mujer le ha preguntado a Tara «¿Cómo ha muerto?», su madre ha respondido: «Aún no me importa».

La casa está sumida en la oscuridad. La chica piensa en la época en la que el jardín la atrajo hacia su resplandor, la luz del sol y la invasión de delicados insectos, los olores del parijata, el árbol de las penas, y del saraca asoca, el árbol sin penas. Sabe que nunca volverá a ser lo mismo porque empañados, expuestos, corroídos, manchados y cegados, sus ojos han cambiado, son imperfectos.

¿Dónde está Mikal? Naheed se sienta en el suelo con la espalda apoyada en la pared y permanece inmóvil. Cuando ambos empezaron a verse, al principio se apoderó de ella una especie de bochorno. Todo le parecía una farsa y tal vez intentó quitarle hierro a lo que hacían. Sin embargo, la intensidad de los sentimientos de Mikal la obligó a tomarse su propia vida muy en serio, hizo que se diera cuenta de que también tenía derecho a la belleza y a la felicidad.

Son las once de la noche y Tara está en una habitación próxima, con la lámpara encendida y un Corán. Es medianoche y reina una tranquilidad absoluta, como si la casa se hubiera separado de la tierra y flotara en el aire.

Ambas están solas en una guerra, en sus entrañas quemadas y arrasadas. Son unos tiempos que intentan decirles algo a través de estos hechos, pero ninguna de las dos sabe qué es.

Poco después de que llegara el cuerpo se extendió el rumor por el barrio de que los soldados estadounidenses habían matado a Jeo. Un hombre cargó su rifle al oír esto y salió corriendo de su casa, convencido de que el ejército estadounidense había invadido Heer.

La ceniza de la ropa de Naheed le ha dejado marcas en las muñecas y el cuello. Cuando se supo que Tara había pedido ceniza, para teñir la ropa de luto, casi todas las mujeres se quedaron perplejas y dijeron que debían de ser costumbres de pobres, de aldeanos. Se preguntaron de nuevo cómo era posible que una simple costurera hubiera logrado que su hija se casara con un miembro de esa gran casa. Las cotorras de Kramer deben enterrarse bajo un árbol de nim, de modo que, dos décadas atrás, cuando murió la de Tara, esta fue a la casa y pidió que le permitieran enterrar el pájaro a los pies de su nim. Así fue como conoció a la familia, aunque Rohan también era un familiar muy lejano de su marido fallecido.

Naheed se sienta en la habitación de Rohan con el auricular del teléfono en la mano. Es la una de la madrugada. Ha intentado ponerse de nuevo en contacto con su suegro en Peshawar, pero no ha obtenido respuesta alguna.

Hay un rubí en la mesa. Lo encontraron en el estómago de Jeo, tiene la superficie tallada con versículos coránicos y un color brillante y limpio. En las zonas donde no hay palabras luce un pulido perfecto que deja a la gente sin habla, prendada y embelesada por su belleza, a pesar de la triste ocasión. Una mujer recordó que había pertenecido a Sofía y que había desaparecido de la casa mucho tiempo atrás, supuestamente robado. El clérigo dijo que las gotas de sangre que Jeo había donado de niño para la caligrafía de su Corán se habían transformado en esa joya en su interior.

Naheed permanece sentada junto al teléfono cuando dan las dos y hace un

buen rato que la vela se ha apagado. Se levanta y coge otra. En ciertos momentos el ser humano necesita compañía, aunque sea la de una pequeña llama. Acompañada de su débil luz, se echa en la cama de Rohan.

Rohan sueña que un soldado estadounidense y un guerrero yihadista son enterrados en la misma tumba.

Abre los ojos y mira por la ventanilla del coche mientras se dirigen hacia Heer por la Gran Carretera Principal, con interminables tramos sin luz. Han viajado durante toda la noche y según el reloj del salpicadero son las cuatro y media. Llegarán a casa alrededor de las ocho de la mañana. Basie conduce y Yasmin duerme en el asiento posterior. No han podido hallar ninguna pista del paradero de Jeo y Mikal y regresan a Heer exhaustos tras varias búsquedas que han llevado a cabo en Peshawar y los alrededores; los tres se sienten aturridos después de lo que han vivido estos últimos tres días.

Unas horas antes, cuando empezaba a anochecer, han llamado a casa pero no ha respondido nadie. Naheed debía de estar en casa de Tara, que no tiene teléfono. En el fondo se alegraban de que nadie hubiera contestado. No tienen ninguna noticia que dar y habrían tenido que decirle que van a regresar con las manos vacías, algo que puede esperar hasta que lleguen a casa.

Entonces se le pasa por la cabeza la posibilidad de que Jeo y Mikal hayan muerto, una sensación de pánico que recorre el bosque negro y cubierto por un denso manto de vegetación que es su cabeza, pero lo desecha de inmediato, casi amedrentado.

En las llanuras un río refulge como el metal fundido ahora que la luz de las estrellas se refleja en el ángulo exacto y cientos de murciélagos sobrevuelan la superficie lisa del agua con sus alas de cuero, a la caza de polillas. Frente a ellos aparece una iglesia y Basie se ve obligado a detener el coche de un

frenazo. Un hombre con barba, de la edad de Rohan, se ha cruzado ante el vehículo, a menos de cinco metros. Lleva una lámpara cuya débil llama se confunde con el resplandor blanco de los faros. Es digno de ver porque carga con unas pesadas cadenas. Las lleva alrededor del pecho, como si fuera un carrete de hilo, y lo cubren des de la cadera hasta las axilas. Al menos una docena de cadenas más le cuelgan también de un aro de metal que lleva en el cuello y le llegan hasta las rodillas; la mitad van sujetas a un aro que lleva en la muñeca izquierda, y la otra mitad, en la muñeca derecha.

Mira directamente a Rohan mientras los demás ocupantes se recuperan del sobresalto.

–¿Deberíamos bajar a ayudarlo? –pregunta Yasmin.

–Solo necesita tiempo para cruzar la carretera, supongo.

Basie vuelve la mirada para comprobar si hay algún vehículo detrás de ellos, pero están solos y el hombre no corre peligro.

Basie da un pequeño rodeo de cortesía, pero el hombre no les hace caso mientras sigue cruzando lentamente la carretera. Tiene una barba enmarañada y llena de polvo, como el pelo, y es delgado, con la cara surcada de arrugas y quemada por el sol, pero aun así luce un gesto de tranquilidad.

Viste una túnica de grueso metal.

–Cuando era pequeño, Mikal creía que era nuestro padre –dice Basie en voz baja cuando han dejado atrás al hombre.

Las cadenas deben de pesar, cuando menos, tanto como dos hombres sanos, tienen que ser por fuerza una carga muy pesada, de ahí que el hombre se mueva tan lentamente.

–Había oído hablar de él, pero nunca lo había visto –dice Rohan, volviendo la mirada hacia atrás.

Cuando aceleran un poco el hombre se desvanece, pero entonces oyen un fuerte sonido metálico, como un martillo descomunal que cayera sobre un

yunque de iguales proporciones. Un sonido tan fuerte que se altera hasta el aire.

–Alguien ha volado la iglesia –dice Yasmin.

–Da media vuelta.

–Podría estar herido. Iba hacia allí.

Es el segundo atentado contra una iglesia de los últimos dos días. Ayer fue a plena luz del día y varias personas resultaron heridas. Los que reivindicaron la autoría del atentado afirmaron que iban a iniciar una campaña para arrasar las iglesias de Pakistán como respuesta a la decisión de los cristianos occidentales de bombardear y destruir las mezquitas de Afganistán.

Las llamaradas se ven desde doscientos metros de distancia, el edificio queda engullido por un infierno devastador y el humo se alza hacia el cielo negro. La explosión ha tenido lugar en la planta baja y las ventanas escupen largas lenguas de fuego que trepan por la fachada del edificio. En la cúspide del incendio, las llamas parecen desvanecerse una y otra vez en la oscuridad.

Aparcan en el arcén y Rohan sufre el embate de la luz como una lluvia intensa que le araña el rostro y los ojos, y tiene que apartar la mirada cada pocos segundos. El fuego en el interior de la iglesia es más intenso y abrasador, en comparación las llamas exteriores son más débiles. Parece como si un fuego intentara huir de otro aún más feroz.

Aunque es de noche enseguida empieza a formarse un atasco y a pesar del caos la gente baja a ayudar, a limitarse a hacer de testigo o a quejarse. Yasmin y Basie le dicen a Rohan que no se aparte del coche mientras ellos se acercan para comprobar si pueden echar una mano.

Aunque no dice nada, y se pone de espaldas a la luz resplandeciente, no quiere que ellos vayan. Podría estallar un segundo artefacto con la intención de herir a aquellos que intenten salvar el edificio. O podrían aparecer hombres montados en moto y disparar con ametralladoras contra los que

estuvieran ayudando a los heridos y los curiosos. Presa del miedo, vuelve la cabeza para mirar cómo se alejan.

Las llamas profieren un rugido que alcanza hasta el último recoveco de su cuerpo, el lugar donde todo hombre guarda su valor, y cuando el viento cambia de dirección solo se oye ese rugido, un recordatorio de que el ruido del fuego había atronado en la tierra antes de que el hombre pronunciara sus primeras palabras.

Basie y Yasmin dan clase en una escuela cristiana de Heer, y Rohan se da cuenta de que cuando regresen podrían estar en peligro, ya que la escuela y la iglesia que hay pegada a ella podrían convertirse en un objetivo.

Una parte de la multitud congregada está entusiasmada. Para ellos, esto no es una locura sino, al contrario, un acto de gran belleza.

Rohan se encuentra a cierta distancia de la Gran Carretera Principal cuando ve la lámpara tirada en la hierba, aún intacta, aún encendida. Ve el montón de cadenas bajo el ciprés que hay junto al camino, cada eslabón el deseo de una persona, y lo primero que le viene a la cabeza es que la explosión se las ha arrancado al faquir, que encontrará el cuerpo no muy lejos de ahí, pero entonces el montón metálico se mueve y aparece una mano.

Rohan se dirige hacia el ciprés con la lámpara cuando el faquir se incorpora, aturdido, y empieza a recoger los restos de sus cadenas. Debía de estar cerca de la iglesia cuando ha estallado el artefacto, ha salido despedido y ha caído aquí. A buen seguro lo han salvado las cadenas, la armadura de las necesidades ajenas.

A veces, cuando Alá no se apiada de él, cuando no escucha sus plegarias en nombre de los demás para que desaparezcan los eslabones, las cadenas crecen, por lo que se ve obligado a arrastrar varios metros.

Rohan lo observa mientras se incorpora con una serie de movimientos

graduales, cada uno de los cuales supone una gesta, tal es el peso con el que debe cargar.

Empieza a alejarse, quitándose los fragmentos de ladrillo y piedra que la explosión ha engarzado en los eslabones, con la misma facilidad con la que otro hombre podría limpiarse el polvo de la ropa.

–Hermano, ¿te encuentras bien?

El hombre se detiene, pero las cadenas no paran de balancearse.

–No era mi intención molestarte –dice Rohan.

Se encuentran a pocos pasos de un estanque, y con la lámpara y el tintineo de la cadena el hombre se acerca al agua, que se tiñe de oro con la luz de la lámpara cuando él se inclina hacia delante y acerca la cara al agua. Como si quisiera percibir su olor. Entonces empieza a sorber.

Rohan lo observa con atención por miedo a que el peso le haga perder el equilibrio y se ahogue, pero el hombre se levanta sin problemas.

Deja la lámpara en el suelo y se sienta junto a ella, al lado de Rohan, y ambos miran hacia el este, por donde saldrá el sol.

–Estoy esperando a mi hija y a mi yerno.

Rohan señala la hilera de árboles que hay tras ellos, el lugar en el que el cielo se ha teñido de un naranja oscuro por culpa del fuego de la iglesia.

El faquir mira en esa dirección durante un buen rato y su respiración desprende un débil vaho en el aire de esa noche de octubre. Las cadenas deben de estar frías, piensa Rohan. Tiene las muñecas cubiertas de callos por el roce durante décadas del aro o el brazalete con la piel.

–Llevamos varios días lejos de casa –dice Rohan, sorprendido por las lágrimas que está intentando controlar–. Buscando a mi hijo y a mi hijo adoptivo.

La necesidad de hablar. Después de fingir valentía ante Yasmin y Basie durante los últimos días.

El hombre mira hacia el frente. Parece un alma sin un yo.

–¿Cómo puede ser capaz alguien de explicar el mundo? –se pregunta Rohan a sí mismo, mirándose las manos–. A veces me desespera que sea imposible hacerlo.

El hombre carraspea y su voz apenas resulta comprensible debido a su aspereza.

–Sí que se puede.

Con gran cuidado, como si estuviera escribiendo las palabras en lugar de pronunciarlas, se arranca a hablar.

–Se puede hacer. *Ahl-e-Dil* y *Ahl-e-Havas*. Los seres humanos estamos divididos en estos dos grupos. Los que pertenecen al primero son la gente de corazón. Los del segundo, la gente codiciosa, los negociantes y los charlatanes. –Hace una pausa para reunir suficiente energía y continuar. Algunos dicen que es un genio, y también que Dios le ha concedido la inocencia imperecedera de los derviches, y también que había utilizado las cadenas para capturar a un genio en el desierto, que posteriormente se había convertido al islam. Tras el silencio, prosigue–: Los primeros jamás pisotearán a nadie para conseguir lo que desean. Los segundos, sí. Así es el mundo.

–Esa podría ser una interpretación del mundo, sí –dice Rohan.

–Si cojo un puñado de polvo con la mano y te pregunto si es todo el polvo que existe, me responderás que en la tierra hay polvo en todas partes. Hay más motas de polvo de las que jamás se podrían contar. De modo que solo puedo darte un puñado de verdad. Aparte de esta, hay otras verdades. Más de las que jamás se podrían contar.

Aparecen en el cielo los primeros destellos de luz, ambos hombres guardan silencio, y Rohan percibe un olor y mira a su alrededor porque tiene el mismo árbol en su jardín. Las flores desprenden este olor, pero son verdes y muy pequeñas, casi invisibles al ojo; prefieren ser representadas, en lugar de revelarse.

La última vez que habló con Naheed el perdonador de pájaros aún no había vuelto por casa.

Toca una de las cadenas.

–¿Por qué cargas con las cadenas?

Con la punta del dedo índice el hombre escribe una palabra en la tierra, la tierra que había removido con las cadenas cuando se sentó.

–¿En el pasado perteneciste a los *Ahl-e-Havas*?

El hombre guarda silencio.

–¿Hiciste daño a alguien?

–Ya no hay vuelta atrás.

–¿Alguien resultó herido?

La palabra que ha escrito es «deseo».

–Cometí errores cuando mi hijo era pequeño –dice Rohan–. Su madre murió en estado de apostasía y a consecuencia de ello me impuse a mí mismo y a mis hijos una forma extrema de devoción, los obligué a rezar y a ayunar, les revelé cosas inadecuadas para su edad. La fugacidad de esta vida, las torturas del infierno y, antes que eso, de la tumba. Al final, cuando me di cuenta del error, desistí, pero estoy convencido de que mi comportamiento los marcó. Me pregunto si por eso se fue a Afganistán.

El faquir mira los miles de eslabones que lo rodean y tal vez se pregunte si alguno de ellos ha desaparecido durante la noche. La luz se refleja en destellos borrosos sobre el metal.

–Creemos que mis dos hijos están en Afganistán. Lo que has dicho sobre *Ahl-e-Dil* y *Ahl-e-Havas*, ¿explica lo que está sucediendo en Afganistán? Los ejércitos de Occidente. Los extremos de los talibanes.

No está muy convencido de que el faquir lo esté escuchando, ya que tiene la mirada fija en los primeros rayos de sol, en los haces que se extienden entre lo visto y lo no visto, pero entonces el hombre lo mira.

–Todo aquel que tiene poder desea aferrarse a él. Es lo que les sucede a los

talibanes y a Occidente.

El faquir sigue respirando en el aire matinal y entonces, con unos movimientos muy prudentes de las manos, con el mismo esmero del que ha hecho gala cuando escribía, borra la palabra, letra a letra.

–¿Qué hacías antes de esto?

–Trabajaba con la ley. Hace veinte años, treinta. –Niega con la cabeza–. Nada se acaba jamás. El tiempo carece de importancia.

–Eras policía.

–Peor. –El hombre apaga su lámpara–. Juez.

El sol es una esfera de cristal ardiente que aparece ante ellos, su luz reconstruye el mundo de nuevo, y ahora el faquir se levanta lentamente y echa a caminar hacia el estanque iluminado por el alba.

–Mi día solo es un día; mi nombre, solo un nombre –dice con una mano en el pecho, haciendo el gesto de jurar fidelidad.

Rohan observa cómo desaparece cuando la luz del sol riela en el agua en mil fragmentos.

A última hora de la mañana llegan a Heer. La puerta de la casa está cerrada y Rohan abre con la llave y los hace pasar.

Siente un gran alivio al comprobar que los cables de acero del perdonador de pájaros forman un amasijo a los pies del joven mango. De modo que han desmontado las trampas. Dedicar unos momentos a examinar la salud y el estado del árbol. A Jeo le encantan los mangos que da, con un leve sabor de trementina, la pulpa casi líquida, lo que lo obliga a chuparlos por un agujero que hace en la parte superior.

Cuando se vuelve para adentrarse en el jardín, repara con tristeza en la rama que se ha roto del franchipaniero. Toca la herida y a juzgar por la consistencia de látex cuajado deduce que el daño se produjo ayer.

Basie toma uno de los caminos que conduce a la casa. Entra en una habitación pero sale al cabo de unos instantes con el presentimiento no identificable de que algo va mal. Los pasillos están sin barrer, lo cual es comprensible puesto que Naheed debe de haberse ido a dormir a casa de su madre, pero hay muchas huellas de polvo en el suelo. Es como si los personajes y las personalidades de las cajas de libros hubieran cobrado vida y rondaran la casa.

Yasmin observa el jardín desde la galería y se pregunta por qué las parras no tienen hojas, por qué hay el perfil fantasmal de una figura de polvo de carbón o de ceniza en una pared.

Junto al estanque Rohan ve el montón de pájaros muertos, los insectos que forman un vórtice negro y brillante cuando levanta un papamoscas del paraíso con sus dos largas cintas a modo de cola, el triple de larga que el resto del cuerpo. Se dirige hacia la cuerda de tender la ropa que hay entre el eucalipto y el jacarandá alto. Había pasado junto a la cuerda antes, pero no se había fijado en lo que colgaba de ella: una única prenda, y parece ser la camisa que Jeo llevaba cuando partió hacia Peshawar seis días antes. Está colgada boca abajo y las mangas casi llegan a la hierba. La tela tiene diversos cortes y su color gris original está manchado con lo que parece sangre o una tinta rojo oscuro. Un trapo con el que alguien ha intentado limpiar algo oxidado. ¿Ha hecho dos de estas Naheed? Debe de ser una de las primeras que utilizó para practicar. Y Rohan la examina, buscando costuras.

Basie coge de un estante una gran esfera de cristal de color rubí con versículos del Corán grabados. Tiene que ser cristal, pesa demasiado y es demasiado translúcida para ser de plástico. Es un colgante para llevar alrededor del cuello con un cordel negro. Es la primera vez que lo ve, se acerca a la ventana y lo sostiene en alto para ver cómo el sol ocupa su interior y lo habita, iluminando los versículos.

Va caminando hasta casa de Tara, pero no encuentra a nadie. Hay un

hombre sentado al sol frente a la casa de los vecinos. Tiene el pelo embadurnado con pasta de henna y una hoja de periódico evita que el cuello de la camisa se manche, y le dice a Basie que las dos mujeres están en casa de los suegros de Naheed.

–Vengo de ahí –dice Basie.

El hombre se encoge de hombros.

–Entonces quizá han ido al médico. O al bazar. ¿Quién entiende a las mujeres y sus caprichos?

Basie regresa y oye a Yasmin y a Tara, oye a Naheed y a Rohan. No sabe qué dicen, pero sus voces le llegan de algún lado, y entonces ve a Naheed que se dirige hacia él, manchada de fresno como si la hubiera atrapado una tormenta.

Un discípulo de Alá no conoce la casualidad. En esta vida todo sucede por un motivo, todo tiene un significado. De modo que ¿por qué ha ocurrido esto? Una gota del esfuerzo de su maldita alma, el rubí brilla en la palma de Rohan.

Mira el reloj y sus manecillas negras. Antes de que naciera Jeo, había pegado la oreja al vientre de Sofía, justo por encima y ligeramente a la izquierda del ombligo, y escuchó los débiles latidos, ahí en la oscuridad, antes de que empezara la vida. Ahora ese niño se encuentra en la otra oscuridad y Rohan no sabe dónde encontrar alguna señal de él, a qué pared o barrera o piel o velo acercar la oreja.

De noche, en el jardín, las flores de hibisco se mecen en la planta como pájaros, teñidas de varios tonos más oscuros que durante el día. Las bayas de los cinamomos son venenosas, por lo que no las arrancan en todo el año. El bulbul es el único pájaro que parece inmune y se pasa el día entero alimentándose ruidosamente de los racimos.

–Tío.

Se vuelve y ve a Basie en el camino rojo, con un farol en la mano. Detrás de él se encuentra Tara.

–La tía Tara dice que le gustaría hablar con nosotros dos.

–Solo voy a robarte un momento, hermano –dice Tara.

Rohan señala el banco que hay bajo la higuera de Mysore.

–Quiero hablar contigo del futuro de Naheed –dice ella, que se sienta con una postura muy rígida.

–¿Del futuro de Naheed? Mientras yo viva, hermana, la muchacha no

tendrá que preocuparse de nada. Este seguirá siendo su hogar.

Basie, que está sentado a su lado, también asiente.

–No. –Tara niega con la cabeza–. Quiero que se case de nuevo.

Basie y Rohan intercambian una mirada.

–Por supuesto –dice Rohan–. Debería hacerlo. Solo tiene diecinueve años.

La luz del farol ilumina la parte interior y oscura de la copa del árbol, y arroja sombras en el suelo mientras hablan en voz baja.

–Sé que es demasiado pronto para hablar de estos asuntos –dice Tara– y me avergüenza haber sacado el tema cuando no hace ni diez días que enterramos a Jeo, pero no quería que olvidaras que tienes una responsabilidad con Naheed.

–Eso nunca sucederá –dice Rohan–. Para mí ella es como Yasmin.

–No quiero que mi hija siga viuda durante toda la vida.

–Le encontraremos un buen marido –dice Basie–. Dejemos que pase un poco de tiempo y luego empezaremos a buscar.

–Es lo que quería oír. –La mujer asiente.

–Y no vuelvas a pensar que estás sola, tía Tara –le dice Basie–. Nos tienes a nosotros.

–¿Qué opina Naheed? –pregunta Rohan.

–Aún no he hablado con ella de este asunto.

–Claro.

Permanecen donde están, rodeados de un impenetrable silencio hasta que Naheed aparece en la puerta de la cocina con una vela que hace que las hojas del platanero cobren un brillo especial, y mira a los tres, desde lejos.

–La comida está lista.

Se acerca hasta ellos, coge a Rohan de la mano y lo acompaña al interior, seguidos por Tara. Poco después de llegar a la casa como novia, con la frente decorada con puntos que parecían estrellas, la chica había asumido la responsabilidad de los asuntos cotidianos de la familia. El trabajo de Yasmin

había florecido gracias a ella; Naheed cocinaba e insistía en que Yasmin y Basie vinieran aquí después de la escuela en lugar de irse a su casa. También pasó a encargarse de diversos aspectos de la casa, lo que permitió que Yasmin se concentrara en las clases, y los fines de semana, cuando Jeo volvía de la facultad de Medicina de Lahore, la familia entera se reunía aquí, y ella se encargaba de organizarlo todo, con la guía y el consejo discreto de Tara.

–Enseguida voy –les dice Basie.

Se sienta en la galería, en el lugar donde está aparcada la motocicleta de Jeo, junto a la columna. Basie ha visitado varias organizaciones que han enviado a muchachos a Afganistán, pero no ha podido descubrir quién mandó a Jeo y a Mikal. Ni tan siquiera sabe quién logró devolverles el cuerpo de Jeo. Tampoco conocen el paradero de Mikal, ni si está vivo o muerto.

Se dice que los viernes el fallecido reconoce a aquella persona que va a visitar su tumba. Rohan, acompañado de Tara, Yasmin y Naheed, llega al cementerio para rezar las oraciones por el descanso del alma de Jeo.

En la entrada hay cuatro mujeres cubiertas con un velo negro de la cabeza a los pies y con unos bastones de un metro de largo. Alrededor de la cabeza llevan unas cintas verdes con el motivo de las espadas en llamas de la bandera de Espíritu Ardiente. Las figuras vestidas de negro les impiden el paso.

–Vosotras tres no podéis entrar –dice una de ellas, señalando a Naheed, Tara y Yasmin.

–¿Qué quiere decir? –pregunta Tara.

–Según nuestra religión, las mujeres no pueden entrar en los cementerios.

Expresan su incredulidad, pero las dos mujeres que guardan la puerta repiten lo mismo:

–Nuestra religión no permite que las mujeres visiten cementerios.

–¿Desde cuándo? –pregunta Rohan–. Las mujeres musulmanas han visitado tumbas desde hace cientos de años.

–Eso es una novedad a la que hay que poner fin. Estamos aquí para hacer realidad ese objetivo.

Enfrentadas a la necesidad de exponer sus ojos a través de las rendijas de sus vestimentas, las mujeres ocultan el verdadero color de sus iris con lentillas de contacto de colores, que hacen que destaquen los círculos verdes, rojos y azules.

Yasmin lanza un resoplido de enfado e intenta pasar entre ellas, pero las mujeres se ponen tensas y levantan las varas.

Yasmin se detiene.

–Tengo que ver a mi hermano. Murió en Afganistán.

Durante un instante parecen sopesar la posibilidad de dejarla pasar.

–En lo relativo a esta cuestión, no tiene la más mínima importancia. No vas a entrar porque así lo desea Alá.

–Mi hermano está enterrado aquí –dice Yasmin, que señala a Naheed y añade–: Y su padre.

–Podéis rezar por el alma de vuestros muertos en casa. Y no dudéis que nosotras también lo haremos por el hombre que ha caído como un mártir en Afganistán. Era nuestro hermano y murió defendiendo el islam.

–Le estáis impidiendo a la viuda de un mártir que lo visite –dice Tara–. Es mi hija y estaba casada con el joven fallecido.

–Si eres la viuda de un mártir –una de las mujeres se vuelve hacia Naheed–, ¿cómo se te ocurre salir de casa con la cara descubierta? –Ahora todas miran a Naheed–. Deberías avergonzarte. Él dio su vida por Alá y tú lo estás deshonrando.

Otra mujer a la que le han impedido la entrada se encuentra a la sombra de un árbol próximo.

–Mi hijo de un año está enterrado ahí –le dice a Tara.

Yasmin se mueve y una de las figuras blande la vara de punta metálica dos veces en rápida sucesión, acercándose a ella cada vez, a lo que Yasmin reacciona retrocediendo. La punta le pasa a solo dos centímetros de la cara.

–El islam ha caído tan bajo por culpa de mujeres como vosotras. –La mujer las señala con el bastón–. Unos infieles indecentes, asquerosos y repulsivos están atacando países musulmanes con impunidad. –Se vuelve hacia Rohan y le pregunta–: ¿Acaso no sabes que no deberías ir caminando por la calle con mujeres que no van cubiertas, proxeneta despreciable?

Yasmin, unas de las mujeres más amables y simpáticas que existen, levanta la mano.

–No le hables así a alguien que te triplica o cuadruplica la edad.

–La edad no significa nada –dice la mujer, hecha una furia–. Si él se equivoca, a ojos de Alá yo soy su superior y Él me concede la autoridad necesaria para reprender a ese miserable repugnante.

Es obvio que no puede hacerse nada. Rohan entra solo para rezar una oración, mientras Tara, Naheed y Yasmin esperan fuera. Tendrán que visitar la tumba a oscuras, en plena noche.

El rostro de Naheed aparece entre los juncos, tiene la respiración entrecortada y sus ojos se llenan de luz tras pasar varios minutos bajo el agua. Sale del río y la melena le cae deslavazada por la espalda. Empieza a toser agua mientras, en torno a ella, grupos de mariposas toman el sol en el lodo verde. A menudo abandonan el jardín para vagar entre los arcos sobre los fieles de la mezquita que hay al otro lado del cruce. Naheed atraviesa el jardín, donde los haces de luz del sol van y vienen en función del movimiento de las ramas, entra en la casa y se pone ropa seca. Se sienta en la cama y acaricia el cubrecama, blanco y con unos motivos geométricos bordados con hilo blanco también.

Fuera Rohan está sentado en un cuadrado de luz y abre los ojos cuando la ve llegar.

Naheed se agacha a su lado.

–¿Rezas las oraciones que te dije? –pregunta–. Para expiar el pecado de haber visto el cuerpo de Jeo después de su muerte.

–Sí.

El contrato matrimonial termina en el momento de la muerte. Una esposa se convierte en desconocida para su marido y no debe mirarlo.

–En rigor ni tan siquiera deberías haberlo mirado a la cara. Pero Alá lo entiende. Los humanos somos débiles, por lo que resulta difícil evitar cometer pecados. –Cierra los ojos–. Siempre es mejor empezar a expiarlos cuanto antes. Así no tendremos que temer las consecuencias en la tumba y, posteriormente, el día del Juicio Final.

Naheed mira a su alrededor.

–Yo quería ver la cara de Sofía antes de que la enterraran –dice él–, lo deseaba con toda mi alma, pero sabía que no debía hacerlo.

De pronto ella se pone de pie y lo deja allí, regresa a la casa corriendo y entra en la habitación que compartía con Jeo.

Se detiene, fija la mirada en el rincón del otro lado del dormitorio y el corazón empieza a latirle con fuerza y le provoca un dolor en el pecho. Se lleva las manos a la frente, sin apartar los ojos del brocado oscuro del sillón.

Se dirige hacia el sillón, se arrodilla y empieza a palpar debajo, barriendo el suelo con la palma de la mano, que se desliza a ciegas. Cuando las yemas de los dedos acarician el frío objeto metálico casi profiere un grito. Aparta la mano y se mira los dedos, como si esperara ver una herida.

Ahora estira ambas manos, como cuando intenta atrapar un pájaro, y agarra el camión de juguete que ha permanecido junto a la pared desde la noche en que se fue Jeo.

Sujeta las ruedas pintadas para que no giren y se desprendan de la energía que le había transmitido al juguete el cuerpo de Jeo cuando le dio cuerda. Lo agarra con fuerza, sujetando las ruedas dentadas y los engranajes de su mecanismo.

Naheed tiembla. Decide hacer una prueba: durante una fracción de segundo reduce la presión sobre las ruedas, que empiezan a girar en el aire, y profiere un lamento de dolor.

Al final deja el camión en el suelo y observa cómo se aleja. Ella lo sigue hasta el otro extremo de la habitación, sale por la puerta, lo adelanta y lo deja atrás, incapaz de ser testigo del momento en que se detiene.

Mikal está sentado con la espalda apoyada en la pared del frío interior, y la cadena de los tobillos hace ruido con cada movimiento de su cuerpo. Nunca lo ha abandonado, ni un segundo, la idea de huir. No desde que recuperó la conciencia en el fuerte talibán en octubre.

No sabe dónde está Jeo.

Lo último que recuerda del combate de ese día de octubre es el humo y la deslumbrante explosión escarlata ante su cara. Lo ataron con alambre de espino mientras estaba inconsciente y lo llevaron afuera; cuando abrió los ojos no podía moverse y cerca de él una jauría de perros relamía la tierra empapada de sangre del patio del fuerte.

Vio fugazmente al grupo de soldados estadounidenses que habían coordinado la batalla contra el fuerte talibán. Los americanos tenían que encargarse de los cadáveres de más de cien enemigos, y les dijeron a sus aliados afganos que se deshicieran de ellos de inmediato, antes de que los grabara un satélite en órbita.

Mikal se convirtió en el prisionero de un señor de la guerra que le cortó el dedo índice de ambas manos y los clavó en un marco de puerta, junto con los que les había cortado a docenas de prisioneros más.

Por temor a la gangrena, les suplicó que le extrajeran las balas del cuerpo, pero fue en vano. Sin embargo, al cabo de dos noches, mientras dormía, llegó un gran grupo de hombres con escalpelos y otros instrumentos afilados. Había corrido el rumor de que los estadounidenses habían utilizado balas de oro macizo.

Les preguntó dónde estaba Jeo, si conocían a alguien que se llamara así, pero no le proporcionaron información alguna.

Con gran cuidado, se tapa las manos vendadas con las mangas para que entren en calor. Tiene varias suturas y unas heridas en carne viva, en el orificio de entrada de los proyectiles y en el lugar por donde se los extrajeron. El brazo izquierdo, desgarrado por un puñal que buscaba oro, tiene una movilidad limitada: puede tocarse el hombro derecho, pero no el izquierdo.

Debe huir y encontrar a Jeo para que ambos puedan regresar a Heer.

Naheed entra en la habitación donde se encuentra Tara, sentada en una silla.

–Madre, estoy embarazada.

Tara está cosiendo un botón rojo de cristal a una túnica. Acaba la puntada que tenía a medias y entonces se pone de pie, con cuidado, apoyando ambas manos en las rodillas.

–Madre, ¿has oído lo que he dicho? Estoy embarazada.

–¿Estás segura?

La reacción es más serena de lo que esperaba Naheed.

–Sí. He contado y... –Niega con la cabeza–. No importa. Estoy embarazada.

–¿Cuándo fue la última vez que Jeo y tú...?

–Justo antes de que se fuera.

Naheed se sitúa frente a su madre, la abraza por el cuello y apoya la cabeza en su hombro. Tara le devuelve el abrazo a regañadientes.

–Tendremos que contárselo a padre –dice Naheed.

Está a punto de apartarse, pero Tara no permite que se rompa el abrazo, sus rostros separados por pocos centímetros. La mujer la mira a los ojos.

–No –dice con firmeza.

Pasan unos segundos hasta que Naheed entiende a qué se refiere Tara. Entonces se aparta.

–No vamos a contárselo a nadie. –Tara se acerca a la puerta y la cierra. Naheed parece horrorizada–. Ningún hombre querrá casarse contigo si tienes un hijo.

–Me da igual.

–A mí no.

–Ni tan siquiera contemplo lo que estás sugiriendo.

Tara está de espaldas a la puerta cerrada, apoyada con firmeza.

–No estoy sugiriendo nada –dice al cabo de un rato, con voz suave–. Solo creo que deberíamos esperar un poco antes de contárselo a Rohan. –No mira a Naheed a los ojos cuando habla–. ¿No crees que ya está lo bastante angustiado? Deberíamos esperar hasta que estés del todo segura. Si resulta que te has equivocado, le habrás dado falsas esperanzas.

Tara se aleja de la puerta.

Naheed se sienta en la silla, pero entonces niega con la cabeza y se pone en pie.

–No te acerques a la puerta, Naheed. Puedo casarte si solo eres una viuda. Pero una viuda con bebé... Estarás sola el resto de tu vida.

Naheed a duras penas puede creer lo que le está pasando en estos momentos. Tara le da un bofetón tan fuerte que tiene que retroceder y apoyarse contra la pared. Tarda unos segundos en recuperarse, tiempo que Tara aprovecha para salir de la habitación y cerrarla por fuera.

Acuciada por una sensación de urgencia que va en aumento con cada minuto que pasa, Tara se dice a sí misma que debe pensar rápido. Conoce a una mujer que podría ayudarla.

«Cientos de miles de afganos indefensos han sido asesinados por los americanos a sangre fría. Nadie te habla de ello...» De fuera llega el sonido del altavoz instalado en el techo de una camioneta y que le cuenta a todo el mundo que se trata de un momento crítico para la guerra santa en Afganistán, y los anima a unirse a la yihad. Últimamente han visto varios vehículos de

esos en Heer, todos con la bandera de Espíritu Ardiente pintada en los laterales.

Tara coge su burka.

«Y cientos de miles de soldados estadounidenses han sido asesinados por los valientes guerreros musulmanes. Nadie te habla de ello tampoco. Los americanos están al borde de la derrota, por lo que solo necesitamos unos cuantos voluntarios más...»

Después de abrocharse los lazos y los botones del burka, baja las escaleras y sale a la calle. Se siente desconcertada de nuevo por el silencioso e implacable paso del tiempo, los meses y los años. Lo cierto es que no se había dado cuenta de lo que había crecido Naheed hasta el día en que encontró un pañuelo manchado de sangre en un rincón del dormitorio, y lo primero que pensó fue que un gato debía de haber llevado un gorrión muerto y se lo había comido allí. Mientras, Naheed creía que una especie de grano debía de haber reventado en su interior, e intentaba contener la sangre con cualquier pedazo de tela que tuviera a mano.

Va a ver a la mujer que vive en el bazar del soldado y luego para a comprar un candado en un callejón lleno de jóvenes en paro, sentados frente a las tiendas, furiosos y humillados, algunos de los cuales son antiguos alumnos de Espíritu Ardiente, y miran con anhelo a todas las chicas que pasan; la frustración y el desempleo pueden provocar estallidos de pasión y violencia en cualquier momento, mientras que los estudiantes de las buenas escuelas como en la que imparten clase Basie y Yasmin solo quieren emigrar a Occidente y dicen que muchachos como esos han convertido el país en un lugar inhabitable.

Reconoce a uno de ellos, lo llama y le dice que le coserá lo que le había pedido la semana anterior, algo a lo que se negó entonces. Pero ahora necesitará el dinero. La sustancia que quiere administrarle a Naheed es muy

fuerte, incluso podría poner en peligro su vida, y se pondrá muy enferma después de tomarla. Habrá gastos médicos.

Tara le da una rupia a un mendigo y le pide que rece por la salud y la felicidad de su hija, y al llegar a casa pone el candado en la puerta de las escaleras para cerrar la única salida.

Se detiene junto a la puerta cerrada del dormitorio y escucha con atención el pesado silencio del otro lado. En la cocina empieza a preparar la medicación. Luego cocina la cena y cuando está lista abre la puerta de la habitación, con cautela por si la chica decide huir.

Sin embargo, Naheed está sentada en la silla y no se mueve. Tara deja el plato de espinacas y dos chapatis envueltos con una servilleta blanca.

–Les has echado algo.

–No es verdad.

Naheed toca el borde del plato con la punta del dedo, lo empuja y lo aparta lentamente. Cae de la mesa y se hace añicos contra el suelo.

Tara le lleva otro.

–Una mujer en estado debe comer para mantener las fuerzas.

Naheed no responde.

–No le he puesto nada –intenta tranquilizarla–. Sabes que le provocarás daños al niño si no comes.

Naheed arranca un pedazo de chapati y coge unas cuantas espinacas, se las lleva a la boca pero entonces las deja caer.

–No soy yo quien ha inventado el mundo. Arruinarás tu vida.

–Es el último recuerdo de Jeo.

–Él no pensó mucho en ti cuando se fue a Afganistán, ¿por qué piensas tú en él?

–Es mi hijo. Lo criaré yo sola.

–¿ Y cómo piensas hacerlo?

–Obtendré un título, seré maestra y cuando crezca él cuidará de mí.

–¿Él? ¿Y si es una niña? ¿De dónde sacaremos el dinero para casarla dentro de veinte años? ¿O también esperas que obtenga un título y ahorre lo suficiente para la dote?

–No pienso escucharte.

–¿Y estás segura de que eres lo bastante inteligente para conseguir el título? Ni tan siquiera aprobaste secundaria.

Naheed la fulmina con la mirada, dolida.

–Suspendí por tu culpa. Por tu imprudencia, que te llevó a la cárcel durante dos años. Y antes de eso ya te habías vuelto loca.

Tara da un paso al frente.

–¿Por qué me hablas así?

–Cuando volviste de la cárcel, tuve que volver a soportar varios meses de locura. Tú y tus genios.

–¿A qué te refieres con estos comentarios? –pregunta Tara.

–A nada. Olvídalo.

–Estuve enferma unas cuantas veces. Eso es todo. Hice todo lo que pude para criarte.

–Tal y como haré yo.

Guarda silencio un rato, pero luego vuelve a hablar.

–¿A qué te refieres con esos comentarios?

Naheed la mira. De niña tenía miedo de Tara. La aterraban los genios que la visitaban. Tara se pasaba varios días sin hablar y se quedaba en la cama, de cara a la pared. Naheed aprendió a cocinar y a cuidar de sí misma desde muy pequeña. Un día un niño incluso le tiró una piedra a su madre, como acostumbraban a hacer con los locos. Naheed siempre se ha preguntado cuánto recuerda Tara de todas esas semanas y meses. Ninguna de las dos ha mencionado esa época de forma directa. Cuando llegó a la adolescencia, Naheed decidió que quería ser maestra, que un día llevaría bolso y caminaría con paso seguro, que se sujetaría los mechones de pelo con un clip para que

le acariciaran las mejillas. Pero sus trabajos escolares empezaron a resentirse. Recuerda la humillación de tener que repetir clases, y luego Tara fue detenida.

–Padre me ayudará a educarlo.

–No tiene mucho dinero –dice Tara desde el sillón–. Creía que era rico, pero me equivoqué. Incluso la casa pertenece a los dueños de la escuela, y tal vez un día la reclamen. Que Jeo acabara convirtiéndose en médico era el único futuro seguro que teníais tanto tú como él.

Naheed mira el plato y lo aparta.

–El último regalo de Jeo será que te conviertas en el juguete de ese hombre de abajo, o de otro como él, durante los próximos quince años. Y luego quedarás marginada. ¿Es esa la vida que quieres llevar? Una vez al mes, en mitad de la noche, tu hijo y tú podréis recorrer las calles oscuras para visitar la tumba de Jeo.

Naheed se lleva la bandeja a la cocina, regresa con un trapo y limpia el estropicio en el suelo del primer plato.

–Esperaré unos cuantos días, hasta que esté segura, y entonces se lo contaré a padre y a Yasmin. Encontraré a alguien que se case conmigo, con mi hijo. Alá aprecia a los hombres que se casan con la viuda de un mártir. Todo el mundo lo dice.

–No son más que habladurías.

Naheed se pone de pie y la mira.

–Entonces viviré sola.

Mientras Tara se sitúa sobre la alfombra de oración y se arrodilla en dirección a La Meca, la invade la sensación de que Naheed se encuentra detrás de ella. Oye un leve sonido metálico y sabe que su hija tiene unas tijeras en las manos. Después de veinte años manejándolas, Tara conoce todos los sonidos

que pueden hacer. Sin embargo, cuando acaba de rezar y se vuelve, Naheed todavía está en la cama. Las tijeras han pasado de la estantería al alféizar de la ventana. O tal vez ya estaban ahí al principio.

A veces Tara cree que le ha pedido muy poco a la vida. Otras, que le ha pedido demasiado.

Cuando Naheed tenía catorce años, Tara fue violada por un hombre al que acababa de conocer. Fue a la policía y le exigieron, de acuerdo con la sharía, el testigo de cuatro hombres que confirmaran que se había tratado de una violación y no una relación consentida. No existían tales testigos, claro, y Tara fue encarcelada por adulterio. Naheed tuvo que irse a vivir con su abuela a una aldea, mientras Rohan intentaba que dejaran en libertad a Tara.

Fue durante su encarcelamiento, aterrorizada por el futuro, cuando Rohan la tranquilizó y le prometió que convertiría a Naheed en su nuera.

En cuanto a los arrebatos de locura que había mencionado Naheed, los genios que la acosaban, lo cierto es que en esa época Tara perdió el control de sí misma. Era una viuda joven, sus mejores años empezaban a ser cosa del pasado, y lo único que deseaba era que su marido estuviera vivo. Le cuesta creer que esté pensando en esto mientras se encuentra sentada en la alfombra de oración, recordando los días en los que tuvo que reprimir su deseo, el sentimiento de culpa que la invadía cuando pensaba en un hombre y se sentía como una delincuente por querer algo tan básico como el amor y hallar el fin a la soledad, cuando creía que le habían mutilado hasta el alma. ¿Qué hará Naheed al respecto? Sharif Sharif utilizó a Tara durante unos cuantos años cuando enviudó y luego la dejó de lado. Ya tenía dos esposas y las esperanzas de Tara de convertirse en la tercera se desvanecieron. Quiere levantarse, pero las rodillas no se lo permiten, por lo que se pone en cuclillas, recoge la alfombra de oración, la dobla con un beso y la deja en su regazo. Sentada en

el suelo frío, sabe que no debe permitir que su hija repita sus errores. Las casamenteras no se cansaban de insistir en que la presencia de una hija reducía las posibilidades de casarse de nuevo, y le aconsejaron que entregara a Naheed en adopción. «Los hombres cambian de opinión cuando oyen que vas a dar a luz a otra boca a la que alimentar. Una niña a la que habrá que proporcionarle educación, cuyo honor y virginidad habrá que proteger, y para la que habrá que aportar una dote algún día.»

Envió a Naheed a vivir a la aldea, pero incluso entonces las conversaciones para la boda quedaron estancadas a partir de cierto punto. La gente reaccionaba con entusiasmo cuando sabía que descendía del Profeta, les cautivaba la idea de entroncar con el linaje de Mahoma, pero Tara se empeñaba en invitar a los posibles suegros a casa, lo cual, claro, era un error, ya que entonces descubrían la situación de pobreza en la que vivía. Una habitación con un pequeño balcón en la parte delantera, las escaleras empinadas, y un cubículo al que ella llamaba cocina. El último hombre que fue a verla acabó casándose con una chica cuya familia era propietaria de un negocio en Riad, y que aportó como dote un coche, una lavadora, un televisor en color y un reproductor de vídeo. «Para que luego digan que la sangre de Mahoma no necesita de la ayuda del oro saudí», dijo la casamentera.

Mandó a Naheed que volviera a casa y los años fueron pasando. Empezó a fantasear con un hombre al que veía en la calle habitualmente, un día habló con él en casa de otra persona y se convenció de que él también la amaba. Le escribió una carta larga, el tipo se presentó y según él no fue una violación, ya que la carta de Tara era una prueba de su inocencia.

El candado de las escaleras sigue en su sitio, la llave en el bolsillo de Tara, y durante dos días Naheed no prueba ni un bocado de lo que le lleva su madre.

–Uno de los motivos por los que no puedo hacer lo que tú quieres que haga –dice Naheed, sin mirarla– es porque sé que está vivo.

–No se puede sentir el bebé en una fase tan temprana.

–Me refiero a Mikal.

–¿Mikal? –Tara la mira–. ¿Has oído algo? ¿Se ha puesto en contacto contigo? –Entonces se pone tensa–. ¿Por qué lo estás esperando?

–Sé que está vivo y que volverá a buscarme. Nos queríamos.

–No lo sabía.

–Sí que lo sabías. Él no me lo dijo, pero creo que vino aquí a pedirte mi mano. Debiste de hacerlo sentir como un mendigo despreciable. Lo sé. Llegamos a tomar la decisión de irnos de aquí antes de la boda, incluso acordamos un día y una hora, pero no se presentó. Esperé y, en el fondo, nunca he dejado de esperarlo. –Hace una pausa y respira hondo–. Tal vez esta nueva espera forme parte de la antigua.

–¿Los dos planeasteis todo esto? –pregunta Tara sin alzar la voz–. ¿Se llevó a Jeo lejos de aquí para que lo mataran y ahora tú esperas su regreso? ¿Es el hijo de Mikal el que llevas en el vientre?

–En absoluto. Tan solo sé que está vivo, lo siento.

–No puedes construir tu vida en torno a una sensación como esa, Naheed. Tal vez esté loca, pero eso lo tengo bastante claro.

–No se ha encontrado el cuerpo ni la tumba.

–Eso no significa que no esté muerto. Algunos de los muchachos que fueron a Cachemira, a Bosnia o a Tayikistán no regresaron, tan solo nos llegaron las noticias de su muerte.

Naheed rompe a llorar.

–Oh, madre, no sé qué pensar. Pero, por favor, te pido que entiendas que no puedo hacer lo que me pides. Y nunca he dicho que estuvieras loca.

Tara se levanta. Se detiene en la puerta.

–Es cierto que vino y que lo rechacé. ¿Lo has sabido desde el principio?

–Sí.

–¿Y pensabais huir? –Parece que su mundo se desmorona cuando formula la pregunta–. ¿Ibas a dejarme aquí, con todos los preparativos de boda que había hecho, para que le explicara a la familia de Jeo y a todo el barrio lo que había sucedido? Todo el mundo habría dicho que yo, una mujer desvergonzada, había criado a una hija descarada y despreciable.

Se crea un doloroso silencio entre ambas, entonces Tara se acerca a Naheed, saca la llave del bolsillo y la deja en la cama, junto a su hija.

Le lleva una bandeja de comida y le dice que no le ha echado nada, pero aun así Naheed no puede confiar en ella.

–Caerás enferma si sigues tan débil. Confía en mí y come algo –dice Tara, que señala la bandeja y luego la nevera del rincón; la cocina es tan pequeña que no cabe en ella, por lo que la tienen en el dormitorio, la única habitación, donde impregna el aire con el leve olor de los productos químicos que pierde el mecanismo desde que la compraron de segunda o tercera mano hace una década.

Al final Tara abre la puerta de las escaleras.

–Pues entonces vete a casa de Rohan y come algo allí.

Es casi medianoche.

–Iré por la mañana –dice Naheed.

El hambre la despierta al cabo de unas horas, en plena noche, por lo que sale de la habitación, al exterior, bajo el cielo estrellado. En la cocina hay una granada de los árboles del jardín de Rohan. La había traído para Tara unos días antes. La ha pelado y los granos refulgen en el cuenco de acero, rodeados por su propio reflejo. El color rojo le recuerda el rubí. Coge uno y se lo lleva a la lengua, pero luego lo escupe. Tara podría haberle echado algo.

Desde el tejado, mira al patio de Sharif Sharif. A la cocina de su familia,

casi mareada de lo hambrienta que está. Baja las escaleras y la mosquitera chirría cuando entra en la cocina, el sonido de un pájaro pequeño, una cigarra. Se detiene y mira a su alrededor relativamente preocupada por el pensamiento de que debe alimentar la vida que está creciendo en su interior. Estira los dedos y, sin mirar, levanta la tapa de un tarro; por el olor dulzón sabe que es azúcar. Se lleva un gran pellizco a la lengua y siente cómo se derriten los cristales con la saliva. Oye un sonido, una respiración contenida bruscamente. ¿O es el ruido de una cerilla encendida? ¿Verá el rostro de Sharif Sharif iluminado por una débil llama amarilla en la oscuridad? Se le cae el tarro y oye que se rompe con un estruendo más fuerte del que esperaba, oye el sonido más débil del azúcar al esparcirse entre los cristales rotos, un susurro contenido. Nota la superficie granulosa cuando sale corriendo.

Al llegar arriba se come la granada y devora los granos a puñados.

Cuando Tara se despierta al cabo de una hora para realizar las oraciones del alba, ella aún no duerme. Le pide el desayuno y al cabo de diez minutos su madre le lleva una *paratha* y una tortilla con cilantro, cebolla y guindillas verdes. Cuando sale el sol decide ir a casa de Rohan.

Toma un sorbo de agua y un hilo rojo da vueltas en el vaso.

Lo deja en la mesa y se echa de nuevo en la cama, temblando por culpa de la fiebre. Le arde la piel y tiene la sensación de que está mirando a través de una hoguera.

—¿Qué hora es?

—De noche —dice Tara.

—¿Qué día?

—Jueves.

Tara le pone la mano en la frente, las manos de la amabilidad y de una

débil piedad humana. Naheed la mira a los ojos, los ojos a través de los cuales había visto derramar lágrimas en este mundo por primera vez.

–Yo no tengo nada que ver en todo esto, no te he echado nada en la comida
–le oye decir a Tara.

El viernes por la mañana se abren los ojos ámbar, se incorpora en la cama y pregunta si puede ayudar con las tareas de la casa. Tara le da un cesto de guisantes para que los pele. Al cabo de diez minutos, cuando Tara entra en la habitación, la encuentra dormida en la silla, el cesto ha caído y los guisantes se han esparcido por el suelo.

El sábado lo dedica a repasar el dobladillo de una túnica que ha cosido Tara. Después va al baño (Tara le recuerda que no cierre la puerta), y se pasa un buen rato dentro. Su madre espera fuera, nerviosa, y al final llama a la puerta, con suavidad, como si fuera el latido de un corazón, pero no obtiene respuesta.

–¿Ha pasado algo? –pregunta Tara cuando por fin sale Naheed.

La muchacha asiente con un gesto de la cabeza.

–Se ha acabado.

Duerme durante mucho tiempo, pero no le baja la fiebre. Tara permanece junto a la cama con el Corán o sus labores de costurera.

–Le he oído decir a alguien que cosas –dijo el joven que apareció por las escaleras hace una semana.

Tara cose ropa de mujer, pero en ocasiones acuden a ella muchachos para que les arregle los pantalones o las camisas; por lo general le piden que se los ciña, algo que sus madres se niegan a hacer.

–¿Me coserías una bandera americana?

–¿Una bandera americana?

–Sí, tenemos que quemarla en una manifestación que se va a celebrar en el

bazar.

Tara se mostró algo reacia.

–Yo no hago cosas de esas –le dijo–. Preferiría no involucrarme.

Se imaginó detenida por un crimen relacionado con la alteración del orden público.

Sin embargo, ahora se alegra de haber visto de nuevo al muchacho en las tiendas. Si la fiebre de Naheed no remite, la visita al médico le costará veinticinco rupias. Lo más probable es que no tenga suficientes fuerzas para desplazarse a la clínica, por lo que el médico tendrá que ir a casa, lo que aumentará sus honorarios.

–¿Cómo es? –le preguntó al muchacho.

Lo hizo entrar en la habitación y él le dibujó la bandera en un pedazo de papel.

–Esta parte es azul. Estas franjas son rojas y estas blancas.

–Ah. –Sostiene el dibujo con el brazo estirado–. No es tan sencilla como nuestra bandera, ¿verdad? ¿También tendría que coser las estrellas?

–Sí. Creo que tiene cien. ¿O son ochenta? No lo recuerdo. Solo es necesario que llenes la zona azul con varias hileras de estrellas.

–¿Para cuándo la necesitas?

–Para después de las oraciones del viernes de la semana que viene. Tiene que ser grande, del tamaño de cuatro sábanas. ¿Y podrías asegurarte de hacerla con una tela que no queme muy rápido ni muy lento, por favor? Las llamas deben inspirar respeto y temor en las fotografías.

Antes de irse le preguntó con respeto si podía ayudarla en algo, y ella le pidió que cambiara la bombilla fundida que está en lo alto de las escaleras, ya que el portalámparas está muy alto y no lo alcanza ni de pie en una silla, y tampoco quiere pedírselo a Sharif Sharif.

Tara pasa el resto del día prendiendo fuego a pequeñas tiras de tela para medir la textura, la intensidad y la regularidad de las llamas; hilo, algodón,

las telas que recibieron el nombre de personajes femeninos de novelas y películas: *Terat Meray Sapnay* y *Dil ki Pyas* y *Aankhon Aankhon Mein*. Al final se decanta por una mezcla e intercala telas de combustión rápida con otras que arden más lentamente. Corta varias tiras de un rollo de tela KT blanca, pura como el peregrinaje a La Meca, y hace las franjas rojas con hilo rojo. Para el rectángulo azul oscuro de la esquina aprovecha un retal grande de las túnicas añil que cosió para los uniformes de una escuela femenina del barrio. Azul como el color en el que se convierte la llama de una vela cuando hay un fantasma cerca. Mientras lo mide reza una pequeña plegaria por el conserje de la escuela, que no tiene dinero para pagar la costosa operación de corazón que necesita.

Para las estrellas utiliza una plantilla de cartón y empieza a cortarlas de satén blanco, satisfecha por el hecho de que la tela sea brillante, y las va dejando caer al suelo una a una, y la rodean con su brillo. Tiene que hacerlo bien para que el chico quede contento y no le pague menos de lo pactado, por lo que consulta una y otra vez el dibujo que le ha hecho, y se frota las rodillas de vez en cuando porque el frío de noviembre empieza a hacer mella en sus articulaciones. Pero a su edad el dolor ya no es una sorpresa y sigue con el trabajo, preguntándose por el significado de los distintos elementos de la bandera.

¿Son las franjas rojas y blancas ríos de leche y vino que fluyen bajo un cielo rutilante por el resplandor de las estrellas?

¿O son caminos empapados de sangre que se alternan con caminos cubiertos de huesos blancos que salen de un mar lleno de explosiones?

Tal vez el azul de la bandera signifique que los estadounidenses son los dueños de todo lo azul del mundo: el agua, el cielo, la sangre vista a través de las venas, la mezquita azul de Tabriz, el anochecer, la pluma con la que señala su lugar en el Corán, la tiza de costurera, el lugar de la parte inferior de la espalda de los recién nacidos, los matasellos, los ojos de cristal de las

muñecas extranjeras. Mahoma juró por el rojo del cielo del atardecer, y Adán significa «vivo» y «rojo». ¿También son los americanos dueños de todos estos rojos? Rosas, carnes, ciertas hojas viejas, ciertas hojas nuevas, el amor, las plumas bajo la cola del bulbul, los vestidos y los velos de las novias, las fechas que señalan festividades en los calendarios, los granates y los rubíes, la felicidad, el rubor, la osadía, la guerra, el fuerte rojo de Nueva Delhi, la oleada de robos violentos que hizo que los vecinos fueran a denunciarlos a la policía, que les dijo que dejaran de incordiar y contrataran a guardias de seguridad privados, los refrescos, la encuadernación de su Corán, estos y los demás tonos de rojo, carmesí, bermellón, escarlata, granate, frambuesa, obsidiana, castaño rojizo, ciruela, magenta, geranio, los ojos llorosos de la mujer que vive tres puertas más allá, que le contó a Tara que no quería que cosiera la ropa de la dote de su hija tras descubrir que Tara estaba poseída por los genios, por temor a que transmitiera su mala suerte a la ropa, las banderas rojas de la revolución soñada por los padres de Mikal y Basie, la Alhambra de España, los caminos del jardín de Rohan, las alfombras tejidas en Shiraz, los coches deslumbrantes que los ricos importan a Pakistán, donde descubren que no hay carreteras buenas para conducirlos. El sol del atardecer. El sol del amanecer.

Trabaja sin pausa y la gran bandera se materializa lentamente en el interior a medida que pasan las horas; ocupa la mitad de la habitación. Mira a Naheed pero la muchacha duerme, con el pelo pegado a los lados de la cara por el sudor. El invierno llegará pronto como una cuchilla abierta y la habitación está fría. Enciende el brasero de carbón y lo sitúa junto a Naheed, que está helada. Sube un poco el volumen de la radio cuando llega el momento de las noticias y el boletín la informa de que Kabul ha caído hace unas horas, que los talibanes han huido, después de saquearlo todo, incluidos millones de dólares del banco nacional. Afganistán es liberado y las tropas estadounidenses reciben dulces y flores de plástico de los ciudadanos libres

de Kabul, las tiendas de música abren de nuevo, pero mientras los hombres se afeitan la barba, las mujeres prefieren seguir escondidas bajo los burkas de momento. Y Tara sabe que obran con sensatez. Desde que es adulta no ha pasado un solo día en que no haya oído que una mujer ha muerto de un disparo, un navajazo o ahorcada, ahogada o estrangulada con su propio velo, enterrada o quemada viva, envenenada o asfixiada, a la que le han cortado la nariz o desfigurado la cara con ácido o descuartizado, a la que han atropellado con un coche o apaleado. Surgen noticias a diario de mujeres que han sufrido estos calvarios en carne propia en nombre del honor y la vergüenza de Alá y Mahoma a manos de su padre, su hermano, su tío, su sobrino, su primo, su marido, su suegro, su cuñado, el tío de su marido, el sobrino de su marido, el primo de su marido, su hijo, su yerno, su amante, el enemigo de su padre, el enemigo de su amante. Por lo que ahora Tara elogia a las mujeres de Kabul, ya que han sido listas y han decidido permanecer ocultas bajo los burkas, porque la mayoría de las veces no hay ni una segunda oportunidad ni perdón si eres mujer y has cometido un error o te han malinterpretado.

Trabaja hasta medianoche y luego, a la una de la madrugada, parece que es la única que está despierta. Sola en el islam.

Naheed abre los ojos y se incorpora.

–Me crees cuando digo que no he hecho nada, ¿verdad? –pregunta Tara–. Tiré el líquido, no te lo eché en la comida después de las primeras veces, lo juro por el Corán.

–Lo sé –dice Naheed con un hilo de voz.

–En ocasiones Alá hace lo que sabe que más nos conviene.

–Fui a ver a una enfermera y le pedí que me diera unas inyecciones –dice la joven. Mira a Tara–. No fue Alá. Lo hice yo sola.

Las hojas del saraca asoca son abrasivas y, por lo tanto, ideales para pulir. Los operarios de la tienda de muebles que hay en el cruce van a menudo a pedirle unas cuantas. Suena el timbre de la puerta y Rohan se dirige a abrirla, convencido de que serán ellos.

–¿No me reconoce? –pregunta el hombre.

–Discúlpeme, pero no. –Tal vez sea un apicultor.

–Vine a verlo en octubre para poner trampas para pájaros. Soy Abdul, el perdonador de pájaros.

A Rohan le viene a la cabeza la imagen de la bicicleta con la jaula sujeta a la parte trasera.

–He venido a buscar las trampas. –El hombre mira hacia las copas de los árboles, por encima del muro que rodea la casa–. No las veo. Deben de haberlas quitado.

Rohan se queda mirando, estupefacto, al hombre bajito y de rasgos suaves, cuya piel morena está moteada de una barba incipiente en las mandíbulas, y al que le falta un diente.

–Parece que no me recuerda en absoluto –dice Abdul.

–Sí que lo recuerdo. Entre, tenemos sus trampas.

Rohan había dedicado una mañana entera a desenredarlas y luego las envolvió en ramas de palisandro de unos treinta centímetros.

El perdonador de pájaros lo sigue a unos pocos pasos mientras se dirigen hacia la cabaña del jardín. El rincón norte está lleno de humo porque ha estado podando los árboles y luego ha quemado las ramas que estaban

enfermas. Un pito bengalí se cruza en su camino con su vuelo ondulado. Se aleja de la casuarina para huir del humo y se refugia en un tamarindo, varias de cuyas ramas, desnudas en invierno, forman una red de nervios encima de ellos.

Rohan se detiene y se vuelve hacia el hombre.

–No entiendo por qué no puede ganarse la vida de otra manera.

El perdonador de pájaros guarda silencio durante un rato.

–Siento no haber venido el día que le prometí –dice.

–Debería sentirlo. –Rohan se sorprende al descubrir el tono de ira en su voz, y también le sorprende que al hombre se le salten las lágrimas al instante, pero aun así su ira no se desvanece–. ¿Qué excusa hay para su conducta?

Abdul se seca los ojos con el faldón de la camisa.

–Siento muchísimo haberle causado tantas molestias.

–Me refería a los pájaros, que quedaron atrapados aquí durante cinco días. Sin comida ni bebida y aterrorizados.

El perdonador de pájaros saca una hoja de papel doblado del bolsillo y se la tiende a Rohan.

–Aquí encontrará la explicación de lo que me ha sucedido.

Rohan coge el papel con recelo, pero no lo desdobra.

–Cuando volví a casa después de poner las trampas, descubrí que mi hijo de catorce años había huido para luchar en Afganistán. Al día siguiente no pude venir a recoger los pájaros porque decidí ir a buscarlo. Tomé el tren a Peshawar esa misma noche.

Rohan mira al hombre y luego la hoja de papel que tiene en la mano.

–Como no lo encontré en Peshawar, he dedicado los últimos meses a buscarlo. Cada vez que entro en casa su madre me pregunta: «¿Tienes noticias de él?». –El hombre señala el papel–. De repente, ayer recibimos esa carta. Nos la hicieron llegar por debajo de la puerta. Está en la cárcel de un

señor de la guerra en Afganistán. Lo capturaron cuando luchaba con los talibanes, y los hombres del señor de la guerra quieren reunirse conmigo en Peshawar para hablar de cómo puedo lograr su liberación.

Rohan abre lentamente la hoja de papel y lee el breve mensaje.

«Preséntese en el poste eléctrico 29 del bazar de los caldereros de Peshawar. El sábado 22 de diciembre a las ocho de la mañana. Llevaremos a su hijo para que pueda comprobar que lo tenemos.»

–La fecha es dentro de dos días –dice Rohan.

–Sí. Se me ha ocurrido que podía venir a verlo para pedirle que me dejara poner las trampas otra vez para intentar atrapar algún pájaro. No me queda dinero para el billete de tren a Peshawar. Mi mujer ya ha vendido sus pendientes y mi bicicleta. Eran las únicas posesiones que teníamos.

–Espero que me perdone, pero no puedo permitir que vuelva a poner las trampas.

–Entonces tendré que encontrar otro lugar lleno de árboles. Ya no tengo la bicicleta, por lo que cargaré con la jaula a la espalda.

Rohan mira la carta. «No vaya a la policía. Lo mataremos o lo entregaremos a los americanos para que lo torturen.»

–Tal vez no lo sepa –dice Abdul–, pero miles de nuestros muchachos se han ido a Afganistán.

–Lo sé.

–Lo único que puedo decir es que si los atentados terroristas tenían que suceder, lamento que tuviera que ser testigo de ello. Me han destruido la vida a pesar de que vivo muy lejos del lugar en el que se llevaron a cabo. ¿Qué sabrá Heer de Nueva York, o Nueva York de Heer? Son dos mundos distintos.

–¿Es este el nombre de su hijo? –pregunta Rohan, sin apartar la mirada del lugar en el que se menciona–. Jeo.

El hombre asiente, Rohan le devuelve la hoja de papel, se vuelve y ambos

continúan hacia la cabaña. Rohan coge las ramas de palisandro con los cables, unas ramas nudosas que parecen huesos, las pone en una bolsa de tela y observa al perdonador de pájaros, que desanda el camino y sale por la puerta, atravesando un suelo cubierto con las últimas flores del flamboyán dorado. El agotamiento que se refleja en los ojos del hombre se parece al de la mirada de Basie, que no ha parado de seguir rumores sobre Mikal desde que regresaron de Peshawar, con el ánimo derrotado. Con el tiempo recuperará la energía, sin duda. Cuando un muchacho del barrio huía para ayudar a liberar a los musulmanes de Cachemira del gobierno indio, la gente no dejaba de especular y de llevar pistas verdaderas o falsas a su casa durante meses y años. Habían visto al muchacho desaparecido en un bosque de Anantnag y sufría de amnesia. Había empezado una nueva vida en China. Lo habían secuestrado unos bandidos que pedían un rescate y lo tenían retenido aquí mismo en Pakistán, en un horno de cal cerca de Quetta. Se decía que los fantasmas de los muchachos desaparecidos rondaban mansiones de Nueva Delhi, se decía que habían sido estrangulados por jugadores en Manshera, y quemados en casas de Srinagar. En una ocasión un joven se presentó en una casa afirmando que era el hijo desaparecido de la familia, pero en realidad era un enfermo mental que había huido del hospital.

Rohan se acerca hasta la puerta. El perdonador de pájaros ha llegado casi hasta el final de la calle, pero Rohan nunca ha levantado la voz en público. Mira a su alrededor, buscando a un niño al que pueda pedirle que llame la atención del hombre. Justo entonces el perdonador de pájaros se vuelve para mirar hacia atrás; Rohan levanta la mano y le hace un gesto.

–Lo acompañaré a Peshawar –le dice Rohan–. Nos reuniremos con el señor de la guerra y veremos qué podemos hacer para traer a Jeo a casa.

Teme que no pueda convencer a Naheed, Yasmin y Basie sobre el viaje. Está

dispuesto a recordarles que en su juventud había visitado Arabia Saudí, Irak, España, Egipto, la India y Turquía sin apenas dinero ni información. Está convencido de que le dirán que eso fue hace mucho tiempo, por lo que decide no hablarles del hijo del perdonador de pájaros. Les dice que va a Peshawar a ver a la familia de su antiguo alumno, a darles las gracias por las cajas de libros, algo que no había podido hacer durante el último viaje.

Una vez en el bazar de los caldereros de Peshawar, encuentran el poste eléctrico 29 y esperan a que se pongan en contacto con ellos. Se hallan frente a un taller de reparación de rickshaws, junto a un puesto para recaudar dinero y donar sangre para los talibanes. En el barrio de Rohan, en Heer, se oyeron multitud de lamentos cuando cayó Kabul. El clérigo de la mezquita que había cerca de su casa lloró durante gran parte del sermón de dos horas del viernes, y las lágrimas fueron retransmitidas por los altavoces. El hombre que se encontraba en la furgoneta de Espíritu Ardiente dijo que estaba leyendo el Corán cuando se difundió la noticia de que Occidente había conquistado Afganistán, y que el libro sagrado, vencido por la vergüenza, le había desaparecido de las manos.

Son las ocho de la mañana, la hora especificada en la carta, pero la única persona que se les acerca es un niño de seis años, que les pregunta si quieren que les limpie los zapatos.

Se mantienen a la espera y a las diez aparece un hombre con un Kaláshnikov al hombro y les pide de un modo muy brusco que se identifiquen.

Dice que la puesta en libertad del hijo del perdonador de pájaros les costará veinte mil rupias.

–No tengo tanto dinero –dice Abdul, y el desconocido lanza un suspiro de irritación.

Las cumbres de las montañas clavan sus colmillos blancos en el cielo alrededor de la ciudad y el frío de diciembre es intenso. Por los ríos y arroyos deben de bajar placas de hielo.

–En la nota decían que traerían al chaval –tercia Rohan.

El hombre señala una furgoneta roja que hay en el otro extremo del bazar.

Los tres se dirigen hacia el vehículo, el hombre abre la puerta trasera y les dice a Rohan y a Abdul que suban. Cierra la puerta de inmediato tras ellos. El interior no tiene ventanas, es una caja metálica y oscura como boca de lobo. Abdul enciende el mechero, que arroja una luz tenue, por lo que ajusta la palanca lateral para aumentar la llama. Miran alrededor con la cabeza inclinada por culpa del techo bajo, y se dan cuenta de que el bulto que hay en el suelo es un muchacho y no un montón de harapos. El chaval se estremece y chilla cuando el perdonador de pájaros se acerca a él.

Abdul se detiene, lo mira y se vuelve hacia la puerta.

–Este no es mi hijo –dice, llamando a la puerta.

Rohan ve que el chaval está llorando.

–Sáquenme de aquí, por favor –dice con un hilo de voz y sin levantar la mirada–. Nos tienen encerrados en una cárcel. Nos hacen tantas cosas que preferiríamos estar muertos. Sáquenme de aquí, por favor –susurra.

–El suicidio es un pecado –dice Rohan–. No hables así.

Abdul llama a la puerta, pero no obtiene respuesta del otro lado.

–Se han inventado un juego que llaman «el clavo». Empiezan con los prisioneros más jóvenes y les preguntan la edad. Si el chaval dice doce, le envían a doce hombres. Si dice catorce, pues catorce. Se lo llevan a una sala, se quitan los pantalones, lo atan y entonces los gritos inundan el lugar. Los hombres gritan más fuerte que el chaval, como si se hubieran vuelto locos o se hubieran convertido en animales salvajes. Gritan «¡Clavo! ¡Clavo! ¡Clavo!» mientras le hacen todas esas cosas.

Era una experiencia que aterrará incluso a las estrellas. Abdul golpea la

puerta con más fuerza ahora, la llama del encendedor titila y se apaga.

–Ayúdenme, por favor –dice el muchacho–. Alá los recompensará a ustedes y a sus mujeres.

De pronto se abre la puerta y la luz los ciega.

Rohan y Abdul salen a la calle y se cierra la puerta, que amortigua los gritos del chaval, que grita con desesperación por última vez.

–Me suicidaré.

Son las últimas palabras que oyen antes de que la furgoneta se ponga en marcha y se aleje de allí.

–Ese no es mi hijo –dice Abdul.

El secuestrador saca un fajo de fotografías el doble de grande que una baraja de cartas y le pide a Abdul que las mire. Hacia el final, Abdul reconoce a su Jeo.

–Lo traeremos la próxima semana. A la misma hora.

–No tengo dinero para el rescate ni para el viaje –dice Abdul–. Mi mujer o yo tendremos que vender un riñón. Tardaremos un tiempo. ¿No podemos vernos dentro de un mes?

–¿Un mes? –El hombre medita la posibilidad.

–¿Es que no tiene vergüenza? –le espeta Rohan, que aparta a Abdul a un lado, incapaz de controlar su angustia y su ira. La gente lo mira al pasar y él se siente el centro de un enjambre de ojos–. ¿Cómo puede secuestrar a niños, pedir un rescate por ellos y obligar a los padres a hacer algo tan horrible?

Está tan traumatizado que es incapaz de mencionar el otro tema.

El hombre está furioso y parece que está a punto de abalanzarse sobre Rohan.

–¡Degollaré al chico y os mataré! –dice, mientras Rohan lo fulmina con la mirada–. Encontramos a tu hijo luchando contra nosotros. Es probable que matara a varios de nuestros hombres. Necesitamos el dinero para asegurarnos

de que las viudas y los hijos de los fallecidos no se vean obligados a mendigar.

Abdul intenta calmarlo.

–Regresaré dentro de un mes con el dinero. Mientras tanto, le pido que trate bien a mi hijo.

–No –dice Rohan, con súbita determinación–. No. Queremos a Jeo y vamos a ir a buscarlo hoy.

–Está en Afganistán.

–Entonces iremos a Afganistán.

–Está a cuatro o cinco horas de aquí. –El hombre señala hacia el este de la ciudad.

–Afganistán no está a cuatro o cinco horas de distancia –dice Rohan.

–Pues seis o siete.

–Aún más, pero me da igual. Quiero recuperar a Jeo.

–Sí, venid conmigo si queréis. Las vías de entrada oficiales aún no funcionan muy bien, pero puedo llevaros y traerlos por viejas rutas de contrabando.

Es consciente de los peligros. Derrotados y desterrados, varios grupos de talibanes y de Al Qaeda vagan por Afganistán, un país invadido por soldados occidentales.

–El viaje os saldrá caro –les advierte el hombre–. Y tendré que hacer una llamada de teléfono para organizarlo todo, para asegurarme de que mis superiores dan el visto bueno.

–¿Y las veinte mil rupias? –le pregunta Abdul a Rohan, que se lleva la mano al bolsillo y saca el rubí con su cordón negro.

Tanto Abdul como el secuestrador quedan sorprendidos por el tamaño y la belleza de la joya, por la perfecta luz roja que se refleja en su interior. No pueden apartar la mirada de la piedra preciosa, y la siguen hasta el bolsillo del abrigo donde la guarda de nuevo Rohan.

–La calle de los cuentistas está ahí. ¿Dónde queda el bazar de los joyeros?

El secuestrador tiene un coche y, después de tasar el rubí en el bazar, se ponen en marcha en dirección este, hacia las afueras de Peshawar. La vía legal de entrada en Afganistán es el paso Jáiber, pero han tomado unas carreteras más estrechas que serpentean por entre unas lomas cubiertas por un denso manto de mezquites. En las colinas Maneri de piedra caliza hay vetas de mármol moteado con manchas negras, verdes y amarillas, o de un verde o un amarillo puros, y las cuentas del rosario que Rohan tiene en las manos alternan estos dos colores. En las rocas que hay en la ribera se puede leer la pintada «La yihad es tu deber», en blanco sobre el fondo gris o negro. No estaba ahí en octubre, cuando Rohan recorrió la zona con Yasmin y Basie. «Victoria o martirio. Llama ahora para entrenarte para la yihad.» Aparece un número de teléfono.

El comerciante de gemas ha valorado el rubí en cincuenta mil rupias. El cartel de la tienda decía que el propietario era un genealogista de piedras preciosas que podía averiguar el origen y la raza de todas las piedras preciosas de la tierra. Rohan le ha pedido que escribiera la cantidad en un papel mientras el secuestrador observaba.

–Le daré a tu jefe esta gema en lugar del dinero, y él nos entregará a Jeo.

Mientras se dirigen hacia la frontera afgana, el secuestrador habla.

–Setenta habitantes de mi pueblo murieron por culpa de una bomba lanzada por los americanos –dice el hombre–. Culpo a América pero también a los guerrilleros extranjeros, los que son como tu hijo, a los que intentaban matar los americanos.

Les pide que le entreguen el rubí en diversas ocasiones.

Detiene el coche en un lugar apartado cerca de la frontera y les pide que

bajen, que tiene que hacer unas gestiones y tardará una hora en volver. E insiste en que le den el rubí.

–Os ahorraré el viaje. Dadme la joya y yo mismo os traeré al muchacho.

Sin embargo, Rohan se niega. El valle de Peshawar conserva el aspecto de haber sido, muchos siglos atrás, el lecho de un inmenso lago cuyas orillas estaban rodeadas por las cimas y las cumbres del Himalaya, y Rohan tiene la sensación de encontrarse sumergido en ese inmenso mar interior.

«Recibí estas palabras del Profeta de Adam bin Ayaas, que las recibió de Ibn Abi Zyebe, que las recibió de Syed Makbari, que a su vez las recibió de Abu Horaira. El Profeta dijo: “Si alguien se ha comportado de manera injusta con otra persona, debería buscar el perdón de la víctima antes de que sea demasiado tarde. De lo contrario, el día del Juicio Final, cuando la única moneda legal sea la buena conducta de una persona en la tierra, los buenos actos de un hombre injusto pasarán a su víctima. Y si no ha realizado ninguna buena acción, los pecados de la víctima pasarán a él”.»

Rohan está leyendo el *Libro de los dichos del Profeta*, pasando las páginas al azar, y se detiene en esta, el dicho número 2.286, durante unos instantes. Se estremece de frío. Han pasado dos horas desde que el hombre se fue con la furgoneta. El cazador de pájaros duerme, envuelto en una manta, bajo un árbol.

–¿Qué es lo que tanto te preocupa? –le pregunta una voz de mujer.

Rohan alza la mirada: tiene el pelo blanco y unas facciones surcadas por una red de arrugas. Él sonrío y niega con la cabeza.

La mujer señala las piedras y la cortina de arbustos que hay al otro lado de la carretera. Rohan ve que tras las hojas y las ramas hay un muro bajo de barro.

–Ve ahí.

Rohan se concentra de nuevo en el libro. «Número 2.279: Recibí las siguientes palabras del Profeta de Osman Ibn Ani Sheeba, que las recibió de Hasheem, que las recibió de Obaidulá bin Abu Bakr bin Uns, que las recibió de Hameed Tavail, que a su vez las recibió de Uns bin Malik. El Profeta dijo: “Ayuda siempre a tu hermano (musulmán), tanto si es un tirano como una víctima”.»

La mujer se cierne sobre él y le toca el hombro.

–Es un cementerio. El cuerpo de un muchacho que murió luchando contra los americanos en Afganistán fue enterrado aquí. Es un mártir e intercederé por ti ante Alá. Ve y pídele a Mikal que alivie tu sufrimiento.

Rohan cierra el libro, lo guarda en la bolsa que lleva colgada al hombro y se pone de pie. Cruza la carretera y entra en el cementerio que alberga unas cien almas, unas cuantas tumbas en muy mal estado y espinos. Las montañas se alzan imponentes de forma vertiginosa sobre ellos, la tierra y las laderas están marcadas por las pruebas del mar perdido, el esfuerzo de las corrientes, las olas, los manantiales, los arroyos y los ríos. En todas las lápidas pueden leerse versículos del Corán, como si las tumbas los citaran y establecieran una conversación entre ellas usando únicamente palabras sagradas. Al otro lado del muro hay un montículo que mide unos diez metros de largo y está cubierto con flores brillantes, tierra de río y conchas de agua dulce, y fragmentos de pizarra azul claro de las colinas cercanas. Un grupo de mujeres recita versículos del Corán sobre el montículo. Un hombre enciende una barrita de incienso frente a ellas y el humo se alza lentamente formando volutas azules que atraviesan el aire frío.

–Era un gigante. –Una mujer alza la mirada hacia Rohan, mientras se acerca.

–No lo era –la corrige el hombre de la barrita de incienso, que recorre diez metros para encender las que hay en el otro extremo–. Tenía una altura normal, pero se convirtió en un gigante en el campo de batalla.

La lápida está labrada con estrellas en los bordes. Tiene el nombre de Mikal, la fecha de nacimiento y de su muerte: el día después de que Jeo y él partieran hacia Afganistán.

–Dicen que derribó seis aviones él solo y que evitó que treinta mujeres fueran violadas por los soldados americanos.

Fija la mirada en las flores amontonadas sobre el cuerpo del muchacho. El resplandor del sol lo ciega y de pronto se siente muy cansado. Se encontraron las huellas de las garras de un águila junto al mártir, el guerrero sagrado, le dice alguien. El alma del chico debía de ser un águila.

¿Cómo ha acabado aquí el cuerpo de Mikal? La confusión y el caos de la guerra. Mira hacia las montañas. La vegetación es frondosa en todos lados; cuando el nivel del mar disminuyó, la zona se convirtió en una marisma tropical, un paraíso para rinocerontes, flamencos y tigres, bien provista de juncos, carrizos y coníferas. Lee entre dientes el versículo del Corán grabado en el rubí. «La riqueza y los hijos son adornos transitorios de la vida.» No sabe cuánto tiempo permanece ahí, en ese estado mental alterado, y no vuelve en sí hasta que oye a Abdul que lo llama desde el otro lado del muro.

El viaje a su destino de Afganistán dura diecisiete horas y tienen que atravesar laderas, puentes, una tormenta de arena de un kilómetro y medio de largo, y riachuelos en los que flotan docenas de las barbas afeitadas de guerrilleros de Al Qaeda que huyen. Cuando se ha puesto el sol cruzan un ancho valle con un río y bancos de arena; la zona ha quedado arrasada y teñida de negro tras la explosión de una bomba cortamargaritas que lo redujo todo a cenizas, piedra pómez y lava; las laderas de las colinas quedaron destripadas. Ahora, la luz amarillenta de la luna que aún no ha salido lo baña todo, la fría noche cae sobre ellos por el este, las estrellas inician su travesía por las laderas negras. Parece el lugar de una incursión cósmica como un

meteorito, no la obra del hombre. Las bajas estadounidenses ascienden a doce en los dos meses que han transcurrido desde el inicio de la guerra, mientras que los afganos han sufrido miles de pérdidas, tanto soldados como víctimas inocentes, y Rohan no sabe quién contará la compleja verdad, y observa el entorno con atención como si en algún momento del futuro fueran a preguntarle qué ha visto. Hacia el final del viaje, un convoy de soldados estadounidenses pasa junto a su vehículo. Se pregunta si puede pedirles que los ayuden a liberar a los muchachos encarcelados por el señor de la guerra. Observa atentamente el convoy, que desaparece en el momento en que la radio del coche transmite la noticia de que un musulmán británico ha sido detenido cuando intentaba volar un avión de pasajeros sobre el Atlántico, con unos explosivos que había escondido en sus zapatos.

Llegan a unos barracones a las tres de la madrugada, los acompañan a una habitación que apesta y está llena de polvo, y les dicen que pasen el resto de la noche allí. Las paredes son de cemento gris y en el suelo hay varios fragmentos de cientos de estatuas rotas. Buda y las distintas personas de su vida: torsos, brazos, pies y rostros de todos los tamaños. Mira el arco exacto de la ceja tallada sobre el ojo de un hombre por el cincel del escultor. Las flores parecen crecer del pelo de una mujer. Apenas hay sitio para Rohan y el perdonador de pájaros, y hacen un hueco amontonando las piezas unas sobre otras; Abdul se echa junto a un fragmento de una prenda de ropa de un metro de largo, labrada de la falda de una ninfa o una bailarina. Mientras su esposa agonizaba, Rohan recuerda que quemó un boceto de una estatua Bodhisattva que había hecho Sofía. Y sabe que alguna gente del barrio, al enterarse de la noticia de que está perdiendo la vista progresivamente, comenta que es el castigo de Alá por haberla atormentado en sus últimas horas. «Él no quiso ver lo que ella había pintado, y ahora no podrá ver el mundo real.»

Se queda dormido mirando la fotografía de la pared más alejada. El señor de la guerra le estrecha la mano a un coronel estadounidense. La fecha del marco dice que se tomó poco después del derrocamiento del régimen talibán el mes pasado. Lo contrario de guerra no es paz, sino civilización, y la civilización se compra con violencia y asesinatos a sangre fría. Con guerra. El hombre debe de ganar millones de dólares por ofrecer protección a los convoyes de suministros de la OTAN que pasan por esta zona, y por la milicia que debe de haber formado para ayudar a las fuerzas especiales estadounidenses en su lucha contra los talibanes y Al Qaeda.

Se despierta antes de que desaparezcan las estrellas y reza las oraciones del alba. Ha dormido sobre la palma de una mano de dos metros, utilizando la masa carnosa del pulgar a modo de almohada. Le parece oír gritos de «¡Clavo! ¡Clavo!» en alguna sala próxima, por lo que interrumpe las oraciones y se acerca a distintos puntos de la habitación a oscuras, pero los gritos han cesado, tan solo queda la luna menguante en lo alto del cielo, que arroja su débil sombra en el suelo, y el mapa claro de constelaciones que le hace pensar en Mikal, la geometría ósea de las estrellas.

Un hombre de ojos negros y circunspectos entra en la habitación a última hora de la mañana y les pide que lo sigan. Guiados por él descienden a la prisión subterránea del señor de la guerra, atravesando pasillos enterrados, con hileras de celdas a ambos lados. Hay una gran piscina al otro lado de un arco, pero la han convertido en un depósito de gasolina, las paredes mugrientas decoradas con pinturas, que aún conservan su belleza, de flores, periquitos y bulbules de la época en la que la usaban para nadar. Hay una serie de bombas que llenan latas de gasolina para los vehículos o los generadores de electricidad. Mientras avanzan por los pasillos, los hombres ocultos en las sombras estiran los brazos entre los barrotes de las celdas, los

golpean con vasos y gritan «Agua». El lugar huele a sudor, orina y excrementos, a heridas y carne infectada. Estos prisioneros deben de ser insignificantes porque los importantes son entregados a los estadounidenses a cambio de cinco mil dólares cada uno.

Se abre una puerta con barrotes y el guía hace un gesto para que el ocupante salga. El muchacho que sale está aturdido, se pone de soslayo, medio oculto por las sombras, pero el hombre lo empuja hacia el perdonador de pájaros. Lleva un *shalwar kameez* sucio, tiene un aspecto fantasmal debido a su extrema delgadez y las manos le tiemblan cuando se las lleva a los ojos para secarse las lágrimas. Cuando el padre lo abraza, los brazos del muchacho sobresalen de unas mangas rasgadas y Rohan ve que una trama de cortes le cubre la piel. Abdul no deja de expresar su alegría, pero el muchacho guarda silencio, como si prefiriera entender en lugar de hablar.

Rohan le entrega el rubí al guía cuando regresan a la sala donde han pasado la noche. El hombre les dice que no puede aceptarlo.

–Esto es de cristal –dice.

–No es cierto –replica Rohan–. Es indiscutible que se trata de una joya auténtica.

El hombre la observa en la palma de la mano. Entonces suspira y les dice que su jefe se encuentra fuera y que tendrán que esperar a que regrese. Se va con la piedra preciosa y Rohan se acerca a la puerta para ver en cuál de las diversas habitaciones que hay alrededor del patio se meterá. Las paredes del lugar están llenas de pósters del señor de la guerra. Salta a la vista que espera desempeñar un papel importante en el gobierno.

–¿Cómo has acabado aquí? –le pregunta Rohan a Jeo, pero el joven no habla, no quiere recordar el momento y el lugar en el que se rompieron sus vínculos con los humanos.

Mira a su padre.

–¿Has venido para llevarme a casa? –susurra.

–Sí.

–La semana pasada vino el padre de otro muchacho. Es un vendedor de hielo y dijo que está intentando ahorrar diez rupias al día para liberar a su hijo. Tardará veinte años. Tienes que llevarme hoy contigo.

–Hemos venido para llevarte con nosotros, esta misma mañana, no te preocupes –dice Rohan, que mira en la dirección en la que se ha ido el hombre con el rubí, y le acaricia suavemente la cabeza a Jeo.

El joven intenta escabullirse al notar el roce de la mano.

–No tengas miedo de él –dice Abdul–. Es un buen hombre.

–¿Cuántos prisioneros hay en las celdas de ahí abajo? –pregunta Rohan, con la cabeza agachada.

Tal vez estén justo debajo de sus pies.

–Unos cien. Los demás que vinieron conmigo han muerto.

Rohan reconoce al señor de la guerra gracias a la fotografía de la pared en cuanto entra en la sala, con el rubí en las manos, encantado con su belleza. Es tuerto, tiene la cabeza grande, un pecho prominente, como debido a la fuerza de un corazón que late sin miedo de nada ni nadie.

–He venido a ver al hombre que me ha traído este regalo. –Sonríe mientras se dirige hacia Rohan–. Podéis llevaros al muchacho –dice, tendiéndole la mano para estrechársela.

Rohan la mira, pero no la acepta, incapaz de ocultar sus sentimientos, y al hombre se le borra la sonrisa de la cara. Los siervos, situados tras él, se ponen tensos: la mano tendida se mece en el aire, es como si Rohan le hubiera dado un bofetón. Todo el mundo se mantiene a la expectativa mientras el rubí brilla en la otra mano. Esta gema se asocia con el valor, con la valentía de buscar siempre la verdad, con la capacidad de mirar a los tiranos a los ojos. Este mundo de confusión, malicia y destrucción, en el que la sangre de los

inocentes no tiene ningún valor, es perfecto para este hombre y los de su calaña.

Rohan sale por la puerta, seguido por Jeo y el perdonador de pájaros, que dejan a los guerreros detrás. Pero empieza a arrepentirse de su acto por temor a que ponga en peligro la seguridad de Abdul y del joven.

Salen por la puerta sin mirar a los ojos a los hombres armados que montan guardia. Fuera se ha congregado una multitud que quiere rendir homenaje al señor de la guerra, o pedirle dinero y ayuda. En cuanto los guardias abren la puerta para dejarlos salir, la muchedumbre empieza a gritar lo que necesita, agitando con frenesí pedazos de papel, pidiendo audiencia para ver al señor. Las voces de las mujeres surgen bajo los pliegues de los burkas de color azul o crema. Cerca de la carretera la gente desayuna té y paquetes de galletas.

Jeo mira a un gato que camina sobre un muro.

–A veces se olvidan de darnos de comer durante varios días, y una vez que tenía hambre ese gato me trajo una abubilla muerta para que me la comiera – le dice Jeo a su padre.

Rohan ve el convoy de vehículos estadounidenses que bajan por la carretera.

–Los demás prisioneros están ahí –dice Jeo, señalando los barracones del señor de la guerra, con unos ojos que casi vibran de intensidad–. ¿Veis esa hilera de ventanas con barrotes que hay en la base del muro? Son las ventanas altas que mirábamos desde las celdas subterráneas.

El convoy estadounidense de seis vehículos se acerca y Rohan intenta cortarles el paso deteniéndose en medio de la carretera.

El primer vehículo se para a diez metros de él y el joven soldado blanco que va al volante lo mira a través del parabrisas. Al cabo de unos segundos, su compañero del asiento del copiloto se asoma por la ventana con el arma.

–¡Apártate! –le grita.

De repente, el cielo se ha abierto al frío del cosmos.

Atormentado por sueños de justicia en la tierra, Jeo quiere hacer algo como una estrella que desprende luz para formarse a sí misma. Antes de que su padre se dé cuenta de lo que está haciendo, coge un trozo de ladrillo roto que tiene a los pies y se lo lanza a los hombres que montan guardia en el edificio. Falla por medio metro. Los mira en actitud desafiante, como si el mero hecho de encontrarse bajo el cielo abierto le proporcionara fuerzas, como si hubiera descubierto la manera de anunciar su lugar en el mundo, la familia del hombre. Uno de los guardias corre hacia él con el rifle en alto, pero Abdul se interpone entre ellos para calmarlo. Saca un cigarrillo del bolsillo, se lo pone en la boca e incluso se lo enciende, sin dejar de disculparse.

–¡Apártate!

Rohan no obedece la orden. En lugar de ello echa a andar hacia el todoterreno. Los demás vehículos se han detenido detrás del primero y los soldados están listos para abrir fuego, algunos confundidos, otros alarmados y asustados.

–Tengo que hablar con vosotros –dice Rohan en inglés.

–¡Apártate!

Rohan levanta los brazos. Los soldados no lo verán como un hombre mayor e inofensivo.

–Necesito vuestra ayuda para liberar a unos niños encarcelados en este edificio –dice, señalando con la cabeza.

–No es problema nuestro.

–Están abusando de ellos.

–No es problema nuestro. ¡Último aviso! –Lo apuntan a él y en todas direcciones, detrás del convoy, a la izquierda, a la derecha, a la muchedumbre congregada. Los cañones se contagian del estado de agitación a medida que aumenta el pánico–. ¡Apártate! ¡Ahora! ¡Es el último aviso!

Rohan ve a Jeo, que se ha acercado a las ventanas de la mazmorra y mira por una de ellas.

Rohan se dirige lentamente al borde del asfalto, incapaz de abandonar la carretera del todo, mientras intenta pensar en lo que podría decirles a los soldados para convencerlos, y los vehículos empiezan a avanzar hacia él con recelo, muy lentamente; el zigzag del dibujo de las ruedas avanza centímetro a centímetro, y ve que se abre la puerta del edificio y sale el señor de la guerra, que lo mira fijamente.

Uno de los hombres del señor de la guerra aparta a Rohan de la carretera y lo tira al suelo. Cuando cae ve que el convoy estadounidense acelera, también ve que Jeo se ha quitado la camisa por algún motivo, dejando al descubierto su cuerpo descarnado, que ofrece un aspecto repugnante, cubierto de cardenales. El muchacho le arranca el encendedor de la mano a Abdul, prende fuego a la camisa, y con el harapo en llamas corre hacia la hilera de ventanas de las celdas subterráneas.

Rohan permanece en el suelo, convencido de que el hombre del señor de la guerra solo quería conseguir que dejara de cortar el paso a los estadounidenses. Sin embargo, no lo suelta, y ahora han aparecido varios más que lo sujetan con tanta fuerza contra el suelo que cree que intentan enterrarlo vivo, utilizando únicamente los brazos. El señor de la guerra se acerca hasta él con la mano tendida, la mano que había rechazado. El tiempo se detiene cuando el señor de la guerra baja la mano y Rohan ve los restos pulverizados del rubí en la palma, la piedra hecha añicos. Con calma, el hombre restriega la punta del dedo en el polvo de la piedra preciosa y lo acerca a los ojos de Rohan.

Un segundo, dos, tres... y la piscina de gasolina estalla después de que Jeo haya tirado la camisa en llamas por la ventana.

Rohan se pone en pie. La luz es tan fuerte que todo se desintegra, es como si se encontraran en un campo de energía pura. Rohan agita la cabeza para intentar quitarse la prenda blanca que le tapa los ojos, pero descubre que no existe tal prenda. El mundo se aleja y todo se hace más pequeño, pero entonces recupera la visión durante unos momentos y ve el fuego que se arremolina en el suelo. Está cansado, cansado de vivir sin Sofía; tropieza con algo y cae, nota un puñado de hierba en las manos, y sabe que se ha quedado ciego.

A un lado de la casa de Heer, entre la ventana del estudio de Rohan y los árboles de algodón de seda, hay un lavamanos junto a la pared. Cuando eran pequeños, a Jeo y a Mikal les encantaba lavarse la cara allí por la mañana, entre los cantos de los pájaros y la brisa que soplaba en el jardín. A ciertas horas los rayos del sol brillan en el espejo que hay encima, y sobre el espejo hay una buganvilla con sus hojas en forma de corazón y las flores de papel de seda; a veces sus largas ramas tapan el espejo y tienen que apartarlas para verse la cara. En ocasiones las atan o las podan para dejar al descubierto el espejo. El color del óxido en las rodajas de manzana, las flores de un naranja intenso de la buganvilla que caen a docenas en el lavamanos y que deben quitar antes de abrir el grifo.

Naheed se lava la cara con agua y evita el contacto visual con su reflejo. Dirige el rostro hacia el sol de diciembre y permanece inmóvil durante un minuto, sintiendo cómo el agua se seca en su piel. Sé que está vivo, le había dicho a su madre, lo siento.

Regresa a la silla y coge el libro que había estado leyendo. Lo ha encontrado en una de las cajas. Rohan se ha ido a Peshawar hace dos días a darle las gracias a la familia del amable donante. Ya no son una presencia reciente en la casa, pero aun así se olvida de ellos a veces, hasta que sale por una puerta y choca con una columna de cajas, como si quisiera entrar en ella y desaparecer.

No se ha encontrado el cuerpo, no se ha encontrado la tumba. No dejará de repetírselo. Si el sol y la luna dudaran, se habrían apagado.

Levanta la mirada del libro de vez en cuando. Lleva una túnica con motivos florales grises y hojas negras, un jardín crepuscular, debido al fresno.

«El amor no hace a los amantes invulnerables –lee Naheed–. No obstante, aunque la belleza del mundo y el amor estuvieran al borde de la destrucción, el suyo seguiría siendo el único bando en que podrían estar; un amor derrotado seguiría siendo amor, y la victoria del odio no lo haría distinto de lo que era.»

II

EL JARDÍN DEL HOMBRE CIEGO

Si Dios no existe,
no todo le está permitido al hombre.
Sigue siendo el protector de su hermano,
y no puede entristecer a su hermano
diciéndole que Dios no existe.

CZESŁAW MIŁOSZ

Adam recibió el perdón en invierno.

A Mikal le viene el pensamiento a la cabeza mientras está fuera, donde sopla un aire frío y su aliento aparece y desaparece ante él. En la mano derecha vendada sostiene las pequeñas flores secas que ha mantenido ocultas en el bolsillo. Le han cortado el dedo índice de ambas manos. Las flores están marchitas y ajadas, pero, rodeado como vive de un manto gris, son los objetos más brillantes que puede ver. Las protege con la mano como lo haría con la llama de una vela, para impedir que pierdan todo el color. Desliza un dedo por el centro de una de ellas; todavía puede sentir las partes más pequeñas, finas como un hilo y con pequeños bultos de polen.

Se vuelve y entra en el edificio.

Es la casa de la montaña propiedad del señor de la guerra que lo retiene prisionero. La cadena de los tobillos es lo bastante larga y le permite caminar pero no correr. Atraviesa la cocina sin detenerse, sube las escaleras y recorre un largo pasillo, hacia la habitación llena de voces que hay al fondo.

Hace tres noches vio la lluvia de meteoritos de las cuadrántidas, por lo que sabe en qué mes están. La lluvia de meteoritos sucede alrededor de la misma época todos los años y las cuadrántidas se ven a principios de enero.

La noche que la vio intentaba escapar de allí. La casa está rodeada de pinos altos y cumbres cubiertas de nieve, la mayoría de las habitaciones están cerradas con llave, y la única presencia humana es un séquito de seis hombres del señor de la guerra.

Aún no sabe dónde está Jeo. Durante los cuatro meses que han pasado

desde su captura en octubre, varios señores de la guerra lo han vendido y utilizado como moneda de cambio, y a medida que han pasado los meses han disminuido las noticias sobre él. En la actualidad apenas ha tenido noticias suyas. Su actual amo ni tan siquiera sabe su nombre.

Entra en la sala y encuentra a los hombres acurrucados en torno a un brasero de carbón. El señor de la guerra es un bandido e hijo de bandidos, y Mikal ha oído historias sobre el temor que infunde su carácter sanguinario. En una ocasión, los habitantes de una aldea se enteraron de que estaba a punto de saquearlos, por lo que decidieron dejar las joyas y los objetos de valor en la calle de noche, y el hombre fue recibido con una lluvia de billetes arrastrados por el viento.

Mikal coge una granada de un plato y se sienta en cuclillas en un rincón de la habitación. Escucha a los hombres mientras abre la fruta con los dientes y las uñas, y la manipula con cuidado, ya que las heridas de los dedos que le han cortado aún no han cicatrizado bien. Todos los señores de la guerra le han dicho que tendrían que pagar un rescate por su liberación. Él siempre se ha negado a darles una dirección de contacto, sin importarle lo que le hicieran. El único modo en que han podido sacar tajada de él ha sido enviándolo a trabajar de albañil a distintas obras todos los días (una escuela que se estaba construyendo, una cárcel de mujeres que había que ampliar), y lo ha hecho con las cadenas, cada vez más delgado, de modo que los harapos que viste parece que cuelgan de un esqueleto. Lleva el pelo largo y alborotado, como un gorro imposible de dominar, y calza las mismas botas que en octubre, aunque les ha limpiado la sangre. Siempre se ha esforzado al máximo en todos los trabajos porque temía que, de lo contrario, le pegaran un tiro por no considerarlo más que otra boca que alimentar. Sin embargo, también temía la posibilidad de morir a causa del cansancio.

Mastica los granos de la fruta, el jugo le corre por la barbilla y lo deja caer

sobre las vendas de las manos, ya que sabe que es un remedio eficaz para las heridas.

Uno de los hombres se queja de una pistola que se encasquilla. Es una Beretta M9 y Mikal sabe que el problema puede solucionarse fácilmente. Podría decirle que pusiera un trozo de cinta aislante en el agujero que hay en la base de la empuñadura para evitar que entrara polvo. Pero decide guardar silencio, plenamente consciente de que podrían utilizar el arma contra él cuando intente huir.

Lo han llevado a la casa de la montaña para ayudarlos con una misión: un robo. Los hombres ultiman los detalles del plan en torno al fuego. La capa del profeta Mahoma, que tiene mil cuatrocientos años, se encuentra en la mezquita de Kandahar desde 1768. Sin embargo, cuando empezó el bombardeo estadounidense en octubre, la trasladaron a las montañas para que estuviera a salvo, y aún no la han devuelto a Kandahar. Todavía se encuentra en una mezquita situada a gran altura, a unos ochenta kilómetros de esa casa, y el señor de la guerra desea hacerse con ella para aumentar su prestigio y beneficiarse de sus poderes milagrosos.

Los ladrones más expertos del señor de la guerra acompañarán a Mikal a robar la capa, un equipo de padre e hijo, en el que el muchacho tiene la misma edad que Mikal. La prenda sagrada, claro, está protegida por grandes medidas de seguridad, y si los descubren se desatará un combate. Mikal preferiría no tomar parte en el robo, pero debe obedecer. Además, el señor de la guerra ha dicho que tal vez le conceda la libertad si logran llevarle la capa. Mikal no cree que el hombre cumpla la promesa, por lo que decide mantenerse alerta ante la posibilidad de que surja la oportunidad de huir durante el viaje.

Se levantan cuando están listos para ponerse en marcha y todo el mundo sale al patio para despedirse de ellos. Mikal remolonea un poco y es el último en salir de la habitación: se mueve tan rápido como se lo permiten sus piernas

encadenadas y coge la bala que ha visto bajo una silla cuando ha entrado. La esconde en la cinturilla del pantalón mientras sigue a los demás por el pasillo oscuro, y nota el frío metal en contacto con su piel a través de la tela.

Fuera, cuando se dirigen hacia la furgoneta, unas gotas diminutas de humedad flotan en el aire seco, que brilla bajo el sol de última hora de la mañana como la arena o el polvo de cristal. La mansión tiene unos muros altos de piedra con puestos de vigía, y cinco grandes alsacianos rondan el complejo de noche. A pesar de todo esto, intentó escapar en tres ocasiones, y en cada una llegó un poco más lejos, pero las temperaturas bajo cero lo obligaron a volver. En una de ellas envolvió la cadena con trapos para amortiguar el ruido, pero al final se dio cuenta de que no podría caminar lo bastante rápido para entrar en calor y atravesar las montañas cercadas por el hierro blanco del invierno.

El padre se pone al volante y murmura al unísono con su hijo la expresión árabe que todos los buenos musulmanes deben pronunciar antes de partir de viaje: «Espero que Alá nos conceda un viaje seguro».

Mikal se acomoda en los asientos de la segunda hilera. Debe estar listo para actuar a la primera oportunidad. Hace dos días que sabe que el vehículo tiene algún problema, que podría averiarse durante el viaje. Anteayer fueron a cazar ciervos al bosque y cuando regresaron los alsacianos no los reconocieron y se pusieron a ladrar al oír el ruido desconocido del vehículo. Está a punto de fallar algún mecanismo del motor, una fisura que se extiende por el chasis.

Se toca el brazo dolorido cuando se ponen en marcha. Durante un tiempo las heridas hicieron que se obsesionara con las abejas, las seguía en el aire con la esperanza de que lo guiaran hasta la colmena que albergaba el color amarillo sellado en el interior de la cera de las celdas, ya que sabía que no hay mejor remedio para las heridas que la miel, que puede sanar incluso las que llevan abiertas más de una década.

El aire en el interior de la furgoneta se enfría a medida que ascienden hacia la nieve, avanzando entre las rocas y las peñas, en un paisaje que parece arrasado por sus propias energías elementales. Interrumpen el viaje cuando llega el momento de las oraciones de la tarde, salen y extienden una manta en el suelo rocoso, mientras el viento aúlla en un cañón que hay a su izquierda. De pie uno junto al otro, sobre la manta y mirando hacia las montañas del oeste, se agachan con un gesto reverencial hacia La Meca, que se encuentra a cientos de kilómetros de ahí.

Mikal acaba antes que el padre y el hijo, se apresura a volver al vehículo y coge la bala que lleva en la cinturilla. Es del calibre 22 y la pone, tan rápido como puede, en el lugar del fusible de los faros. El proceso dura unos treinta segundos, en los que lo invade el temor de que sus captores finalicen las oraciones y lo vean, pero tiene suerte. La bala encaja a la perfección en la caja de fusibles que está situada junto a la columna de dirección. Cuando hayan recorrido unos veinticinco kilómetros, la bala debería sobrecalentarse, dispararse e impactar en la pierna del conductor. Será como si le hubieran disparado con una pistola.

Cuando acaba, Mikal se sienta y los observa, esperando a que finalicen las oraciones. El cielo está surcado por unas franjas horizontales rosadas, amarillas y grises, repetidas en el estricto orden de Alá por encima de ellos. Cuando regresan, el padre lo riñe por haber cumplido con la comunión con Alá precipitadamente, y luego se ponen en marcha. Los faros, que han estado encendidos desde que se detuvieron a rezar al atardecer, iluminan losas gigantes de piedra dispuestas en todos los ángulos imaginables, como si el lugar hubiera sufrido un ataque desde el interior con picos y mazos que hubieran provocado varias fracturas en forma de estrella.

En la montaña los días son breves y el gris lo cubre todo lentamente. Al tomar una curva muy estrecha, Mikal se fija en que las suelas de varias botas han dejado huellas muy profundas en el terreno embarrado. Estados Unidos

está en todas partes. Las botas son grandes, como si dijeran: «Así es como se deja huella en el mundo». Tras la victoria de noviembre, la guerra había dado paso a una serie interminable de asaltos y búsquedas de lugartenientes y jefes terroristas. Y esas huellas debían de pertenecer a los soldados de las fuerzas especiales que buscaban un posible escondite de Osama bin Laden.

Se sienta inclinado hacia delante, con la cabeza entre los asientos delanteros. Cuando la bala entre en el cuerpo del conductor provocará un accidente: el vehículo quedará dañado y es probable que el hijo no pueda conducirlo hasta un lugar seguro, que mueran desangrados en mitad de la nada. Una parte de él quiere detener el plan que ha puesto en marcha, y al cabo de un rato es justamente lo que hace.

–Para la furgoneta –dice.

–¿Qué? –pregunta el hijo, que se vuelve para mirarlo.

–Debemos rezar las oraciones nocturnas.

–Es un poco pronto –dice el conductor, y la furgoneta sigue avanzando, iluminando la ladera con los faros.

Mikal estira un brazo, agarra el volante y hace girar el vehículo bruscamente a la izquierda. El hijo sujeta a Mikal del cuello, lo empuja y le ordena que esté quieto. Mikal se sienta y el padre le golpea en la cara con fuerza sin volverse, con unos dedos ensortijados con gemas de colores. El vehículo sigue avanzando y Mikal empieza a perder la esperanza de poder actuar antes de que suceda algo.

–Tenemos que parar.

Después de eso, solo transcurren unos segundos antes de que la furgoneta se precipite hacia el desfiladero tras el fuerte estruendo del acero al chocar contra la roca; la secuencia es precedida por el ruido de la bala al explotar, pero Mikal lo oye a posteriori. Seis metros más abajo discurre un río cubierto por sauces llorones, y cuando empieza la caída libre, la oscuridad lo engulle todo porque la bala ha destrozado el circuito eléctrico de los faros.

–Es una herida de bala –dice el padre con una mezcla de sorpresa y de confusión. Se vuelve hacia su hijo y Mikal, y se baja los pantalones para examinarse el muslo–. Me han disparado.

Han llegado a la orilla, pero el hombre cojea mucho y apenas puede tenerse en pie. El dolor atenaza a Mikal, que ha sufrido una sacudida muy fuerte en la columna cuando han impactado contra el río poco profundo.

–¿Disparado? ¿Cómo es posible? –pregunta el hijo, que se acerca a mirar la herida–. Tal vez te lo ha provocado una pieza de la furgoneta.

–Sé el aspecto que tiene una herida de bala –dice el padre.

Es un hombre grande, pero en ese momento el simple esfuerzo de alzar la voz le parece demasiado.

Tras ellos, en el agua gélida, aparece una mancha de sangre en el lado del conductor de la furgoneta destrozada, arrastrada lentamente por la corriente. Es como si el metal sangrara.

–Tenemos que sacarla –dice el padre, señalando la furgoneta.

Mikal se da cuenta de que el padre y el hijo están aterrorizados por el hecho de haber perdido la propiedad de su jefe.

–Ahora no va a moverse –dice Mikal.

Se examina por debajo de la camisa en busca de heridas. Se produce una pausa mientras los tres reflexionan sobre lo que ha sucedido; los cuerpos empapados tiemblan por culpa del frío insoportable y el hijo se estremece cuando se toca el corte de cinco centímetros que tiene en la frente.

–Es una advertencia de Alá –dice el muchacho en voz baja–. Lo que íbamos a hacer es un pecado horrible, robar la capa sagrada. Creo que deberíamos volver a casa...

Su padre lo fulmina con la mirada.

–No sabes lo que dices. Basta de tonterías.

El muchacho niega con la cabeza.

–Tenemos que volver. Te han disparado con una pistola invisible. Es una

advertencia de Alá...

–Silencio –dice el padre, que intenta mantener el control de la situación, y el hijo aparta la mirada, debatiéndose entre dos temores, Alá y su padre, incapaz de decidir cuál lo asusta más. El hombre pierde mucha sangre y el líquido rojinegro se extiende por las piedras que tiene bajo los pies. Parece como si la escupiera la tierra debido al peso de su cuerpo–. No podemos quedarnos aquí –dice–. Tenemos que recorrer ocho kilómetros hasta la mezquita.

–Ve a ver si puedes arrancar los cinturones –le dice Mikal al muchacho–. Tenemos que aplicarle un torniquete a tu padre. ¿Las llaves de mi cadena están en la furgoneta? –le pregunta al padre.

–No las he traído.

Mikal se queda horrorizado.

–¿Cómo creías que iba a ayudaros a robar la capa? –No puede creer que el hombre esté diciendo la verdad–. ¿Y si tuviera que correr?

El ladrón levanta la pistola y apunta a Mikal con el pulso tembloroso. El dolor le dibuja una mirada asesina.

–No las tengo. Y no creas que puedes huir de mí. Ahora ve a buscar los cinturones.

Después de aplicarle el torniquete, echan a andar y encuentran un camino que los devuelve al mismo nivel del que han caído, y el ladrón deja un rastro brillante. Atravesando el aire frío con la ropa mojada, el paso de los tres se vuelve más inestable, pero aun así siguen avanzando, en silencio. El único ruido que se oye es el de la cadena de Mikal. Hace dos años, en Pakistán, había ido a cazar en la misma latitud, y había evitado la congelación cubriéndose la cara con cinta aislante, dejando solo una rendija de un centímetro para los ojos y otra para la nariz. Ahora observa cómo el padre y el hijo van perdiendo energía. Sabe que caerán antes que él, el padre tiene que apoyarse en el hijo y avanzan a trompicones. Debe retener la poca energía y

calor que le quedan. Naheed. El mundo en el que convergen todos los significados.

El padre es el primero en caer entre las rocas grises cuando se aproximan a una cresta. El hijo sucumbe al cabo de poco, como si hubiera estado esperando el permiso del padre. Desde el suelo el hombre intenta agarrarse con desesperación a la camisa de Mikal, aferrarse a él, pero las montañas le han chupado hasta la última gota de energía, las laderas que los rodean como un silencio solidificado: el tiempo hecho visible de un modo distinto, antiguo y con una escala alargada.

Sumido en el estado de trance de la libertad, Mikal sigue andando hacia la cima. Dentro de media hora la oscuridad será absoluta. Mira hacia atrás y ve que el hombre herido, tirado en el suelo, intenta apuntarlo con la pistola, pero el cañón le tiembla como si intentara disparar a una mariposa que no se está quieta.

Llega a la cima y se detiene para observar lo que se extiende al otro lado.

—¿Qué demonios...?

Y al cabo de un buen rato da un paso adelante.

Se encuentra frente a un cementerio de aviones y helicópteros, MiG y Hind rusos, todos dispuestos en ángulos extraños con las cabinas abiertas y el cristal roto, los neumáticos destrozados y descompuestos. Hay varias docenas, una hilera de armazones que se extiende hasta la siguiente cima, a casi un kilómetro de distancia.

Se acerca a un helicóptero y mira en el interior. Hay una pintada rusa en las paredes sin brillo. Nombres, frases y corazones con iniciales. Han arrancado todo lo que había en el interior, desde los asientos hasta los cuadrantes. Todos los aparatos han quedado reducidos a un mero cascarón, un ataúd metálico gigante, y cada uno debe de pesar miles de kilos. Con el paso del tiempo todos han quedado cubiertos por varias capas de liquen, ahora secas y convertidas en una corteza. Sigue andando en una línea casi recta entre los

aparatos, entrando y saliendo por las puertas, sin dejar de hablar consigo mismo para no perder la concentración.

–Mikal por fin es libre. Mikal sigue andando. Mikal oye el sonido de su cadena. Mikal no siente los dedos de las manos. Mikal no va a morir en este cementerio metálico. Mikal ha causado probablemente la muerte de un hombre. Mikal quiere ver la cara de Naheed. Mikal quiere vivir con ella en la habitación de Heer. Mikal debe encontrar a Jeo.

Poco después se detiene y se vuelve.

Regresa al primer helicóptero artillado y ve que el padre y el hijo han intentado seguirlo, han logrado llegar a la cima pero se han derrumbado de nuevo al bajar por el otro lado, uno boca abajo, el otro de espaldas. Se acerca a ellos y, por increíble que parezca, el padre levanta el brazo tembloroso y lo apunta con la pistola. El hijo no abre los ojos, pero a pesar de estar inconsciente no deja de temblar. Mikal, que es presa de los escalofríos casi igual que ellos, le arrebató la pistola al padre, separa los pies tanto como puede y apunta a la cadena tensa. El mecanismo del arma no funciona muy bien por culpa del frío, un equivalente del entumecimiento que lo atenaza a él, y como tiene que utilizar una mano sin dedo índice, no tiene demasiada puntería. Las dos primeras veces dispara al suelo y el polvo de granito y el humo azul de la pistola se alzan lentamente hacia su rostro.

Se guarda la pistola en el bolsillo y coge la que el hijo sujeta con sus dedos rígidos. Del bolsillo del padre coge un encendedor de latón. El hombre lo mira con impotencia, apenas consciente. Bajo un cielo azul casi negro cubierto por un manto de estrellas, y con los pies aún encadenados, Mikal se acerca a un MiG.

El avión mide casi cinco metros de alto. Se sitúa bajo el ala cubierta de líquen seco, levanta la mano y enciende el mechero. El líquen prende al sexto intento y una pequeña zona se tiñe de un resplandor añil, las débiles llamas se extienden hacia los lados y dan paso a una combustión carmesí. Retrocede un

paso: al principio solo es el ala, pero enseguida el avión entero es engullido por las llamas y el liquen seco estalla de forma brusca con una explosión de calor. Una llamarada refulgente se alza hacia el cielo y se produce un vacío. El aparato arde de arriba abajo, de un lado a otro, y en tan solo veinte segundos las llamas rodean la forma metálica de quince metros. Un pájaro de fuego.

Aún tiene frío y la ropa mojada, pero ya no le tiembla tanto el pulso, coge la pistola del bolsillo, dispara a la cadena y destroza el séptimo de los trece eslabones.

Aunque todavía se encuentran en el lugar donde han caído, padre e hijo parecen volver a la vida, la sangre fluye de nuevo por su cuerpo. Oye un gran rugido. Despertado de su sueño por las llamas, el metal aúlla, y parece como si estuviera a punto de despegar de un momento a otro.

–Acercaos –los llama.

Padre e hijo se ponen de pie y se dirigen lentamente hacia la fuente de calor, una oleada de la temperatura estival en pleno mes de enero. Fragmentos de liquen del tamaño de una mano se desprenden y caen como copos de luz cegadora. Entonces, de forma tan brusca como empezó, el fuego se extingue y el aparato empieza a crujir, vacío, y arde sin llamas. Fragmentos de carbón han caído al suelo, surcados por unas vetas carmesí brillantes en los bordes.

El metal quemado sigue desprendiendo calor y el padre y el hijo se acercan al aparato lo máximo que pueden. Mikal les dice con un gesto de la pistola que lo sigan mientras se dirige a otro avión, y vuelve a encender el mechero.

Van de un avión a otro, de un amasijo metálico estruendoso al siguiente, las palas de los rotores de los helicópteros Hind arden como estrellas doradas de quince metros y los bañan de luz. Dejan un sendero sinuoso de rescoldos tras ellos en esa necrópolis de acero, y salen con la ropa caliente.

Cuando empieza a nevar, los copos silban al entrar en contacto con el

metal caliente.

Al cabo de poco, Mikal y el hijo dejan de temblar y la arenilla del río se desprende de su ropa seca, pero el padre ha perdido demasiada sangre y su estado empeora, tiene la cara pálida y los labios oscuros.

–Se recuperará cuando llegemos a la mezquita –dice el hijo.

Mikal lo mira.

–Eso espero. Pero no voy a ir con vosotros. Tengo que seguir mi propio camino.

–No te vayas, por favor –le suplica el muchacho en voz baja–. Nuestro jefe nos castigará.

Mikal niega con la cabeza.

–Debo irme. Aflójale el torniquete cada quince minutos.

–Nos darán una paliza si huyes. Además, ya tenemos el problema de la furgoneta.

–No puedo ayudaros. Tengo que irme.

–Nos matará.

–Entonces no regreséis –dice Mikal, preso de una súbita ira hacia el mundo–. Desapareced también.

–Tenemos que volver –grita el hijo, desolado–. Nuestra familia sigue allí, si huimos los torturarán para averiguar dónde estamos, para obligarnos a salir de nuestro escondite.

Mikal clava la mirada en el suelo y niega con la cabeza.

–No puedo.

En estado semiinconsciente, el padre abre los ojos un instante y señala los dedos de Mikal.

–Quizá desaparezca el dolor de tus heridas cuando toques la capa del Profeta.

Mikal decide ponerse en marcha, sin dejar de negar con la cabeza.

–¿Cómo puedes abandonar a unos hermanos musulmanes de esta manera?

Ayúdame a llevarlo a la mezquita y luego te vas. –Mikal se detiene y los mira—. No puedo llevarlo yo solo, ya lo ves –añade el hijo, al borde de las lágrimas—. Morirá desangrado.

–De acuerdo, lo llevaremos a la mezquita y luego me iré. Y no vamos a robar nada.

Es más de medianoche cuando ven la mezquita a lo lejos, coronada por una luna de cristal que brilla sobre ella. El templo sagrado se alza en la extensión de nieve blanca y azul, como si fuera un edificio singular y separado de su entorno, presentado en la palma de la mano. El hijo había estado aquí el mes anterior en un viaje de reconocimiento, pero la zona ha quedado transformada por la nieve y el hielo.

–Gloria a Alá que cambia Su mundo y luego lo cambia de nuevo pero Él no.

El padre balbucea palabras incomprensibles y delira cuando empieza a morir.

–Ve a pedir ayuda a la mezquita –le dice el hijo a Mikal cuando el hombre se queda en silencio; entonces tiende al padre en el suelo de espaldas, le limpia la nieve del pecho y le ausculta el corazón.

En la otra mano sostiene la antorcha que han hecho con una rama y un turbante. Aunque ha dejado de nevar, la capa de nieve es tan alta que les llega casi hasta la cintura.

Mikal se limpia los copos de la cara y la ropa, para volver a hacerse visible, y echa a andar lentamente hacia la mezquita porque sabe que si corre se desmayará. Su memoria no alberga muchos recuerdos del trayecto que recorre hasta la puerta gigante. De vez en cuando los fragmentos rotos de cadena se enredan en algo y las finas capas de hielo se resquebrajan bajo sus pies cuando encuentra un charco helado. Llega a la puerta de la mezquita,

pero en lugar de llamar se convence a sí mismo de que no sucederá nada si descansa antes unos minutos. No sabe cuánto tiempo pasa ante la puerta, pero en cierto momento, cuando intenta volver la cabeza, se da cuenta de que tiene el pelo helado, y más tarde de que los trozos de cadena se han congelado y han quedado pegados al suelo.

Alza la mirada hacia la mezquita, que tiene el Corán entero grabado en las paredes exteriores, las cúpulas y los balcones. Según dicen, las paredes interiores y los techos también están cubiertos de inscripciones. Observa la fachada bajo la luz de la luna, con los ojos entreabiertos, y es como si hubiera habido una lluvia de tinta: cada gota que había caído en la superficie había formado una palabra en lugar de una salpicadura.

Mira hacia el cielo mientras lo invade el sueño. Sabe que en el cosmos también hay palabras árabes. De las seis mil estrellas visibles a simple vista, doscientas diez tienen nombres árabes. Aldebarán, «la que sigue». Algol, «estrella endemoniada». Arrakis, «el danzarín». Fomalhaut, «boca de pez». Altair, «el pájaro»... Se queda dormido y hay una ciudad bajo las estrellas en un país no descubierto, ninguna lámpara encendida en las ventanas. La única luz es la de las constelaciones y los minaretes de la ciudad, todos encendidos, un alto penacho de fuego, las llamas azotadas por una ráfaga de viento ocasional. Entra en la ciudad desierta consciente de que un grupo de figuras vestidas de negro lo sigue. Aunque no puede verlas, sabe de algún modo que poseen la fuerza natural de los leones para la lucha, y pasa por debajo de varios minaretes en llamas antes de abrir una puerta y entrar en una casa, y al cabo de poco oye que entran los hombres que lo persiguen. Recorren todas las habitaciones y no se toman la molestia de bajar la voz, de disimular que lo están buscando. Salta el muro para entrar en la mezquita de al lado. Coge un libro de una hornacina, le arranca una página, la arruga, luego la alisa y la deja en el suelo. Repite el gesto con otra página, la arruga y luego la deja en el suelo junto a la primera, y luego con otra, y otra, al final lo hace con todas,

iluminado por la luz del minarete que arde, y avanza de espaldas a medida que va dejando las hojas de papel en el suelo. Si alguien las pisa, lo oirá. Cuando todo el suelo está cubierto de páginas, se tumba en el centro y cierra los ojos: un claro rectangular, de las dimensiones exactas de una tumba.

Hay momentos de leve conciencia en la oscuridad. La gente pasa cerca de él. Manos que lo tocan. Luz de velas. Al final se despierta y todo cobra vida. Se encuentra sobre una sábana tendida en el suelo, sin almohada, y lleva ropa seca. Un hombre mayor lo atiende con aire meditabundo; tiene una barba plateada y bífida que le llega hasta el estómago.

–¿Los han rescatado de la nieve?

–¿A quiénes?

–He dejado a dos personas fuera.

Mikal se incorpora lentamente y mira a su alrededor.

–No había nadie más.

–Quizá no los hayan visto porque está oscuro.

–Ya no es de noche. Ha amanecido.

La mezquita está en ruinas, y el hombre ha encendido una alfombra de oración de junco y un montón de gorros de oración de paja para entrar en calor. Apoyadas contra los pilares están las palabras que han caído de las paredes, líneas de caligrafía que forman curvas y nudos a propósito, que captan fuerza, placer y aura.

Se pone de pie, envolviéndose con la sábana.

–¿Dónde guardan la capa del Profeta?

El hombre le ofrece un pedazo de pan.

–La capa del Profeta se encuentra en Kandahar. ¿Qué iba a hacer aquí?

–Me han dicho que la habían trasladado aquí.

–No. Siempre ha estado en Kandahar. –El hombre le toca la frente—. Está

cansado. Échese y descanse.

–He soñado que arrancaba las páginas de un libro de himnos para protegerme.

El hombre medita unos instantes sobre lo que acaba de decirle.

–Hay un árbol de hoja perenne –dice–, y en ese sentido es como un musulmán ideal. Pero Alá se muestra comprensivo si no logramos ser perfectos en este mundo imperfecto. –Sonríe.

Mikal empieza a comer el pan, que tiene la miga húmeda y porosa. El hombre le dice que es del Yemen, un extranjero atrapado en Afganistán. Dispersos en varias zonas de la mezquita, Mikal encuentra a otros hombres como él, cuyo olor recuerda más a un animal salvaje que a un ser humano, familias enteras de países árabes, mujeres y niños destrozados. Empezaron la huida en octubre y han pasado por varios lugares seguros en su afán por encontrar un camino que les permita regresar a su tierra natal. Hay una niña que está al margen de los demás niños, que no participa en sus actividades, y tarda un poco en darse cuenta de que no tiene brazos.

Aunque todavía está muy cansado y se siente débil, abre la puerta del minarete sur, empieza a subir las escaleras y mira por las pequeñas ventanas abiertas en el muro: el paisaje cambia tras cada recodo de la espiral. Cuando llega arriba y sale al aire libre, examina los alrededores: el cielo es una mancha de agua sobre papel. No entiende por qué le dijeron que la mezquita albergaba la capa, por qué lo obligaron a realizar este viaje.

Junto a él, en la fachada, una hormiga recorre la hendidura que forma la palabra «Alá», con un grano de trigo en la boca. Intenta salir de la palabra, pero fracasa una y otra vez.

Mikal se vuelve para irse y se da cuenta de que todo encaja cuando ve una gran huella de bota en la nieve junto a su pie, de pronto todo encaja: el señor de la guerra lo ha enviado aquí para entregarlo a los estadounidenses. Iban a entregarlo.

Los norteamericanos pagan cinco mil dólares por cada presunto terrorista.

Baja las escaleras, tan rápido como puede, a punto de tropezar con las cadenas de los tobillos, y pregunta a la gente si conocen al señor de la guerra que lo había retenido como prisionero.

–Sí –responde el hombre de la barba–. Fue él quien nos envió a todos a la mezquita. Nos dijo que nos quedáramos aquí y esperáramos a que nos sacaran de Afganistán.

Mikal cuenta los hombres y hay veintidós, incluido él. $5.000 \text{ dólares} \times 22 = 110.000 \text{ dólares}$.

En ese preciso instante le parece oír un sonido muy leve, algo que se encuentra justo en el límite de lo audible; el corazón le da un vuelco y luego parece que se le detiene y se le contrae. Entonces todos los presentes se agitan, inquietos, ya que perciben la reverberación de los helicópteros estadounidenses que llegan. Mikal se dirige a la puerta de la mezquita con gran precaución, estira la mano para abrirla, pero de repente alguien la empuja con fuerza desde el otro lado y una luz blanca lo ciega y se desata la confusión y una lluvia de gritos. Varios hombres se abalanzan sobre él y observa al hombre mayor, que echa a correr hacia el otro lado de la sala de oración, pero un soldado estadounidense coge una silla y la lanza contra el anciano: traza un arco fluido y limpio, e impacta contra los hombros del viejo, que cae y profiere un fuerte grito. A Mikal lo atan de pies y manos con bridas y lo llevan fuera, hasta el gran pájaro de hélices gemelas. Oye disparos en el interior del edificio y los gritos de mujeres y niños. Los soldados lo dejan boca abajo junto al aparato, regresan al interior y ve cómo van sacando uno por uno a los hombres y los tumban junto a él en la misma postura.

Naheed está en el invernadero con Rohan.

–He estado pensando –dice Rohan–. La mejor forma de recordar el color rojo consiste en tocar una superficie cálida. Esa sensación en la mano es el equivalente del color rojo para la vista.

–Recuperarás la visión –dice Naheed con un cierto deje de benevolencia y con la esperanza de que sus palabras transmitan la sonrisa que le ilumina el rostro.

Rohan tiene los ojos vendados.

–Y las estrellas –dice Rohan–, su brillo. Las recordaré extendiendo la palma de la mano en la lluvia.

Lo imagina intentando encontrar sensaciones equivalentes para todo aquello que ha perdido. El cielo. Su propia mano. La película transparente que recubre la cabeza de una libélula.

Todavía conserva algo de visión, pero los médicos que han consultado les han dicho que la acabará perdiendo dentro de unos meses.

–Todo irá bien –insiste ella–. Dicen que el especialista que vamos a ver hoy es el mejor de la provincia.

Están podando las orquídeas del Himalaya. Él palpa el tallo y le dice a Naheed dónde debe cortar. Ella sujeta el escalpelo dentro de un brasero con carbón para esterilizar la hoja cada pocos minutos, y recubre los cortes con canela en polvo como antiséptico. Rohan apoya la mano en la mesa como si quisiera aportar firmeza al mundo, o incluso detenerlo. Cuando Naheed le quita las vendas es como si le quitara la capucha a un halcón. Rohan se

muestra alerta mientras busca colores y formas. No sabe cuándo podrá disfrutar de un día sin problemas de visión, y la mayoría de los días no ve nada.

Rohan se acerca al brasero.

–¿Tienes frío? Volvamos a casa.

–Dicen que este año hay mucha nieve en el norte. Que Dios ayude a los pobres de allí.

Ella lo guía hasta la casa y luego por el pasillo, hasta su habitación. La casa de La Meca. Rohan se sienta en el sillón de un brocado azul descolorido. En la mesa hay algunos de los últimos libros que le ha leído, fuera de las cajas. Hay un volumen de cartas que un poeta estadounidense escribió a las familias de soldados norteamericanos, durante una guerra que se libró en Estados Unidos hace mucho tiempo.

Washington, 10 de agosto de 1863

Para el señor y la señora Haskell.

Estimados amigos:

He pensado que os tranquilizaría recibir unas cuantas líneas sobre los últimos días de vuestro hijo Erastus Haskell, de la Compañía K del 141.º Regimiento de Voluntarios de Nueva York...

Naheed se mira el dedo que se ha cortado de forma accidental en el invernadero. A pesar de que es ella quien ha sufrido el corte, es la sangre de Jeo la que ve. Y la de Mikal. Rohan regresó de Peshawar casi ciego y con la noticia de la tumba de Mikal. Basie ha ido a verla. Sopesaron la posibilidad de enterrarlo en Heer, pero han convertido el lugar en un santuario y han decidido dejarlo allí, ya que ahora está rodeado de mitos y leyendas.

–¿Cómo se encuentra el hijo del perdonador de pájaros? –pregunta Rohan–. Tengo que ir a ver a la familia.

–Basie y Yasmin fueron a verlos ayer –le dice Naheed–. El chico no deja

que se le acerque ningún hombre.

Rohan asiente.

–De momento podéis visitarlo Tara, Yasmin y tú. Tenemos que ayudar a la familia en todo lo que podamos.

–Sí, padre.

Naheed cierra el libro de las cartas y debajo aparece el *Diccionario de colores*.

«Dragón: un amarillo verdoso brillante.»

«Sangre de dragón: la resina de color rojo brillante de la palmera india, *Calamus draco* (o tal vez del arbusto *Pterocarpus draco*).»

«Gota negra: un pigmento negro e intenso hecho con huesos de animales calcinados.»

Rohan pidió que le describieran los colores uno a uno, con todos los tonos y sutilezas.

«Rojo joyero: un óxido rojo en polvo utilizado para pulir oro y plata.»

«Rojo matriz: ilustrado como escarlata, pero sin ninguna pista en cuanto al origen del término.»

Naheed sale, cruza el jardín y se dirige a la cocina, en la que entra por el bosque de plataneras.

–¿Has pensado en lo que te dije? –le pregunta Tara mientras se venda el dedo.

Naheed se apoya en la pared, junto a su madre.

–¿Has pensado en lo que te dije? –insiste la mujer.

–No voy a casarme de nuevo.

–Dijiste que esperabas a Mikal. Ahora tenemos la confirmación de que también está muerto.

La muchacha no responde. Al cabo de un minuto coge un cuenco de harina del estante, hunde las manos en él, con el dedo herido en alto, mientras peina surcos y picos, desmenuzando grumos. Echa esencia de vainilla y almendra

molida en la mano medio doblada y las añade a la mezcla del pastel. Entonces coge la mantequilla blanca. La mezcla hábilmente con la harina. Mientras la leche diluida con agua le corre por los tres dedos sanos, amasa con la otra mano.

–Los muertos no regresan, Naheed.

Mira a su madre.

–No quiero pensar en ello –dice al cabo de un rato.

–Yo tampoco quiero pensar en ello, pero no me queda otro remedio. –Tara se inclina hacia delante con el tarro de sal y añade un pellizco al cuenco, algo de lo que siempre se olvida Naheed–. ¿Cómo me enfrentaré a tu padre el día del Juicio Final? ¿Qué le diré cuando me acuse ante Alá de no haberte dado la mejor vida posible?

La joven niega con la cabeza lentamente.

–Voy a empezar a buscarte un buen partido –dice Tara.

Naheed le da la espalda. Humedece un trapo de muselina para cubrir el cuenco de la masa.

–Tengo que llevar a padre al médico. ¿Te importa salir al cruce y pedirnos un rickshaw? Dile al conductor que vamos a la esquina del bazar de la madera con el de los ahorros.

Tara quería que fueran Yasmin y Basie quienes acompañaran a Rohan al médico para mantenerlos alejados de la escuela cristiana donde dan clase, aunque fuera por poco tiempo. Antes de ayer hubo otra explosión en una iglesia. Su seguridad se ha convertido en un motivo constante de preocupación a lo largo del día. Se levanta y empieza a ponerse el burka, abrochándose la larga hilera de botones de la parte delantera.

–Espero que este nuevo médico diga algo distinto que los demás.

A través de la ventana, Naheed la observa pasar junto a la morera rosa que sabe a miel, pero solo cuando comen sus frutos bajo el árbol, ya que son tan tiernos que no resisten que los lleven de un lado a otro. Tara vuelve al cabo

de un momento con Sharif Sharif. Viste de blanco y lleva una bolsa plana de piel de cocodrilo marrón bajo un brazo, con la cremallera dorada. Al ver a Naheed saca un peine del bolsillo y se retoca una vez en cada sien.

Naheed se va a la cocina y coge la taza vacía que ha dejado su madre. Aún no se ha enfriado y desprende calor. Es roja.

Tara acompaña al hombre por el pasillo. Lo ha encontrado frente a la puerta y él le ha dicho que había ido a ver a Rohan.

Tara anuncia la visita del vecino y se retira sin mirarlo. El odio es dominio de los hombres. Cuando piensa en este hombre, es ira lo que siente.

–He venido por un asunto delicado –dice Sharif Sharif. Se sienta en la silla que hay a su lado y no le suelta la mano que le ha estrechado–. Está relacionado con tu nuera.

–¿Naheed?

Rohan oye el crujido de su ropa almidonada, el sonido metálico del reloj de pulsera.

–Sí. Siento un gran afecto por ella.

–Has sido muy bueno con ella y su madre. Todo el barrio sabe que durante un tiempo le has cobrado el alquiler mínimo a esa pobre mujer.

–Hago lo que Alá me permite hacer. No busco recompensa alguna en este mundo. Pero sé que ambas mujeres lo están pasando mal de nuevo. Y tú también, ya que eres el único que puede tomar una decisión en lo que respecta a la vida de Naheed. –Sharif Sharif lanza un suspiro–. Sin embargo, con la guerra que estamos padeciendo actualmente, me parece que Alá ha decidido ponernos a prueba a todos los musulmanes. Sea como sea, he venido a decirte que estoy dispuesto a aliviar la carga que ha recaído sobre ti.

–No te entiendo.

–Estoy dispuesto a casarme con Naheed para poner fin a tus

preocupaciones y a su viudedad.

Rohan se yergue en su asiento.

–Ya tengo dos esposas, pero nuestra religión nos permite casarnos de nuevo si podemos demostrar que somos capaces de ocuparnos de la nueva mujer desde un punto de vista económico y emocional...

–Sharif Sharif-sahib, debo decir que estoy un poco sorprendido. Tiene diecinueve años.

–Eso la convierte en una mujer adulta.

–Sin duda. Pero yo me refería a la diferencia de edad.

Sharif Sharif guarda silencio. En la mesa hay varias lupas del estudio de Sofía, y Rohan oye que el invitado las toca. Gracias a ellas su difunta esposa estudiaba las ramitas, los pétalos, los picos, las plumas y los granos de polen antes de pintarlos, y los días en que aún tiene un poco de visión Rohan examina el mundo con ellas y almacena información.

–Te ruego que tengas la deferencia de sopesar la posibilidad –dice Sharif Sharif al final–. Eres un hombre sabio y debes saber que no beneficia a las jóvenes estar sin marido cuando ya han estado con un hombre. Puede empujarlas a buscar aquello que ya han probado para conseguirlo por todos los medios.

Rohan se pone de pie.

–Gracias por tu interés y tu amabilidad.

–El corazón de una mujer es frágil y confiado, es muy fácil corromperla.

–Gracias por tu interés y tu amabilidad.

–Piensa en ello y dime tu opinión. Pero ese no es el único motivo que me trae a tu casa. Siéntate, por favor. Siéntate. Quería preguntarte por tu vista. Debes de necesitar dinero para el tratamiento y la operación, y me preguntaba si podía ayudarte de algún modo.

¿Qué insinúa? ¿Acaso cree que Rohan meditará la posibilidad de entregarle a Naheed a cambio de dinero?

–Gracias por venir –dice de forma brusca.

Se hace el silencio y entonces oye que Sharif Sharif se dirige hacia la puerta.

–Cuidaré muy bien de la muchacha mientras viva. Y cuando me vaya tendrá a Basie, que la considera su hermana –dice Rohan lacónicamente.

–Parece que te he ofendido –replica Sharif Sharif desde la puerta.

–He criado a una hija que se gana la vida de forma honesta y honrada, y me aseguraré de que Naheed siga el mismo camino si lo desea.

Rohan se sienta y se da cuenta de que está temblando de miedo e ira.

Presta atención al sonido de las calles mientras se dirige a la consulta del médico con Naheed, montados en un rickshaw que cruza las carreteras principales y se adentra en el enjambre de bazares. Ella le coge la mano derecha entre las suyas. Bajo los vendajes y los párpados cerrados hay manchas de luz que son como arena de colores, una amplia canción visual de las células que expresan su vida interna, y ahí fuera hay otra canción llamada Heer, llamada Pakistán, gente que compra, vende, pregunta, grita, los minaretes que insisten en el paraíso en todas las esquinas, y en su cabeza ve los carteles de las tiendas pintados con una precisión y una belleza desgarradoras por hombres que apenas saben leer y escribir y puede oír las palmadas de los luchadores, untados de aceite, los soportales bajo los que chisporrotean los pedazos de carne, cuchitriles que venden máquinas de coser japonesas, tweed inglés y vajillas chinas, los fruteros parapetados tras un muro de naranjas, y ropa de mujer que cuelga en escaparates de líneas y colores puros, que le enseñan a uno el significado de la elegancia en la vida, y Rohan desearía que Sofía estuviera ahí para pedirle que le describiera esas cosas, ella, que se había dedicado toda la vida a ver, a poseer una visión embelesada del día a día, que sabía en qué parte de la casa era más intensa la

luz de la luna en cualquier noche del calendario lunar, y se pregunta si es así cómo los muertos lloran el mundo que han dejado atrás, si es así cómo llora ella bajo tierra.

El médico está estudiando el informe de Rohan cuando entran en la consulta. Es un hombre joven y ha regresado al país hace poco tras finalizar sus estudios en Occidente. Alza la mirada y observa el rostro de Rohan en absoluto silencio.

Le quita los vendajes, levanta las almohadillas de los párpados y las aparta suavemente con los dedos.

–¿Me ve? –pregunta.

–No.

El doctor guía a Rohan a la sala de reconocimiento que hay al lado de la consulta. Naheed alcanza a ver fugazmente la pesada maquinaria de acero gris mate y cromo brillante antes de que el oftalmólogo corra la cortina verde.

Naheed se queda sentada sola en la consulta, mirando el libro que ha llevado. Este especialista es su última esperanza. Uno de los anteriores les dijo que deberían coserle los párpados de forma permanente. La semana pasada Tara había ido a ver al clérigo de la mezquita para averiguar si podía leer algunos versos concretos del Corán para devolverle la visión.

«¿Por qué no has venido a verme antes? –preguntó el clérigo, incapaz de disimular sus sentimientos heridos. Sin embargo, no estaba triste ni se sentía dolido por él mismo—. Te creías muy moderna, querías ir a visitar a todos los médicos antes de recurrir a Alá. Creo que es un caso de “Ya puestos, podemos darle también una oportunidad a Él”.»

Pasan veinte minutos, se abre la cortina verde y el doctor acompaña a Rohan a la consulta.

Rohan le toma la mano a Naheed y se sienta en la silla.

–Bueno, como acabo de explicarle a su suegro –le dice el doctor–, tenemos que realizar una serie de tratamientos durante los próximos seis u ocho meses para devolverle la visión.

–¿Podrá ver de nuevo?

–No podemos permitirnos las operaciones, Naheed –dice Rohan antes de que el médico responda.

Naheed intenta tragar saliva, pero no puede.

El médico consulta el historial.

–Estoy convencido de que también podemos corregir la afección original. Gracias a los avances médicos de Occidente no hay motivo para que su suegro se quede ciego.

Naheed no puede reprimir un sentimiento de asombro y euforia, pero Rohan insiste.

–No podemos permitirnos las operaciones.

–¿No podría vender algo? –pregunta el doctor–. ¿Aún vive en ese edificio con jardín donde estaba la escuela?

Rohan vuelve la cabeza hacia el médico.

–No sabía que nos conocíamos.

–Fui alumno suyo. Me expulsó porque mi madre era una pecadora.

Rohan se queda petrificado.

Naheed conoce la historia del hijo de la prostituta. El chico que intentó robar una pala del jardín de la escuela. Lo hizo porque quería ir al cementerio y exhumar la tumba del hombre que su madre siempre había dicho que era su padre.

El doctor, con el gesto muy serio, no aparta los ojos de Rohan.

–He reconocido su nombre en cuanto he leído el historial, y también lo he reconocido a usted al entrar.

–He tenido la oportunidad de pensar en usted no pocas veces a lo largo de los años.

–Y yo en usted.

–Ahora es médico.

–La clínica lleva el nombre de mi difunta madre.

Naheed se da cuenta de que la coincidencia ha alterado a Rohan.

–De modo que las operaciones que sugiere...

El hombre se vuelve hacia ella, reclinado en su silla negra.

–Tenemos que empezar cuanto antes. No deberían tardar en conseguir el dinero. Por desgracia, en un caso como este, cuanto mayor sea la espera menores serán las posibilidades de éxito.

–¿Y la causa original de su ceguera también es reversible?

–Sí. Creo que los diagnósticos que les han dado hasta ahora están desfasados. Ha habido grandes avances científicos.

¿Está intentando destruir a Rohan? ¿Son beneficiosas o necesarias las operaciones? ¿Le hará malgastar un dinero que no tiene en tratamientos innecesarios para luego decir que él hizo todo lo que pudo? Pero no. Se dice que hay algo en el alma de la gente que les impide aprovecharse de los ciegos o engañarlos. El Corán reprende a una persona (algunos creen que es el propio Mahoma) por no hacer caso a un hombre ciego en una reunión de influyentes jefes tribales.

–Mis motivos para expulsarlo de Espíritu Ardiente me parecieron convincentes en su momento –dice de pronto Rohan.

El doctor pasa por alto el comentario.

–¿Cuándo quieren que programe la próxima cita?

Les devuelve el historial. Rohan extiende el brazo guiado por el ruido del papel, agita la mano en el aire antes de poder coger los informes, como un pájaro intentando posarse en una rama cuando sopla un fuerte viento.

–¿Puedo preguntarle cuándo murió su madre?

–El año que me licencié en la facultad de Medicina.

–El nombre de la clínica no me hizo pensar en ella –dice Rohan–. Siento

que haya muerto. Que Alá tenga compasión de su alma.

–¿A qué se refiere?

–Solo quería decir... que Alá lo perdona todo...

–Fue el ser humano más decente que he conocido.

Naheed observa que Rohan se concentra en las palabras del médico. Gracias a Mikal sabe del poder que tiene la voz para revelar la esencia de alguien. A veces, cuando Mikal cantaba, ella cerraba los ojos y se daba cuenta de que todas las emociones que reflejaba su expresión facial también se encontraban en su voz.

–Lamento que haya muerto –insiste Rohan–. Hay muchas formas de llevar una vida decente, y Alá lo perdona todo.

El médico lo mira y, con un gesto contenido y calmado, hace sonar el timbre para que pase el siguiente paciente.

–Gracias –dice Naheed, que se pone en pie–. Nos pondremos en contacto con usted para concertar la siguiente cita.

–Espero volver a tener noticias tuyas –dice el médico sin levantar la mirada.

Es de noche y Rohan sale al jardín, con las manos estiradas, tocando la piel del mundo en la oscuridad. Se orienta con el aroma nocturno de las flores, toca en la corteza los nombres que Jeo y Mikal grabaron cuando eran niños.

Esa tarde de hace treinta años, cuando llevaron al niño a su despacho, Rohan no sospechó que estaba a punto de empezar uno de los años más oscuros de su matrimonio. El niño era afable y aplicado, pero lo habían llevado porque había intentado robar algo del jardín de la escuela, del jardín en el que se encontraba ahora. Algunos de los chicos más atrevidos lo hacían a menudo, cogían frutas de los árboles o robaban huevos de los pájaros. Sin embargo, ese chico había intentado robar un objeto del cobertizo. Al

principio se negó a explicar sus motivos. Pero al final dijo: «Quiero abrir la tumba de mi padre para comprobar si se corresponde con la fotografía que mi madre tiene en la estantería de casa». Sus compañeros lo habían provocado. Algunos de ellos tuvieron que acudir también a su despacho y toda la verdad acabó saliendo a la luz. No existía el padre, su madre era una mujer perdida.

Rohan fue a verla esa misma tarde, llamó a la puerta de la casa y esperó, hasta que apareció ante él una joven que no era mayor que los alumnos de último curso de Espiritu Ardiente. De pronto se imaginó a la mujer corrompiendo a sus estudiantes. En su escuela no había lugar para los prejuicios. Había alumnos pertenecientes a todas las sectas islámicas: chiíes, deobandíes y wahabíes. Cuando Rohan supo que un maestro había puesto una nota más baja de la que merecía a un estudiante chií, investigó el asunto de inmediato. Sin embargo, aquello era distinto.

Para su gran sorpresa, la mujer no mostró arrepentimiento alguno. Rohan se ofreció a asumir los gastos de matrícula de su hijo si ella ponía fin a su práctica. Fue a verla a diario durante una semana para intentar convencerla. Casi todos los estudiantes conocían lo sucedido y algunos padres alarmados habían ido a ver a Rohan y lo habían amenazado con sacar a sus hijos de la escuela. Entró en el aula en plena clase y le pidió al chico que recogiera sus cosas.

–Siento haber robado la pala, señor.

–Ese no es el motivo de tu expulsión –recuerda que le dijo, sin mirarlo–. Tu madre es una mujer pecadora.

Rohan y él subieron a un rickshaw, y el niño metió la mano en su bolsa y sacó una goma.

–Señor, me la ha prestado Fareed Chaudhuri. ¿Podría devolvérsela?

Rohan se guardó la goma en el bolsillo.

–Lo haré luego.

La mujer abrió la puerta de la casa y dejó entrar a su hijo, enmudecida.

Sofía montó en cólera. Quería ir a casa de la mujer y traer de nuevo al niño a la escuela, decisión que lo dejó atónito. A partir de ese momento, tardó un año en volver a mirarla a la cara. Se sentía perseguido, creía que había tomado la única decisión correcta posible en tales circunstancias, y le suplicó a Alá que le diera fuerzas y que perdonara a Sofía por algunas de las palabras que había proferido en pleno ataque de ira.

En el jardín, un día al amanecer, cuando la casa estaba teñida de rojo por el alba, Sofía le dijo que iba a dejarlo.

Ambos habían asistido a la Universidad de Punjab en Lahore, aunque en épocas distintas, ya que él era cinco años mayor. Nacido y criado en Heer, y víctima de un carácter sumamente tímido, Rohan nunca había llegado a encajar en la universidad ni en la gran ciudad. Sus esfuerzos por llegar a comprenderse a sí mismo y su estilo de vida siempre fueron muy solitarios, vivía atemorizado, acaso también asqueado, por el comportamiento de los demás estudiantes. Llamaba la atención de tal manera que era incapaz de llevar ropa occidental, esos pantalones que tenían bolsillos en lugares del todo inadecuados, delante y detrás, de los que podían sacar comida, las manos antes de estrecharlas, documentos para entregárselos a otra persona. Sin embargo, ella, que también era de Heer, había encajado a la perfección en el ambiente universitario. Era una belleza segura de sí misma y con una sonrisa perenne en la boca. Él ya daba clase en una escuela del gobierno cuando la conoció. Ella era la nueva maestra de inglés, y cuando solo hacía un mes que los habían presentado, ella lo sorprendió abriendo una libreta en la que había escrito cosas suyas: presa de un gran deseo por ella, quería ver su caligrafía. Algo que fuera intrínsecamente suyo. Íntimo. Y era consciente de que Sofía podía ser su única oportunidad para ser feliz. Al final del año ella entró en la sala, se sentó ante él y le dijo que debía pedirle matrimonio. Le tapó la boca con las manos cuando él intentó protestar.

Ella siempre tenía los sentimientos más a flor de piel.

Tras amenazarlo con marcharse, colocó su gran maleta sobre la cómoda del dormitorio y metió en ella toda la ropa que tenía en el armario. La maleta se quedó allí durante un año. Ella se trasladó al estudio. Algunas noches, Rohan la oía entrar en el dormitorio y él se hacía el dormido. Eran las dos, las tres o las cuatro de la madrugada. Ella se sentaba en una silla durante un rato y lo observaba. Luego se levantaba, cogía unas cuantas cosas de la maleta abierta y se iba. Entonces un día toda la ropa volvió al armario. Sus padres habían muerto y su hermano tenía su propia familia. No tenía a donde ir y el hermano le recordó que había sido ella quien había decidido casarse con Rohan, sin pedirle consejo. «Ahora vete y sé una mujer moderna –le espetó–. Vive en algún lugar sola y divorciada.» Había esperado todos esos años para vengar el desprecio que había sufrido su honor.

Vuelve la cara hacia arriba, donde los planetas visibles deben de estar ardiendo en el cielo oriental. Se acerca al espino y levanta las manos hacia las ramas llenas de pinchos, y se pregunta cómo podrá averiguar cuáles de estos miembros deberá amputar el año que viene para devolverle la simetría.

El aire del anochecer de febrero está empañado por la niebla, y el saluki aparece y desaparece en ella. El comandante Kyra entra en la casa de Bagdad de Espíritu Ardiente. El muchacho que le ha abierto la puerta va unos metros por delante, llamando al perro. Ronda los veinte años y es conocido por su carácter apasionado, sus extremidades de movimientos disciplinados y sus ojos capaces de estallar en llamas, como una brizna de paja lanzada al fuego. Posee una daga mortal tan hermosa como un juguete, y se llama Ahmed. Hace cinco meses su padre trabajaba en una fábrica de hielo cuando un bloque rectangular de hielo cayó por una rampa y se partió en pedazos. Uno de los fragmentos, de unos treinta centímetros, salió volando y le perforó el diafragma por debajo. Le atravesó el pulmón izquierdo y se le clavó en el corazón. El hombre cayó de espaldas y fue allí donde lo encontraron al cabo de una hora. Para entonces, el fragmento de hielo se había fundido. Las mujeres del barrio insistían en que la madre de Ahmed, que había fallecido el año anterior y que solo había recibido desprecio y un trato cruel por parte de su marido, lo había matado con un puñal fantasma.

Ahmed se unió a la yihad en octubre y partió hacia Kabul, de donde no ha regresado hasta hace dos semanas.

El comandante Kyra sigue por un pasillo al muchacho, que ha atado al saluki a la pata de una silla.

Los asuntos cotidianos de las seis casas de Espíritu Ardiente –La Meca, Bagdad, El Cairo, Córdoba, Delhi y la Otomana– son responsabilidad de seis

muchachos mayores, Ahmed entre ellos. Y todos se encuentran en la sala cuando entran Ahmed y el comandante Kyra.

La luz de las velas arroja unas grandes sombras en las paredes. Kyra se sienta en la alfombra de lana que compraron en el mercado de contrabandistas de la Provincia de la Frontera Noroccidental.

Los seis muchachos se sitúan ante él en semicírculo.

Con las manos surcadas de cicatrices por culpa de las llamas –parece como si los hubieran formado a partir de retales de cuero–, Ahmed le tiende un pedazo de papel a Kyra en el que aparece la distribución de la escuela y la iglesia cristiana de Heer. También consta la longitud de cada lado, y el nombre de las calles colindantes.

–No conseguiremos nada poniendo una bomba en la escuela cristiana –dice Kyra–. Esas mismas explosiones en otros lugares no han disuadido a Occidente de que continúe con la guerra, y tampoco han obligado al gobierno paquistaní a retirar su apoyo a los ocupantes occidentales.

–Somos la séptima potencia nuclear mundial –dice el muchacho de la casa Otomana sin alzar la voz–, y, sin embargo, nuestro gobierno lleva a cabo las órdenes de los americanos, como si fuéramos unos mendigos.

Este sentimiento de impotencia lo enfurece, especialmente a él, cuyo hermano se fue a Afganistán en octubre y que ahora sospechan que está en manos del ejército estadounidense.

–La muerte de veinte o treinta paquistaníes, ya sean cristianos o musulmanes, en una explosión en Pakistán no va a cambiar nada –dice Kyra–. Ni nuestro propio gobierno ni los occidentales mostrarán la más mínima preocupación por lo sucedido.

–Si no les enviamos un mensaje ahora –dice el jefe de la casa Otomana–, atacarán a otros países musulmanes.

El muchacho de la casa de Delhi extiende una mano hacia Ahmed.

–Díselo.

–¿Que me diga qué? –pregunta Kyra.

Entre estos muchachos existe un compañerismo que difícilmente podrá mejorar durante el resto de sus vidas.

–¿Por qué no asaltamos la escuela y los tomamos a todos como rehenes? A los maestros y a los alumnos. Publicamos una lista de exigencias. Deberíamos pedir que los americanos se vayan de Afganistán y que liberen a todos nuestros hermanos que tienen prisioneros.

Kyra examina el papel.

–¿Contamos con suficientes hombres para llevar a cabo la operación?

–Nosotros seis podemos formar el núcleo duro. Aparte de eso, necesitaremos una docena de colaboradores. Podemos encontrarlos.

–El sitio podría durar varios días –dice Kyra.

–Sí –admite Ahmed–. Debemos calcular con exactitud cuántas armas necesitaremos y de qué tipo. Tendremos que comprar algunas.

Ahora que Espíritu Ardiente ya no estaba vinculado al ejército paquistaní y al ISI, se había cortado el grifo del dinero. Antes, en muchas ciudades de Pakistán había cajas distribuidas por el ISI para recoger donativos. Hace dos años, durante el festival para celebrar el sacrificio de Abraham, Espíritu Ardiente había recibido contribuciones que ascendían a casi dos millones de dólares, la mayoría procedentes de las pieles de las ovejas sacrificadas. Durante el mismo mes, se recaudaron varios millones más gracias a los donativos de los 675.000 paquistaníes que vivían en Gran Bretaña. También contribuyeron musulmanes de la India, Cachemira, Andhra Pradesh, Tamil Nadu, Karnataka, Maharashtra y Gujarat. Sin embargo, ahora no pueden contar con todo ese dinero y Kyra tendrá que echar mano del suyo.

–Será peligroso, pero es una causa por la que vale la pena morir –dice Ahmed–. En cuanto al otro bando, el fundador y director de la escuela, el padre Mede, es un infiel. Los maestros de la escuela son musulmanes, pero traidores al islam, que llenan la cabeza a los niños de ideas antiislámicas

como música, biología y literatura inglesa. Y los estudiantes también son traidores.

–Se ríen de nosotros –dice el muchacho de la casa Otomana–. Nos llaman «burros» a los que asistimos a escuelas como Espíritu Ardiente. Dicen que ya no se puede vivir en Pakistán por culpa de nosotros.

–El padre Mede es blanco –dice Kyra–. Es inglés. Eso dará una dimensión internacional al asunto.

–Exacto –dice el jefe de la casa de La Meca, inclinándose hacia delante–. Nos prestarán más atención si le sucede algo a un blanco. Podríamos matar a unos cuantos maestros para demostrar que nuestras intenciones son serias y retener al padre Mede como moneda de cambio y elemento de negociación.

–No habrá ninguna negociación –dice el jefe de la casa de El Cairo.

–Pues para ejercer presión.

–Tiene más de setenta años –dice Ahmed.

–¿Acaso crees que los americanos piden los certificados de nacimiento antes de bombardear Afganistán?

–No me entiendes, hermano –dice Ahmed–. Solo estaba pensando en que obligará a las autoridades a actuar con celeridad. Nos beneficiará. ¿Qué te parece si lo capturamos y lo traemos aquí?

–No es buena idea tener a infieles en la casa –dicen tres de los muchachos al unísono.

Suena el timbre de la puerta y Ahmed sale de la sala para ver quién es, pero se asegura en todo momento de no darle la espalda al Corán y otros textos religiosos de la estantería.

Kyra abre el *Libro de los dichos del Profeta*. «Número 813: Recibí las siguientes palabras del Profeta de Hukm bin Nafa, que las recibió de Shoaib, que las recibió de Zehri, que las recibió de Abu Salma, que las recibió de Abu Horaira. El Profeta dijo: “El fin del mundo no llegará hasta que dos ejércitos vayan a la guerra tras proclamar un objetivo idéntico”.»

Ahmed regresa acompañado por una mujer de mediana edad envuelta en un chal, con la cara surcada por arrugas profundas de resignación y autocontrol. Manteniendo una deliberada y respetuosa distancia con respecto a la esfera de la luz de la vela en la que se encuentran los hombres, la mujer saluda a todo el mundo y se sienta en el rincón más alejado.

–¿En qué puedo ayudarte, hermana-ji? –pregunta Kyra.

Ella sonríe.

–Soy la madre de uno de los antiguos alumnos de Espiritu Ardiente y mi hijo está a punto de irse a estudiar al extranjero.

–Me alegra saber que uno de nuestros alumnos ha prosperado.

–Tu hermano mayor, que en paz descansa, lo ayudó a poner unos buenos cimientos –le dice la mujer a Kyra–. Mi hijo solo pudo estudiar en Espiritu Ardiente durante los dos primeros años de su educación, luego nos trasladamos a otro barrio, por lo que tuve que matricularlo en otra escuela.

–Que Alá le ayude a alcanzar el éxito para que Pakistán y el islam estén orgullosos de él. ¿A qué país va? ¿A Indonesia, Malasia, Egipto?

–Ha recibido una beca para estudiar en América. Toda su educación será pagada por la universidad.

Kyra medita en silencio.

–Habría sido mejor que hubiera elegido un país musulmán en lugar de occidental, con su riqueza manchada de sangre. ¿A qué ciudad americana va?

La mujer suelta una risa nerviosa.

–No recuerdo el nombre. Le diré que venga a hablar contigo para que puedas preguntárselo.

–Hazlo, por favor.

La mujer se inclina hacia la luz de la vela. Parece ser una persona que es consciente de que está manteniendo una de las conversaciones más importantes de su vida.

–Tengo que pedirte un favor, hermano Kyra. En su solicitud de admisión,

mi hijo prefirió obviar que había estudiado en Espíritu Ardiente. Te pido que tengas en cuenta que escuelas como esta han adquirido ciertas connotaciones en los últimos tiempos. Si los americanos descubrieran la verdad, podrían negarle la plaza en la universidad. O podrían detenerlo en el aeropuerto.

Kyra observa la expresión de sorpresa de los muchachos, y la sonrisa gélida que se dibuja en el rostro de Ahmed cuando empieza a retorcer el rosario y se le tensan los músculos de la mandíbula.

La mujer no sabe adónde mirar.

–Además, ahora que se han extendido por el barrio las noticias de su buena suerte, algún vecino envidioso podría informar a los americanos de los dos años que pasó mi hijo en Espíritu Ardiente, lo cual me asusta.

–El objetivo de Espíritu Ardiente –dice Kyra, con una educación glacial– es enseñar a los jóvenes decencia y amor hacia el islam, hermana-ji. Esa era nuestra misión en el pasado, y sigue siendo en el presente, y seguirá siendo en el futuro.

–*Inshalá* –dicen los jóvenes al unísono.

–Estoy de acuerdo con vosotros, pero aun así, hermano-ji, si viniera alguien a preguntarte al respecto, te pido que niegues que mi hijo asistió a tu escuela.

–¿Qué es más importante para ti –pregunta Ahmed, conteniendo la respiración de forma ostensible–, la verdad o tus hijos?

–Ambas cosas. Quiero que mis hijos vivan en la verdad. No creo que deba sacrificar ninguna de las dos.

–Sin embargo, nos estás pidiendo que mintamos por ti.

–Me siento muy mal por tener que pedirlos esto –dice la mujer, confundida y afligida–. Soy una mujer analfabeta, por lo que sabréis mejor que yo lo que está ocurriendo en el mundo desde que los judíos cometieron los atentados en América. Sabéis de sobra que existe una posibilidad de que mi hijo pudiera perder esta oportunidad de oro. –De pronto se echa a llorar, se tapa la cara

con el chal y es incapaz de retomar la palabra durante casi medio minuto. Al final dice–: Él es lo único que tengo. Quiero que reciba una buena educación para que pueda hacerse rico. Tiene cuatro hermanas a las que debe proporcionar su dote.

Ahmed se pone de pie y señala la puerta.

–Permíteme que te acompañe fuera.

–Mi hermano siempre quiso lo mejor para sus estudiantes –dice Kyra–. ¿Por qué no puede tu hijo quedarse a estudiar aquí en Pakistán?

El jefe de la casa Otomana lanza una mirada a la mujer imposible de disimular.

–Un dólar son setenta y dos rupias paquistaníes. ¿Sabes por qué? Deja que te lo diga. Es porque cada americano ama a su país setenta y dos veces más que cada paquistaní al suyo. Por eso.

–Casi todos somos traidores –dice el muchacho de la casa de Córdoba, con la cabeza agachada–. Ahora, buena mujer, permite que el hermano Ahmed te acompañe a la puerta. Está oscureciendo y deberías estar en casa.

La mujer se limpia las lágrimas con el chal, se pone de pie y se despide de ellos. Cuando los dos se van, los demás jóvenes permanecen sentados en un silencio que parece más bien una búsqueda. En la sala solo queda la verdad y se dan cuenta de la inmensa lucha que va a desatarse. La luz de la vela es débil pero no engaña. Saben que en todo el mundo se están diciendo palabras sobre ellos en diez idiomas, que se están urdiendo planes impíos para eliminarlos.

–Es una prueba –dice uno de ellos en voz baja–. Nosotros, nuestras almas, somos víctimas de un ataque que Occidente ha lanzado desde varias direcciones.

–Debemos ser fuertes –dice Kyra–. Recordad que el yunque dura más que el martillo.

Ahmed vuelve y recupera su lugar en el semicírculo.

–Deberíamos empezar a planear el sitio. –Desdobla el papel con los dos dibujos y lo estudia con cuidado. Se vuelve hacia el muchacho de la casa de El Cairo–. ¿Cuáles son las últimas noticias de que disponemos sobre el padre Mede?

–No está en Heer. Ha empezado su viaje anual por el Punjab para visitar las otras escuelas de la institución. Y va a inaugurar un centro nuevo en Faisalabad.

–Es una provocación –dice el jefe de la casa de La Meca–. Paré a una de sus maestras en la calle el mes pasado y le dije que debían reducir sus actividades, no expandir la escuela cristiana, o realizar arreglos y tareas de remodelación del edificio, pero ella me miró como si fuera invisible.

Ahmed coge un bolígrafo del bolsillo y dibuja varias flechas que señalan todas las entradas de la escuela.

–Nos prestarán atención –dice–. Arrastraremos los cadáveres de los maestros por la Gran Carretera Principal si es necesario. Pero nos prestarán atención.

El helicóptero que traslada a Mikal a la prisión estadounidense se llena de maldiciones y oraciones de los demás prisioneros. Algunos recibieron un disparo cuando intentaron escapar o resistirse; Mikal huele la sangre y también sabe que algunos han perdido el control de la vejiga por culpa del miedo.

Está maniatado con bridas, tiene la cabeza tapada con una capucha, lo sacan del Chinook y el lugar al que lo llevan huele como el interior de un globo. Cuando le quitan la capucha ve que está en una tienda recubierta con láminas de aislante de goma sobre la lona verde. Hay una docena de camas de hospital, pero es el único prisionero que está ahí. Uno de los dos estadounidenses que hay le escribe el número 121 en la camisa con un rotulador de punta de fieltro. «¿Soy el prisionero número 121?» Pero lo convierten en un 120 cuando llega un tercer hombre blanco y les dice algo en inglés a los demás. Se habían equivocado al contar o tal vez uno de los otros prisioneros acababa de morir.

Lo obligan a abrir la boca y le examinan la garganta, los oídos y los ojos con unos haces de luz, con unas tijeras quirúrgicas le cortan las tiras de ropa manchadas de sangre que hacían las veces de vendas en sus manos. Oye el ladrido de unos perros. Tal vez el prisionero que acaba de morir intentaba escapar. Le limpian las heridas de forma rápida pero diestra, se las vendan y las tiras de gasa se solapan como los mimbres de un cesto, son de un blanco deslumbrante que le duele a la vista, y le recuerda la nieve de la que lo arrancaron; luego le examinan la herida de bala del cuello y lo desnudan de

cintura para arriba para examinar las lesiones de arma blanca y de bala del pecho, y los medicamentos que le aplican logran reducirle el dolor de un modo increíble. Le dan ganas de llorar por la sensación de alivio.

En otra sala donde los perros ladran con más fuerza lo reducen cuando se niega a permitir que le quiten los pantalones y le cortan toda la ropa; y mientras permanece allí, de pie y desnudo, aparece un hombre con una sierra radial que le corta los grilletes de los pies y provoca una lluvia de chispas que cae sobre el suelo y los pelos de las piernas. Forcejea aterrorizado cuando tienen que realizarle un examen de las cavidades del cuerpo y gruñe, ruge, y tienen que atarlo y luego le ponen un mono y le atan los tobillos con sus propios grilletes, brillantes y complejos como un rompecabezas, y también lo esposan. ¿Dónde está? ¿Se encuentra aún en Afganistán? Lo fotografían ante una tabla para medir la altura y luego le afeitan la barba y el pelo y lo fotografían de nuevo.

Su cabeza desaparece bajo una capucha y lo dejan en otro lugar, solo unos minutos, durante los que se queda dormido y el cansancio hace que lo invada la sensación de que le han retorcido todos los huesos del cuerpo como los cuernos de un carnero, y luego vuelven y lo llevan a otro lugar. Cuando le quitan la capucha negra ve que está en una sala pequeña que no debe de medir más de tres metros por cuatro. Un camarote o una cabina. Hay un hombre blanco y grande sentado en el rincón izquierdo bajo un póster de las Torres Gemelas, del momento del impacto del segundo avión, en el que se ve la bola de fuego en un lateral del edificio.

Hay una mesa con dos sillas, una frente a otra, y obligan a Mikal a sentarse en una de ellas. Otro hombre blanco, igual de corpulento y de más de un metro ochenta, entra acompañado de un hombre cuya piel es del mismo color que la de Mikal. El hombre de tez morena dice en pastún que es el intérprete, y luego, cuando Mikal no reacciona, dice lo mismo en urdu, punjabí e hindko. Mikal no mueve ni un músculo de su rostro inexpresivo y el

intérprete le dice en los cuatro idiomas que no intente levantarse de la silla en ningún momento. Que el hombre del rincón, situado bajo el póster, pertenece a la policía militar, y el hombre que está a su lado quiere hacerle algunas preguntas.

–Me llamo David Town –dice el hombre blanco a través del intérprete–. Trabajo para el gobierno estadounidense. El doctor me ha dicho que su estado le permite hablar conmigo. ¿Cómo se llama? Me gustaría notificar a su familia que se encuentra aquí.

Mikal no responde.

–Dígame su nombre y cómo puedo ponerme en contacto con su familia.

El hombre blanco es muy pálido. Es la primera vez que Mikal ve a un hombre blanco de verdad de tan cerca. Su palidez es asombrosa.

¿Qué le harán para obligarlo a hablar? Apuntarlo con una pistola a la cabeza, arrancarle las uñas, como los carceleros paquistaníes le hicieron a su padre.

–Sabemos que puede hablar. Lo ha hecho mientras dormía. Unas veces en un idioma afgano, otras en un idioma paquistaní. ¿Es usted paquistaní, afgano, o afgano de nacimiento y criado en Pakistán?

Mikal no responde y apoya las manos esposadas en la mesa. ¿Ha dormido tanto tiempo como para hablar?

El hombre deja un libro de fotografías sobre la mesa.

–Dígame si reconoce a alguna de las personas que aparecen aquí.

Empieza a pasar las páginas lentamente y Mikal mira a hombres que llevan turbantes árabes, pañuelos palestinos, otros van afeitados y llevan corbata, hay jóvenes y mayores, con barbas largas y cortas.

En ese momento entra otro hombre blanco y le hace un gesto a David para que salga.

Cuando este regresa al cabo de unos minutos, está muy alterado. Se lanza a gritarle antes de sentarse.

–Te hemos encontrado en una mezquita en cuyo sótano había bidones de polvo blanco. ¿Qué es ese polvo?

Mikal no responde.

–¿Es ántrax o ricina?

Mikal ha oído que en noviembre habían encontrado las instrucciones para fabricar ricina en un piso franco de Al Qaeda, y existen cintas de vídeo de un experimento de Al Qaeda con perros y gas sarín y cianuro.

El hombre no deja de lanzarle preguntas a gritos, y en ocasiones llega a situarse a pocos centímetros del rostro de Mikal.

–¿O es otra cosa? –Mientras el hombre habla, Mikal no aparta los ojos de su boca, escuchando los sonidos que provienen de ella, y no mira al intérprete que está a su lado, que convierte esos sonidos en palabras. Es como si una voz incorpórea en el aire le permitiera comprender lo que está diciendo el hombre blanco–. ¿Qué es esa sustancia y de dónde la habéis sacado? ¿Qué hacíais en la mezquita?

Han detenido a todos los hombres de la mezquita. A las mujeres y los niños los han dejado. El hombre coge una cámara digital plateada y le muestra a Mikal imágenes de mujeres en el monitor de pantalla plana.

–Estas eran las mujeres de la mezquita. ¿Cuál es tu esposa? ¿Tu hermana o tu madre?

Todas las mujeres muestran una expresión idéntica. Tienen miedo de las armas, pero sienten desprecio por las manos que las blanden.

–Quizá deberíamos traerlas aquí. Quizá ellas puedan decirme cómo te llamas y quién llevó esa sustancia a la mezquita.

Mikal cierra los ojos y el soldado de la policía militar le grita para que los abra de nuevo.

–Si la sustancia no es tuya, y si la dejó allí otra persona, deberías decírnoslo. Hemos hecho algunas pruebas y creemos que podría ser ántrax. Debes decírnos lo que sepas y decírnoslo rápido porque toda la zona podría

estar contaminada. Tenemos que evacuar a las mujeres y los niños. El único modo de lograr que los equipos estadounidenses especializados en sustancias químicas neutralicen el contenido de los bidones es que nos digas qué es. No pierdas el tiempo, esas mujeres y esos niños necesitan tu ayuda. ¿Cómo te llamas y qué sabes de esa sustancia?

–No sé nada –dice Mikal–. No soy de la mezquita. Solo soy un prisionero. Antes, de otra persona, ahora suyo.

Habla pastún, para mantenerlos lo más lejos posible de su verdadera identidad.

–¿Cómo te llamas?

–No sé nada de esa sustancia.

–¿Qué te ha pasado en las manos? ¿Dónde te has hecho esas heridas de bala? ¿Has luchado con los talibanes contra los americanos?

–El polvo blanco podría ser pesticida. Vi un gran jardín de hierbas detrás de la mezquita.

–Hemos hecho las primeras pruebas y estamos convencidos de que no lo es. ¿Cómo te llamas? ¿Alguna vez recibisteis la visita de hombres montados en todoterrenos Toyota muy caros?

–No soy de la mezquita.

Mikal está muy cansado, cabecea y el soldado de la policía militar le grita para que no se duerma, y David quiere saber si ha estado en Sudán, si ha luchado en Cachemira, si tiene algún vínculo con el hombre que planeaba volar el aeropuerto de Los Ángeles en 1999, si había estado en Bosnia.

–Di algo. Al menos dime que los infieles nunca os venceremos porque nosotros amamos la vida mientras que vosotros amáis la muerte.

Como castigo por su silencio, David le pide que se levante de la silla. Lo obligan a arrodillarse, con los brazos estirados en alto. David y el intérprete abandonan la sala y Mikal permanece en esa postura durante treinta y cinco minutos, tiempo en el que el soldado de la policía militar no deja de gritarle

cada vez que baja los brazos o se inclina hacia delante por culpa del cansancio y la falta de sueño.

Cuando David regresa quiere saber si se ha reunido con Osama bin Laden, el mulá Omar o Ayman al Zawahiri. Mikal se niega a hablar y lo llevan a una habitación desnuda y sin ventanas, lo encadenan por las muñecas, le piden que levante los brazos por encima de la cabeza y atan la cadena a un aro que hay en el techo. Una luz refulgente inunda la sala. Es una celda de privación del sueño.

Cada vez que se duerme, los brazos encadenados al techo lo despiertan.

La cárcel es una fábrica de ladrillos abandonada. En un inmenso almacén situado en el interior del edificio principal hay dos hileras de celdas metálicas, llenas de muchachos y hombres jóvenes, algunos con capuchas en la cabeza. El lugar está iluminado con una luz blanca que nunca se apaga.

Después de perder el conocimiento en la sala de privación del sueño, se despierta y descubre que lo han desnudado y lo están lavando con una manguera. Un policía militar lo seca y lo obliga a dirigirse, desnudo, a la tienda que olía a globos, donde vuelven a curarle las heridas. Le ponen un mono, le encadenan las extremidades, y lo llevan a una de las celdas del almacén, donde se tira al suelo y forma un ovillo.

—¿De dónde eres? —pregunta el muchacho de la celda de al lado.

Mikal no sabe si ha reaccionado a la pregunta, al idioma.

—Me llamo Akbar —le dice a Mikal, primero en urdu y luego en pastún.

Echado en el suelo, el muchacho le dice a Mikal la nacionalidad de los demás prisioneros que tienen a su alrededor, y señala las distintas celdas. Argelino. Sudanés. Ruso. Árabe saudí. Tiene un rostro serio y hermoso, como su voz, y dice que era taxista en Jalalabad, cuando lo secuestraron y lo vendieron a los americanos por cinco mil dólares.

–¿Cómo te llamas?

Mikal cierra los ojos y se dice a sí mismo que no muestre reacción alguna. Han puesto a aquel muchacho junto a su celda para obligarlo a revelar información.

–¿De dónde eres? El hombre que está al otro lado de mi celda es marroquí. ¿Ves al tipo que tiene la cabeza vendada? Es difícil de manejar. Habla inglés pero con un acento muy malo, por lo que necesita intérprete, y siempre quiere que traduzcan sus respuestas de forma muy precisa. –Mikal oye las cadenas del muchacho cuando este se mueve–. Odia a América y considera necesario expresarles esta opinión a los interrogadores, se enfada cuando el intérprete se niega a traducir toda su respuesta y añade un simple «etcétera». O «Ahora está divagando sobre el Corán y las cruzadas y la gloria del islam y el día del Juicio Final», o «Y ahora empieza de nuevo con su obsesión por la muerte».

El muchacho no deja de hablar, pero Mikal oye que alguien llora en una celda cercana, que alguien reza, el ladrido de los perros. Aunque está exhausto intenta concentrarse en todo lo que sucede a su alrededor para permanecer despierto, ya que tiene miedo de ponerse a hablar en sueños y revelar algo. Sin embargo, fracasa parcialmente en su esfuerzo de no cerrar los ojos. Durante el sueño, ve que alguien lava una prenda roja en el agua. La mueve en la corriente. Se acerca y ve que no es una prenda, sino sangre, el líquido extraído del cuerpo de Mikal como un artículo y entidad; la echan al río y extraen todo su conocimiento de ella.

Tres hombres blancos entran en la sala de interrogatorios, que apesta a vómito, y empiezan a gritarle sin que el intérprete traduzca nada, se limitan a gritarle durante más de diez minutos. Luego, de repente, paran y se van.

–¿Habéis logrado sacar a las mujeres de la mezquita? –Mikal se oye a sí

mismo formularle la pregunta a David.

–Háblame de Jeo.

Mikal alza la vista de la mesa.

–Jeo me lo ha contado todo sobre vosotros dos.

–¿Tenéis a Jeo?

–No te levantes de la silla.

–Quiero verlo.

–Imposible. No te levantes.

–¿Dónde está?

–Nos lo ha contado todo.

–No hay nada que contar. ¿Dónde está Jeo? ¿Se encuentra bien?

–Dinos qué rutas de huida están utilizando los guerrilleros árabes para pasar de Afganistán a Pakistán e Irán.

–Quiero ver a Jeo.

–Dice que hicisteis un *bayt* de fidelidad a Osama bin Laden hace dos años.

–Utiliza la palabra árabe, *bayt*, un juramento de sangre.

–Mientes.

–Miento yo o miente él. Yo solo te cuento lo que él me ha dicho.

–Quiero verlo.

–¿De modo que es una mentira?

–Sí.

–¿Por qué iba a mentirnos?

–No lo sé. –De pronto una posibilidad aterradora cobra forma en su mente—. ¿Qué le habéis hecho para que confiese eso?

–No te levantes de la silla –dice el policía militar en voz alta desde el rincón.

Se yergue cuan alto es, más de un metro ochenta, y tapa el póster que hay tras él. Akbar le había hablado del marroquí y de su cabeza vendada, y le había dicho que una interrogadora le había preguntado qué había sentido

cuando se enteró de la noticia de los atentados contra las Torres Gemelas. El marroquí respondió que se sintió eufórico, y cuando la mujer le dijo que el primer chico al que besó había muerto en las torres, él le espetó: «¿Besaste a alguien con quien no estabas casada? Si pertenecieras a mi familia te degollaría y fregaría el suelo con tu sangre, zorra asquerosa». Entonces le escupió. El policía militar perdió el control y le dio una paliza brutal.

–Según Jeo habéis memorizado los números de teléfono vía satélite de varios lugartenientes de Al Qaeda –dice David–. Dímelos.

–¿Le habéis dado una paliza? Con lo bueno que es... Diría cualquier cosa con tal de evitar el dolor.

–Si alguien es capaz de decir algo para evitar el dolor, entonces lo más probable es que empiece con la verdad. ¿No crees?

Mikal cierra los ojos y desata la ira del policía militar, que le grita para que preste atención y no se duerma.

–Permíteme que te diga una cosa –dice David–. El motivo por el que Estados Unidos no te está torturando, electrocutándote o perforándote los huesos con un taladro, como hacen algunos países, no es porque la tortura no sirva de nada. Ya lo creo que funciona. Pero no lo hacemos porque creemos que está mal y que es una práctica poco civilizada.

–Quiero ver a Jeo.

¿Le había dicho Akbar, cuando él estaba sumido en un estado de duermevela, que nunca debía ceder a la tentación de quitarle la pistola al interrogador? «Creo que la llevan porque quieren que se la cojas e intentes dispararles, así podrán acusarte de algo.» Los soldados las llevan incluso cuando están lavando y vistiendo a los prisioneros y estos no están encadenados.

–Estás mintiendo sobre Jeo. Si está aquí ve a preguntarle cómo me llamo. Vuelve y dímelo.

–¿De modo que nos ha mentado? Tomo nota. Tendremos que asegurarnos

de informarle de cuáles son las consecuencias de mentirnos. Ahora dime cómo te llamas y de dónde eres.

–Pregúntaselo a Jeo.

–Cuando lo capturamos tenía miles de riales omaníes, dólares estadounidenses y rupias paquistaníes. ¿Por qué crees que tenía tanto dinero?

–Pregúntaselo a él.

–¿Alguna vez has enviado dinero de Pakistán a Afganistán? ¿Dinero que te haya dado un contacto de Al Qaeda en Pakistán?

–Pregúntaselo a Jeo.

Mikal sueña que sus padres viajan por mar y por tierra, que siguen un camino iluminado por una llama del alma. Llegan, lo liberan de sus cadenas y lo sacan de la celda. Sueña que se ha convertido en un jabalí y, presa de una misteriosa felicidad, atraviesa los colores brillantes de diversos mapas, un atlas, persiguiendo a su hembra, y cuando la encuentra se convierte en un hombre, en un mundo tan intenso que el sonido que hace el capullo de una flor al abrirse puede matar a un ser humano y el bulbul está en las letras con las que se escribe la palabra «bulbul». Ahora que ya no están atados a la carne, los dos se encuentran entre las estrellas antiguas, encerrados en cristales perfectos con forma de héroes y heroínas y demonios, libros verdaderos e instrumentos de música. Fuera de su sueño, la noche ha sellado todos los espejos, pero en el cristal transparente del sueño ambos se mueven sin miedo por el firmamento hacia el conocimiento no solo de cómo empezó el mundo, sino también de cómo acabará.

–¿Es que has intentado contarle los dientes a un lobo? –pregunta Akbar, que señala los dedos amputados.

–¿Por qué hay dibujos en el pasillo? –pregunta Mikal.

Sus colores brillantes le habían molestado a la vista. Pasa por delante de ellos cuando lo llevan a la tienda donde le cambian los vendajes del pecho y las manos, y le ponen unas inyecciones de antibióticos, según el médico.

–Son de los niños americanos.

Dibujos de mariposas, flores, pistolas que disparan a hombres con barbas y helicópteros que lanzan bombas sobre pequeñas figuras con turbantes.

–Son cartas que los niños escriben a los soldados. Dicen «Capturad a los hombres malos» y «Espero que los matéis a todos» y «Que no os hagan daño». Vi una que decía «Rezamos por vosotros y hoy hemos rezado el rosario en clase».

–Voy a huir –le dice Mikal a Akbar.

–No lo hagas. A uno que lo intentó le dispararon y lo mataron.

Antes tendrá que encontrar y liberar a Jeo, y luego se fugarán. ¿O es mejor que huya y vuelva a por su amigo más adelante?

–¿Cuántos guardias hay?

Mikal cuenta los policías militares que hay cerca de las celdas. A todos los árabes capturados los acaban enviando a la bahía de Guantánamo. A los demás los evalúan para decidir qué hacen con ellos. Hoy se va a realizar el traslado de unos cuantos hombres, y desde el mediodía de ayer los policías militares están haciendo los preparativos: han dejado frente a las celdas los nuevos monos, las esposas, las cadenas de las piernas y las gafas opacas para que los vean todos. Cogen las cadenas, abren y cierran las esposas de cromo reluciente para asegurarse de que todo funciona bien. Todo el mundo oye el traqueteo metálico, y nadie sabe quiénes serán los elegidos.

De pronto llega el momento y los policías militares tienen grandes dificultades para sacar a algunos de los prisioneros de las jaulas. Uno de ellos se aferra a los barrotes y llora cuando lo obligan a soltarse. Otro se arrodilla, aúlla y grita algo en inglés.

–Suplica misericordia –dice Akbar–. «Me prometiste que no me enviarías,

Andrew. Me lo prometiste, Steve, me lo prometiste.»

Besa las manos de los hombres blancos. Otros, sin embargo, salen resignados a su destino, recitando versículos del Corán.

Un policía militar se acerca a Mikal, pero pasa de largo y entra en la celda de al lado, donde hay un nigeriano que se llama Mansur. Se había quejado en varias ocasiones de que en Afganistán todo era peor que en África, incluso el viento y la lluvia eran de inferior calidad. Era un cristiano que se había convertido al islam, y en la sala de interrogatorios siempre intentaba convertir a los estadounidenses, y ahora lo estaban preparando para meterlo en un avión.

—¿Cómo te llamas? —pregunta David.

Mikal permanece sentado e inmóvil.

Justo entonces se oye el sonido de un grito al otro lado de la pared. Alguien que está sufriendo un dolor atroz.

—¿Quién es?

—¿Quién crees? —pregunta David—. Jeo nos ha mentado, así que ahora lo estamos obligando a que nos cuente la verdad.

El chico que está en la sala contigua grita como un animal sometido a un tormento expiatorio.

«No es Jeo.» Debe mantener la calma.

—¿Cómo te llamas?

«No es Jeo.» ¿Habrá alguien en todo el mundo que sepa dónde están ellos dos? ¿Los está buscando alguien?

—¿Cómo te llamas?

Al final, ya no lo soporta más y estalla.

—Dejad de pegarle.

—Lo único que pretendemos es asegurarnos de que nos dice la verdad. No

te levantes de la silla.

–Basta, por favor. No le hagáis daño, por favor. Me dijisteis que no lo torturaríais.

Se pone de pie y estira los brazos hacia David, pero con el mismo movimiento se vuelve y se precipita hacia la puerta aprovechando el momento de confusión, con la intención de ir a ayudar a Jeo. Cuando cae al suelo, tras recibir el culatazo en los riñones que le asesta el policía militar, siente otro golpe en el hombro y golpea al hombre con las muñecas esposadas por encima de la oreja y luego por debajo, con más fuerza, y el policía se inclina sobre él y le da un puñetazo en la cara, una, dos, tres veces, el cuello de Mikal aplastado contra el hormigón bajo la bota del soldado. Prueba la sangre y no sabe cuáles de los gritos que oye son suyos, y cuáles surgen de la sala contigua. Entonces lo obligan a sentarse de nuevo en la silla.

–Está diciendo la verdad –dice Mikal–, está diciendo la verdad. Tomé el juramento con Osama bin Laden. Dejad de hacerle daño, por favor, dejad de hacerle daño. Fui yo quien mintió, no él.

Caen gotas de sangre en la mesa, se unen y forman una gran mancha de forma sorprendentemente rápida.

–¿Cómo te llamas?

En la sala contigua Jeo no para de gritar, y hay otros sonidos, cuando lo estampan contra la pared. El cubículo tiembla con cada impacto.

–¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres? ¿Qué te ha pasado en las manos y el cuerpo, y cuándo te dispararon?

Podrían llevar allí a su hermano, podrían llevarlos a todos desde Heer, y, armados con sospechas y falsas acusaciones, hacerles lo que le están haciendo a Jeo. A Basie, Yasmin, Rohan y Naheed. Los meterán en celdas a su lado.

–Soy un prisionero. Me vendieron a vosotros por dinero. No tengo nada que ver con esta guerra.

Siente un dolor atroz en las costillas y la cara por culpa de los golpes, que han resucitado el dolor de las heridas de bala.

En la sala contigua, Jeo gimotea.

–¿Cómo te llamas? Si eres inocente te liberaremos en cuanto se desvanezcan nuestras sospechas. Debes demostrarnos que estás a favor de la justicia cooperando con nosotros. Todos los que capturamos contigo ya están en libertad. Como sigas con este comportamiento, acabarás en Cuba.

–Te lo contaré todo si me dejas ver a Jeo.

–Imposible.

Mira hacia la pared que lo separa de Jeo, cuyos sollozos se han vuelto más débiles.

–Te lo contaré todo –le dice finalmente a David–, si le pides a Jeo que te diga algo que solo sé yo.

Trasladan a Mikal a una sala cuyas paredes, suelo y techo están pintados de negro, y le encadenan los brazos estirados en alto a un aro que tiene sobre la cabeza. Cuando los policías militares se van, apagan la luz y la sala se convierte en un perfecto espacio vacío. Es como la oscuridad umbría de la tumba después de la muerte. No está muy seguro de cuándo fue la última vez que vio una estrella o la luz roja del amanecer vibrante como el latido de una criatura viva, pero ahora el tiempo deja de existir por completo mientras se mantiene en pie o se derrumba en un vacío inconmensurable... ¿durante medio día, dos, una semana? Está convencido de que ha habido hombres que han muerto en esta sala, y ve sus fantasmas. En algún momento se enciende la luz y entra un hombre blanco al que Mikal nunca había visto. Según el Corán, el infierno tiene diecinueve guardianes. El hombre se sitúa ante él y de pronto se echa a reír, y no para; la mirada sin alma se clava en Mikal y se ríe a carcajadas de él por haber hecho sus necesidades en el suelo, por ser

despreciable, porque el amor que siente por Naheed es un desastre, por no ser capaz de ayudar a Jeo, por Pakistán y su pobreza, una risa preñada de desprecio hacia él y su nación, en la que los grifos no tienen agua, y las tiendas no tienen azúcar ni arroz ni harina, los enfermos no tienen medicamentos y los coches no tienen gasolina, ese país asqueroso y repugnante en el que parece que todo el mundo quiere matar al prójimo, una tierra de ataques vengativos, en el que el carnicero le vende carne podrida al lechero, que vende leche cuyo volumen se ha aumentado con unos productos químicos blancos letales, y ambos venden su carne y su leche al médico, que receta medicamentos innecesarios para cobrar las primas de las compañías farmacéuticas, y el laboratorio donde se fabrican los medicamentos vierte los residuos tóxicos en el sistema de suministro de agua, en ríos y arroyos, lo que mata, deforma, ciega y lacera a los hijos e hijas del policía que muere en un accidente de tráfico mientras acepta un soborno, un accidente provocado por un camión declarado apto para circular por el inspector de transporte después de recibir un soborno, un país lleno de gente cuya absoluta devoción a su fe religiosa es poco más que una lealtad inquebrantable a la infelicidad y la maldad, y el hombre blanco sigue riendo con ojos recriminatorios e inyectados en odio e hilaridad y regocijo por este ciudadano de un país miserable y sin vergüenza lleno de mentirosos, hipócritas, maltratadores de mujeres y niños y animales y los débiles, violadores desvergonzados y asesinos y torturadores impunes que debieron de disolver el cuerpo de su padre en un bidón de ácido en el fuerte de Lahore, cretinos y estúpidos embusteros que querían la independencia de los británicos y un país propio, pero que ahora se mueren de ganas de salir de él, emigrar, emigrar, emigrar a Gran Bretaña, Estados Unidos, Canadá, Australia, Dubái, Kuwait, Singapur, Indonesia, Malasia, Tailandia, Japón, China, Nueva Zelanda, Suecia, Sudáfrica, Corea del Sur, No ruega, Alemania, Bélgica, Chile, Hong Kong, Holanda, España, Italia, Francia, cualquiera, cualquiera, cualquiera, cualquier

país que no sea Pakistán, se mueren de ganas de largarse de allí, después de haber reducido el país a un erial, su propio califato de escombros. Como un dios malévolos el hombre derrama su risa en Mikal, se pone rojo mientras ríe, se le acumula el sudor en la frente, y aunque obliga a Mikal a revivir cada infamia, indignación, humillación, deshonra, derrota e ignominia que ha padecido en carne propia en veinte años, Mikal empieza a susurrarle:

–¿Y tú? ¿Y tú? ¿Y tú? ¿Y tú...? –Se retuerce atado a la cadena y empieza a gritar–. ¿Y tú qué papel jugaste en ello?

Desearía saber cómo se dice en inglés. «Si estoy de acuerdo contigo en que lo que dices es cierto, ¿estarías de acuerdo conmigo en que tu país desempeñó un papel muy importante, por pequeño que fuera, en la destrucción del mío?» Se pregunta si el hombre es real, a pesar del hecho de que su risa sigue inundando la habitación y ruge como una ola gigante a medida que rodea su cabeza. Recuerda que después de que interrogaran a un prisionero durante veintinueve horas seguidas lo devolvieron a la celda y el hombre sufría alucinaciones, veía gente y cosas que no estaban allí. Entonces, de pronto, la luz se apaga y se desvanece la risa, y lo único que oye es su propia respiración. El dolor de los brazos es tan intenso que le grita con una voz real, utilizando palabras humanas.

–Quiero ver a Jeo –dice en la sala de interrogatorios.

–Cierra el pico. ¿Cuándo hiciste el juramento con Osama bin Laden?

Tiene que responder algo o empezarán a torturar de nuevo a Jeo en la sala contigua.

–No lo recuerdo. ¿Qué fecha os ha dicho Jeo?

Le cuesta enfocar la vista después de estar en la sala oscura.

–Tú no puedes hacerme preguntas. Arrodíllate y estira los brazos.

Mikal obedece, el policía militar le quita las esposas, David y el intérprete

salen de la sala, y el soldado permanece en el rincón.

Al cabo de media hora regresa David y le dice a Mikal que se siente en la silla, y lo esposan de nuevo.

David señala el póster de las Torres Gemelas.

–Si crees que vamos a permitir que se repita lo que hicisteis hace cinco meses, te equivocas de lleno. –Entonces lo mira a los ojos y añade–: ¿Qué sentiste cuando sucedió?

–Fue un crimen horrible.

–La mayoría de los tuyos no piensan igual. Muchos estaban encantados.

–Ahora ya sabes que no todos pensamos igual. –El hombre no ha dejado de mirarlo ni una fracción de segundo–. Además, ¿a cuántos de los míos conoces?

–He conocido a suficientes aquí.

–¿Quieres que base mi opinión de tus compatriotas en los que he conocido aquí?

«Que me pida que me arrodille y extienda los brazos», piensa Mikal.

David se reclina en la silla.

–Querías que le preguntáramos a Jeo algo que solo sabéis vosotros dos. Nos ha dicho una palabra.

El hombre pronuncia la palabra, y esta recorre el cuerpo de Mikal, sus vasos sanguíneos, y algo estalla en su cabeza. De repente se siente ingrátido, tal y como debe de sentirse la flecha cuando sale del arco. Un dolor indescriptible le atenaza los músculos de los brazos después de haber estado sometidos a una gran tensión, y antes de ello soportaron los grilletes del techo de la sala, y a pesar de todo se abalanza sobre David enseñando los dientes, su única arma, la parte animal que hay en él.

Naheed.

«Maldigo esta ciudad. Su rey cometió un error al asesinar al hombre al que amo...» Alza la mirada de la página que estaba leyendo y cierra el libro. Se ha imaginado una llegada, la presencia de alguien al otro lado del portal. Tal vez incluso ha llamado a la puerta. Sale a la terraza y mira hacia la puerta por entre los árboles, rodeados de los ruidos naturales del jardín. Las cenizas de su ropa dejan una marca clara en la columna blanca que hay junto a ella. Estos medio fantasmas también aparecen en otras partes de la casa, cuando acaricia una pared o se apoya de forma descuidada en un armario. Apenas son perceptibles, solo ella puede verlos, y como sucede con los otros, se deshará de este en cuanto sea consciente de él.

Es la primera mañana de calor continuo del año, y se sienta en los escalones de piedra. Abre el libro del regazo y empieza a leer. *Shilappadikaram*. Un texto del siglo III a.C. «La historia de Kannagi, que, tras perder a su marido por una injusticia cometida por el tribunal del rey Pandya, llevó a cabo su venganza contra el reino.» Cuando alza la vista el portal se ha abierto y aparece Mikal.

Sus ojos se detienen en ella.

El jacarandá está en flor y después de un chaparrón el aroma invade la casa al atardecer, y es tan intenso que Naheed se pregunta si será eterno. Señala el punto medio entre ambos, y ella se detiene al llegar allí. ¿Es su fantasma el que ve, que ha ido a convencerla de que empiece una vida sin él? ¿O es real y ha aparecido en la casa precisamente porque ella pensaba en él?

Naheed retrocede y Mikal da un paso hacia ella.

«Cuando alguien piensa en nosotros, o sueña con nosotros con intenso amor –le había dicho Tara en una ocasión–, desaparecemos del lugar en el que estamos.» A Naheed le daba miedo pensar en Mikal con todas sus fuerzas y que apareciera en su habitación, y que no pudiera explicarle a Tara quién era.

Naheed se da la vuelta y se aleja, pero mira hacia atrás para comprobar si Mikal la sigue. Sin embargo, cuando llega a la terraza él ya no está. Naheed se había desplazado hacia un lado al acercarse al nogal, y es como si él hubiera seguido recto y hubiera desaparecido en la corteza del árbol.

Acaricia el tronco.

Espera diez, quince, veinte segundos a que Mikal aparezca de nuevo, y luego mira a su alrededor, buscando en el interior de la luz que se filtra entre las copas de los árboles, su mirada se desliza por las moreras que tienen hojas y flores, la espesa suavidad de las hojas refulge entre los distintos verdes del jardín, el verde claro del baniano, los cipreses casi negros en comparación, el verde manzana de los álamos. Al final lo ve de pie junto al ficus que hay cerca del muro más alejado. Imagina que trepa por el tronco, luego recorre las copas y se introduce en el ficus. O tal vez había bajado y había atravesado la oscuridad y la tierra, las raíces como relámpagos de madera a su alrededor, y luego se había introducido en el árbol.

Cuando Basie y Yasmin llegan a la escuela, el padre Mede se encuentra junto a la ventana de su despacho y los observa. Caminan tan juntos como permiten las normas del decoro en este país que es, a un mismo tiempo, menos y más inocente que cualquier otro. Los ilumina la luz del sol de marzo, densa como el fieltro. De niño se preguntaba por qué Eva nació de la costilla de Adán. Ahora, en el otro extremo de su vida, varias décadas después, sabe que es porque las costillas están cerca del corazón. Basie y Yasmin han perdido ambos a un hermano y el padre Mede se da cuenta de que aún no se han recuperado y no sabe si lo lograrán jamás. Duda que haya sido capaz de expresarles sus sentimientos de forma adecuada. Los abrazó y se limitó a repetir las dos o tres frases que tienen los humanos para expresar dolor. Han pasado dos mil años desde que el hombre se convirtió en hermano de todos los hombres del planeta y, sin embargo, aún no se han inventado palabras que expresen el alivio de ciertas cargas.

–¿Quién es ese joven del camino de los cipreses? –pregunta Yasmin, al pasar junto al despacho del padre Mede–. Buenos días, padre.

–Buenos días, Yasmin. –El anciano levanta la vista de las cartas amontonadas en su escritorio–. ¿Podría ser uno de los ayudantes del jardinero? –El padre Mede se acerca a la puerta y mira hacia los cipreses–. A veces trae a sus nietos.

El cielo es de un azul tan claro que raya en la felicidad.

–Se ha ido –dice Yasmin–. Estaba ahí hace un instante.

–Debe de ser el nieto del jardinero.

Los niños entran por el portal para iniciar la jornada escolar: las chicas visten de blanco con un jersey rojo; los chicos, todos de azul marino. «Y puso querubines al oriente del jardín del Edén, y una espada encendida que se revolvía por todos lados para guardar el camino del árbol de la vida...»

Mira a Yasmin.

–Llevas el reloj de tu madre.

Ella lo mira.

–Le costó doscientas cincuenta rupias –prosigue el padre Mede–. Lo compró con el primer cheque de su paga, a finales de la década de 1960. Aún recuerdo que vino a enseñármelo. Me dijo que había gastado ciento quince rupias en el supermercado del ejército. Galletas. Café. Leche condensada. Bombones. Todos los lujos. Y el reloj Favre-Leuba. –El padre Mede toca la esfera. Sonríe–. Y a juzgar por tu mirada está claro que ya te he contado esta historia miles de veces.

Yasmin engarza un brazo en el del anciano y entra en el despacho con él.

–¿Qué tal ha ido el viaje?

–Cansado.

–Se hace mayor.

–No me siento mayor. Me siento como alguien joven que tiene algún achaque. –Se sienta en su silla–. ¿Qué tal está tu padre?

Yasmin aparta la mirada un instante.

El padre Mede asiente.

–No le deseo ningún mal. –Rohan había pedido que el padre Mede no se acercara a su casa mientras se enfrentaba a la crisis de fe de Sofía, y le había pedido a su mujer que no lo viera. La fractura nunca se había llegado a curar–. ¿Es ceniza eso que tienes en la manga?

Yasmin intenta limpiarse la pequeña mancha.

–Mi cuñada.

–Los griegos afirmaban que los humanos nacimos de las cenizas.

–Esta túnica era de mi madre.

–Lo sé.

Cuando está a punto de irse, el anciano señala el papeleo que se ha acumulado en su mesa durante su ausencia.

–Os agradecería que Basie y tú encontrarais un rato para echarme una mano con todo esto.

–Se aprovecha de nosotros.

–Lo sé. Primero el rajá y ahora yo.

La chica se va con una sonrisa; de tal palo, tal astilla. Cuando Sofía se matriculó en la Universidad del Punjab de Lahore para estudiar un máster, regresó a Heer al cabo de pocos días, angustiada por la vida de la gran ciudad, e insistió en que no regresaría. Su padre, que siempre había soñado con que sus hijos tuvieran estudios, se reunió de forma urgente con el padre Mede, que había sido su maestro, y ambos la convencieron de que regresara a la universidad. Sofía les hizo caso, pero volvió de nuevo al cabo de unas semanas y les dijo que se sentía excluida por parte de los demás estudiantes, las chicas y chicos modernos de Lahore, y que algunos de ellos se reían del modo en que vestía y hablaba, se reían de su burka. El padre meditó sobre ello durante toda la semana y pronunció tres palabras que sacudieron los cimientos de la familia, incluso de los parientes más lejanos que vivían en ciudades y pueblos remotos:

–Quítate el burka.

Sofía se quedó muda.

–¿Puedes hacerlo?

–Claro que no.

–¿Te haría pasar más desapercibida?

–Tal vez.

–Entonces inténtalo. La modestia y la decencia viven en la mente, no en un burka. Quiero que recibas una buena educación y al parecer este problema te lo está impidiendo.

Y regresó a la universidad sin burka, para gran consternación de su madre y su hermano, que sabían que aquella decisión daba al traste con sus probabilidades de casarse con un buen partido. Para colmo, Sofía, una chica soltera, vivía lejos de sus padres, en una pensión de la gran ciudad, donde no había supervisión paterna.

Era imposible saber si se había dejado llevar por el pánico antes de tiempo al encontrarse en un entorno desconocido y si se habría acostumbrado a la situación tras hacer pequeños cambios. Lo que sucedió fue que, cuando volvió, empezó a labrarse una próspera carrera universitaria. Durante el tercer año intentó ponerse el burka de nuevo, pero para entonces ya había perdido la costumbre. Compró cinco chales de cachemira para cubrirse la cabeza y el cuerpo cuando daba clase en Espíritu Ardiente, y para los días más fríos del invierno tenía un abrigo de un color burdeos deslumbrante con el cuello de piel, y con un broche en forma de turbante de emperador en el hombro izquierdo.

El padre Mede se pone de pie y cruza la habitación que tiene un dibujo de grifos en blancos y negros en el suelo. Se detiene ante el pequeño cuadro de la pared que le había hecho Sofía. El Cristo crucificado y las personas que lloran a los pies de la cruz. Son su madre y sus amigos y lloran porque lo han crucificado, y es una obra impactante porque el sufrimiento del torturado y el de aquellos que lo observan comparten el cuadro. Están en la misma mirada. La injusticia no tiene lugar en un rincón lejano y oculto, y el dolor de los familiares de la víctima no se recluye en un lugar remoto, desvinculado del

crimen. Jesús morirá y los que lo conocen lo están observando, y el propio espectador puede observar toda la escena.

–Padre, ¿quiénes son esos dos jóvenes que acabo de ver en la sala del piano? –pregunta Basie al entrar en el despacho.

–¿Eran dos? Creo que tal vez sean los nietos o los ayudantes del jardinero.

–Conozco a sus nietos. No eran ellos.

–Lo averiguaré.

–¿Qué tal el viaje? –pregunta Basie, que se dirige hacia la puerta y mira a su alrededor—. Creo que vestían demasiado bien para ser los ayudantes del jardinero.

El padre Mede se da una palmada en la frente.

–Deben de haber traído los ángeles.

–¿Han vuelto los ángeles?

El padre Mede abre un cajón y saca la llave de la sala de reuniones.

Juntos recorren el pasillo con columnas. A un lado se encuentran las puertas de las aulas, y al otro el jardín resplandeciente de marzo. Es temprano, por lo que solo han llegado unos cuantos alumnos y un silencio evidente inunda las aulas. Pasan junto a una muchacha de catorce años, que un día, hace ya tres años, se derrumbó ante el padre Mede mientras le cogía la mano y derramaba lágrimas de amor y perplejidad. «Es usted muy bueno, ¿cómo puede ser cristiano? ¿Por qué no se convierte al islam?» La chica le dijo que no quería que ardiera en el infierno, y él le pidió que rezara por su salvación. El padre Mede siempre ha mantenido una actitud precavida en cuestiones religiosas. Aunque la escuela San José es cristiana, ya no es un centro misionero como sucedía en el pasado, y en las ceremonias públicas se lee tanto la Biblia como el Corán, y se celebran las festividades de ambas fes.

El padre Mede abre la puerta de la sala de reuniones y dirige la mirada al

suelo, lleno de grandes formas envueltas en papel de periódico. Hay unas cien en total, le quita el papel a una y ve el rostro de Rafael. El ángel responsable de curar las dolencias y heridas de los niños humanos.

Esas figuras de madera de tamaño real se colgarán con cables de acero en la sala de reuniones. Las enviaron a restaurar para que les dieran una capa de pintura a un negocio que se dedica a decorar los camiones y rickshaws de Heer, y las han devuelto con unos colores muy vívidos. Han pintado las mejillas de Rafael de rosa ciclamen. Los ojos son un disco turquesa de cristal sujetado con un clavo muy fino, casi un alfiler. Están boca abajo en el suelo y las alas se alzan en la espalda y son más altas que Basie y el padre Mede.

Basie aparta el periódico de la figura que tiene más cerca. Aparece una mano que sujeta una cadena negra. Destapa la cara y el pecho.

–Tras la caída, Gabriel fue enviado a consolar a Adán –dice el padre Mede–, y Miguel a consolar a Eva.

Miguel, que es Mikal en el islam. Descrito con unas alas verde esmeralda y cubierto por unos pelos diminutos de color azafrán, cada uno de los cuales tiene un millón de caras que le piden a Alá en un millón de lenguas que perdone los pecados de los fieles.

El padre Mede le pone una mano en el hombro a Basie, que la acaricia y luego tapa el rostro de Miguel.

–Están todos aquí –dice el padre Mede–. Los ángeles de los siete días de la semana. El ángel de los terremotos. El ángel de la fascinación. Del polvo. De las palomas.

Mira los aros fijados al techo de los que colgarán las estatuas.

–Entonces ¿los han traído los jóvenes que he visto?

–Es posible. Llegaron en tres camiones y vino un pequeño grupo de muchachos a descargarlo.

–Tengo que preguntárselo al guarda de la puerta –dice Basie–. Debemos ser precavidos.

–No asustes a los niños.

Ayer, cuando se encontraba en la furgoneta de Espíritu Ardiente, había oído que una escuela religiosa había sido víctima de los bombardeos de los estadounidenses en Afganistán y habían muerto varios niños. La furgoneta se detuvo frente a la escuela San José. «Reduciremos América al tamaño de la India, la India al tamaño de Israel, e Israel a la nada», dijo el altavoz, que se encontraba cerca del monumento público que había al final de la carretera, una réplica gigante en fibra de vidrio de la montaña bajo la cual se probó la bomba nuclear de Pakistán. Víctima de una fuerte sacudida tras millones de años de existencia, la montaña se había teñido de un blanco puro. Está vacía por dentro y se ilumina cuando oscurece: en las noches claras, desde el balcón de su habitación en la escuela, el padre Mede observa cómo se enciende; primero está muerta y gris, pero luego, de pronto, como una fiebre que surge del centro mismo, un fulgor se extiende por las laderas y brilla hasta que su resplandor rivaliza con el de la luna, y permite que se vean las siluetas de los niños mendigos que se refugian en su interior.

El padre Mede alisa el periódico arrugado y lo aparta, y cuando Basie se va observa la figura de Miguel, que aparece entre la letra impresa, y vislumbra la túnica dorada, las cadenas con las que sujeta a Satán, la espada en la otra mano. Se dice que los querubines nacieron de las lágrimas que Miguel derramó por los pecados del mundo. Jefe de la Orden de las Virtudes y Jefe de los Arcángeles, también es el Príncipe de la Presencia Divina, el Príncipe de la Luz y el Príncipe de Dios. Es el Ángel del Arrepentimiento, de la Piedad y de la Rectitud, el Guardián de la Paz y el Ángel de la Tierra, y el patrón de policías y soldados.

El padre Mede cierra con llave la puerta de la sala de reuniones y regresa a su despacho.

*Restáuranos, Dios de nuestra salvación,
y haz cesar tu ira contra nosotros.*

¿Estarás enojado con nosotros para siempre?

¿Extenderás tu ira de generación en generación?

Se dice que Miguel escribió estos versículos. Salmo 85. Los versículos que se emplean para invocarlo.

–No pises ahí –advierte Naheed a Rohan mientras pasean por el jardín–. Es donde enterré los pájaros en octubre.

Rohan mira la tierra. Hoy ve un poco, en aquellos lugares donde la luz del sol es clara y no halla obstáculos. Naheed lo ha encontrado con el Corán abierto en las manos. Uno de sus mayores tormentos es que no puede leerlo para el consuelo del alma de Sofía.

–¿Está en flor el granado?

Ella le coge la mano para que toque las flores, el recio cáliz exterior, y los retales de seda arrugada del centro que son los pétalos, y mientras se impregna de su aroma le dice que el nombre «granada» proviene de los frutos que crecían en esa región de España. Basie y Yasmin han mantenido varias conversaciones con el oftalmólogo desde que Naheed y Rohan fueron a visitarlo, y los tratamientos que les sugirió son la única solución.

–España fue tierra musulmana –dice Rohan, envolviendo las flores con las manos–. En octubre de 1501, los monarcas católicos ordenaron la destrucción de todos los libros y manuscritos islámicos. Miles de coranes y otros textos se quemaron en una hoguera pública.

Ella lo deja hablar mientras mira a su alrededor, en busca de Mikal. Solo ve un martín pescador, que sutura las dos orillas del río con las amplias puntadas de su vuelo.

–Arrestaron a un tendero que murmuró «¡Oh, Mahoma!» cuando alguien se negó a comprar sus mercancías. A otro hombre lo llevaron ante el inquisidor por lavarse las manos de un modo sospechoso y que parecía

musulmán, y el acusado confesó bajo tortura que lo era y denunció a varios de sus vecinos, pero posteriormente acabó retractándose de su confesión. Fue torturado por segunda vez y murió en la cárcel a consecuencia de las heridas.

Naheed le coge la mano entre las suyas. Últimamente se ve obligada a comprobar que come todo lo que tiene en el plato, por mucho que él se queje de que no tiene hambre. Tara y ella le hacen unos chapatis más grandes y gruesos, de modo que Rohan acaba comiendo uno y cuarto o uno y medio, aunque crea que come solo uno.

A Naheed la tranquiliza que Basie y Yasmin estén hablando directamente con el oftalmólogo. El hecho de tener que tratar con las enfermeras de la clínica le había provocado cierta ansiedad. El pensamiento le había jugado una mala pasada y se había apoderado de ella el extraño miedo de que una de aquellas enfermeras podía ser la responsable que le había administrado las inyecciones para acabar con su bebé en noviembre, y que el médico, enfurecido con Rohan, podía revelarle ese secreto. «¿Por qué tengo miedo? – se había preguntado en un principio–. ¿Qué podían hacerme si descubrían lo que había hecho?» Pero no. No está preocupada por sí misma, lo que no quiere es aumentar el sufrimiento de Rohan, Yasmin y Basie. La verdad les haría daño. Por eso debe mantener la cuestión en secreto.

Rohan se ha percatado de su silencio.

–¿Qué sucede?

–Me duele la cabeza.

–¿Te ha dicho algo tu madre?

Niega con la cabeza. Entonces se pregunta si habrá visto el gesto.

–No –añade.

–Ayer mantuve una conversación con ella.

Naheed no contesta. Se produce un movimiento en las parras de la pérgola, donde ya han aparecido las primeras cuentas verdes; en junio habrán crecido y rezumarán el líquido de la pulpa.

–Está preocupada por ti.

–No entiendo por qué.

–Deberías pensar en la posibilidad de casarte de nuevo.

Alza la mirada hacia el lugar en el que el tamarindo cambia la dirección de las ramas, en su imponente sed de movimiento. Las hojas marchitas que lo habían cubierto con una nube cobriza el mes pasado ya han desaparecido y han dejado lugar a un verde luminoso.

–Es demasiado pronto –dice Naheed.

–Seguramente. Tu madre ha elegido a un joven, pero para cuando se hubieran realizado todas las averiguaciones y preparativos, habría pasado bastante tiempo. Estas cosas avanzan lentamente. Sé que la boda con Jeo se organizó muy rápido, pero fue una excepción.

La semana pasada Naheed le había dicho a Tara: «Este año lo dedicaré a ayudar a padre a superar el problema de la vista. Y luego empezaré a estudiar para obtener el título de maestra». Ha descubierto un repentino apetito por los libros, como si ella hubiera sido la destinataria exclusiva de las cajas que habían llegado a la casa. Introduce la mano aleatoriamente en alguna de ellas. Poemas y ficciones de todos los períodos, volúmenes de fotografías y pinturas, obras de historia occidental y oriental. Algunas la llevan a cambiar la razón por el asombro, otras el asombro por la razón. Levanta la fina hoja de papel de gasa de una página pintada y ve la imagen de un bandido en un huerto refulgente, con el cielo persa colmado de hojas doradas sobre él. Mikal apareció cuando ella miró y abrió la obra del siglo XIV de Al Shirazi titulada *Un libro que he escrito sobre astronomía pero que deseo que sea eximido de toda culpa*. Lee hasta altas horas de la noche historias de Sudamérica, Islandia y la India. «Se convirtió en una cierva y se alejó corriendo de él, que se transformó en un ciervo y, tras alcanzarla, se apareó con ella. Luego ella se convirtió en una pava real y huyó otra vez, pero él se transformó en un pavo real y se apareó de nuevo con ella. Luego se convirtió

en vaca y él la persiguió transformado en toro, y se apareó con ella una tercera vez...»

–No te preocupes –dice Rohan cuando regresan a la casa–. Nos encargaremos de comprobarlo todo. Cuando Tara haga las preguntas iniciales, nos lo dirá a Basie y a mí, y Basie llevará a cabo una investigación concienzuda. Es tu hermano.

De pronto se siente abrumada y se le escapan las lágrimas tan rápido que tiene que taparse los ojos con ambas manos.

–¿Por qué ha tenido que suceder todo esto? –susurra Naheed.

Rohan se vuelve y, tras agitar las manos en el aire durante unos segundos – su visión ha empeorado porque han estado en un lugar con luz solar–, finalmente la abraza.

Le acaricia la cabeza con cariño. Siguen llegando conocidos lejanos para darles el pésame por la muerte de Jeo, ya que acaban de recibir la noticia. Llegan a la casa y lo ven con los ojos vendados. Tras las muertes de Jeo y Mikal se sentía tan herido como ahora, y es sorprendente que nadie pudiera ver esa herida. Es uno de los grandes misterios de la vida, seres humanos que viven con un dolor secreto, invisible y por el que no reciben ninguna muestra de compasión. Y así es como Naheed lleva la muerte de Jeo en secreto en su interior y sobrelleva su colosal carga. Yasmin y Basie también asumen su parte. Y Tara. Pero si los cinco llegaran juntos a un lugar, Rohan sería el único que parecería afectado por la muerte de los jóvenes. Las heridas en las almas y los corazones pasan desapercibidas. Requieren de otro tipo de visión.

Cuando Naheed parece algo consolada, la suelta. Quería preguntarle por el hijo del perdonador de pájaros, ya que Tara y ella fueron a visitar a la familia anoche. El muchacho se recupera lentamente, pero como se trata de un tema melancólico decide evitarlo.

Naheed lo acompaña al interior de la casa y lo ayuda a sentarse en su sillón.

–Son las once –le dice.

Rohan ya no necesita llevar reloj. Su ceguera casi coincidió con la muerte de los dos jóvenes. Parecen el mismo hecho. En los próximos años, cuando le pregunten cuánto tiempo hace que es ciego, se preguntará cuánto tiempo hace que murieron Jeo y Mikal.

–Dijo que vendría alrededor de esta hora.

La semana anterior habían recibido un mensaje del comandante Kyra en el que solicitaba reunirse con Rohan, que había intentado visitarlo al saber de la muerte de Ahmed el Polilla, pero los muchachos que guardaban las puertas de Espíritu Ardiente lo habían informado una y otra vez de que no se encontraba en la escuela, y una mueca de hostilidad se dibujaba en sus rostros en cuanto Rohan les daba su nombre.

–No me cabe la menor duda de que están planeando la invasión de Irak e Irán –le dice Kyra a Rohan cuando Naheed entra con la bandeja del té–. Y luego, claro, le llegará el turno a Pakistán si nuestro gobierno no los obedece.

Naheed sirve una taza de té y se la da al antiguo soldado.

–El presidente estadounidense utilizó la palabra «cruzada» en el primer discurso que pronunció tras los atentados terroristas –dice–. Y advirtieron que si Pakistán no colaboraba con ellos en su lucha contra Al Qaeda y los talibanes, nos bombardearían hasta devolvernos a la Edad de Piedra. Esas fueron las palabras exactas que empleó.

Naheed se apoya en el marco de la puerta. Tiene la sensación de que sabe a qué se debe la visita de Kyra, aunque tal vez Rohan lo ignore.

Kyra la observa y se vuelve hacia Rohan.

–Bueno, ahora debemos hablar del motivo por el que he solicitado este encuentro.

–Me alegro de que hayas venido –dice Rohan–. Estaba pensando en

ponerme en contacto contigo...

Kyra no le hace caso.

–Es por una cuestión delicada. Espíritu Ardiente ya no recibe muchos donativos. Nuestro cobarde gobierno ha cortado la financiación de patriotas honorables como nosotros. La situación se ha vuelto difícil desde la conspiración del pasado mes de septiembre, y nos acusan de sembrar algo llamado terror. Quería reunirme contigo para ver qué se puede hacer.

–No sé cómo puedo ayudaros en esta cuestión.

–Esperaba que pudieras encontrar otro alojamiento.

–¿Otro alojamiento?

–Sí.

–Quiere que nos vayamos de aquí –dice Naheed.

Kyra no hace caso del comentario.

–No sería de forma inmediata –le dice a Rohan–. Puedo darte un mes y medio o dos para que encuentres otro lugar. Pero necesitamos esta casa.

–Es mi hogar.

Rohan levanta la mano y Naheed se acerca para cogérsela.

–Sí, pero es de mi propiedad. –Kyra saca una serie de documentos del bolsillo–. La escuela me pertenece. Así como esta casa. Mi hermano te permitió vivir aquí porque era un hombre con un gran corazón y por el respeto que sentía hacia ti. A pesar de todo.

–No necesito ver ningún documento. Recuerdo lo que firmé.

–Entonces no entiendo cómo puedes afirmar que esta casa es tuya.

–Quería ponerme en contacto contigo para decirte que debías devolverme la casa. Me avergüenza tener que admitirlo, pero he contemplado la posibilidad de venderla para reunir el dinero que me permita operarme de la vista.

El anciano sabe ocultar bien sus emociones, pero Naheed se ha dado cuenta de que lo aterra quedarse ciego. No se lo ha dicho a nadie. Tal vez

porque no quiere que ningún ser humano, ni Alá, lo juzgue por su desesperación.

–Creo que deberías irte –le dice Naheed a Kyra.

El joven se vuelve hacia ella, con un gesto mezcla de cordialidad y de bandido de los bosques.

–Ya la has oído –dice Basie al entrar.

Kyra se pone derecho.

–Debes de ser Basie.

–Quiero que te vayas –dice Basie con una mirada hostil.

Kyra se pone de pie lentamente y se cuadra ante el maestro.

–De un modo u otro, acabaré contigo –dice Basie con un sorprendente y violento tono de desdén–. He estado investigando y creo que fuiste tú el responsable de las muertes de mi hermano y de Jeo. –Le arranca los papeles de las manos y los rompe–. Hablé con una familia que me dijo que enviaste a su hijo a Afganistán. Le aseguraste al padre que su hijo recibiría el adiestramiento necesario antes de enviarlo al campo de batalla. Le prometiste que cuidarías del muchacho. Pero murió en una matanza.

–Tuve que decírselo al padre. Es un eunuco y un traidor y un infiel en todos los aspectos salvo de nombre, y no quería darle permiso a su hijo para que se uniera a la yihad. ¿Qué podemos hacer? ¿Hincar la rodilla ante América?

–Vete.

–De modo que esto es lo que has aprendido después de vivir rodeado de cristianos, ¿no? –dice Kyra desde la puerta–. Después de trabajar de maestro en la escuela de un inglés. Desprecias a los verdaderos patriotas.

Cuando se va, los tres permanecen en silencio.

–Y usted también puede irse al infierno, señor presidente –dice Basie al final, mientras observa la fotografía del periódico.

–¿Qué ha sucedido? –pregunta Tara a Naheed, que llega a la casa para ayudarla a preparar la comida.

–El comandante Kyra quiere que abandonemos la casa.

Tara pronuncia el versículo del Corán al que recurre uno cuando recibe una mala noticia.

–Basie le ha pedido que se fuera.

–Debemos ser precavidos, son peligrosos. –Tara mira hacia la habitación de Rohan–. Firmó todos los documentos que le pusieron delante. Y ahora está ahí sentado, acariciándose su barba engañada.

–Nadie lo engañó, madre.

–Sí que lo engañaron. Tras la muerte de Sofía estaba medio trastornado. Podrían haberle hecho firmar cualquier cosa. –Tara le ha traído a Naheed una cesta de calabazas verdes–. Pero no quiero que te preocupes por la casa. Iré a la mezquita y le pediré al clérigo que me dé un talismán y rezaremos...

–Rezar... –murmura Naheed–. ¿Quién escucha nuestras plegarias?

–¿Cómo te atreves a hablar así? Que no se atiendan una o dos oraciones no significa que no vayan a hacernos caso nunca.

–¿Una o dos?

–Silencio. Gracias a las oraciones que le dediqué a Alá sobreviví la temporada que pasé en la cárcel.

–Fueron Alá y sus leyes los que te enviaron a la cárcel para empezar.

Tara se acerca a su hija.

–¡Silencio! No vuelvas a decir algo así jamás.

Naheed la fulmina con la mirada, con unos ojos anegados en lágrimas porque se siente atrapada, a merced de un anhelo irreprimible. Al final se vuelve.

–¿Has oído lo que te he dicho?

–Sí.

Mientras preparan la comida ambas permanecen encerradas en su ira, en

silencio, aunque Tara mueve los labios cuando recita en silencio versículos coránicos.

Al cabo de un cuarto de hora, y sin levantar la mirada de las calabazas que está cortando en grandes pedazos, Naheed pregunta:

–¿Qué quería Sharif Sharif cuando vino a visitar a padre el otro día?

–Nada –dice Tara, que tarda un momento en responder–. Ya te dije que solo era una visita de cortesía de un vecino. Quería saber cómo estaba Rohan de la vista.

–Por favor, madre.

–Vino a pedirle tu mano.

Naheed deja el cuchillo.

–Se ofreció a pagar la operación de los ojos a cambio.

Tras un silencio que dura varios minutos, Naheed lleva el cuenco lleno de trozos verdes y blancos de calabaza al otro lado de la cocina. Abre el grifo y los sumerge en agua para que se mantengan frescos hasta la hora de cocinarlos.

–Una cosa más –dice Naheed en voz baja.

–¿Sí?

–Padre dice que has encontrado a alguien para mí.

–Tengo a un joven en mente. –Y tras no obtener reacción alguna de Naheed, añade–: Es la única posibilidad.

Naheed esboza una sonrisa tensa. Tiene los ojos casi en llamas.

–No es la única posibilidad, madre. Hay miles de opciones más. Estoy harta de tener siempre miedo...

–El mundo es un lugar peligroso.

–Déjame acabar. Cometiste un error al asustarme para acabar con mi bebé. Cometiste un error al asustar a Mikal para ahuyentarlo de mí. No me importa todo lo que te haya pasado, pero no deberías asustar a los que son más jóvenes que tú con tus propios temores. La precaución es una cosa, pero tú

me inspiraste verdadero pánico. Déjame en paz, por favor. Coge tu mundo, vete con él y déjanos en paz. A todos.

–¿Y si...?

–Y si... y si... ¿Y si el mundo se acaba mañana?

–Podría ser. Hay varias señales.

Naheed se acerca a su madre y le pone una mano en el hombro.

–No es posible que estés tan asustada, madre. El mundo no se acabará mañana.

Kyra y los seis muchachos de las seis casas de Espiritu Ardiente debaten sobre la operación de la escuela San José.

–El sitio durará varios días –dice Ahmed–. De modo que tendremos que llevar sacos de almendras para mantener la energía.

El muchacho de la casa de Córdoba ha preparado un diagrama muy detallado y preciso de la escuela –con la altura y longitud de cada pared, y el número de ventanas en cada clase–, que se encuentra sobre la alfombra, ante ellos.

Han decidido que cada uno de los seis contará solo con la ayuda de cuatro compañeros de confianza, del mismo modo en que el Profeta tuvo también cuatro compañeros. Así que, en total, van a tener que encontrar a veinticuatro hombres. Han empezado la búsqueda y han realizado una criba parcial. Algunos de ellos serán alumnos de Espiritu Ardiente, mientras que otros serán de fuera, elegidos por su compromiso, fuerza y audacia.

–Dada la posible duración del sitio –dice el jefe de la casa de La Meca–, cada uno de nosotros tendrá que llevar cinco o seis mochilas que contengan munición, medicamentos y agua por si las autoridades intentan matarnos envenenando el agua corriente.

–Que Alá lo recompense de algún modo –dice Ahmed–, el guarda de la entrada de San José nos ha proporcionado muchos detalles del edificio, de la rutina y del flujo de maestros y alumnos.

El guarda es un hombre devoto de unos cincuenta años, y dijo que sabía en qué tipo de personas se convertirían los alumnos de la escuela. Durante los

últimos años había trabajado en las mansiones de varias personas adineradas de Heer y le había repugnado lo que había visto: la indecencia de las mujeres, las conversaciones de los traidores abominables, la actitud de superioridad hacia los menos privilegiados, el consumo de alcohol, las constantes blasfemias... Y había perdido el trabajo en varias ocasiones por atreverse a hablar, o había acabado dejándolo, avergonzado, por no tener el valor necesario para decir lo que pensaba.

Al guarda le habían dicho que necesitaban la información para robar y destrozarse la escuela.

–Cuando estemos en el interior –dice el jefe de la casa de El Cairo, señalando el plano–, esta hilera de árboles que hay a lo largo del muro sur nos impedirá ver el exterior. La policía y el ejército podrían asaltar el edificio por allí.

Ahmed estudia el plano.

–Tenemos que hacer algo al respecto.

Kyra se pone de pie y se acerca a la ventana. Ha instruido a los muchachos en táctica y estrategia y les ha infundido valor. Cuando estaba en el ejército creó un silenciador para el AK-47, hasta entonces disponible solo para unos cuantos elegidos de otros países, y también creó lo que él llamaba un cañón de mortero «de guerrilla», de los que solo disponían algunas de las fuerzas militares más avanzadas del mundo, un artilugio tan pequeño que se podía ocultar en una bolsa de tamaño medio. Se había especializado en el adiestramiento de técnicas de asalto urbano y sus ideas demostraron ser el elemento más importante de la serie de aterradoros ataques de guerrilla contra cuarteles indios en Cachemira. En febrero de 2000, unos comandos del ejército indio asaltaron una aldea de la Cachemira paquistaní, mataron a catorce civiles, regresaron a territorio indio con varias chicas paquistaníes secuestradas, y lanzaron las cabezas de tres de ellas a los soldados paquistaníes. El jefe de la guerrilla paquistaní, que al día siguiente se adentró

con veinticinco hombres en el territorio de Cachemira ocupado por la India para llevar a cabo una operación de venganza contra el ejército indio en el sector de Nakyal, había sido adiestrado por Kyra. Secuestraron a un oficial indio, lo decapitaron y permitieron que sus compatriotas desfilaran con su cabeza por los bazares de Kotli, en la Cachemira paquistaní.

Ha meditado concienzudamente sobre los diversos aspectos de la operación de San José, y acaba de regresar de un viaje de tres días a China, adonde ha ido para conseguir armas y gafas de visión nocturna. Lo más difícil fue introducir todo el cargamento en Pakistán. Para lograrlo llamó a un viejo amigo, un capitán, que es el responsable de seguridad del presidente. El capitán acudió al aeropuerto en el coche oficial del presidente y recibió a Kyra en el mostrador de inmigración. Nadie se atrevió a tocar el equipaje de Kyra en presencia del capitán. De modo que todavía quedan algunos miembros del ejército que conservan todo su honor. Kyra visita de forma habitual a sus viejos camaradas militares e intenta avergonzarlos por sus débiles creencias islámicas, por continuar sirviendo en el ejército paquistaní, y lo embarga una gran satisfacción cuando algunos de ellos le dicen que están pensando en abandonarlo, como él. Cuando finalice el ataque contra la escuela San José, Kyra y varios hombres más partirán para luchar y matar a los soldados británicos destinados en la provincia afgana de Helmand.

—De modo que debemos hacer algo con los árboles del muro sur —dice, dirigiéndose a los muchachos—. Y tenemos que comprar una videocámara para grabar las decapitaciones.

Yasmin entra en la sala de reuniones y encuentra a Basie entre los ángeles envueltos en papel. No mueve ni un músculo de su cuerpo. Tiene la cabeza agachada. Yasmin cierra la puerta y se acerca a él por entre las estatuas forradas de periódico. «Resulta imposible eludir por completo el pasado de la humanidad y que no nos afecte. Estamos rodeados por el eco de todas las palabras que se han pronunciado desde la noche de los tiempos.» Estas palabras estaban escritas en uno de los diarios de su padre. Se sitúa detrás de su marido, se acerca a él y lo abraza por la cintura. Basie profiere un gemido, la más antigua de las reacciones humanas, y se estremece de pena, gesto que también absorbe ella, el más antiguo de los intercambios.

Basie se vuelve en el círculo que forman los brazos de Yasmin.

–Quiero un hijo.

–Yo también.

Es como si él no la hubiera oído.

–Quiero un hijo –repite con voz apagada.

–Vámonos a casa.

Del pasillo llegan los sonidos de la escuela una vez finalizada la jornada, el jaleo y el murmullo de voces, fragmentos de conversaciones en voz alta. Ella lo acompaña al pasillo, a la corriente de niños que se separa y converge a su alrededor.

Mikal sabe que los estadounidenses están a punto de ejecutarlo. Le han dicho que van a liberarlo, pero sabe que es una mentira. Están a punto de ejecutarlo.

David Town, el interrogador, le ha informado a través del intérprete de que le han concedido la libertad. Le han quitado las cadenas, le han dado algo de dinero y ropa nueva: un *shalwar kameez* azul pálido con una chaqueta ligera, cuya suavidad es prueba de que está rellena de plumas. Lo van a liberar porque el señor de la guerra que lo había entregado a los estadounidenses ha sido detenido. David le ha dicho que había atacado a soldados occidentales, convoyes e instalaciones militares, y luego cogía a unas cuantas personas al azar y las entregaba a los estadounidenses para cobrar la recompensa.

—Está detenido —le ha dicho David—. Aquí mismo, en la fábrica de ladrillos, esperando que lo llevemos a Cuba.

Sin embargo, Mikal sabe que todo es mentira. Son los preparativos previos para su asesinato.

—Siempre devolvemos a los prisioneros al lugar donde los encontramos —dice David cuando sale de la fábrica con él—. Así que te llevaremos a la mezquita donde te encontramos en enero.

Señala el helicóptero que hay al otro lado del complejo, cuyas palas levantan una gran polvareda. Listo para devolverlo al páramo y a una tumba poco profunda.

Mikal alza la vista al cielo, se siente algo mareado y vulnerable después de pasar tanto tiempo encerrado.

—¿Dónde está Jeo? —pregunta.

Aunque el intérprete traduce la pregunta, David no reacciona. Sigue andando, con la mirada al frente.

–¿Dónde está Jeo? –Se vuelve hacia el intérprete–. Pregúntale dónde está Jeo.

Sin embargo, David no reacciona.

–¿En qué mes estamos?

–En abril.

Cuando llegan al borde de la polvareda que levantan los rotores, David se detiene. Hay dos policías militares junto al helicóptero, dentro de la nube de polvo, y el interrogador le hace un gesto para que se dirija hacia ellos.

–No me iré sin Jeo.

David mira a los dos policías militares, que se acercan a Mikal, y uno de ellos lo agarra del brazo.

–No me iré sin Jeo.

–Buena suerte para el resto de tu vida –le dice David, y le tiende una mano.

Mira por la ventanilla del helicóptero cuando inician el descenso hacia la mezquita. Ya no es invierno, la nieve y el hielo han desaparecido. El templo se encuentra junto a un lago y el agua liberada se mueve.

Mikal conoce a los dos policías militares. Uno de ellos le ha metido la mano enguantada en la boca hace una hora para comprobar si escondía algo bajo la lengua. El hombre lleva una chaqueta de campaña con unos bolsillos de unos pantalones cargo cosidos en las mangas. Durante varios días de interrogatorio, David había convencido a un prisionero árabe, que sufría graves heridas y tenía las muñecas atadas con bridas al armazón de la camilla mientras padecía alucinaciones, de que ese hombre era su padre, y le habían sonsacado información importante.

Desde principios de enero hasta abril. Más de tres meses durante los cuales

han administrado a Mikal fluidos y drogas por vía intravenosa contra su voluntad, y le han aplicado enemas para que su organismo no padeciera ningún daño grave y pudieran seguir adelante con los interrogatorios por parte de la CIA, el FBI, el MI5 y el MI6. Lo ataban a una silla giratoria durante largos períodos, lo obligaban a escuchar música muy alta y ruido blanco para que no se durmiera, bajaban la temperatura de la sala hasta que hacía un frío insoportable y luego le tiraban agua a la cara, lo obligaban a rezar a Osama bin Laden, le preguntaban si el mulá Omar lo había sodomizado alguna vez. Lo amenazaban con deportarlo a países con fama de torturar a prisioneros. «Cuando acaben contigo, jamás te casarás, ni tendrás hijos, ni podrás comprarte un puto Toyota.» Amenazas contra su familia incluidas las mujeres, cacheos desnudo y registros de cavidades corporales, en ocasiones hasta diez veces al día, desnudez forzada, incluso en presencia de mujeres, amenazas de profanación del Corán ante él, sometimiento a posturas dolorosas durante períodos de tiempo muy prolongados, uso de camisas de fuerza durante varios días y noches, y además de todo esto hubo ocasiones en que llegaron a golpearlo por su «comportamiento amenazador».

Cuando aterrizan Mikal se pregunta si el asesinato tendrá lugar en el interior de la mezquita en ruinas, rodeado por las palabras del Corán grabadas en las paredes. El viento que sopla del lago huele a metal. ¿Todavía siguen ahí las mujeres y los niños que había en enero, cuando se llevaron a todos los hombres?

Los dos policías militares bajan del aparato con él.

Los tres caminan hacia la zona donde acaba el radio de acción del rotor. Los dos militares se detienen y le ordenan a Mikal que siga.

Sin apartar los ojos de la puerta de la mezquita, da un paso tras otro, y entonces percibe el olor, el tufo de azufre, prueba inconfundible de que se ha disparado una bala. El estruendo de los rotores es tan fuerte que no oye el disparo. Contiene la respiración durante unos instantes que se hacen eternos.

El olor de azufre se intensifica y entonces se vuelve y coge la pistola de la funda de la cintura de uno de los policías militares, sorprendido por la libertad de movimientos de la que gozan sus brazos sin cadenas, sorprendido de que sus manos mutiladas le permitan apuntar con la pistola al cuello del hombre y apretar el gatillo sin problemas. El aire tras la nuca se tiñe de una neblina roja. Se produce una pequeña onda expansiva y en un instante congelado se ve a sí mismo reflejado en los ojos del hombre estadounidense. Junto a Mikal, en cada ojo, se ve el reflejo del sol, uno junto al otro en cada círculo de azul intenso. Ahora ve, para su gran asombro, que ha apretado el gatillo por segunda vez y provoca una herida sangrienta en el pecho del hombre. Gira el cañón hacia el otro hombre y también le dispara; la bala impacta en el brazo a la altura del codo y sale por la muñeca. Se da cuenta demasiado tarde, cuando ya ha apretado el gatillo por cuarta vez y la bala se dirige hacia el rostro del hombre blanco a bocajarro, de que alguien apunta al helicóptero desde la mezquita, de que una lluvia de metal se dirige hacia ellos desde los minaretes, aunque el sonido llega más tarde.

Corre hacia la montaña. La ladera es abrupta en el lado este y sur, pero más suave en el norte y oeste. El día se retira del cielo dejando unos largos haces dorados y no tarda en alcanzar suficiente altura para ver la mezquita que hay más abajo, el lago cuyas aguas había cruzado en barco. El helicóptero despegó sin los dos cuerpos que habían caído. Puede verlos. El piloto intentó bajar varias veces para recogerlos, para capturar a Mikal, pero el fuego desde la mezquita era demasiado intenso. Mikal tiró la pistola y echó a correr hacia el barco que había junto a unas cañas y unos arbustos de mercurial perenne en la orilla del lago. Estaba convencido de que volvería un mayor número de ellos para intentar darle caza.

Si estuviera en verano habría cogido puñados de pétalos de rosas silvestres

para alimentarse de su azúcar, del agua dulce que contenían, pero en primavera solo hay las flores de color crema de la anémona de bosque. Las arranca mientras avanza, dejando un rastro rosado, el leve aroma amargo que recuerda al moho de las hojas y a los zorros. Se llena los bolsillos de esas flores. Ha estado en algunos poblados de montaña de Pakistán en los que cosen la primera anémona de cada año en la ropa, convencidos de que la belleza ahuyenta el mal olor y las enfermedades. Cuando llega a un altiplano se sienta junto a una fuente, hace un pequeño barco con uno de los billetes que le habían dado los estadounidenses y lo echa a navegar. Entra en una cueva, pero sale al cabo de pocos minutos tras encontrar varios pasaportes en una grieta y una lista de treinta y tres organizaciones judías de Nueva York. Cae la noche pero no se detiene. El cielo cubierto se convierte en una losa de piedra negra ilegible y, como siempre, el silencio de la montaña es físico, es algo material, con peso, y lo embarga el deseo de seguir caminando, de subir la montaña, hasta los altos desiertos de hielo, de convertirse en el vecino de Dios.

Llega a una aldea formada por veinte casas de una planta construidas en torno a una calle sinuosa, y llama a la primera puerta. Tras los saludos de rigor, le pregunta al hombre en pastún si le gustaría que le regalara su ropa.

El hombre toca la tela de su *shalwar kameez*, pero dice que no tiene dinero.

Mikal le explica que lo único que desea a cambio es otra ropa que pueda ponerse.

—¿Te persigue alguien?

—No.

—¿Eres un bandido? ¿Un amante que ha matado a su rival?

—No.

De pronto al hombre lo asaltan las dudas que él mismo ha sembrado y cierra la puerta.

Mikal prueba suerte en la siguiente casa y aparece un joven que acepta su

propuesta de inmediato. Examina la chaqueta con deleite, los pequeños logos bordados en los hombros y bolsillos con hilo naranja y rojo.

–¿Por qué quieres cambiar de ropa?

–No me gusta el color.

El muchacho lo mira.

–¿Eres americano?

–¿Qué?

–¿Eres americano?

–No.

–¿Sabes dónde puedo conseguir un visado para vivir en América?

–No, no lo sé.

Mikal entra en la casa y se pone la ropa que le lleva el muchacho. Ve una navaja en el suelo, en un rincón.

–¿Me la das? –pregunta.

El muchacho la coge y extrae la hoja oxidada de quince centímetros de los separadores de latón. Es una navaja con un mango de cuerno de ciervo y remaches de níquel. Pone mala cara, pero al darse cuenta de que Mikal la necesita, borra esa expresión.

–No te la puedo dar, tiene un gran valor sentimental para mí.

–Te la compro.

Sale a la calle, se dirige al otro extremo y, al llegar a una casa, asoma la cabeza por una ventana y pregunta si puede dormir en el establo. Aparece el rostro de un anciano y luego el de una mujer. Llevan una ropa llena de manchas de grasa y mugre, y la vaca del establo lo mira con sus ojos de ágata. Son un matrimonio pobre como los demás habitantes de la aldea y huelen a humo, cera y sudor.

–¿Adónde va? –pregunta el hombre—. ¿Dónde está su hogar?

–No lo sé. Estoy solo.

La mujer se tapa las orejas con las manos, visiblemente alterada tras oír

semejante afirmación y conocer a alguien capaz de creer algo así.

–Nadie está solo en la tierra –dice–. Nadie.

Lo invitan a entrar y se sienta con ellos en el suelo de tierra de su casa, que consta de una única habitación. El hombre le dice que Pakistán se encuentra al otro lado de las montañas, de unos pasos que se abren camino entre precipicios, y la mujer le lleva un cuenco de leche con un triángulo de pan duro.

–Alguien debe de esperarlo –dice el hombre.

–Escúcheme –dice la mujer, que se toca la sien–. Debe encontrar el camino de vuelta. En el pasado, mercaderes y soldados pasaban varios años en otras tierras. Pero regresaban y descubrían que había gente que los esperaba.

–Yo volví aquí después de varias décadas y ella estaba aquí –dice el anciano.

De noche hace frío y Mikal oye los helicópteros que sobrevuelan la zona, reales o imaginarios, y cuando se despierta con los primeros rayos del alba la mujer ya se ha levantado, ha encendido la hoguera en un rincón de la habitación que hace las veces de cocina, y está acurrucada junto al fuego, vestida con una ropa muy fina. Mikal se levanta, se pone las botas y sale a observar la mañana mientras cobra forma, resplandece y deja atrás la oscuridad.

Cuando está listo para marcharse, después de beber un cuenco de té con la pareja, el hombre decide acompañarlo un trecho, por los laberintos de piedra caliza, a menudo muy sinuosos, y allí, sobre unos antiguos jeroglíficos tallados en unas losas calcáreas, le dibuja la ruta a Peshawar; sus marcas atraviesan los dibujos budistas, pasan a través de ellos y los incorpora al mapa. Mikal lo obliga a aceptar una parte del dinero antes de despedirse.

Alrededor de mediodía pasa una hora en el borde de un precipicio, afilando la navaja. Un poco más abajo, en un nido de águilas situado en la pared del despeñadero, hay un cráneo de cordero. Se lame el dorso de la muñeca y

prueba el filo de la navaja con el vello. Está afilada pero no hay nada que matar. Al atardecer encuentra termitas en el tronco hueco de un árbol y se las come, escupiendo las cabezas amargas como si fueran pepitas, y poco después tiene que esconderse en el árbol al oír un helicóptero, y los insectos aprovechan la situación para trepar por la cara y por la ropa. ¿Acaso el muchacho que quería ir a América les ha hablado a los soldados de él?

Camina durante toda la noche, aparece Venus al cabo de unas horas y lo acompaña en su trayecto. Lyra, Pegaso, Piscis Austrinus y las demás constelaciones que no ha visto desde que lo capturaron a principios de año y que ahora brillan en el cielo, pero no puede identificarlas por completo, ya que las distintas formas aparecen enmarañadas, o disgregadas como las cuentas que han saltado de un bordado. Ha olvidado algunos de los nombres, mientras que en otros casos son las formas y las ubicaciones asociadas con los nombres recordados lo que no le viene a la cabeza.

Con la navaja extrae los huesos del cuerpo en estado de descomposición de un chacal y los parte para chupar el tuétano sellado en el interior, todavía intacto. Había engordado un poco gracias a la comida que los estadounidenses le habían dado en la cárcel, pero ahora está exhausto. Al amanecer, se tumba de lado con los ojos cerrados sobre la grava de feldespatos y la arcilla seca que hay en la orilla del río. A mediodía ve un conejo en el prado, a poco más de cinco metros de él. Se detiene, se pone dos dedos entre los dientes, silba y el conejo se queda paralizado. Saca la navaja del bolsillo, la abre y la observa mientras la hoja corta la punta de la hierba alta en su camino hacia el animal. Coge un poco de musgo seco y logra que prenda con las chispas que saltan al entrecuchar el cuchillo con una roca; hace una hoguera, asa el conejo despellejado y lo devora entero, ya que no sabe si sus manos mutiladas le permitirán repetir ese golpe de suerte.

Efectivamente, no vuelve a suceder. Fracasa varias veces, y al día siguiente, desesperado, coge una serpiente de la cola y, como si fuera un

látigo, le parte la cabeza contra la roca bajo la que se refugiaba. Repite el gesto por precaución. Le corta la cabeza y le arranca la piel, una vaina de escamas, para separarla del cuerpo. Las tripas salen con la piel y queda solo la carne. Coge un palo, enrosca la serpiente en él sujetando ambos extremos, y la asa en un fuego vivo.

El viaje a Pakistán dura ocho días en los que no se acerca a ningún pueblo, roba en un huerto, en un campo plantado, en nidos, y evita a las personas porque sabe que los estadounidenses lo están buscando. Esta vez lo encerrarán para el resto de su vida. En Cuba o en Estados Unidos. O podrían condenarlo a muerte. Cuando deja atrás las montañas al llegar a las afueras de Peshawar, empieza a caer una granizada, hace dos días que no come y tiene una temperatura corporal constante de unos cuarenta y un grados.

Todavía está atrapado, pero esta vez la celda es más grande. En varias ocasiones ha tenido el auricular de un teléfono en la mano, pero al final no ha marcado por temor a que los estadounidenses lo estuvieran siguiendo. Cuando se vaya después de hablar, rastrearán el número. Irán a Heer y se llevarán a Basie, Yasmin, Rohan, Tara y Naheed, y los meterán en celdas de la fábrica de ladrillos. Decide desplazarse a varios pueblos situados en las cercanías de Peshawar, sin ningún criterio concreto. Se sube a un autobús sin preguntar el destino, baja a medio camino y cambia de dirección, o sigue el mismo camino, pero en el siguiente autobús. Cuando por fin se convence de que no lo sigue nadie, en un pueblecito situado a cincuenta kilómetros de Peshawar, entra en un local llamado Salón de Belleza Esplendor Juvenil y desde ahí marca el número de la casa de Basie y Yasmin. Nadie responde. Llama a la casa de Rohan y contesta Yasmin, su voz es como una descarga eléctrica que llega hasta él. El hecho de oírla y no poder responder hace que ella se sienta más lejos de lo que está. Mikal es un exiliado en su propia patria

y su mirada refleja esa distancia insalvable. Así deben de sentirse los fantasmas. Cuelga y permanece allí, temblando por culpa de la fiebre. Un día los interrogadores de la fábrica de ladrillos le habían dicho que la mujer que gritaba en la sala contigua era Naheed. ¿Se lo habían dicho de verdad o era producto de su imaginación? Sabe que debe ir a Heer a comprobar si la han capturado. «Y aún tengo que encontrar a Jeo.»

Abre los ojos y ve los de Akbar.

Por un instante cree que vuelve a estar en una de las celdas. Pero entonces se incorpora y reconoce el lugar donde se había refugiado, el espacio estrecho y sin ventanas bajo la mezquita del bazar de los caldereros de Peshawar, donde se guardan las copias del Corán desechadas por algún motivo.

–¿Ahora ya hablas? –Akbar sonrío.

Mikal intenta hablar, pero le duele la garganta. Le arde la piel y hay un charco de sudor en el suelo de tierra.

–¿También te han soltado los americanos? –pregunta Akbar.

Mikal asiente. «De momento.»

–Te he visto desde el otro extremo del bazar. Estabas en el tejado.

–Intentaba encontrar las constelaciones –dice. Levanta una mano temblorosa y la pone sobre la de Akbar–. No recuerdo que me dijeras que eras de Peshawar.

–No lo soy, pero he venido de visita.

Mikal se tumba de nuevo en el suelo.

–¿Qué hora es?

–Las tres.

–¿De la tarde o de la madrugada?

Hablan durante unos minutos, Mikal le cuenta el tiroteo que acabó con los dos policías militares, y aunque Akbar desea saber los detalles, está muy

débil para continuar; exhausto tras las pocas palabras que ha pronunciado, apoya la cabeza en la almohada húmeda de páginas coránicas y cierra los ojos, perdido entre varios mundos.

Lo despierta la luz del sol y percibe movimientos y palabras cerca de él. De vez en cuando nota un sabor amargo en la boca, o una aguja le pincha el brazo, y después regresa la oscuridad. Al final logra mantener los ojos abiertos el tiempo suficiente para ver a una muchacha que hay junto a él, y no quiere respirar ni parpadear por miedo a romper el hechizo, quiere permanecer donde está, en el borde mismo del tiempo inhabitado. La muchacha lleva un *shalwar kameez* blanco con las mangas que le llegan hasta las muñecas, y tiene unos dedos pálidos como la porcelana.

Los distintos momentos de somnolencia acaban conformando una imagen completa: la habitación es grande y limpia, y las paredes están encaladas. Frente a la ventana hay un árbol de cuyas ramas brotan abanicos de siete hojas.

La muchacha está supervisando a una mujer mayor que parece una criada, pero a la que trata con respeto, y que moja la frente de Mikal con un trozo de hielo envuelto en un trapo floreado. En cuanto la muchacha se da cuenta de que ha recuperado el conocimiento, se cubre el rostro de facciones angulosas con el velo y sale de la habitación en silencio. La mujer mayor de pelo cano sigue atendiéndolo hasta que entra Akbar, y luego se va también.

–Te he traído visita –dice Akbar.

Sostiene un cachorro de leopardo de las nieves bajo la barbilla. Tiene un pelaje tan suave que la respiración del muchacho abre pequeños surcos.

–¿Cuánto tiempo llevo dormido?

–Cinco días. Y creo que la palabra más adecuada es inconsciente.

–Cinco días –susurra Mikal–. ¿Estoy en tu casa?

Akbar asiente, le deja el animal en el pecho y Mikal se incorpora para acunarlo. Las almohadillas parecen moras de color rosa y gris pegadas en la parte inferior de las garras, y el pelaje tiene unas manchas negras, como si otro cachorro con las garras manchadas de hollín se hubiera dedicado a caminar sobre él.

–Tiene unas tres semanas. Es de parte de mi hermana. En octubre, su marido, mi hermano gemelo y yo nos fuimos a Afganistán a luchar contra los ejércitos occidentales. Ambos murieron como mártires.

Mikal recuerda que Akbar le dijo en la fábrica de ladrillos que él no tenía nada que ver con la guerra, que era taxista y que los estadounidenses lo habían capturado en Jalalabad por culpa de un a información falsa.

Se pone de pie, se dirige hacia la puerta y mira afuera. De pronto no se siente cansado y necesita movimiento. El cachorro se aferra a él, con pura e inocente confianza.

La casa está pintada de amarillo y se encuentra situada en un denso bosque de árboles, todos del mismo tipo. Uno de ellos crece en el jardín de Rohan en Heer, y sus florecillas verdiblanas impregnan el aire de los atardeceres de invierno con un aroma fragante. Rohan lo plantó porque se podía aprovechar la madera para hacer tablillas de escritura.

–En el pasado fue una clínica –dice Akbar, cuando entran en el jardín, donde el sol se filtra entre el tamiz de hojas–. Un pequeño hospital, propiedad de un médico en la década de 1930, que fue quien plantó los árboles. Se hizo famoso en la región por proporcionar narices de madera a las mujeres a las que sus familias se las habían amputado. Utilizaron la madera de estos árboles para tallar las narices nuevas.

–¿Dónde estoy?

–En Waziristán del Sur. La clínica fue abandonada cuando se descubrió que mantenía vínculos con misioneros ingleses.

Las hojas pálidas nuevas destacan en comparación con el follaje oscuro.

–No te preguntaré cómo te llamas –dice Akbar–. Sé que me lo dirás cuando estés preparado.

Mikal asiente.

–Los hombres a los que disparaste... –dice Akbar–, ¿crees que han muerto?

–Es imposible que hayan sobrevivido.

–Sé qué cargos presentarán contra ti los americanos. He llamado a un amigo de Peshawar y lo ha consultado.

–Dímelo.

–¿Estás seguro?

–Sí.

Akbar saca un pedazo de papel del bolsillo y lo desdobra.

–Supongamos que no murieron. Por cada herido te procesarían acusado de intento de asesinato de un ciudadano estadounidense fuera del territorio de Estados Unidos; de intento de asesinato de oficiales y empleados estadounidenses; de asalto contra oficiales y empleados estadounidenses; de asalto armado contra oficiales y empleados estadounidenses; de posesión y uso de un arma de fuego durante y en relación con un crimen violento...

–¿Cuántos años? –lo interrumpe Mikal.

–Te condenarán al menos a doscientos años.

–¿Y si han muerto?

Akbar lo mira y sus ojos le revelan la respuesta.

Mikal apoya el cachorro en la rodilla y este levanta una garra, como si quisiera probar el aire, y la suave piel del hocico se expande.

–Creía que iban a matarme.

–Lo sé.

Regresan en silencio a la sala en la que dos criados están poniendo la mesa para el almuerzo, ambos con rifles al hombro, y las correas decoradas con pequeñas cuentas y lentejuelas de colores.

Pan de maíz empapado en mantequilla fundida, yogur, un plato de pollo y espinacas, otro de lentejas y patatas, cebolla cortada en juliana en un plato y naranjas. Un cuenco grande de crema cubierto con una capa de rodajas de plátano. Akbar les dice que se lleven la crema y la dejen en la nevera hasta que la pidan.

–Es imposible librarme de esto, ¿verdad? –pregunta Mikal en voz baja cuando ya llevan un rato comiendo y sin levantar la mirada del plato.

–No lo sé.

–Es imposible. No dejarán de buscarme. Aunque pasen veinte, treinta, cuarenta o cincuenta años.

–Es curioso que su gobierno muestre una preocupación tan grande cuando le sucede algo a alguno de sus ciudadanos. –Con un pedazo de pan en la mano, Akbar estira el brazo y le toca el hombro a Mikal con el dorso de la muñeca–. Tendrás que procurar que no te encuentren.

–No entiendo cómo pude oler el azufre de las balas disparadas desde la mezquita. Las palas del rotor deberían haber dispersado el olor. Pero lo percibí. No sé cómo es posible.

El leopardo permanece encaramado a las rodillas de Mikal mientras come. Son animales que bajan de los árboles de cabeza y se imagina al cachorro descendiendo por la espinilla hacia el pie.

–No quiero que te sientas culpable –dice Akbar–. Estás en paz con los americanos por lo que te hicieron.

–No me mataron.

–Pero han matado a muchos otros.

–No es así como funcionan las cosas. Al menos, para mí.

La casa amarilla se encuentra a un kilómetro y medio de la ciudad de Megido, que fue saqueada por los británicos en tres ocasiones durante la

época del rajá, la última cuando luchaban contra el faquir de Ippi, el abuelo materno de Akbar, un jefe de la guerrilla que libró una guerra contra los británicos a partir de 1935 y mató a miles de soldados en diversas batallas campales, y que lo único que exigía era la retirada de los infieles: «No queremos vuestra miel ni vuestro agujón». Se decía que poseía poderes sobrenaturales y podía predecir cuándo iban a atacar los británicos, lo que le permitía huir con suficiente antelación. Los británicos convencieron a unos cuantos miembros del clero para que lo criticaran en las mezquitas, pero fue en vano. Su apoyo y su buena imagen siguieron creciendo de forma constante, varios soldados musulmanes fueron sometidos a consejos de guerra por no dispararle a él ni a sus guerrilleros, o por filtrar los planes de ataque contra él. Los generales de brigada musulmanes del ejército británico dejaban munición para su héroe en lugares acordados de antemano.

En 1940 Adolf Hitler envió a dos consejeros alemanes para que mejoraran el proceso de fabricación de armas del faquir de Ippi y para ayudarlo en el entrenamiento de la guerrilla. Era el candidato ideal de la región con el que debían contactar las potencias del Eje para que sembrara el caos en el cinturón tribal de la colonia británica. Habían tardado un año en establecer contacto con el faquir, que había informado a sus futuros aliados alemanes de que necesitaría un total de veinticinco mil libras esterlinas al mes para seguir minando el poder de los británicos, así como suministros de armas y munición. Con el tiempo el apoyo de los alemanes llegó a su fin, cuando Alemania atacó Rusia y no pudieron enviar las armas necesarias.

La guerra en Europa finalizó pero continuaron los enfrentamientos contra los enemigos del islam en las tierras agrestes de Waziristán. En 1947, los británicos destinaron a cuarenta mil soldados británicos para luchar contra el abuelo de Akbar, que se escondió en cuevas, bosques y barrancos, y convirtió los palos en pistolas y las piedras en balas con la ayuda directa de Alá. Algunas de esas balas de piedra aún son propiedad de la familia de Akbar.

Durante mucho tiempo, la ciudad de Megido fue uno de los centros más importantes de producción de armas de la región, en el que los clanes locales fabricaban sus armas con el hierro que fundían allí. Al cabo de unos días, Mikal se da cuenta de que el de las armas es uno de los temas de conversación más habituales de la casa, y los jóvenes le proponen un concurso de tiro al minuto de conocerlo.

Detrás de la casa amarilla, en un amanecer durante la segunda semana de su recuperación, Mikal encuentra un patio que es una extensión de chatarra, puertas y ejes de transmisión de coches viejos, tapacubos en descomposición y partes de motor viejas, todas abandonadas a los pies de los árboles *saptarni*. Hay obuses vacíos de los años de guerra en Afganistán.

La hierba está cubierta por una capa de rocío y tres enormes airedale terrier se yerguen mucho antes de que Mikal repare en su presencia, y muestran unas patas teñidas con henna para que no sufran por el calor. Salta a la vista que les han inculcado una gran agresividad, pero están encadenados a los troncos de los árboles y Mikal deja que el cachorro de leopardo camine a su lado bajo la luz del amanecer, su pelaje bañado por la luz anaranjada en las zonas donde está seco, más oscuro en las partes húmedas. El leve gemido del felino se parece a las débiles notas de los pájaros.

Mikal mira a través de la ventana de la fábrica de armas, de la que son dueños y directores el padre y el hermano mayor de Akbar. Cuando Akbar le habló de ella entendió por qué no había dejado de oír disparos durante los días que pasó en cama por culpa de la fiebre: los trabajadores probaban las armas que fabricaban. El suelo está cubierto de ceniza y de piezas metálicas del grosor y tamaño de libros y revistas, en las que aparecen las formas de las pistolas cortadas como en troquel. Hay montones de madera que espera a ser quemada en la forja y hay piezas de madera tallada que se convertirán en las culatas de rifles y escopetas.

Largas hebras de niebla baja se alzan de la superficie del río que rodea la

casa en semicírculo, y el denso bosque que nace en la orilla rodea tres lados del edificio. El cachorro se dirige hacia un lado del edificio y, cuando lo sigue, ve a la muchacha bajo un arco, envuelta por un halo de niebla, y sobre ella las últimas estrellas se aferran al cielo blanco, y la zona de contención y aplomo alrededor de su persona permanece intacta cuando empieza a retirarse a la oscuridad de la casa al verlo. «El contacto humano es tan vasto como cualquier desierto –recuerda que pensó el día que abordó a Naheed por primera vez–, y exige toda la osadía de uno», pero agacha los ojos mientras se dirige hacia el animal, como alguien que busca una moneda o una llave perdida, coge al cachorro y lo abraza contra su pecho como si fuera una bolsa de objetos sueltos; el animal agacha las orejas atemorizado por la agitación, y se vuelve bajo la mirada fugaz de los airedales encadenados, el disco del sol cegador y luminoso.

–¿Adónde crees que vas? –le pregunta a la bola de pelo, y se aleja rápidamente del lugar–. ¿Sabes lo que le harán si la encuentran cerca de un desconocido?

–Tienes que ver esto.

Akbar le tiende un folleto.

Una columna de texto en inglés y dos fotografías en blanco y negro de Mikal. Tomadas en la fábrica de ladrillos en enero, una con el pelo largo y barba, la otra después de que lo raparan y afeitaran.

–¿Dónde lo has encontrado? –pregunta Mikal.

–Lo ha traído alguien de Peshawar. Me han dicho que también hay uno en urdu.

Intenta leer el texto, pero enseguida desiste.

–¿Qué dice?

–Te están buscando. Hay una descripción. Tu estatura, tu complexión...

–Ya sabes por qué lo pregunto.

Akbar no responde de inmediato. Al final asiente.

–Ambos murieron –dice.

Veinte días. Una luna brillante resplandece en el cielo en esa época. Tras pasar tantos meses encerrado en un edificio, duerme junto al muro de siete metros que rodea la casa, con el leopardo acurrucado bajo la manta, y se despierta de noche para ver cómo las estrellas graban sus innumerables fuegos en el cielo negro azulado, y en el centro hay una luna dorada, serena y plácida, y luego hay las lunas de bronce, feas y con un aspecto amenazador que a un hombre que se encuentra en un estado convaleciente como él le recuerdan a unas dagas, como las que había tenido en las manos. Trabaja en la fábrica de armas con el hermano de Akbar y los demás empleados, uno de los cuales dice que sus cejas unidas auguran una suerte maligna. Maneja el torno Herbert de seis pulgadas para los trabajos más pesados, y el torno Myford de tres pulgadas y media. El torno Boley de relojero. La fresadora Senior. La tupi Boxford. Las trepadoras de columna grandes y pequeñas. En las paredes hay varios rifles y abre las recámaras y examina los cañones y desliza las manos por la culata de una pistola con más de cien años, que tiene un grabado de una escena de guerreros montando a caballo que parten al encuentro de los cruzados, con banderines orgullosos y lanzas y jaulas grandes y vacías en las que esperan traer reyes infieles.

Una noche se levanta, se acerca a la cama de Akbar y lo sacude con cuidado hasta que se despierta. Se sienta al borde de la cama. La única luz son los haces de luna que entran por la ventana.

–Me llamo Mikal.

Oye que Akbar traga saliva adormilado y respira hondo en la oscuridad.

–Vengo de una ciudad del Punjab que se llama Heer, al lado de

Gujranwala. En octubre del año pasado fui a Afganistán con mi hermano adoptivo Jeo. No sé dónde está.

–Creo que el ventilador de pie que hay en el rincón es de Gujranwala –dice Akbar, que se incorpora, busca a tientas el paquete de tabaco y enciende un cigarrillo.

–Sí. Es una ciudad famosa por ellos.

–Así que te llamas Mikal.

–Sí.

Siente que lo está mirando fijamente a pesar de que no ve nada.

–Pásamelo un momento.

Mikal coge el cigarrillo, inhala el humo, se lo devuelve y se enciende uno. Entonces se levanta y se sienta en el alféizar de la ventana y mira las flores silvestres que se habían cerrado al anochecer, pero que se han abierto de nuevo como respuesta a la luz de la luna.

–Tendré que irme pronto.

–Puedes quedarte tanto tiempo como quieras. Eres mi hermano.

–Tengo que encontrar a Jeo. O quizá antes debería ir a Heer. ¿Y si Jeo ya ha vuelto? Tengo que ir a comprobarlo.

–Tal vez los americanos te estén esperando allí.

–Lo sé. No saben cómo me llamo, pero tienen fotografías y mis huellas.

Akbar se levanta y enciende la luz.

–Quédate hasta que hayas recuperado las fuerzas. Aquí estás a salvo. – Coge un pedazo de papel y un bolígrafo de un cajón–. Déjame que te enseñe una cosa, ahora que ya hemos demostrado una confianza mutua. –Dibuja un punto grueso y lo rodea con varios círculos concéntricos. Señala el punto con el bolígrafo y dice–: Este eres tú ahora.

–¿Soy el objetivo?

Akbar sonríe.

–Estos círculos concéntricos son paredes. Invisibles. Defensas que

protegen a los jefes de Al Qaeda que huyen de los americanos.

–¿Qué jefes de Al Qaeda?

Akbar lo mira a los ojos.

Mikal fuma el cigarrillo en silencio durante casi un minuto, sosteniéndolo entre el pulgar y el índice.

–¿En esta casa? –pregunta Mikal.

–Sí.

–¿Dónde?

–En el ala sur.

Ahora entiende por qué esas puertas son de metal soldado.

–Cuando te traje algunos de ellos pusieron objeciones, mostraron su preocupación por la posibilidad de que fueras un espía. Dijeron que no pagarían la cantidad acordada por el uso del ala, que se irían de inmediato.

–No era consciente de que fuera... objeto de debate. Vivo en mi propio mundo.

–Les conté que los americanos te habían torturado en la fábrica de ladrillos, que habías matado a dos de ellos, que perdiste dos dedos en un combate contra unos musulmanes infieles que luchaban a favor de los americanos. De modo que cambiaron de opinión.

–A ellos no los conozco, pero a ti sí, y jamás traicionaría tu confianza.

–Cuando les dije que eras un fugitivo y que habías matado a dos americanos, mostraron su descontento por otro motivo. Dijeron que los entregarías a los americanos a cambio de que te perdonaran los crímenes.

Mikal fuma y el resplandor rojo aparece y desaparece ante su rostro.

–Es una reacción comprensible. –Akbar se encoge de hombros–. Los están buscando y deben tener en cuenta todas las posibilidades. Dos de ellos trabajaron contigo en la fábrica de armas una tarde y quedaron muy sorprendidos por tu seriedad. Les costó creer que hubieras podido disparar a alguien con esas manos, pero cuando te vieron trabajar se desvanecieron sus

dudas. –Akbar se levanta, apaga la luz y regresa a la cama a oscuras–. No quiero que te preocupes. El ejército paquistaní está ayudando a los americanos a capturar a héroes de Al Qaeda en esta zona, pero esos círculos de protección son una advertencia previa en caso de asalto.

Fuera, la luz de la luna suaviza las aristas del mundo y la hierba se transforma en seda y murmullos, y los murciélagos se sumergen en las hojas con su vuelo leve y mudo.

–¿Por eso no le caigo bien a tu padre? Por eso desconfía de mí.

–Sí que le gustas a mi padre –dice Akbar al cabo de unos segundos.

–Estoy poniendo en peligro sus ingresos.

–Le caes bien. Vete a dormir.

Mira el mapa y empieza a planear la ruta de cuatrocientos kilómetros que ha de llevarlo hasta Heer.

Desde Megido irá hasta Tank en autobús. Luego tomará otro en Tank que lo llevará a Dera Ismail Jan en unas dos horas. De Dera Ismail Jan –a través de las marismas de sal y las extensiones agostadas y áridas que habían llevado a los administradores y misioneros británicos a ponerle el sobrenombre de Desierto de Ismael– irá a Rawalpindi también en autobús, un viaje que durará cuatro o cinco horas.

Y de Rawalpindi a Heer en tren serán cinco horas más.

Tendrá que pedirle dinero a Akbar. Podría trabajar en el bazar, pero sospecha que mancillaría el nombre de la familia el hecho de que se asociara a ella alguien que realiza un trabajo humilde para otros.

El billete de autobús de Tank a Dera Ismail Jan costará unas ochenta rupias. De Dera Ismail Jan a Rawalpindi unas cuatrocientas, y el de tren de Rawalpindi a Heer unas trescientas...

Sin embargo, existe la posibilidad de que haya controles policiales en la

estación de autobuses de Rawalpindi, ya que es la ciudad donde se encuentra la sede del ejército, por lo que tal vez debería ir por Sargodha...

La crueldad de la distancia. Cuando vivía en la habitación pintada de sus padres en Heer, y Naheed estaba casada con Jeo, pensaba en lo cerca que estaba de la casa de Rohan en algunos aspectos. Solo eran cinco kilómetros. Solo era una hora. Un trayecto en rickshaw que no le costaría más de nueve rupias. Pero a él le parecía una eternidad porque su sueño estaba allí. Ahora Heer se encuentra a doscientos años de cárcel. O a una descarga de mil voltios. A una inyección letal.

No puede liberarse de la sensación de que el punto del centro de los círculos concéntricos era un blanco. Siente un ligero vértigo y le parece que todo encaja, se siente observado ahora que sabe que hay otras personas de cuya presencia no había sido consciente. Amanece y se sienta en la orilla del río con el cachorro de leopardo en las rodillas, el punto blanco que tiene en el extremo de la cola se mueve en el aire, el pulso de la sangre impaciente.

Lo mira a los ojos.

–La expresión de tu cara dice: «¿Por qué miras siempre en esa dirección?». Mi respuesta es: «Por ningún motivo en concreto».

«Estabas buscando a la chica.»

–No es verdad.

«Sí que lo es.»

–¿Y qué si lo fuera?

«De hecho, me alegro. –El cachorro olisquea el aire, la mano de Mikal–. ¿Crees que Naheed va a dejar a Jeo por ti?»

Mikal mete la mano en el bolsillo y coge la pequeña bola blanca que ha tallado de un bloque de duramen de *saptaparni* en la fábrica de armas. Cuando se corta por primera vez es una madera blanca, suave y de textura fina, que también se utiliza para hacer ataúdes, cajas de embalaje y máscaras; Mikal hace rodar la bola por el suelo y observa al cachorro, que la persigue

dando saltos. En la naturaleza un leopardo de la nieve puede dar un salto que equivale a siete veces su longitud.

–Cambiemos de tema –dice.

«No. ¿Qué crees que va a suceder entre Naheed y tú?»

–¿Estás seguro de que eres un leopardo y no una serpiente?

«Tienes que seguir adelante con tu vida.»

El hielo que la cocinera le puso en la frente estaba envuelto en una tela floreada y cuando la desdobló se dio cuenta de que era una manga de un viejo *kameez*, y por unos instantes se preguntó a quién había pertenecido.

Sin embargo, incluso la posibilidad más lejana de establecer un vínculo, de atreverse a abordar a otra mujer, cuando su única experiencia hasta el momento había acabado en sufrimiento, lo aterra.

Detrás de él una sombra sube por la ladera hacia ellos, y las pequeñas palomas del desierto que beben en la orilla echan a volar asustadas. Se da la vuelta y la ve a su lado.

–Me ha parecido oírte hablar –dice la muchacha. Mikal se pone de pie en el momento preciso en que los pájaros pasan por encima de él en su vuelo circular y regresan al río, un poco más abajo. El aleteo resuena en el aire fresco del amanecer y disipa la bruma. Se vuelve con la intención de irse—. Lo siento, no quería molestarte.

–Hablabas conmigo mismo –dice Mikal.

Está demasiado aturdido para decir algo más. Akbar le dijo que podía hablar en inglés porque los más pequeños –en referencia a él y a su gemelo, y a su hermana– habían estudiado en las mejores escuelas de Lahore. Ella volvió al cumplir los dieciséis años para casarse con el joven que habría de morir en Afganistán. Tal vez los años que pasó en Lahore le infundieron el valor que ha demostrado ahora al abordarlo. Tenían cuatro hermanos más, que habían sido asesinados en las últimas tres décadas, todos por culpa de disputas entre familias que se remontaban a varias décadas atrás.

–Me he despertado cuando mi padre se ha ido a la mezquita y ya no he vuelto a quedarme dormida.

–A mí me ha pasado lo mismo –dice Mikal.

El padre se desplaza a Megido con su camioneta para rezar las oraciones del alba. Las otras cuatro oraciones del día las hace en casa, según las circunstancias, pero le gusta acudir a la mezquita para la primera.

–Debería irme.

Mikal inspira aire y se da cuenta de que durante los días que estuvo inconsciente olió el perfume impregnado en su ropa.

–Gracias por el cachorro.

–Ha crecido. –La chica esboza una leve sonrisa. Revelar más a un desconocido se consideraría una indecencia–. No debería estar aquí, claro, sino en Chitral. Uno de nuestros invitados lo trajo consigo. La madre murió poco después de dar a luz. Ni tan siquiera abrió los ojos cuando llegaron.

–Los mantienen cerrados los primeros diez días, más o menos.

Ella parece reflexionar unos instantes.

–Este tardó exactamente diez días en abrirlos. De modo que debía de tener pocas horas cuando me lo dieron.

Él coge el cachorro y se lo pasa a la muchacha, que lo sostiene en brazos, y la punta de sus dedos desaparece bajo el pelaje. Debe de tener dieciocho o diecinueve años como mucho.

–Me llamo Mikal.

–Sí, me lo ha dicho Akbar. –Ella hace ademán de devolverle el cachorro–. Debería irme.

–Siento lo que les pasó a tu marido y tu hermano.

Mikal alza la bola de madera de *saptaparni*, se acerca a ella y la sostiene ante el hocico del leopardo, ambos casi unidos a través de la esfera y la criatura.

–Yo estaba de acuerdo en que se fuera –dice–. Quería que defendieran

Afganistán, tanto mis hermanos como él. Habría ido yo misma si pudiera. Mi padre culpa a los clérigos que lo organizaron todo, no se cansa de maldecir a Al Qaeda y los talibanes.

Eso explica la actitud censuradora del hombre hacia Mikal. Cree que es un yihadista, un asesino de soldados estadounidenses, un guerrillero curtido en combate que no ha revelado su nombre cuando se encontraba en cautiverio en manos de los estadounidenses. Debe de sufrir mucho por el hecho de que Akbar y su hermano mayor hayan dado cobijo a fugitivos de Al Qaeda. Una noche oyó una discusión entre el padre y los hermanos.

–Enloqueció de dolor cuando llegaron los dos cadáveres, y Akbar aún no había aparecido. Creíamos que el regreso de mi hermano le aportaría algo de paz, pero...

De repente se calla y deja que el cachorro salte al suelo. Mikal oye que el Datsun entra por el portal unos segundos después que ella lo haya oído.

–Me llamo Salomi –dice la joven, mientras se aleja y desaparece en la arboleda.

Mikal sube por la orilla del río y ve que el padre baja de la camioneta y entra en casa. La pintura del vehículo está manchada de pétalos en los lugares en los que las flores silvestres que crecen en el borde de la carretera, cubiertas de rocío, han rozado la carrocería durante el trayecto.

Después de desayunar, Mikal conduce hasta Megido para llenar las bombonas de gas de la cocina. Aparca el Datsun cerca de una manada de camellos pardos y negros que hay junto a la mezquita. Se trata de una caravana de gitanos *powindah*, descendientes de las tribus que cruzaron desde el Asia Central y Afganistán hasta Calcuta, en el extremo oriental del subcontinente, comerciando con mercancías, canciones y noticias. Los británicos se los llevaron a ellos y sus camellos para que abrieran camino en el desierto de Australia Occidental en el siglo XIX. Los hombres del bazar se dan cuenta de que pertenece a la familia de Akbar y se ve obligado a sentarse

y tomar té. Ha habido un asalto en una ciudad que se encuentra a ciento cincuenta kilómetros de allí: unos soldados paquistaníes, sin duda ayudados clandestinamente por los estadounidenses, han asaltado un complejo, tras una batalla de catorce horas, y han matado o detenido a los jefes de Al Qaeda que se refugiaban allí. Mujeres, niños, ancianos e inocentes, todo aquel que estuviera en el lugar, han muerto.

La persona que los traicionó era un miembro de la familia que los acogía, y la han encontrado descuartizada por Al Qaeda como represalia.

Bebe el té verde manzana de un cuenco. Un hombre le pregunta por qué el padre de Akbar no había asistido a la plegaria del alba en la mezquita.

–No es lo mismo sin él. –El hombre sonrío–. Parece una ceremonia de boda sin novio.

–No se encontraba bien –dice Mikal, que apura el té, se pone de pie y mastica las hojas blandas.

–Sí, el martirio de su hijo y su yerno ha sido un golpe muy duro para él –dice el hombre, que asiente–. Los cuerpos llegaron con las manos y los pies atados con alambre de espino.

–Esos muchachos se enfrentaron a los matones de Occidente con una gran valentía –añade otro de los presentes–. Sabían que un cobarde muere, pero sus gritos son eternos.

Y durante todo ese rato, el carpintero del local de al lado, que vende ataúdes y escaleras, no para de repetir: «... negro como la noche... negro como la noche... negro como la noche...».

Regresa a casa y entra en la fábrica de armas para trabajar. No desea volver a empuñar una pistola en los años que le quedan de vida, pero no sabe cómo saldar la deuda con la familia de Akbar para agradecerles su hospitalidad, por lo que se dice a sí mismo que solo tiene que aguantar unos días más. Al cabo de una hora interrumpe su trabajo. Tiene las manos negras de polvo metálico.

Se quita la camisa y se limpia los brazos con ella. La tira a un lado, coge una limpia del armario y se la pone ante la ventana, mirando hacia el Datsun.

Sale y se acerca a la camioneta, se agacha junto a la puerta y coge una de las flores pegadas a la carrocería. El sol la ha secado y ahora parece una capa de cebolla. La observa durante un rato y los aireales lo miran desde la sombra de los árboles; las patas teñidas les confieren un aspecto curioso, como si hubieran vadeado un río de sangre.

No ha visto esas flores amarillas en ninguna parte de la ruta de la casa a la mezquita.

Alrededor de mediodía, cuando va a Megido a recoger un envío de chatarra que han llevado unos gitanos, conduce más despacio de lo habitual para inspeccionar la vegetación a ambos lados de la estrecha carretera. No hay gran cosa, solo zarzas y, ciertamente, ninguna flor amarilla.

En el camino de vuelta toma un sendero estrecho. Los neumáticos aspiran la tierra y la escupen hacia los lados. Al cabo de quince minutos llega a un campo situado a los pies de una serie de colinas, un prado del tamaño de cuatro campos de críquet lleno de unas flores amarillas altas, de un color tan intenso que hace daño a la vista.

Examina el entorno, pero como no sabe qué espera encontrar; al final se queda mirando las colinas que hay a lo lejos. «¿Con quién se ha reunido aquí al amanecer? ¿Con soldados paquistaníes? ¿Con los americanos?» Las colinas están infestadas de bandidos y desde el lugar en que se encuentra Mikal parecen montículos piramidales de tierra de color, amontonada por el hombre en lugar de tener un origen natural; algunas son más altas que otras, algunas rojas, otras más amarillas que ocre. «¿Ha contratado a un sicario para que asesine al clérigo que envió a la muerte a sus hijos?»

Al día siguiente la carrocería de la camioneta aparece salpicada de amarillo otra vez cuando el padre regresa de las oraciones del alba, y Mikal lo observa desde la orilla del río, bajo un cielo empañado por una luz suave y benévola;

al cabo de unas horas los hombres del bazar le preguntan de nuevo por la salud del padre. Observa la marea de movimientos en torno a la casa a lo largo del día, sintiendo la presencia de la joven al otro lado de los muros, y de pronto todos se convierten en cuerpos asignados a heridas, a lugares destruidos.

Mikal baja del muro.

Con el leopardo en brazos, entra en la cocina vacía. Cebollas y cilantro en un cesto. Huevos. Cazuelas limpias. Hay un penacho de maíz en el cesto y lo acaricia. Está compuesto de unos filamentos largos, pero en lo esencial es el mismo material del que están hechos los pétalos de flores. En el otro extremo de la cocina hay un arco encalado y Mikal se lo queda mirando: da acceso a la parte de la casa en la que nunca ha entrado, donde se encuentran las mujeres. Se dirige hacia ahí, levanta la cortina que oculta el arco y aparece ante él una sala amplia con sofás en las paredes de ambos lados, una mesa con un espejo enmarcado en marfil y un reloj con forma de mezquita y aspecto orgulloso. En la pared de enfrente hay dos puertas. Una se encuentra en un arco empotrado, idéntico al que ha atravesado, pero el otro es más estrecho y no tan alto. Deja al cachorro en el suelo para ver hacia dónde se dirige, pero permanece inmóvil a sus pies, por lo que Mikal se agacha y lo anima con delicadeza a que vaya a explorar. Su intento es en vano, así que coge al animal, se dirige a la puerta pequeña y la abre.

Un pasillo con versículos del Corán enmarcados.

Mira hacia atrás antes de entrar. Justo delante de él, en el otro extremo del pasillo, hay una vidriera de colores a través de la cual se ven los *saptaparni*, y también hay dos puertas, una a cada lado de la ventana. Ambas tienen paneles de cristal transparente y cuando mira por la de la izquierda ve una mesa y una estantería repleta de libros religiosos con el lomo dorado. La cabeza disecada de un oso negro con la boca rosada. Un árbol genealógico enmarcado que

solo muestra los nombres de los hombres. La puerta de la derecha da a unas escaleras de piedra, pero en lugar de subir por ellas se vuelve y regresa a la cocina, una vez que lo ha abandonado la audacia.

Sin embargo, regresa al cabo de cinco minutos, sube las escaleras y sale a un balcón lleno de macetas, en las que crecen unos naranjos que desprenden un intenso olor a azahar. Dos escalones encalados conducen a una puerta.

Sube el primer escalón y mira a través del cuadrado de cristal. Pero es cuando regresa por segunda vez, al cabo de diez minutos, cuando abre la puerta y deja al cachorro en el suelo, que roza las baldosas con el hocico y luego se dirige al otro lado, con paso decidido y bello, y Mikal lo observa cuando el animal desaparece por un arco situado tras una cortina.

–Tengo que marcharme pronto de aquí –dice en voz baja–. Tengo que volver a mi casa.

No oye nada al otro lado de la cortina.

Se vuelve para irse, pero se detiene al oír el crujido de la cortina.

Regresa a lo alto del muro poco antes del amanecer, con el leopardo en brazos.

–¡No digas nada! –le dice al cachorro con un susurro, tumbado en el muro–. ¡Ni se te ocurra!

El padre Mede se agacha junto a una rosa para olerla. Es una variedad con rayas llamada rosa mundi. El anciano tiene setenta y cinco años, y se detiene de vez en cuando ante varias plantas en su camino hacia el muro del lado sur de la escuela. Ahora se encuentra ante el seto de jazmín silvestre. ¿Cuántas generaciones de niños habrán quitado la pequeña cápsula verde de la parte posterior de una flor de jazmín silvestre para extraer el dulce líquido del pequeño tubo? Tras asegurarse de que no lo observa nadie, reproduce el gesto y se sorprende de que la gota de néctar conserve el mismo sabor de antaño.

Sabe qué significa la palabra. Proviene del griego. *Nek tar*. Aquello que vence a la muerte.

Desciende de Joseph Mede, don de Cambridge y maestro de Milton, y aunque la familia es de Wiltshire, la infancia del padre Mede transcurrió aquí, en el Punjab, durante la época del rajá.

Prosigue con su paseo. Junto al muro sur hay una arboleda formada principalmente por palisandros y cipreses, y uno de los niños los había avisado de que había visto un avispero en un hueco del muro. El padre Mede quiere comprobar si supone una amenaza para los niños, en cuyo caso tendrá que pedir al jardinero que lo quite. Le vienen a la cabeza los versos de la canción de despedida de Moisés mientras recuerda haber probado la dulce sustancia del avispero.

*Lo alimentó con miel de la peña
y con aceite del duro pedernal.*

Poco después de adentrarse en la arboleda oye un sonido que recuerda el chasquido largo y seco de una tela basta al desgarrarse. El suelo se estremece, Mikal mira a su alrededor y lo primero que le viene a la cabeza es la palabra «terremoto». Intenta agarrarse a un palisandro para no perder el equilibrio, pero el grueso tronco se balancea y se aleja de él, la copa se inclina hacia un lado y el árbol empieza a caer. Intenta detenerlo guiado por un acto reflejo, pero el tronco lo arrastra; es como si intentara sujetar una caña de pescar cuando ha picado un pez de quinientos kilos. Se da cuenta de que han cortado todos los troncos de los árboles, de que alguien los ha talado a la altura del esternón. Se mantenían en su lugar esperando el último empujón, gracias a la estabilidad que les proporcionaba la maraña de las copas, hasta ahora que han empezado a caer a su alrededor, y sus ramas generan una pequeña ráfaga de viento. Joseph Mede ofrece en su obra *Clavis apocalyptica* un significado histórico de los diversos símbolos de la Revelación, y «vientos» siempre había significado «guerras». El polvo le nubla la vista, solo ve hojas y ramas mientras intenta encontrar un lugar seguro, las hojas rojo oscuro del flamboyán de Madagascar estallan en el aire mientras las ramas verdes caen, a pesar de lo cual el padre Mede logra salir ileso y observa que el lugar se ha llenado de luz, ahora que el cielo queda dolorosamente de nuevo al descubierto.

Naheed aminora el paso al llegar a las escaleras y sube los últimos cinco escalones de uno en uno. Oye a alguien en la sala que hay frente a ella.

–Madre, ¿eres tú? –pregunta, aunque sabe que Tara ha ido a la mercería del bazar de Anarkali.

Entra y encuentra a Sharif Sharif, que está agachado junto a la cama, pero se pone de pie de inmediato. En la mano izquierda, la caja en la que guarda las cartas de Mikal. Tiene una de ellas en la derecha, que cae en la cama cuando el hombre se yergue, sorprendido.

–Se me ha ocurrido venir a ver cómo estabais.

Ella lo mira, incapaz de pronunciar una palabra.

–Quería saber si necesitabais alguna cosa. ¿Quieres algo?

Naheed niega con la cabeza.

–¿Qué tal te va? Hace tiempo que no pregunto por ti.

Naheed mira la carta que hay sobre el cubrecama.

Sharif Sharif da un paso hacia la joven.

–¿Quién te ha escrito estas cartas? ¿Están todas firmadas por «Mikal»?

Naheed retrocede, pero Sharif Sharif insiste.

–¿Es Mikal, el hermano de Basie?

Ella dirige la mirada hacia la mesa, donde se encuentran las tijeras. Sharif Sharif percibe el gesto.

–He venido aquí para satisfacer todas tus necesidades. No necesitas a nadie más.

Naheed ve que el hombre se ha situado entre ella y las tijeras.

–Tengo a mi familia. Mi madre, mi suegro.

–Te colmaré de dinero. Podrías tener todo lo que quisieras.

Ella niega con la cabeza.

–Te compraré una casa, aquí o en Lahore. No tendrás que vivir con mis otras esposas. Ven conmigo. –Mira la caja que hay en el suelo–. ¿Son cartas de amor?

–Tienes que irte –dice ella.

Sharif Sharif regresa junto a la cama y coge la carta.

–Ven conmigo. Correré con los gastos de la operación de Rohan.

Oyen a alguien en las escaleras y Naheed aprovecha para arrancarle la carta de las manos.

–¿Qué haces aquí? –le pregunta Tara enfurecida al hombre cuando entra.

–He venido a comprobar si necesitabais algo.

–No necesitamos nada. –Señala la puerta–. Vete o me pongo a gritar. Vete.

Los botones, los broches, las ballenas para los cuellos y una cuchilla de ojal se derraman de la bolsa de plástico que la madre ha tirado al suelo al entrar.

–No sé por qué os hacéis las inocentes –dice Sharif Sharif, que pasa junto a ellas para salir.

Cuando se ha ido, Tara coge a Naheed de la mano.

–¿Qué ha pasado?

Tara está muy delgada. Tanto sufrimiento la ha dejado en los huesos.

–Nada. Estoy bien –dice Naheed, que dobla la carta, la guarda en la caja y la cierra con una cinta de goma.

–Deberías deshacerte de ellas –dice Tara.

Naheed mete la caja en una maleta, debajo de la cama. Gira la llave y la saca de la cerradura.

Tara se acerca a ella y le tiende un sobre.

–¿Qué es?

–Una fotografía del joven con el que vas a prometerte dentro de poco.

Naheed, que está a punto de abrirla, aparta los dedos de la solapa de inmediato.

No pasa un día en que el futuro lugar de entierro de una persona viva no grite con una voz clara e inequívoca: «Oh, hijo de Adán, me has olvidado».

En la casa de Bagdad, Rohan está leyendo el Corán para Sofía: recuerda los versículos de memoria.

Alá creó cuatro hogares para Adán. El edén, la tierra, el purgatorio y el paraíso. Y también le ha dado cuatro hogares a los hijos de Adán. El útero, la tierra, la tumba y luego el paraíso o el infierno.

Tras el entierro, los ángeles, que se han materializado en el interior de la tumba, le preguntan al difunto: «¿Qué opinas del islam?». La segunda pregunta es: «¿Qué puedes decir de Mahoma?». Si las respuestas son satisfactorias, le muestran una imagen fugaz de las torturas del infierno. «Has evitado esto –le dicen, y le ofrecen una visión del paraíso–. Este será tu hogar final.» La tumba se hace grande y se abren siete puertas en un costado para permitir que circulen los aromas fragrantés del paraíso hasta el día del Juicio Final. Sucede lo contrario cuando se trata de una persona pecadora: se abren siete entradas al infierno y la tumba se encoge hasta que se rompen las costillas del fallecido, y entonces llegan los demonios para empezar la tortura.

Rohan cruza la habitación y se detiene junto a la ventana, donde escucha el jardín. El Profeta dijo que no habrá árbol en el paraíso que no tenga un tronco de oro. El paraíso, adonde está seguro de que irá Sofía el día del Juicio Final. Aunque no está tan convencido en lo que a él respecta.

Mueve la cabeza para alinear sus ojos muertos y encontrar un resquicio de

luz. La voz de Sofía parece presente en las paredes. Todo lo que hay en la habitación la ha sobrevivido: percibe que la lámpara lo mira con plena conciencia de ello, los cuadros de flores de las paredes, la mesa manchada de tinta. Está todo menos ella. Es como si aún existiera pero hubiese decidido no dejarse ver.

–Naheed.

Tara llama a su hija.

–Naheed.

–No está aquí, hermana-ji –dice Rohan.

Se acerca a la galería, palpando las paredes. Su radio de acción está delimitado por las yemas de los dedos, ya que tiene los ojos vendados.

–Creía que estaba aquí –dice Tara, que mira alrededor y la llama de nuevo.

–He estado solo toda la mañana. Estaba convencido de que se encontraba contigo.

Tara lo coge de la mano y lo guía hasta la habitación.

–¿Has pasado toda la mañana solo?

–Sí. ¿Qué hora es?

–Más de mediodía. He venido para ayudar a hacer la comida.

Llama a su hija una vez más, con un deje de pánico.

–Estoy seguro de que llegará enseguida –dice Rohan mientras Tara lo ayuda a sentarse. El anciano lanza un suspiro y estira los brazos para coger la libreta de la mesa—. He intentado escribir.

Las páginas están vacías, porque él no lo sabe, pero el bolígrafo no tiene tinta.

–¿Dónde estará? –se pregunta Tara, que se acerca a la ventana.

–Tal vez haya ido al bazar.

–Me lo habría dicho, hermano-ji. Su comportamiento ha sido algo

imprevisible durante los últimos días, pero estoy segura de que no se iría a ningún lado sin avisarme. Y también me extraña que te haya dejado solo.

Tara sale al jardín con la esperanza de verla salir de entre la vegetación con la ropa teñida de ceniza y dirigirse hacia el estanque donde los nenúfares arden bajo el sol y luego retrocede cuando se apodera de ella un pensamiento al ver el musgo que flota en el borde del agua y que parece una melena.

Mientras cocina, y pone remedio al desorden que Rohan ha creado sin querer para prepararse el desayuno esa mañana o servirse un vaso de agua, permanece alerta a cualquier movimiento que se produzca fuera, a cualquier sonido.

Cuando Yasmin y Basie regresan de la escuela a las tres, está al borde de las lágrimas.

–Estoy seguro de que existe una explicación de lo más sencilla –dice Basie–. No te asustes.

–Sí, volverá enseguida –dice Yasmin.

–¿Has preguntado a los vecinos?

Tara niega con la cabeza.

–Yo me encargo –dice Yasmin.

Tara reacciona dolorosamente.

–No.

–Alguien podría haberla visto, tía Tara.

–No –insiste de forma tajante–. Debemos elegir con cuidado a las personas a las que preguntamos. Si les decimos que ha desaparecido, pensarán que tiene una vida secreta, y luego la acusarán más a la ligera de inmoralidad e indecencia.

Yasmin se sienta de nuevo, abatida.

–Esperemos un poco más –dice Basie–. Estoy seguro de que volverá enseguida.

Cuando avanza la tarde, Tara se pone el burka y regresa a su habitación, a

cinco calles de allí. Antes de subir, se detiene para hablar con las mujeres de Sharif Sharif, pero no mencionan a Naheed. En un estante de su habitación hay montones de ropa, doblada de forma cuidadosa como si fueran periódicos. Son los trabajos de costura que ha realizado a lo largo de la última semana, y decide salir para devolvérselos a sus clientes. En todas las casas menciona el nombre de Naheed en varias ocasiones, con fingida naturalidad, por si acaso alguien afirma haberla visto, por si acaso alguien recuerda algo que hubiera dicho en los últimos días y le proporciona alguna pista relacionada con su desaparición.

Cuando regresa a casa de Rohan casi ha anochecido y las estrellas empiezan a salir por el este, donde ya ha oscurecido.

Está sentada con Yasmin y Basie en la cocina cuando aparece Rohan, que atraviesa el platanar para dirigirse hacia ellos.

–¿Dónde está Naheed? –pregunta desde los árboles.

Basie se levanta y le ofrece una mano al anciano, que, sin embargo, se niega a dar un paso más.

–¿Dónde está Naheed? –pregunta con una voz más fuerte.

Basie hace ademán de ir a responder, pero cambia de opinión.

–Que me responda alguien. Sé que estáis aquí. ¿Basie? ¿Yasmin? ¿Tara? ¿Dónde está mi Naheed?

–No está aquí, padre –responde Yasmin.

–¿Dónde está?

–No tardará en volver, hermano-ji –dice Tara.

–¿Qué hora es?

La única respuesta que se oye es el silencio. Basie se pregunta si es posible mentirle como había intentado hacer él mismo antes. Sin embargo, ya han llamado a la oración nocturna desde el minarete, por lo que debe de tener una idea aproximada de la hora.

–He preguntado qué hora es. ¿Las ocho? ¿Las ocho y media?

–Acaban de dar las nueve, padre.

Reacciona como si notara una espada en la nuca.

–¿Qué hacéis aquí sentados? ¿Por qué no habéis salido a buscarla?

Se vuelve y se dirige hacia los plataneros del jardín, guiado por la luz de su dolor. Terror es no saber de dónde procede el dolor, de modo que, presa de la desesperación, empieza a gritar y las palabras resuenan entre las copas y los troncos, en todas las direcciones, y chocan contra varias cosas. Mientras Yasmin y Basie intentan ayudarlo, Tara permanece sentada con el sobre que contiene la fotografía del futuro marido de Naheed en las manos, aún sin abrir.

A medianoche Yasmin y Basie se sientan en los escalones de la galería. Una vela rodeada por una nube de insectos arde junto a ellos. Un poco antes ha llovido y cientos de caracoles pasean por el jardín, con sus caparazones de forma cónica, y diminutos, más pequeños que la punta de la mina de un lápiz bien afilado. Los cuerpos son de un amarillo brillante.

–Volverá –dice Basie.

–Ojalá padre dejara de insistir en que buscáramos en el estanque y en el río.

–Aún tiene el poder de asustarme cuando está enfadado.

–A mí también. No deberíamos olvidar que tenemos veintiocho años. – Yasmin apoya la cabeza en el hombro derecho de Basie, agotada–. Cuando murió madre me hacía rezar cinco veces al día por ella. Incluso obligó a Jeo cuando tenía cinco o seis años. Era un hombre muy estricto, de una disciplina férrea. En ocasiones bromeo con él del tema, pero dice que no recuerda haber sido severo.

Basie mira hacia la habitación de Rohan. El anciano había pasado de un estado de ira confusa a uno de melancolía y, luego, de desesperación. Había

dicho que la casa era un lugar aciago. El edificio define la línea de la trinchera donde se enterraron los caballos durante el motín. Los británicos regalaron las tierras adyacentes al bisabuelo de Rohan como recompensa por su fidelidad durante la rebelión. Pero desde 1857, varios de los descendientes se habían negado a aceptar la herencia mancillada. Los negocios que se creaban en aquellos terrenos fracasaban. Plagas de langostas habían arrasado los campos de trigo. Los huertos se pudrían. Al principio Rohan tampoco quería aceptarlo, pero fue la pragmática insistencia de Sofía lo que lo llevó a construir Espíritu Ardiente allí, y fue también la insistencia de su mujer la que lo llevó a utilizar la parcela que había en la otra orilla del río para construir un edificio mayor. Cabe la posibilidad de que se lo cediera todo a Ahmed el Polilla con una sensación de alivio.

Basie inhala los aromas húmedos del aire, la fría luz de la luna. El jazmín quiscual que hay sobre ellos ha echado hojas nuevas a diario durante el último mes, un denso y opaco entramado de ramas verdes, mientras que las hojas del baniano y del ficus son de un rojo suave.

–¿En qué piensas?

–En cuándo volveré a ver sonreír a mi esposo.

Yasmin se da cuenta de que Basie contiene la respiración, de que el mecanismo de su cuerpo se paraliza.

–Lo siento –dice él al cabo de un rato.

–Y también pienso en cuándo oiré pronunciar una palabrota a mi esposo. Mikal me decía que de niño le habías enseñado muchas palabras malsonantes.

La abraza con fuerza.

–Cabrón.

Yasmin suelta una risa soñolienta.

Cuando Rohan los llevó a casa hace muchos años, Mikal, que por entonces solo contaba diez años, tenía un libro de constelaciones, y Basie, que ya había

cumplido los dieciocho, llegó con el baúl de los discos de jazz de su padre. Fue en esa galería donde se vieron por primera vez.

–Estoy casada con un paquistaní que tiene un apodo en honor a Count Basie –dice Yasmin ahora, que quiere obligarlo a hablar, sentir el consuelo de su voz y que su imaginación vuele hacia otro tema, aunque sea brevemente. A pesar de que ya ha oído lo que va a decir un sinfín de veces.

–Eh, eh –responde Basie, a quien le pesan los párpados, pero aun así hace un poco de teatro para hacerla feliz; si tuviera más energía, sonreiría–. El jazz y Pakistán tienen una larga historia. Chet Baker estuvo casado con una mujer paquistaní, Halema Alli. Compuso una canción titulada «Halema» en su honor, y su hijo se llama Chesney Aftab.

–Es falso.

–Ella es la mujer tan guapa que aparece con él en las famosas fotografías de William Claxton. Tengo una copia de una colgada en casa. La mujer que ahora es mi esposa me la regaló cuando cumplí veintiún años...

Seis días más tarde, Basie acude a la comisaría de policía de la Gran Carretera Principal y pide que le dejen hablar con un agente. Mientras espera a que lo hagan pasar a un despacho, se pregunta qué está sucediendo en la sala que hay al otro lado de la pared, enfrente de él. Resulta difícil reprimir un escalofrío cada vez que la policía resuelve un crimen en Pakistán. No hay forma de saber si la confesión es sincera, y no hay forma de saber cuántos inocentes han sido torturados para obtenerla.

Cuando el gobierno empezó a perseguir a los comunistas en 1980, por criticar al gobierno y a Estados Unidos, el padre de Basie y Mikal había pasado a la clandestinidad, y un día la policía se llevó a Basie, que no era más que un niño, para obligar al padre a que se entregara. Basie aún recuerda que lo ataron boca arriba bajo el ventilador encendido del techo en esta misma

comisaría, para intentar obligarlo a que les dijera dónde se escondía su padre. Habían descubierto un complot, según el cual algunos de los camaradas más jóvenes estaban planeando el secuestro de ciudadanos estadounidenses en Pakistán. «Es tu padre quien te está haciendo todo esto, no nosotros», le decían los policías a Basie mientras lo golpeaban. Cuando llegó a casa tenía las piernas y la cara azules, y lo primero que pensó su madre fue que, por algún motivo, habían derramado un tintero sobre su hijo.

Ahora acompañan a Basie a un despacho, donde lo espera un inspector de policía sentado a una gran mesa en una silla de cuero negro. Junto a él, en el suelo, hay una anciana escuálida, mellada, su pelo escaso recogido en una corta trenza. Tiene los ojos cerrados y está aferrada a la rodilla del policía, oculta bajo unos pantalones caqui. Está absolutamente inmóvil, con un rostro inexpresivo, y el inspector no le hace el más mínimo caso, es como si no estuviera allí.

–¿Cuánto tiempo hace que ha desaparecido su cuñada? –pregunta el policía.

–Desde el jueves.

No puede evitar lanzar una mirada fugaz a la mujer.

–¿Por qué no ha venido a denunciarlo hasta ahora? –pregunta el inspector.

–Creíamos que había ido a visitar a unos familiares.

–¿Lo hace a menudo?

–¿A qué se refiere?

–Que si lo hace a menudo. ¿Ir a visitar a familiares sin decírselo?

–No.

La anciana con aspecto de gorrioncillo debe de rondar los ochenta años. ¿Está suplicando que liberen a su nieto, acusado de un crimen que no ha cometido? ¿Le está pidiendo al policía que haga algo por un hijo que ha desaparecido? ¿Por una hija que ha recibido amenazas de unos enemigos que quieren violarla en grupo?

Basie se pregunta si conoce al inspector. ¿Fue el mismo que le golpeó?

–Su cuñada es viuda, según dice.

–Sí.

–¿Ha considerado la posibilidad de que haya huido con un *yaar*? –Utiliza la palabra punjabí obscena para referirse al amante de una mujer.

–Ella no lo haría.

En el cartel que cuelga detrás del inspector aparece una lista de las siete cualidades que un ciudadano paquistaní puede esperar encontrar en todos los miembros de la fuerza policial.

Prestancia. Obediencia. Lealtad. Inteligencia. Cortesía. Implicación. Ayuda.

–Dice usted que es maestro –afirma el policía– y parece un hombre respetable. No se imagina lo que veo a diario. Sé que lo he hecho sentir incómodo, pero no sabe lo depravados que pueden llegar a ser los seres humanos.

Un agente abre la puerta y saluda al inspector, que se levanta y aparta a la anciana con una mano.

–Enseguida vuelvo. Me reclaman unos asuntos que requieren de cierta intimidad –le dice a Basie con una sonrisa, mientras sale del despacho–. Entre los nombres sagrados de Alá, está el Velo.

La mujer se apoya en la silla. Lleva las gafas, rayadas, sucias y sin patillas, sujetas a la cabeza con un cordel deshilachado.

Los niños cuentan un chiste de un hombre que perdió su caballo. Acudió a la policía norteamericana, pero fue en vano. Acudió a la policía británica y la investigación que llevaron a cabo también fracasó. Así como la de los alemanes, los franceses y los holandeses. Luego acudió a la policía paquistaní, que lo escucharon y luego se fueron. Cuando volvieron al día siguiente, traían un elefante atado con una cadena. El animal había sido

maltratado, se encontraba en un estado lamentable y apenas podía andar. «Soy un caballo, soy un caballo», gritaba.

–¿Qué le sucede, buena mujer?

Pero la anciana no le hace caso.

–¿Quiere un poco de agua?

Niega con la cabeza.

El inspector regresa, pero se detiene en la puerta y vuelve la cabeza.

–¡Asegúrate de que pase una mala noche! –le grita a alguien–. Bueno. ¿Qué quiere que haga? –le pregunta a Basie mientras toma asiento y estira un poco la rodilla, hasta que la mujer se agarra a ella de nuevo. Un metal que reacciona ante un imán.

–Esperaba que fueran a buscarla.

–¿Me está diciendo que la han secuestrado?

–Quiero que lo averigüen.

El inspector abre los brazos, exasperado.

–¿Y cómo espera que lo haga? Vivimos en un país muy grande, con millones de habitantes.

–Inspector-sahib, me gustaría denunciar la desaparición de mi cuñada – dice Basie con firmeza.

Al policía no le gusta su tono, pero de momento lo pasa por alto.

–Deje que le diga que hace una hora hemos confiscado un camión que transportaba dos docenas de ametralladoras, una docena de pistolas, treinta Kaláshnikov y treinta sacos de balas. ¿Y usted pretende que pierda el tiempo con una muchacha que ha huido de casa?

–¿Cómo sabe que ha huido? Podría haberle sucedido cualquier cosa.

El hombre hace un gesto de desdén con la mano, considera que el comentario es una estupidez.

–Ha huido de casa con alguien que le ha llenado la cabeza de tonterías.

Cuando se dé cuenta de lo dura que es la vida, volverá. El hambre es el mejor remedio para las ilusiones.

–Me gustaría denunciar la desaparición de mi cuñada.

El agente quiere que Basie lo soborne antes de iniciar el procedimiento. Sabe que los sobornos también existen en otros países, pero son un incentivo para realizar actos ilegales. En Pakistán hay que pagarlos para que un funcionario haga el trabajo que le corresponde.

–¿Cuándo enviudó? –pregunta el inspector de forma brusca.

–En octubre.

–¿Descubrió usted la semana pasada que está embarazada y ahora está enterrada en su jardín?

–Puede venir y excavar todo el jardín.

–Tal vez nos veamos obligados a hacerlo. Dígame otra vez por qué ha esperado seis días para venir aquí.

–Creíamos que volvería.

Al tercer día, cuando Basie se preguntó en voz alta si debían ponerse en contacto con la policía, Rohan y Tara se horrorizaron, y Yasmin estuvo a punto de gritar: «Sería como tatuarle la palabra “prostituta” en la frente».

–Seguramente volverá. Venga a vernos dentro de un mes si no ha regresado.

–¿Un mes?

–Sí –dice mirando a Basie a los ojos–. Si no ha vuelto para entonces, iremos a tomarles declaración. Tendremos que hablar con los vecinos sobre su carácter y personalidad, y sobre el carácter y personalidad de su madre. – Se da cuenta de que Basie mira a la mujer y niega con la cabeza–. Y deje de mirarla. Esto no le concierne.

–¿Qué quiere?

–¿Qué es lo que siempre quieren los criminales? –pregunta el inspector con desdén–. Eludir la justicia. Si no los controlamos, lo destruirán todo. Fíjese

en América y en cómo se comporta. –Se pone de pie y aparta a la mujer–. Ahora debo atender otros asuntos.

Basie se levanta de la silla a regañadientes.

–¿No va a hacer nada?

El inspector no hace caso de la pregunta.

–¿Da clase en la escuela San José? Una escuela para los hijos de los ricos.

–Yo no los llamaría ricos.

–Algunos lo son. Debe de tener un buen sueldo.

–Me temo que no es así.

El inspector sonrío.

–No se preocupe. Seguramente volverá. Y cuando regrese, quiero que la traiga aquí.

–¿Me está diciendo que no va a buscarla ahora, pero que quiere verla cuando regrese?

–Sí.

–¿Por qué?

–Tal vez debemos investigarla por inmoralidad y lascivia. Debe contarnos, como agentes de una sociedad decente, dónde ha estado durante todos estos días. Quizá debemos presentar cargos contra ella por libertinaje y depravación.

Tara, que viste su burka negro, se sienta en los escalones de una tienda del bazar del soldado. Es muy temprano. Está sola. Mira el papel que tiene en la mano, el texto que ha escrito para que lo impriman en un folleto para denunciar la desaparición de Naheed. Aparece la edad, la altura, el color de su piel y de sus ojos. Hasta ahora se había negado a repartir folletos, algo que había sido una idea de Basie, pero ayer pasó una noche horrible, el miedo se

apoderó de ella, pasó la noche en vela y a oscuras, y tras las oraciones del alba ha salido de casa para ir a la imprenta.

Se sienta a esperar que llegue el dueño y abra la tienda, con la cabeza apoyada en la jamba.

Hoy se cumplen ocho días de su desaparición. Del bolsillo del burka saca la fotografía de Naheed que se imprimirá en los folletos. Se la tomó Jeo un mes antes de morir, y en ella Naheed aparece en el jardín, en el camino en el que perdió el conocimiento durante varios minutos cuando el cadáver de Jeo llegó a casa, transportado en un camión. Cuando las mujeres del barrio se acercaron al cabo de poco, encontraron al conductor y a sus ayudantes cuidando de ella. Naheed tenía la cabeza apoyada en el regazo del conductor, que le había echado agua en la boca. De pronto, a Tara le viene un recuerdo a la cabeza y se pone derecha. «¿Se desmayó en presencia de tres hombres, de tres desconocidos? –le oyó preguntar a una de las mujeres que asistió al entierro–. ¿Cómo pudo permitir semejante cosa?»

Tara se pone de pie tan rápido como se lo permiten las piernas. Rompe la hoja de papel y echa a caminar por la calle, horrorizada por lo que ha estado a punto de hacer. Al llegar a la esquina se detiene cuando ve unas marcas en el suelo de tierra, y las sigue, convencida de que el faquir encadenado está de nuevo de paso por Heer, pero en su lugar ve a una barrendera que arrastra la escoba, a punto de empezar la jornada laboral.

Trece días después de la desaparición de Naheed, en plena noche, Basie lleva a Tara y Yasmin al cementerio en el que las mujeres no pueden visitar a sus difuntos de día por culpa de las mujeres tapadas de la cabeza a los pies, armadas con una vara y asociadas a Espíritu Ardiente. Son las dos de la madrugada y, cuando salen del coche y atraviesan el portal de madera, ven esparcidas por el cementerio un centenar de linternas, el débil resplandor de

la luz, portadas por otras mujeres que buscan a sus maridos, hijos e hijas fallecidos, que se inclinan desconsoladas sobre las tumbas de sus padres.

Prevalece el silencio, el único sonido que se oye es el susurro de los pies.

Basie lleva una linterna conocida como *chor batti*, la luz del ladrón. Mira a las mujeres, cuyo corazón late desbocado mientras rezan entre los montículos; han llevado flores, versículos sagrados y cartas: tributos en piedra, tinta y gesto. Tara y Yasmin, con una luz que les ilumina el rostro y las páginas del Corán, empiezan a leer las palabras sagradas. Basie las observa con atención.

En cierto momento confunde a una chica que aparece a lo lejos con Naheed, pero una segunda mirada confirma que no es ella, y siente una punzada de dolor, seguida de una ira repentina sin un objetivo claro. Mientras espera que se desvanezca, hasta el murmullo del Corán se convierte en una molestia. Cuando está borracho puede llegar a expresar sus sentimientos en torno a la religión, unos sentimientos que ponen de manifiesto la farsa que es él mismo y su país. «Mañana anunciaré que no creo en Alá ni en Mahoma ni en el Corán –le había dicho a Yasmin dos noches antes–. Pero una turba me matará a golpes por ser un infiel, o la policía me encarcelará y me fusilará en plena noche, o me atacarán los demás presos. De modo que sigo fingiendo. Pero no soy un hipócrita. Lo sería si gozara de suficiente libertad para obrar en consecuencia y decir en qué creo y en qué no creo. Pero no soy libre.»

Se oye un tumulto a lo lejos, junto al muro situado más al norte, y ven que ha aparecido un grupo de mujeres vestidas de negro que están golpeando a los visitantes con varas. Las linternas de los dolientes huyen en todas las direcciones. Cada grupo de mujeres le pide ayuda a Alá para que ponga fin a la amenaza que suponen las otras.

Tara se pone de pie, besa su Corán y lo cierra.

–Deberíamos irnos.

Algunas de las mujeres contraatacan. Los hombres que las han llevado al

cementerio también reciben los golpes de las mujeres vestidas de negro, o de los fervorosos hombres que han llevado a las fervorosas mujeres.

Detrás de Yasmin aparecen dos figuras envueltas en un burka que ondea de forma presurosa y apasionada. En la cabeza llevan unas cintas verdes con el motivo de las espadas en llamas de Espíritu Ardiente.

–Las mujeres no pueden entrar en los cementerios –grita una de ellas, que golpea a Yasmin en la cabeza con la punta metálica de la vara.

–Por culpa de gente como vosotras –dice la otra mujer, que golpea a Tara en el estómago–, Alá está castigando a todo el mundo islámico.

Basie agarra ambas varas cuando las alzan de nuevo para seguir golpeando, pero una de ellas se le escurre entre los dedos, se da cuenta de que está manchada de la sangre de Yasmin, y golpea de nuevo a su mujer en la cabeza, que profiere un grito. La otra mujer forcejea para que Basie suelte la vara.

–¡Os impedimos la entrada de día y empezáis a venir de noche! –grita–. La ingenuidad de los malvados no tiene fin.

Yasmin tiembla en el suelo, y la sangre que mana de las brechas de la cabeza le entra en los ojos.

–Mi madre está enterrada aquí –dice Yasmin–. Y mi hermano.

Basie suelta la vara y se agacha junto a su mujer, pero entonces le asestan un fuerte golpe en la espalda, y siente como si le hubieran pegado un tajo con una cuchilla.

Tara esquiva otro golpe, pero la vara impacta en el Corán de forma brutal.

–Mira lo que he hecho por tu culpa –grita la agresora, angustiada, de la que solo ve las lentes de contacto, ya que también lleva unos guantes negros.

La mujer vuelve a la carga y le da un fuerte golpe en el hombro a Tara.

A su alrededor, algunas de las tumbas están en llamas por culpa del aceite derramado de las linternas rotas.

–Vivimos unos días muy extraños –dice Tara mientras se abren paso entre

los muertos para llegar a un lugar seguro—, en los que los musulmanes deben temer a otros musulmanes.

Una vez en casa, Basie examina el corte de la cabeza de Yasmin y se lo venda. El velo de intenso dolor no desaparece de la mirada de su mujer ni tan siquiera cuando intenta conciliar el sueño.

Basie se sienta en una silla junto a Yasmin y justo antes del amanecer oye a Tara y Rohan, que se levantan para rezar las primeras oraciones del día. Sube al tejado y encuentra consuelo en el cielo resplandeciente, recibe la parte que le corresponde de la tierra a través de los cinco sentidos, el brillo del amanecer teñido de ocre y cinabrio, la luz que devuelve la vida a las cosas, los débiles cantos de los pájaros. Cuando se alza el sol, baja al jardín, donde empiezan a abrirse casi un millar de flores, y sale a la calle para ir a buscar al médico, y el barrio se despierta a su alrededor: la inevitable cotidianeidad, las tiendas que se abren en el cruce, el carnicero que descarga las reses despellejadas que ha transportado desde el matadero en un rickshaw, un niño que ha madrugado apoyado en el marco de una puerta y que lanza una mirada de recelo y hostilidad al mundo de los adultos, una mujer que transporta un pequeño flamboyán de Madagascar en la cabeza para utilizarlo como combustible y deja una estela de ramas a su paso.

Basie se detiene al darse cuenta de que ha visto fugazmente en un callejón a una persona con un modo de andar muy parecido al de Naheed. Hace dos minutos. Se vuelve y echa a correr, pero tan solo es una más de la docena de chicas a las que ha confundido con ella desde su desaparición.

El médico dice que los cortes de Yasmin son superficiales y le aplica varios puntos en el cuero cabelludo con una aguja en forma de media luna. Le dice que descanse, que se tome el día libre. Basie la besa en la boca cuando se quedan a solas y se lleva una sorpresa al darse cuenta de que ella quiere más, con la misma intensidad con la que el placer adolescente alcanzó el punto culminante y se vio realizado en esta misma habitación hace varios

años. Se acerca a la puerta para cerrarla con llave y regresa junto a ella tras despojarse de la ropa en las franjas de luz que se reflejan en el suelo. ¿Mortalidad? Cuando está cerca de ella, la fugacidad de su propia vida no ejerce ningún poder sobre él.

Basie se baña y toma el desayuno que ha preparado Tara, y Yasmin le recuerda que el padre Mede les ha pedido unos cuantos esquejes del jardín. Más de la mitad de las plantas de la escuela San José son de aquí. A las ocho se sube al coche solo para dirigirse a la escuela, que está a unos siete kilómetros de casa. Un rosal con muchas espinas derrama unas gotas de rocío en su camisa blanca inmaculada antes de salir de casa, y el algodón se tiñe de gris, un milagro cotidiano.

Los seis jefes de las seis casas de Espíritu Ardiente llevan despiertos desde antes del amanecer. Ahmed, el jefe de la casa de Bagdad, da las instrucciones finales a los demás. No obstante, el asalto y el asedio se han planeado de forma meticulosa durante las últimas semanas y no es necesario entrar en más detalles. Se sientan e intentan buscar la calma antes de partir hacia la escuela.

Se encuentran en un mausoleo en ruinas del siglo XVII al que se accede por la carretera asfaltada en dirección este desde Heer, que discurre en paralelo a la antigua carretera que desaparece hacia Amritsar. Un edificio grande y rematado con una cúpula y cuatro minaretes en las esquinas, construido en un alto pedestal de arenisca roja, pero que ahora se encuentra en un avanzado estado de decrepitud. Los vecinos intentan evitarlo porque se dice que está encantado.

Deo Minara. El minarete de los demonios.

Además de los seis muchachos de Espíritu Ardiente y de los veinticuatro hombres reclutados, hay dos mujeres jóvenes cuya misión consistirá en retener y vigilar al personal femenino y a los niños durante el asedio.

Cubiertas de negro, llevan pistolas y cinturones de munición bajo las vestiduras.

Entre los veintiséis reclutas hay siete que ignoran cuál es el objetivo, y no sabrán los planes hasta que lleguen a su destino. Diecinueve sí que los conocen. Ahmed sintió un gran placer al recordar que el número de hombres que supuestamente perpetraron los atentados en Estados Unidos el pasado mes de septiembre fueron diecinueve.

–¿Quién está enterrado aquí? –le pregunta el jefe de la casa de La Meca, que se acerca a un arco que amenaza con desmoronarse para observar las ciento cuarenta y siete mochilas de suministros que están cargando en un camión, robado por el jefe de la casa Otomana la noche anterior.

–El gobernador de la región durante la época de los emperadores Sha Jahan y Aurangzeb.

Sha Jahan, que construyó el Taj Mahal, ahora en poder de la India hindú.

Aurangzeb, que autorizó a los funcionarios que irrumpieran allí donde oyeran instrumentos musicales y los rompieran, que impidió la entrada de las mujeres en los santuarios para evitar la lascivia en lugares sagrados y sombríos, un hombre virtuoso y humilde que impidió que se escribiera la crónica de su reinado por considerarla una idea impía, pero al que ahora denigran afirmando que no tenía visión, solo ambición, que no ejerció una gran influencia, solo poder.

Aurangzeb, que en abril de 1669 ordenó la erradicación de todas las religiones de su reino, salvo el islam.

Ahmed apoya la cabeza en una columna y cierra los ojos, su mente se adentra de nuevo en la pesadilla del campo de batalla, en Afganistán el otoño pasado, el lugar donde había descubierto el aspecto que tienen doscientos cadáveres. Tuvo que llevar a cabo su propia exhumación, sepultado bajo aquella montaña de cuerpos, después de que las ametralladoras, las granadas y los misiles se hubieran sumido en el silencio; salió a la luz que mostraba los

cuerpos desgarrados, las bocas que habrían de prender su lamento rojo por él al amanecer todas las mañanas a partir de entonces, los ojos sin vida pero que aún soñaban con regresar al Egipto, la Argelia, el Yemen, el Pakistán y la Arabia Saudí que habían conocido, hombres en estado de descomposición que eran verdaderos creyentes y leían el Corán con la misma voracidad con la que devoraban la carne, el azúcar y la leche, y hombres que habían ido a la yihad porque, bueno, para ser sinceros, Ahmed, no tenían mucho más donde elegir, y hombres que consideraban la muerte como la exclusión de todo, por lo que al final les resultaba fácil renunciar a la vida. Yacían a su alrededor, descuartizados, destripados, hediondos, por fin liberados de la carga de ser quienes eran en la tierra, les habían arrancado el alma, retorcido los brazos, cortado la cabeza, amputado los pies de las piernas cercenadas del torso, y el manto oscuro y descompuesto de los nombres, OmarFareedAbdulYusufJalidSalmanFaisalShakeel-MusharafAnwarImranRashidSaleemHusseiniNoman-IbrahimMansurIkramMushtaqNaimAsimTahaHanif, y Ahmed se puso de pie sobre los cadáveres, exhalando grandes flores de aliento en el aire afgano, una luz del alba tan pura y sincera que bien podría haber sido el mismo amanecer que vio Adán. Por un instante quiso que apareciera Alá y se lo explicara todo, que no se limitara a observarlo desde lo alto con ojos impertérritos. Entonces no sabía que podía albergar unos sentimientos tan profundos, y en su locura se había preguntado si la tierra no era más que un juguete con seis mil millones de partes de Él. Un pensamiento por el que más tarde pidió perdón. Y lo enfureció la paz que reinaba en ese mismo instante en otras partes del planeta, y sintió un gran dolor por haber maldecido las vidas que seguían adelante sin la menor alteración en otros lugares...

–Hermano Ahmed –dice una de las mujeres, que se acerca hasta él–. Quisiera sugerir algo.

Ahmed abre los ojos.

–¿De qué se trata, hermana?

–Tiene relación con el momento en que la policía rodee el edificio y abra fuego contra nosotros.

–¿Sí?

–Deberíamos obligar a uno de los niños a situarse tras la ventana sometida a un fuego más intenso. Eso hará callar las armas.

–Lo meditaré, hermana –dice Ahmed al cabo de unos instantes–. Gracias.

–No es mérito mío –dice la mujer con un tono serio y sincero–. Es una solución que me reveló un ángel anoche, mientras dormía.

Unos años antes, su marido se había ido a Cachemira. Ella partió en su búsqueda y pasó dos meses en las montañas, cegada por la nieve, con la piel quemada por el frío, esquivando balas indias y paquistaníes. Pero al final lo encontró: había pisado una mina y yacía inconsciente junto a una gran roca. El hombre no sobrevivió y el mayor deseo de su esposa era acompañarlo en su martirio.

La mujer regresa a un arco lobulado y se sienta con la otra mujer, que pertenece al grupo de personas que desconocen la verdad, que creen que van a atacar contra un edificio del gobierno en lugar de una escuela. La pistola que le han dado no funciona. Había trabajado de cocinera en la casa de un clérigo chií y lo había envenenado, por lo que su valentía y compromiso con la causa del verdadero islam están fuera de toda duda, pero existen algunos celos sobre su voluntad para llevar a cabo las tareas más desagradables, para conseguir el beneficio a largo plazo.

Junto a las dos mujeres hay un montón de botellas de cristal rotas. Son los restos de la metralla de las dieciocho bombas que van a llevar a la escuela San José.

En ese momento llega el vigésimo cuarto hombre. Tan letal como una serpiente de mar, en su juventud había asesinado a dos hombres durante una pelea por el honor de una mujer, pero posteriormente descubrió la paz a

través del islam. Luchó contra los rusos en Afganistán, donde perdió un brazo, y más adelante su hijo nació también sin un brazo, como si hubiera heredado la marca del sacrificio sagrado.

A las siete en punto se suben al camión y se ponen en marcha hacia Heer; evitan la Gran Carretera Principal así como otras rutas importantes, y los que van sentados en la parte posterior notan los tumbos y sacudidas de los caminos y pistas de tierra, las carreteras secundarias llenas de baches.

Ahmed, que va al volante del camión, albergaba la esperanza de evitar los controles policiales, pero en cuanto se aproximan a Heer los paran.

–¿Me muestra la documentación? –le pide el policía a Ahmed–. ¿Acaso no sabe que está circulando por una carretera que no es oficial?

El policía no le tiende la mano para recibir los documentos falsificados que Ahmed le ofrece. Solo quiere doscientas o trescientas rupias, Ahmed se las da y se ponen en marcha de nuevo.

Poco después de las ocho y media la puerta principal de la escuela aparece en su campo de visión, las palabras del arco que hay sobre ella le dicen a todo el mundo que san José es el patrón de los moribundos, de los padres de familia, de la justicia social y de los trabajadores.

Ahmed detiene el camión y baja a ayudar a una mendiga anciana a cruzar la carretera, recordando lo que había dicho Abu Dara, uno de los cuarenta y dos transcritores del Corán nombrados por el Profeta: «Haz una buena acción antes de la batalla. Puesto que uno lucha con sus acciones».

Basie aparca en el callejón que hay detrás de la iglesia, y la sombra que arroja la tupida buganvilla impide que el interior del coche se convierta en un horno a lo largo del día. Entra por la pequeña puerta que hay en el muro y toma el camino de los cipreses, que conduce a su oficina. En Pascua habrá huevos pintados y ocultos entre la hierba. Entra en la oficina y se detiene.

–Naheed.

Ella lo mira. Lleva el velo puesto de cualquier manera y arrastra una punta por el suelo.

–¿Qué haces aquí? ¿Dónde has estado?

Naheed lo mira fijamente y Basie se dirige hacia ella. Le cuesta hablar, es como si no hubiera pronunciado ni una sola palabra durante días.

–Mikal está vivo –dice al fin.

–¿Qué? –Basie la rodea con un brazo–. ¿Dónde has estado estas dos semanas?

–¿Has oído lo que te he dicho? Mikal está vivo.

–¿De qué hablas?

Parece más delgada y exhausta.

–Su tumba está vacía.

–¿Su tumba? Su tumba está en Peshawar. –Intenta atar cabos y comprender lo sucedido–. ¿Has ido a Peshawar?

Naheed asiente con la cabeza.

–Quería verlo. Allí no hay nadie enterrado.

–¿Cómo lo sabes?

–Es un hoyo vacío. La gente dice que los partidarios paquistaníes de los talibanes y de Al Qaeda lanzaron misiles contra la tumba para evitar que las mujeres siguieran visitándola. Pero no se han descubierto restos humanos.

Basie se lleva la mano a la frente.

–Lo único que he visto es un agujero de tierra quemada. Hay gente que dice que no fue obra de Al Qaeda ni de los talibanes, sino de los soldados americanos, que se llevaron el cuerpo en secreto para realizar pruebas con los huesos e identificarlo. «Ni tan siquiera nuestros muertos están a salvo», dicen las mujeres.

–¿Has visto el hoyo vacío?

–Sí. La tierra estaba negra debido a la explosión de misiles.

–Eso no significa que no esté muerto.

–Está vivo, Basie.

Él la mira.

–¿Cuándo has vuelto?

–Ahora mismo. Al llegar a la estación he tomado un rickshaw para ir a casa, pero cuando hemos pasado junto a la escuela me he bajado. Sabía que a estas horas Yasmin y tú ya estaríais aquí. Por eso he entrado. Hace tan solo un minuto.

–¿Cómo has pagado el viaje?

El primer lunes de cada mes Yasmin va al banco y saca dinero para los gastos domésticos de Rohan, que guarda el fajo envuelto con una cinta de goma en el fondo de un armario, en el bolsillo interior de una de las chaquetas de paisley de Sofía. Cuando Naheed desapareció, Tara contó el dinero, pero no faltaba nada.

Naheed se toca los lóbulos de las orejas para señalar que ha vendido los pendientes.

–Has desaparecido durante dos semanas.

–No quería volver, quería seguir investigando. Y también me perdí, varias veces.

–Me gustaría que nos lo hubieras dicho.

Niega con la cabeza.

–Voy a buscar a alguien que te lleve a casa. Y será mejor que llame a padre ahora mismo.

Se dirige hacia el teléfono, pero se detiene, y ambos oyen los gritos de «Alahu Akbar!» en el exterior, seguidos de varias ráfagas de disparos de armas automáticas.

–Cuanto peor, mejor –murmura Ahmed, sentado al volante del camión–. Cuanto más despiadados seamos, más visible será nuestra furia.

Todas las mañanas, dos tercios de las mil cien personas, entre maestros y alumnos, que asisten a la escuela a diario ya han llegado a las ocho y media. Los niños más pequeños son los de cuatro años de la guardería, los mayores tienen dieciséis. Unos cuantos de ellos se dan cuenta de que el guarda no se encuentra en su garita junto al portal.

El jefe de la casa de La Meca baja del asiento del acompañante del camión, se acerca al portal, lo abre y el camión entra en la escuela.

Ahmed, que sujeta un Kaláshnikov y tiene la cabeza tapada con una capucha negra, baja de un salto. Lleva guantes para ocultar las cicatrices de las quemaduras de cuando de pequeño emuló a Ahmed el Polilla. El primero que lo ve es un niño de seis años, una fracción de segundo antes que los demás, y ha visto suficientes películas para levantar los brazos de inmediato.

Los veintiocho hombres y las dos mujeres que estaban sentados en la parte posterior del camión bajan y se reparten por las galerías con columnatas, mientras que el jefe de la casa de La Meca, que también se ha tapado la cabeza con una capucha, empieza a cerrar el portal.

El ruido de las violentas pisadas de las botas. Tres figuras encapuchadas corren hacia los otros tres puntos de entrada al edificio, apartando a un lado a los niños desconcertados, mientras detrás de ellos una docena de hombres han alzado las armas y, tras gritar «Alahu Akbar!», han disparado al aire.

Actúan con tal velocidad y eficiencia que la gente tarda un rato en asumir

que la escuela es víctima de un ataque, pero entonces el pánico se extiende rápidamente.

El jefe de la casa de Córdoba corre hacia el despacho del padre Mede, salta por encima de los jazmines silvestres, y en ese instante ve a dos quinceañeros que intentan escapar saltando el muro, los nietos del jardinero. Se detiene, apunta, les dispara a las piernas y oye los gritos cuando caen al otro lado.

Las únicas leyes que están infringiendo son las leyes menores, se dice a sí mismo el jefe de la casa Otomana mientras intenta localizar a Basie, ya que Kyra les ha dado instrucciones concretas sobre él. Lo embarga una sensación irreal, pero lo que está sucediendo aquí es del todo creíble, tiene una legitimidad perfecta, incluso una gran belleza. Toda incongruencia es menor.

En la sala de reuniones, los ángeles cuelgan del techo. Solo unos cuantos se encuentran a la altura definitiva, mientras que los demás cuelgan de unos cables de diversa longitud. Cada uno muestra una actitud distinta. La túnica rígida y blanca del hombre vestido de lino, tal y como es descrito Gabriel en el Libro de Ezequiel, podría rozar la cabeza de un adulto. El ángel de la faz sin nombre, que le narró a Moisés la historia de la Creación, se encuentra suspendido en un ángulo agudo y transmite la sensación de que se precipita al suelo de cabeza.

Media hora después de que hayan cerrado las puertas, todos los niños y los maestros se encuentran en la sala. Los niños, juntos en un lado, son como un montón de cuerpos en un barco azotado por el oleaje. La parte inferior de las capuchas de los terroristas parece de peluche debido a las barbas que sobresalen, y disparan ráfagas de balas al techo, tal vez en un intento de contener los gritos de los niños, tal vez en un intento de que griten más para que los oigan desde fuera. O tal vez solo quieren destruir los ángeles porque

los consideran unos ídolos de mal gusto. Las astillas de colores caen sobre los niños.

El ruido es ensordecedor. Una figura encapuchada se acerca a Basie, que está agachado junto a un niño de siete años, inconsciente.

–¿Dónde está el hombre blanco? –pregunta, pero apenas puede oírlo debido al estruendo–. Dile a todos que se callen –le grita a Basie, y añade–: ¿Dónde está el padre Mede?

–El niño necesita agua –dice Basie, que intenta coger una botella de agua que hay en el suelo, a un par de metros de él.

–Levántate y diles que se callen.

–Diles a tus hombres que dejen de disparar –le espeta el subdirector, que se acerca hasta ellos.

El deje adolescente en la voz del terrorista, que no es más que un chaval, ha llevado al maestro a pensar que se trata de un estudiante que necesita disciplina.

El terrorista agarra al maestro de las solapas, un velo de muerte bajo la máscara oscura.

–Ten cuidado con esos modales... perro faldero del imperialismo.

–No tienes ni idea de lo que significa imperialismo –dice el hombre, indignado–. Eres demasiado estúpido.

Los ojos del muchacho lo observan a través de los agujeros de la capucha negra.

–¿Dónde aprendiste a mirar a la gente por encima del hombro? ¿En alguna de esas casas de una urbanización de lujo?

–Me crié en una casa de una sola habitación en el casco antiguo de Heer, y todavía vivo allí. Mi padre era mecánico y me siento orgulloso de él, y le estoy muy agradecido porque me enseñó a respetar a aquellos que son dignos de mi respeto.

–¿Crees que nosotros no lo somos?

–Estoy seguro de que no.

–Somos guerreros de Alá.

–Sois un hatajo de matones con coranes.

El terrorista lo arrastra por la corbata hasta el centro de la sala de reuniones.

–Que se calle todo el mundo de inmediato –grita en vano.

Repite sus palabras, pero los niños no callan. Algunos de los que tienen cuatro o cinco años chillan aterrorizados por culpa de las armas que disparan al techo.

–Te recordaré –dice el subdirector con la frialdad de la última plegaria mientras el terrorista le apunta en la nuca con la pistola y aprieta el gatillo.

Esta bala, que atraviesa un cuerpo humano en lugar del aire, suena distinto de las otras y el efecto en los presentes es inmediato. El muerto cae al suelo en un silencio absoluto.

El disparo también resuena con un eco bajo la piel de todos los que se encuentran allí. Durante los siguientes diez minutos, retiran el cadáver (momento en que a Basie le habría gustado poder tapar los ojos a todos los niños para que no lo vieran) y separan a hombres y mujeres, que se sientan en filas, inmóviles y en silencio, como animales cazados. Ponen a las mujeres y a las niñas de cara a la pared para que no provoquen pensamientos lujuriosos en los hombres, y a los muchachos los obligan a quitarse la corbata, un símbolo occidental.

–¿Dónde está el hombre blanco?

–Hoy no está aquí, ha tenido que ir a Islamabad. –Cuando los terroristas oyen a Basie, varios de ellos se ponen hechos una furia–. No está aquí –insiste Basie, que da un paso hacia el muchacho encapuchado que tiene más cerca–. Mira, esta gente herida necesita atención médica.

–Queremos al maestro llamado Jibrael, conocido como Basie. ¿Quién de vosotros es? También merece un castigo ejemplar.

Antes de que Basie pueda identificarse, interviene el maestro de inglés.
–Tampoco está aquí. Suele llegar poco antes de las nueve.

Los encapuchados se mueven rápido y colocan bombas, granadas y misiles en la sala de reuniones, tácticas militares que el ejército paquistaní les enseñó a algunos de ellos con el objetivo de que las utilizaran en Cachemira. Piden a los niños que sujeten las bombas mientras se suben a las sillas y tejen una telaraña de cables entre los ángulos, cada bomba un poco más grande que un maletín y envuelta en cinta aislante o simple cinta adhesiva, ya que esta permite ver los cojinetes y los fragmentos de cristal que hay en su interior. Cuando la telaraña está lista, cuelgan las bombas en distintos lugares. En la única puerta que no está cerrada con llave hay una bomba conectada a un interruptor improvisado hecho con dos piezas de contrachapado, y uno de los terroristas ha puesto el pie encima para evitar que explote. Es como si hubieran cargado el alma de cada rehén con dinamita.

Un terrorista se sitúa en el centro de la sala y se dirige a la masa inmóvil, y pide a todos los maestros y niños cristianos, chiíes y ahmadíes que den un paso al frente.

Junto a la puerta, detrás del terrorista que tiene el pie en el interruptor de contrachapado, dos niñas de diez años están a punto de levantarse cuando Naheed, que está sentada abrazándolas, las agarra con más fuerza y niega con un movimiento apenas perceptible de la cabeza.

–No deberías estar aquí –susurra Mikal.

–Soñé contigo antes de conocerte –dice la joven, que no hace caso de sus palabras–. Fue la noche antes de que mi hermano te trajera a casa.

–No deberías estar aquí.

La muchacha le hace compañía en lo alto del muro con el leopardo en los brazos, y una lluvia de estrellas fugaces surca el cielo como una inmensa marea que deja a su paso una estela de polvo fino de cristal que cae sobre ellos. La parte superior del muro es tan ancha que puede albergar hasta a cuatro personas caminando una junto a otra, y tiene una suerte de parapeto en el borde para impedir caídas, aunque su finalidad original era servir de escondite para disparar a los asaltantes durante un asedio. Sin embargo, ahora oculta a Mikal y a la chica. Las constelaciones conforman un entramado sutil o barroco en el oscuro panorama, y Mikal le susurra los nombres al oído. Tantas intensidades de luz, todas dispuestas en pequeños grupos y franjas y estantes inclinados, de la luz y en la luz, en algunos casos con un brillo cegador, sobre todo hacia el oeste donde parece que el cielo arde por dentro, y titilan de forma tan intensa que resulta hasta sorprendente que no hagan ruido. Provocan una leve sensación de mareo. Y aquí abajo Mikal siente un roce, algo que le cambiará la vida. Él le habla de todas las veces que lo encontraron tumbado en una rama, a diez metros del suelo, en el jardín de Rohan, observando una lluvia de meteoritos y mirando por un telescopio, un instrumento que él definía como «un barco con fondo de cristal para el cielo». Ella le cuenta un incidente que sucedió cuando su hermano mayor era

pequeño. «Hay algo al otro lado de la colina –les dijo el pequeño a sus padres y sus tíos un día–. Es negro y muy raro.» Los hombres tomaron las armas y partieron a investigar.

–¿Qué era?

–Una carretera.

–No deberías haber venido aquí.

–Di media vuelta dos veces, pero al final no me quedó otra alternativa porque dejaste de venir a verme.

Mikal se lleva un dedo a la frente, al lugar donde tenía un morado, una leve hinchazón. Poco después de que Naheed se casara con Jeo, él se golpeó la cabeza contra el suelo una noche. El tormento de pensar que ella estaba con otro. El dolor ha reaparecido últimamente, aunque hace tiempo que ha perdido todo el color. El amor es una marca distintiva, algo que permite identificar un cadáver.

Cuando se alza el sol, Mikal se encuentra en el prado de flores amarillas, escuchando la brisa, su propia respiración. Ha llegado antes del amanecer, poco después de que ella se fuera del muro. Quería comprobar si el padre de Akbar iba de nuevo hasta allí. Mientras esperaba habían aparecido tres personas, y luego oyó el Datsun del padre, que aparcó entre las flores y se acercó a los desconocidos. Fue un encuentro breve. Mikal los observó desde su escondite y vio que un objeto cambió de manos. Cuando el padre se lo guardó en el bolsillo –Mikal sospechaba que era un teléfono vía satélite–, los hombres se fueron. Antes de irse, el padre de Akbar tendió una estera sobre las flores y rezó las oraciones, aunque les dedicó más tiempo del necesario.

Antes de verlos, Mikal creía que los hombres serían estadounidenses, pero eran paquistaníes. Militares o del ISI, que se dedican a capturar a terroristas de Al Qaeda para los norteamericanos. Y tal vez no se trataba de un teléfono

vía satélite; podía ser un localizador de vehículos o una cámara de vigilancia para instalarla en el ala sur.

¿Cuándo empezará la operación contra los hombres de Al Qaeda? ¿ Y de qué proporciones será? El asalto que tuvo lugar en el poblado situado a ciento cincuenta kilómetros se había puesto en marcha a las tres de la madrugada. Las fuerzas especiales habían atacado cinco casas. Tres helicópteros habían transportado a sesenta soldados, pero solo dos de los aparatos habían aterrizado y descargado, mientras que el tercero se dedicó a tareas de vigilancia y apoyo aéreo. Alguien dijo que también había un caza que dio cobertura aérea durante una parte del asedio y la batalla, que duraron catorce horas. Murieron alrededor de veinte personas, entre las que probablemente había tres mujeres y cuatro niños. Se ignora si las mujeres fallecidas colaboraban con Al Qaeda.

El sol despunta lentamente, deja atrás el horizonte y cobra una forma más redonda y sólida, como el metal líquido. Mikal oye un ruido detrás de él, se vuelve y ve los airedales que lo observan desde una distancia de diez metros, erguidos sobre las patas rojo sangre, con unos ojos que también parecen rojos en el lento y largo amanecer. Los mira y escucha, lanza una mirada fugaz a ambos lados, pero no hay nadie. Al menos, nadie que se deje ver. Presa del súbito convencimiento de que los tres animales han matado a humanos, mete una mano en el bolsillo para coger la navaja. Sus cabezas, de un tamaño imponente y que albergan un gran cerebro, le llegan a la altura del cuello. Mira la hoja de la navaja que refleja los rayos del sol y cuando alza la vista al cabo de un segundo los animales han desaparecido, espera que suceda algo y mira hacia las colinas de forma cónica que hay a lo lejos. Nada. Regresa caminando a casa con la navaja abierta durante gran parte del trayecto, y al llegar entra por la cocina, donde la cocinera canta en voz baja para liberar un dolor que la atormenta por dentro. Le sirve un tazón de té. Cuando llega a la fábrica de armas, los tres perros están encadenados a los árboles *saptaparni*.

Mikal elige una zona donde la hierba crece alta entre las carrocerías de los coches y los proyectiles vacíos, y excava entre la chatarra que hay junto a la fábrica. Unas avispa amarillas entran y salen del agujero de bala que hay en el guardabarros oxidado de un camión, cerca de él.

Excava un hoyo de casi un metro hasta que llega a una bolsa de arena, entonces deja la pala, se mete dentro y escarba con los dedos. Se dice de las Glock, las Mercedes-Benz de las pistolas modernas, que aunque permanezcan enterradas en arena de mar durante varias semanas se pueden disparar de inmediato al recuperarlas. Las réplicas que hacen en esta fábrica son sometidas a una prueba parecida. De modo que al cabo de unos minutos tras haberlas desenterrado, Mikal y el hermano de Akbar hacen pruebas de tiro con dianas pintadas en la chatarra.

En más de una ocasión, durante el transcurso de la mañana, Mikal interrumpe el trabajo con la intención de localizar a Akbar para contarle lo que ha visto al amanecer. Se acerca una y otra vez a la puerta, junto a la que hay un niño de diez años sentado en una estera de junco roja, rellenando las balas usadas para que puedan ser utilizadas de nuevo.

Después de limpiar y pulir las Glock desenterradas, el hermano de Akbar le pide que lleve una al ala sur de la casa.

–Dásela al hombre de la galería.

Sin embargo, allí no hay nadie. Mikal carraspea y mira a su alrededor. En la pared hay una placa cubierta por una capa de pintura que se está descascarillando, por lo que una parte de texto es visible. De todos modos, sabe lo que dice gracias a Akbar. «Pabellón Connolly.» Un hombre blanco que fue ejecutado por el emir de Bujará en 1842, que lo consideró sospechoso de haber espiado para los británicos. Se movió por las repúblicas de Asia Central con el nombre de Jan Alí, adaptado por el parecido con su verdadero nombre, y fue el inventor de la expresión «el Gran Juego». Tras negarse a convertirse al islam cuando pasó a ser prisionero del emir de Bujará, fue el

blanco de burlas por su fe y sometido a un auténtico calvario. Tras su muerte, su hermana se dedicó a escribir a todos los hospitales y clínicas que se inauguraron para pedirles que bautizaran un pabellón o una cama en su memoria.

Mikal carraspea de nuevo, abre la puerta, entra en una sala con las paredes de cemento que absorben la luz y un suelo frío de terrazo, saluda y aguarda respuesta. Junto a la pared hay un montón de cajas de cartón. En el interior de una hay cientos de documentos: folletos, manuales de instrucciones sobre la fabricación y uso de explosivos, manuales de entrenamiento para la guerra de guerrillas. Hay libretas con las esquinas gastadas y otras mugrientas, como las que utilizan los carniceros para llevar las cuentas de los distintos clientes. En las páginas se describen técnicas de secuestro y asesinato. Coge una carta doblada con fecha de 12 de febrero de 2001, dirigida a un tal Abu Jabab al Masri.

Respetado Abu Jabab:

Te envío a cinco compañeros ávidos de aprender a manejar explosivos y otros métodos para hallar la felicidad a través del derramamiento de sangre. En lo que respecta a los gastos, te pagarán ellos mismos. Todos son de confianza...

Matar al papa. Matar al presidente estadounidense. Volar una docena de aviones de forma simultánea. Asesinatos en Pakistán y Filipinas. Atentados con bomba en Irán y la India, entre otros países. Atentados contra consulados de Pakistán y Tailandia. Hay un dibujo de un artilugio rudimentario para liberar ántrax, y en otra caja encuentra máscaras de gas y el último volumen de una «enciclopedia» de once tomos sobre armas modernas, incluidas notas sobre los lugares donde se pueden encontrar explosivos detonantes, como RDX y Semtex, «que pueden utilizarse en cargas de formas especiales para comprimir el núcleo de un artefacto nuclear de tipo implosivo». Un mapa

muestra la ubicación de una sinagoga de Túnez. Centrales nucleares de países occidentales. Estadios deportivos.

Se apodera de él un sentimiento de profanación. Quieren el nacimiento de un nuevo mundo, y están dispuestos a asumir la muerte y a repetirlo y repetirlo y repetirlo hasta que tenga lugar el parto.

–Yo también estuve en una prisión militar como Akbar y tú –le oye decir a alguien detrás de él.

Mikal se da la vuelta.

–Me han enviado a que os entregue esto –dice rápidamente, y le tiende la pistola al hombre.

Es árabe, joven, pero tiene una barba larga.

–Cuando te liberaron te llevaron a la mezquita que hay junto al lago, y a Akbar a Jalalabad. ¿Tengo razón? Adivina qué le sucedió a mi hermano.

Mikal solo quiere irse.

–Lo capturaron durante el éxodo de árabes tras la caída de Kabul el trece de noviembre, de modo que es ahí donde deberían haberlo liberado. Sin embargo, lo transportaron en avión a una ciudad desconocida y lo subieron a un autobús que tardó siete horas en llegar a su destino. No hablaba el idioma, no tenía dinero ni identificación, y tardó un poco en descubrir que estaba en Albania. Nadie se cree su historia, nadie se cree que lo capturaran. –Niega con la cabeza, en un gesto de lástima.

Mikal le da la pistola y el hombre le da varias vueltas en la mano, la examina desde diversos ángulos. Señala las cajas con ella.

–Si encuentras algo interesante ahí dentro puedes llevártelo. –Sonríe y añade–: Como dicen, la tinta del erudito es más sagrada que la sangre del mártir.

–Solo tenía curiosidad.

–Mataste a dos americanos. Tú solo.

Mikal señala la puerta.

–Tengo que irme.

Desearía poder coger un teléfono y marcar el número de Basie en Heer.

–Debo estrechar la mano que llevó a cabo ese bendito acto. –El hombre exhibe la que debe de ser la más feliz de sus sonrisas–. Tenemos derecho a matar a cuatro millones de americanos; dos millones de ellos, niños. Y a exiliar al doble, y a herir y lisiar a cientos de miles. ¿No?

Mikal mira la mano tendida.

–Tengo una idea mejor –dice.

Deja pasar unos cuantos segundos para que los sedimentos de la sala se asienten, para poder hablar en un aire no viciado. Mira al hombre a los ojos y le dice lo que desea decirle.

Busca a Akbar durante todo el día, pero no lo encuentra.

La luna se alza casi a plomo, y va encogiéndose a medida que sube.

Mikal entra en la habitación de ella, deja al cachorro en el suelo y observa cómo desaparece entre las cortinas que ocultan el arco. Se oye un breve crujido como de hojas al otro lado.

Salomi aparta la cortina y lo mira, con el leopardo en brazos. Mikal se sorprende al ver que la joven se halla rodeada por montones de billetes de dinero. Todo el suelo está cubierto de dólares y riales, libras y rupias. Es una habitación grande y en algunos lugares los rectángulos arrugados de papel le llegan a la altura de las espinillas. La superficie de la cama es un gran cuadrado blanco, una isla en un mar de dinero, y la silla está sumergida hasta la altura del asiento. Junto a ella hay un ramillete de lirios azules de plástico, pero el jarrón no se ve.

–Voy a casarme.

Mikal no necesita preguntar quién es el novio. Los terroristas de Al Qaeda

acostumbran a cimentar las relaciones con otras tribus mediante el matrimonio de sus hijas y hermanas.

–Dentro de pocas semanas.

–Mañana me voy de visita a Heer.

–Iré contigo.

–No sé qué me espera allí. Podría ser peligroso.

–No me importa.

Mikal niega con la cabeza.

–No tardaré. Cuando vuelva podemos irnos.

Ella coge el leopardo de entre los billetes, reaccionando a sus quejidos. El felino abre la boca, el silbido llega al cabo de unos segundos de esfuerzo silencioso, y lo sigue un silencio antes de cerrar la boca.

–Tu padre no está de acuerdo con esta boda. ¿Tengo razón?

–Sí. Ha sido idea de mi hermano.

La casa está a oscuras. Más allá de la curva de la tierra, más allá del tiempo meteorológico, las grandes distancias son ignotas. Las siluetas de las copas de los árboles palaciegos recortadas sobre la nada. En el bolsillo tiene el sobre de dinero que Akbar le ha dado para el viaje a Heer. Está tumbado sobre el muro, vestido, y se concentra en sonidos, como un ciego. Se pone de pie y baja al patio. Atraviesa el bosque de árboles y se dirige a la habitación de Akbar, pero la cama está vacía. Sabe que debe revelarle la traición de su padre, pero ¿cuán graves serán las consecuencias?

Regresa al muro, pero vuelve a bajar al cabo de una hora más o menos, a juzgar por la posición de las estrellas, y se dirige a la cocina.

Akbar está en la ventana, con los brazos apoyados en el alféizar. Mikal se acerca hasta él y Akbar le echa un brazo sobre los hombros en un gesto de cariño.

–¿Qué miras? –pregunta Mikal.

–No hay nada que mirar. Es de noche.

Se vuelve hacia su amigo.

–¿Qué te sucede, Akbar?

Sin embargo, no responde. Al cabo de un rato quita el brazo del hombro de Mikal.

–He oído lo que ha sucedido en el ala sur. ¿Por qué le has dicho eso a un hombre tan importante como él?

–¿Estás llorando? –pregunta Mikal.

Akbar niega con la cabeza.

–¿Por qué lo has hecho?

–¿Por qué lloras?

Akbar se seca los ojos con la manga.

–Había que hacerlo.

–¿Qué había que hacer?

–La deshonra no puede quedar impune. –Coge a Mikal del brazo–. Acompáñame.

Mikal no se mueve.

–¿Por qué?

–Acompáñame.

Se montan en un coche y salen de la casa, avanzando en la oscuridad. El polvo de su estela cubre las zarzas que hay a ambos lados del camino. A Mikal le da un vuelco el corazón cuando toman el sendero que conduce al prado de flores amarillas, con las colinas a lo lejos. Al otro lado de los montes hay unas llanuras yermas que se extienden un kilómetro tras otro hacia Afganistán. Akbar para el vehículo en el centro del prado.

–Detengámonos aquí un rato.

Los insectos, diferentes a cada minuto que pasa, salen de la noche atraídos por los faros. Polillas como maquinarias de alas doradas. Y Akbar habla

atropelladamente sobre Estados Unidos y Occidente. ¿Sabías lo que hicieron en Vietnam, sabías lo que sucedió en Bosnia, sabías, sabías, sabías? Soplan breves ráfagas de aire entre las flores, los miles de sonidos de la noche, y las nubes se levantan y aparecen las incontables llamas blancas del cielo.

–¿Por qué hemos venido aquí, Akbar?

–¿Alguna vez te pidieron los americanos que colaboraras con ellos? – pregunta Akbar–. ¿Te prometieron que te liberarían si espías a Al Qaeda y a los talibanes para ellos?

–No. Ya hemos hablado de esto.

–Estoy casi convencido de que el chico malayo que estaba tres celdas más allá de nosotros acabó convirtiéndose en un agente doble y que lo enviaron a Malasia a espías a Al Qaeda. En la fábrica de ladrillos le dieron helado, pizza y pasteles de manzana y le pusieron películas.

–Akbar. ¿Qué hacemos aquí?

Mira el reloj del salpicadero y se ponen de nuevo en marcha, avanzando por entre las flores, hacia las colinas. Los faros de su vehículo iluminan el Datsun del padre. Está aparcado en la ladera. Mikal levanta los brazos y se pone las manos en la cabeza.

–Oh, Dios.

La parte delantera del vehículo, en el lado del acompañante, está incrustada contra una gran roca. Akbar detiene el coche a diez metros del lugar del choque y ambos observan la escena. En el momento del impacto, el conductor salió disparado del asiento y atravesó el parabrisas.

–Oh, Dios.

En ese momento da las gracias por que sus ojos no puedan ver almas.

–¿Recuerdas que me dijiste que los fusibles de los faros pueden sustituirse por una bala del calibre veintidós? La bala se calienta y se dispara como si saliera de un arma.

Akbar pasa casi una hora buscándolo, llamándolo en la oscuridad. Mikal se ha alejado de él y se ha adentrado en las colinas infestadas de bandidos, permanece oculto atenazado por el asco, la gélida furia y la confusión. Observa a Akbar cuando finalmente sube al coche y se va. Incapaz de concentrarse, vaga por la oscuridad y al amanecer ve un arroyo que fluye hacia arriba, pero se da cuenta de que, en realidad, fluye hacia abajo cuando lo mira bien; el cielo está preñado de los brillos trémulos del alba, y poco a poco la luz invade las colinas, inventando colores.

Es muy temprano, decide abandonar las colinas y baja al bazar de Megido. Compra una taza de té, entra en una tienda y pide cuatro aspirinas, se las traga con un vaso de agua que toma de un grifo que hay en la pared exterior, pero son de tiza, las escupe y se queda mirando la tienda. Entra en un comercio que hay al otro lado de la calle, espera a que le llegue el turno tras unos colegiales que están comprando caramelos y unos folletos con hechizos *mantar* para ayudarlos a aprobar los exámenes. Después de tragarse la aspirina se apoya en el pilar que hace las veces de parada de autobús y espera a que empiece el viaje a Heer mientras un niño con una expresión muy solemne, como si le hubiera sucedido algo horrible, se le acerca e intenta venderle dos clavos doblados de hierro.

La segunda tarde del sitio, Rohan, Yasmin y Tara se encuentran entre la multitud que se ha congregado frente a la escuela San José; el caos y el miedo que reinan fuera están, sin duda, a la altura del caos y el miedo que reinan en el interior del edificio. La gente intercambia miradas, nadie sabe cómo poner fin a lo que está sucediendo. Se encuentran bajo una lona que alguien ha tendido entre el árbol de algodón de seda y la punta del monumento nuclear de fibra de vidrio. Poco después de que empezara el asedio, los terroristas habían disparado desde la escuela para obligar a la gente a alejarse, y esa distancia es la más segura. De modo que ese es el lugar desde el que escuchan y observan, cara a cara con ese demonio en el que se han escrito versos árabes para que se confundan con el resto de su religión.

Sopla un viento que arrastra una cortina de tierra.

Ayer las escuelas y facultades de Heer y los alrededores cerraron cuando se difundió la noticia de lo sucedido en San José, por temor a que se tratara de una acción coordinada contra varias instituciones.

–¿Se ha producido algún cambio? –pregunta Rohan, con la cabeza inclinada.

Por culpa del viento, los árboles que los rodean producen un extraño ruido, como si hubiera chocado algo contra ellos.

–No, hermano-ji –dice Tara.

Nota la presencia de las dos mujeres a ambos lados, víctimas de ese desasosiego que rebasa los límites del cansancio y que convierte a todas las mujeres del mundo en heroínas.

Una gran concentración de militares, policías y otros servicios de emergencia ha fijado un cordón de seguridad alrededor de la escuela, y el área parece haberse convertido en una zona que ha sufrido un ataque con armas químicas.

Los ojos de Tara están cansados por culpa de la espera, de tanto buscar a Naheed, de las noches interminables de darle vueltas a la cabeza, de intentar averiguar su posible paradero. Ahora alberga la esperanza de ver a Naheed entre la gente reunida en torno a ella, y se pone de puntillas para barrer el lugar con la mirada cada pocos minutos. Ya no le duelen las rodillas, algo que considera una prueba del amor que siente Alá por ella, que le ha provocado un dolor nuevo tras aliviar otro.

A las once de la mañana de ayer, dos horas y media después de que se cerraran, se abrieron las puertas de la escuela.

–Creo que se va a acabar el sitio –dijo Tara, que alzó de inmediato el rostro hacia el cielo, en un gesto de gratitud.

–Es Basie –dijo Yasmin, que se abrió paso entre la multitud para ver mejor.

Yasmin y Tara observaron al soldado que se acercó a Basie, habló con él y recibió una hoja de papel. Varios de los presentes gritaron a Basie: «Corre hacia aquí».

Sin embargo, Basie se dio la vuelta, regresó a la escuela y la puerta se cerró. Al cabo de cinco minutos oyeron que el papel contenía una lista con las exigencias de los terroristas. Doblada en su interior había otra hoja, con un mensaje para todo el planeta.

–Quieren que el padre Mede vuelva a la escuela –le dijo Yasmin a Rohan y Tara–. La nota dice: «Si el padre Mede acude aquí, liberaremos a los niños menores de trece años, salvo a los chiíes, los cristianos y los ahmadíes».

Pero no se tienen noticias del padre Mede desde el inicio del sitio.

Los terroristas han cortado los cables telefónicos de la escuela. El número del teléfono vía satélite de Ahmed se entregó junto con la lista de exigencias, y ahora el muchacho se encuentra en la biblioteca, hablando con el inspector jefe de la policía. Le repite sus exigencias e insiste en que no es necesario que envíen comida para los niños porque estos han anunciado una huelga de hambre como gesto de solidaridad con la causa de los secuestradores. Cuelga tras lanzar una última advertencia: «No se les ocurra asaltar el edificio».

Permanece inmóvil durante unos momentos.

La biblioteca ha quedado arrasada, han sacado de las estanterías y tirado al suelo los libros llenos de conocimientos occidentales, de páginas y más páginas con mentiras sobre la historia del mundo, de abstracciones manchadas de sangre del mal llamado mundo civilizado, tan efímeras para él como las pirámides porque son antiislámicas e injustas.

Hace dos días que no duerme. Los ventanales que van del suelo hasta el techo de la biblioteca están cubiertos por una cortina de trompetas chinas llena de flores anaranjadas que cuelgan de los zarcillos, plagada de abejas y hormigas negras. Hay una placa que informa a los niños de que «al principio la planta fue bautizada con el nombre del abad Jean-Paul Bignon, que fue el bibliotecario de Luis XIV, y que cuando se corta el tronco transversalmente, este queda marcado con una cruz». Todos los alumnos de la escuela son demasiado jóvenes e impresionables para que les enseñen algo que no sea el Corán y los dichos de Mahoma. A sus pies están los diccionarios que contienen los diversos significados de la rosa, y las diecisiete palabras que tiene el urdu para referirse a la lluvia, y son una blasfemia porque no mencionan a Alá en ninguna parte, al igual que los libros de ciencia. ¿Por qué no dicen que dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno se unen, si así lo dispone Alá, para formar una molécula de agua? Su mente acelerada repasa el texto de la declaración que ha enviado con la lista de exigencias. Su rabia transmutada en lenguaje, el dolor fijado en palabras duraderas. «Este es un

mensaje de los guerreros del islam dirigido a todos los infieles, cruzados y judíos del mundo, y a sus agentes infiltrados en la familia musulmana. Somos defensores de la misión de Alá y queremos que se sepa que esa misión consiste en difundir la verdad, no en matar a gente. Paz, no guerra. Nosotros mismos somos víctimas de asesinatos, matanzas y encarcelamientos. La invasión de Afganistán, el único país verdaderamente islámico del mundo, por parte de Occidente constituye un crimen global sin precedentes, y nuestros hermanos y hermanas e hijos están muriendo mientras escribimos este mensaje, son víctimas de secuestros y torturas. En tales circunstancias, la única salida es la yihad, así como la reconquista de España, Sicilia, Hungría, Chipre, Etiopía y Rusia, y la restauración del gobierno islámico en todas las partes de la India...» No son meras palabras. Ahí fuera hay personas dispuestas a luchar para demostrar que son ciertas. Es una verdad que cobra una dimensión a través de su energía y fuerza, mientras Ahmed apoya la frente contra la pared y mueve la cabeza de lado a lado, e intenta recuperar una respiración normal.

Suena el segundo teléfono que lleva en el bolsillo y Kyra, entusiasmado, lo felicita.

–La noticia no ha parado de difundirse –dice–. Habéis aparecido en todas las cadenas nacionales, aunque han intentado rebajar vuestro éxito, ya que han dado un número de rehenes incorrecto.

Dicen que solo hay unas trescientas personas en el interior.

Ayer, a las diez y media, Ahmed se encontraba en la sala de reuniones cuando el hombre que tenía el pie en el detonador encendió la radio para escuchar las noticias. El periodista dijo que una escuela de Heer se encontraba sitiada y mintió al afirmar que «se habían iniciado negociaciones». Fue la quinta noticia y solo le dedicaron dos líneas, y los guerreros sagrados se enfurecieron cuando dijeron que solo había cincuenta o sesenta alumnos y maestros en el interior del edificio. Dos de sus compañeros

encapuchados salieron al pasillo y empezaron a lanzar sillas y mesas contra las paredes, a dar rienda suelta a su ira, a gritar «¡Yihad! ¡Yihad! ¡Yihad!» hasta que todos los secuestradores se unieron a ellos y pararon cuando empezaron a quedarse roncós. Por un momento pareció que el hombre que tenía el pie en el detonador de la bomba estaba a punto de unirse a ellos.

–Cuando hables con los representantes del gobierno, díles que estás muy descontento con eso –le dice Kyra.

–Me dijo que era una cuestión que dependía de los periodistas.

–El gobierno los controla, se asegura de que las noticias no reciban la atención que merecen de las agencias de noticias extranjeras. Debes insistir. Díles que te verás obligado a convertir a un niño en mártir si mienten de nuevo.

–Necesitamos que nos entreguen al padre Mede. La prensa occidental no mostrará ningún interés a menos que esté aquí.

–Están diciendo que no pueden encontrarlo. ¿Estás seguro de que no está escondido en algún rincón de la escuela?

–Hemos buscado en todas partes.

–Y tampoco tenéis a Basie. He intentado atravesar el cordón policial para ver si su coche está aparcado en la plaza, frente a la escuela. Lo probaré de nuevo más tarde.

«Tal vez digáis que los rehenes de la escuela son musulmanes. Pero sabemos qué tipo de musulmanes son. Sabemos que ellos y los de su calaña están de acuerdo con la destrucción del régimen talibán. Todo aquel que tenga más de trece años y tome las armas contra el islam puede ser eliminado. Todo aquel musulmán que esté de acuerdo con los actos llevados a cabo por Occidente en Afganistán, y que tome parte en esta guerra de cruzados proporcionándoles apoyo de acto o palabra, debería ser consciente de que es un apóstata que está

al margen de la comunidad del islam. Por lo tanto, está permitido robarle el dinero y la vida, y deben hallar la muerte como cualquier general americano con sus galones...»

Se abre la puerta de la biblioteca y entran las dos mujeres, o, más bien, una de ellas arrastra a la otra.

–Deseo irme, hermano Ahmed –dice la mujer cuyo compromiso había arrojado dudas–. Estás traumatizando a los niños. Dijiste que íbamos a atacar un edificio del gobierno.

–Hermana, ya es la tercera vez que mantenemos esta conversación –replica él con calma.

–¿Y qué pasa con los niños traumatizados de Afganistán? –pregunta la otra mujer–. Además, esto es un edificio del gobierno. Todas estas personas son instrumentos del Estado.

La mujer que albergaba dudas escucha a Ahmed mientras se explica de nuevo. En lo que se refiere a sus ademanes, pensamiento y seriedad, es mayor que la edad que tiene; sus opiniones tienen unas raíces profundas y a veces sus gestos parecen gestos rituales.

–No quiero tomar parte de tu victoria si ha de saldarse con muertes –dice la mujer cuando Ahmed acaba de hablar–. No quiero quedarme.

–No puedes irte.

–No quiero ver sangre musulmana derramada por espadas musulmanas.

–No puedes irte –dice Ahmed, que alza levemente el tono–. Debemos retener a los niños hasta que nos entreguen al hombre blanco.

–La mayoría de estos niños no son inocentes –dice la otra mujer.

–¿Y los que sí lo son?

–Debes creerme cuando digo que también me disgusta que haya niños inocentes involucrados en todo esto. Pero sé que Alá nos pide que los

sacrifiquemos como prueba de nuestro amor por Él, del mismo modo en que Él le pidió a Ibrahim que degollara a su hijo para dar fe de su obediencia. Con estas pequeñas heridas contribuiremos a sanar el islam.

–¿Te estás comparando con un profeta? ¿Crees que estás lo bastante cuerdo para tomar estas decisiones tan importantes? Estás medio loco por culpa de lo que viste en Afganistán, porque tus compañeros fueron capturados o asesinados en una matanza.

–Llévatela –dice Ahmed– y vigílala.

Cuando se han ido, llega el jefe de la casa de Córdoba.

–¿Qué te ha dicho el inspector jefe? –le pregunta a Ahmed.

–Ha vuelto a insistir en que no saben dónde están el padre Mede ni Basie, que no tienen ningún tipo de influencia en los americanos para pedirles que liberen a prisioneros, o que se retiren de Afganistán, que América es demasiado grande y en estos momentos se siente tan herida que a Pakistán no le queda más remedio que obedecer sus órdenes.

–No debemos perder la fe ni la esperanza. He venido a pedirte que vengas a ver lo que está sucediendo fuera.

Entran en una habitación que tiene una ventana que da a la parte delantera del edificio. Han hecho entrar a un clérigo, en una furgoneta con un altavoz en el techo. La han acerca do todo lo que han podido a la escuela. El hombre está citan do versos del Corán en contra del sufrimiento de los inocentes. Habla en arrebatos que duran varios minutos y dice que los pasajes del Libro Sagrado que justifican la yihad deben ser leídos en el contexto de la época en que fueron revelados a Mahoma.

–Un versículo del Corán afirma «En quienes dicen: “Nosotros somos cristianos” encontrarás a los más próximos, en amor, para quienes creen».

Sigue hablando y cuando Ahmed ya se ha cansado de escucharlo ordena que las ametralladoras abran fuego contra la furgoneta, contra el espíritu enfermo que mana de ella; el vehículo se aleja rápidamente hacia la montaña

nuclear, derrapando, y el clérigo aterrorizado pide la ayuda de Alá a través del altavoz mientras le dice al conductor que acelere.

Basie observa a Naheed desde un extremo de la sala de reuniones mientras una maestra y ella llevan a una docena de niños al baño. Los pequeños están exhaustos y hambrientos, y ni tan siquiera les permiten beber agua. Cuando Basie lleva a los chicos al baño, los deja beber pero les advierte que no les caiga ninguna gota en la ropa y que no hablen de ello.

Más tarde Naheed se acerca a Basie en el pasillo, más familiar a cada paso que da. Ella agacha los ojos y él la mira hasta que Naheed se da cuenta de que la está observando. Al principio no se dicen nada durante el encuentro: es a última hora de la tarde, pero por algún motivo parece que reina una oscuridad casi absoluta, como si el lugar rechazara la luz. Los niños echan de menos su casa, la seguridad perdida, pero empiezan a quedarse dormidos, los brazos y piernas lánguidos. Se aferran a la ropa de sus compañeros y el lugar parece algo más tranquilo, casi en silencio.

–¿Cómo estás? –pregunta Basie al final.

Ella asiente, sin apenas moverse; su rostro revela la gran presión a la que está sometida, pero no parece consumido por la desesperación que ha visto en otras personas.

–¿Sabía Jeo algo sobre Mikal y tú?

Los ojos dorados de Basie lo miran en silencio durante unos instantes.

–No lo creo.

–Me pregunto si fue el motivo por que el que decidió marcharse a Afganistán.

Ella está apoyada en la pared.

–¿Sabes lo que había entre Mikal y yo?

Basie asiente.

–¿Quién te lo ha dicho?

–Tú misma. Acabas de hacerlo.

–Sucedió antes de que me casara con Jeo.

–De acuerdo.

–Creo que está vivo.

Un recuerdo sensorial de Mikal late en su sangre.

–Cuando esto acabe, iremos a buscarlo.

Ella asiente y mira alrededor.

–Basie, ¿dónde están los cristianos, los chiíes y los ahmadíes que se han llevado?

Eran unos treinta y los han sacado de la sala diciéndoles: «Salid y empezad a cavar vuestras tumbas».

–No lo sé. –Ve que Naheed tensa la mandíbula y añade–: No irás a llorar, ¿verdad?

Ella niega con la cabeza.

–No dejo de repetirme que tengo que sobrevivir a esto para que podamos ir a buscar a Mikal.

–Yo también lo haré –dice Basie.

Ella quiere sentir algo simple y sencillo: reírse con un vecino o lavarse las manos, quejarse al verdulero de que las berenjenas que le vendió ayer tenían orugas.

–Basie, una de las terroristas...

–No pronuncies mi nombre.

Ella asiente, asustada por su error. A Basie se le ha pasado por la cabeza revelar su identidad para que los terroristas liberen a los niños, pero teme que sea castigado el maestro de inglés que ha mentido sobre su ausencia.

–Una de las mujeres –dice Naheed cuando se ha recuperado del susto– no está de acuerdo con todo esto. He hablado con ella para averiguar si estaría dispuesta a ayudarnos, si las demás mujeres y yo planeamos algo.

–¿Qué estáis haciendo? –les grita una figura encapuchada desde el otro extremo del pasillo y Naheed se dirige de inmediato hacia el baño—. ¿Quién os ha dicho que podíais estar aquí?

Cuando Basie toma el pasillo que conduce a la sala de reuniones, aparece un terrorista, que le toca el hombro y le da un puñado de caramelos.

–Para los niños –susurra el desconocido—. No sabíamos que íbamos a asaltar una escuela. Esto no tiene nada que ver conmigo.

–Debes ayudarme a poner fin a esto.

–Tengo que irme.

Basie lo agarra del brazo.

–¿Hay alguien más que piense como tú?

El hombre intenta soltarse y apunta a Basie con la pistola, tal vez como acto reflejo, tal vez como una reacción a la afrenta que ha supuesto su osadía.

Sin embargo, Basie se niega a soltarlo.

–Ven a buscarme durante la noche y habla conmigo cuando veas que estoy solo.

El hombre logra liberarse tras un breve forcejeo y se aleja con paso firme y el andar de un matón callejero.

Miguel llevó a Adán al cielo en un carro de llamas y lo enterró tras su muerte con la ayuda de los ángeles Gabriel, Rafael y Uriel. Basie alza la vista hacia él cuando entra en la sala de reuniones y piensa en Mikal, que está vivo en algún lado.

El padre Mede se enteró del asedio una hora después de su inicio. Estaba en su habitación de hotel en Islamabad, esperando a un antiguo alumno y ahora amigo que llegaba en el vuelo de Inglaterra con los diversos medicamentos que su cuerpo avejentado necesita para seguir funcionando, algunos de los cuales le cuesta encontrar en Pakistán. Clorfenamina, pantoprazol,

mebeverina, codeína, fosfato, irbesartán, amoxicilina, ezetimiba, metoclopramida, Dicloflex, finasterida, doxazosina... Una lista tan larga como un catálogo de naves homéricas. Ha intentado regresar a Heer, pero se lo han impedido las autoridades. Su chófer y el coche desaparecieron, y cuando intentó pedir un taxi el teléfono de la habitación del hotel se quedó sin línea. En el vestíbulo, que estaba lleno de policías, le dijeron que todas las líneas telefónicas del hotel estaban cortadas y tenga la amabilidad de regresar a su habitación, señor. Solo estaba a unos cientos de kilómetros, pero era como si estuviera en Borneo, Adelaida o Río de Janeiro.

Es obvio que el gobierno no quiere que un hombre blanco se involucre de forma pública en lo que está sucediendo. Su frustración se convirtió en ira y le administraron alguna sustancia con el té que pidió a mediodía. Permaneció inconsciente durante casi treinta y seis horas.

Ahora son las dos de la madrugada, y circula por la Gran Carretera Principal en un coche que se dirige a Heer.

Lo siguen varios vehículos que no han realizado ningún esfuerzo en disimular la persecución. Sus armas, sus miradas indiscretas. El padre Mede se ha despertado poco después de las once. Tenía marcas de pinchazos en los brazos, en el lugar donde debieron de inyectarle más somníferos. Cuando exigió que lo dejaran salir del hotel, le dijeron que tenía permiso para regresar a Heer, si podía. Entonces aparecieron el coche y el chófer, que le dijo que la grúa se había llevado misteriosamente el vehículo y que las autoridades lo habían enviado de un lugar a otro, y que cuando llegó al hotel la tarde anterior le dijeron que el padre Mede se había ido.

Las cabinas a las que se acerca están siempre ocupadas por gente que mantiene una conversación interminable, y la policía los ha hecho parar en trece ocasiones para realizar controles de seguridad «aleatorios». Han tenido que tomar varios desvíos muy largos, cuatro de los cuales han acabado en callejones sin salida.

Alrededor de las cuatro de la madrugada, cuando abandonan la Gran Carretera Principal y se dirigen hacia la escuela San José, un coche patrulla les corta el paso y le dicen que si intenta acercarse al edificio lo detendrán de inmediato. El padre Mede permanece sentado en el coche, mirando por la ventanilla durante varios minutos, imaginando la lluvia que cae sobre el franchipaniero que le envió Sofía para que lo plantara frente a su despacho, con sus flores grandes y bellas como los misterios de un cuento. Entonces le pide al conductor que dé la vuelta. Al cabo de una hora todavía está intentando llegar a su casa o encontrar una cabina, ya que han tenido que parar en varios controles y atascos. Cuando se detienen junto a un puesto de té que hay a pie de carretera, alguien dice que otra escuela situada en el otro extremo de la ciudad ha sufrido un ataque con granadas, bombas y armas de fuego.

–Pero es una escuela musulmana –dice el chófer del padre Mede al oír el nombre–. ¿De verdad quieren destruir todas las escuelas, no solo las cristianas?

–Deben de ser los comandos que preparan el asalto a San José –le dice el padre Mede–. Es la única explicación.

–Matarán a todos los rehenes –replica el chófer, que empieza a recitar versos del Corán en voz baja para evitar el desastre. Y tranquiliza al padre Mede–: Alá es amigo de los desconsolados.

En las afueras de Heer, Kyra abre la puerta trasera del Land Rover y sube, acompañado del saluki.

–¿De quién ha sido idea el asedio? –pregunta el hombre que va al volante, con un tono de fuerza contenida.

–Fue una propuesta de seis estudiantes y yo di el visto bueno.

–¿Cómo se llaman? Quiero...

–Déjame que lo explique –dice Kyra.

–Quiero que escribas los nombres de las treinta y dos personas que han tomado el edificio, y como vuelvas a interrumpirme te clavaré una jeringuilla de mercurio en la cabeza.

El hombre le entrega una pequeña libreta a Kyra, sin volverse a mirarlo.

–Espero que no sean tan estúpidos como para mostrarle la cara a nadie. Si algún civil los ve sin la capucha, quiero que aisléis a esa persona o personas, para poder eliminarlas durante el asalto. ¿El guarda de la escuela fue la única persona con la que os pusisteis en contacto durante la planificación del asedio?

–Sí.

–Lo encontrarán en un saco cerca de Muridke dentro de una hora.

El hombre tiene el pelo corto, unas patillas muy perfiladas y cortas y la nuca rapada, de forma muy parecida a Kyra. Lleva un *shalwar kameez* azul celeste hecho de tela KT. Kyra no lo ve, pero sabe que en el lado derecho del *kameez* lleva una pistola.

Trabaja para el ISI, pero no es uno más de las decenas de miles de agentes normales. Es un teniente general al que la ONU quiere interrogar por su apoyo a los guerrilleros musulmanes de Bosnia contra el ejército serbio en la década de 1990. A pesar de la prohibición de la ONU de suministrar armas a los bosnios sitiados, había logrado transportar por avión unos modernos misiles antitanque, que lograron cambiar las tornas a favor de los musulmanes bosnios y obligaron a los serbios a levantar el sitio.

El gobierno paquistaní ha informado a la ONU de que el teniente general «ha perdido la memoria» tras un accidente de tráfico y, por lo tanto, no puede enfrentarse a ninguna investigación del asunto.

Coge la libreta y echa un vistazo a la lista que ha escrito Kyra. Es un hombre que está acostumbrado a salirse con la suya, a que se obedezcan sus órdenes, un hombre con sombra incluso en la oscuridad.

–Dile a Ahmed que el edificio será asaltado a última hora de la mañana.

–De acuerdo –dice Kyra, que apenas puede contener la rabia.

El saluki levanta la cabeza de su rodilla, se levanta y pasa al asiento delantero, donde el conductor le acaricia el pelaje en un gesto de cariño.

–No puedo impedir que lo capturen o lo maten. Y tú seguirás libre gracias a tu antigua pertenencia al ejército.

Durante un rato el hombre permanece sumido en un silencio profundo y expectante, como un profeta a punto de recibir una revelación.

–Ahora no era el momento para llevar a cabo una operación de este tipo. ¿Es que crees que no tenemos planes para debilitar al ejército americano en esta parte del mundo, un ejército formado por homosexuales y mujeres? ¿Quién te crees que eres para hacer algo de esta magnitud sin avisarnos?

–Los hermanos y familiares de algunos de los hombres que han participado en la toma de la escuela son prisioneros de los americanos.

–¿Y qué? ¿Crees que cambia una mierda lo que está pasando en el mundo? Suerte que el hombre blanco estaba fuera de la ciudad.

Se hace otro largo silencio, entonces el hombre vuelve la cabeza y mira a Kyra por primera vez.

–¿A qué estás esperando? Sal.

La pistola de Kyra sigue en el mismo lugar, bajo la ropa, al igual que la del militar.

Baja del coche y, cuando va a abrirle la puerta al saluki, el Land Rover arranca a toda velocidad.

Naheed está en el pasillo cuando ve a Mikal a través de los arcos, junto a las lilas de las Indias. Azules bajo la luz del amanecer. Él la mira y entonces desaparece entre los palisandros que han caído junto al muro sur. Rohan le dijo que la lila de las Indias es uno de los árboles con un período de floración

más largos que conoce el hombre, ya que puede alcanzar los ciento veinte días.

Naheed entra en la sala y ve a Basie en el otro extremo. Ambos cruzan una mirada. Los niños y los maestros duermen y Naheed se apoya en una columna y cierra los ojos.

–Baila –dice el hombre, el encapuchado–. Baila para mí. –Se acerca a ella y le pone las manos en los hombros–. Como hacen las chicas de las películas.

Naheed se aparta y mira hacia el lugar donde ha visto por última vez a Basie, pero no se encuentra allí. Ahora está sentado con el pie en el detonador de la bomba. El terrorista le ha pedido que lo sustituya antes de acercarse a ella.

Cuando el encapuchado intenta tocarla otra vez, Naheed ve que Basie y algunos de los maestros han despertado de su duermevela y los están mirando. Basie sabe que no puede apartar el pie del pedal del detonador, que debe aceptar otro agravio para seguir con vida, por el bien de los demás. «Tiene que haber un lugar donde no sucedan estas cosas», piensa ella mientras el encapuchado la acorrala en un espacio triangular que hay entre dos armarios. Naheed tiene sed. Basie se ha levantado, mantiene el pie en el pedal y luce una expresión de angustia y desconcierto, quiere acercarse a ella para ayudarla pero sabe que no puede. Ella lo llama para pedirle ayuda y no cae en la cuenta del error. El encapuchado se detiene y mira en la dirección en que ella ha gritado, y Naheed sabe que al pronunciar su nombre ha acabado con su vida, con la misma eficacia como si le hubieran disparado una bala.

Ahmed está sentado en la biblioteca con el cuchillo resplandeciente en las manos. Nota el peso de una piedra fría en la cabeza. Acaba de hablar con Kyra por teléfono. Van a asaltar el edificio.

Kyra también le ha dicho que el coche de Basie está aparcado en el callejón lateral de la escuela. Que debe mezclarse con los maestros.

Se vuelve y mira hacia la puerta. Todos los receptores funcionan de nuevo. Oye ruido de pasos que se dirigen hacia él, y el jefe de la casa de La Meca entra en la biblioteca, con la respiración entrecortada. Hace menos de un minuto que Ahmed lo ha enviado a interrogar a los maestros uno a uno, para que le lleve a Basie.

–Tenemos al padre Mede –dice el muchacho–. Está en una de las puertas laterales y ha llamado. Dice que se entregará a cambio de que liberemos a los niños.

–No abras la puerta. Seguro que es una trampa. Están preparándose para asaltar la escuela.

Ahmed se acerca al pie de las escaleras y se detiene bruscamente cuando ve subir a dos de sus hombres, acompañados por el anciano.

Y justo entonces, por el rabillo del ojo, ve que los soldados saltan el muro exterior.

Naheed se dirige a la cocina con un libro grueso en los brazos. Las hojas de la platanera tapan las ventanas. Dos de la madrugada. La casa está oscura y en silencio, llueve y Naheed no puede dormir. Los esporádicos relámpagos le hacen pensar que la luz de la luna le acaricia fugazmente los pies.

Es de noche y las mujeres que son familia de los niños y adultos que murieron cuando los soldados asaltaron San José deben de estar visitando sus tumbas en secreto, con paraguas ante la posibilidad de que llueva y lámparas para ver en la oscuridad. Sus recuerdos del final del asedio aún son fragmentarios. Los terroristas habían obligado a las mujeres y a los niños a sentarse en sillas frente a las ventanas para impedir que los soldados dispararan desde el exterior. Recuerda los incendios que se provocaron en distintas partes, los rehenes que intentaron huir y que fueron abatidos porque los confundieron con terroristas, una explosión que hizo salir volando la cabeza de un ángel a través del humo y las llamas y fue a parar al jardín. El plástico fundido que caía del tejado ardiendo. El estruendo de un helicóptero. El momento en que sintió un fuerte dolor en la cabeza y que la arrancó de su aturdimiento: un adolescente que agonizaba estaba tirándole del pelo sin darse cuenta. En cierto momento se encontró junto a un soldado que, también aturdido, le cogió el velo para limpiar la sangre de su arma. Luego vio a otros hombres que limpiaban las armas con las hojas suaves de la higuera. En el exterior no había suficientes vehículos del gobierno y los heridos eran transportados en coches particulares; los miembros ensangrentados colgaban del maletero. Al cabo de unas horas, cuando todo hubo acabado, mostraron

los cuerpos de algunos terroristas a las cámaras de televisión, con los rostros mutilados de tal manera que resultaba imposible reconocerlos.

Naheed abre el libro en la mesa y el mero gesto de pasar las páginas hace titilar la llama de la vela. El libro es un diccionario de fechas y acontecimientos de la historia de la humanidad, desde los inicios hasta el presente.

Según el calendario islámico, están en el siglo xv. En la década de 1420. Naheed se pregunta qué debía de suceder en tierras cristianas a principios del siglo xv de la era cristiana.

«1426. Los venecianos entran en guerra con Milán. El duque de Bedford regresa de Francia a Inglaterra para mediar en un enfrentamiento entre su hermano Gloucester y el obispo de Winchester.»

«1427. El emperador Yeshaq de Etiopía envía a dos emisarios a Aragón en un intento de forjar una alianza contra los musulmanes. El duque de Bedford se reincorpora a la guerra en Francia.»

«1428. La Universidad de Florencia empieza a impartir literatura griega y latina. Las tropas venecianas, bajo el mando de Carmagnola, conquistan Bergamo y Brescia. El Tratado de Delft pone fin al conflicto entre Flandes e Inglaterra...»

Cuando los relámpagos iluminan las páginas, Naheed alza la mirada y luego sigue leyendo. No conoce a esos personajes, tampoco sabría ubicar la mayoría de los lugares mencionados, pero a pesar de todo le permiten formarse una imagen de la época.

«... Por orden del Concilio de Constanza, se exhuman los restos de John Wycliffe, se incineran y se lanzan al río Swift.»

La fe, la incorrupta, y también las almas oscuramente prendidas de la corrupta. Todas las formas de error y gloria.

«1429. Juana de Arco, una pastora de diecisiete años de Lorena, tiene visiones. Convence a un oficial de que le proporcione una armadura, es llevada ante el delfín y libera Orleans en mayo.»

Naheed retrocede una página para comprobar si la situación era mejor diez años antes. Según el libro, en 1419 tuvo lugar un hecho conocido como la Defenestración de Praga, cuando los partidarios de Jan Hus, que había sido ejecutado, tomaron el Ayuntamiento de la ciudad para exigir la liberación de los predicadores encarcelados. «Se abren paso hasta el Ayuntamiento y lanzan a los concejales católicos por las ventanas superiores. Juan I de Borgoña, conocido con el sobrenombre de Juan Sin Miedo, es asesinado tras una tormentosa reunión con el delfín...»

¿Y el futuro? ¿Mejóro la situación en el mundo cristiano al cabo de una década? ¿Iban a mejorar las cosas para Pakistán y el islam en el período de una década?

«1437. Los portugueses son derrotados en Tánger por los moros, que obtienen la promesa de los vencidos de que les devolverán Ceuta; el hermano del rey, Fernando, se ofrece como rehén, pero los portugueses no cumplen con su palabra y Fernando es abandonado en las mazmorras de Fez. Jacobo I de Escocia muere apuñalado por sir Robert Graham, que había sido desterrado por el rey. Graham es torturado y ejecutado...»

Se inclina hacia delante y apaga la vela de un soplido; es como si hubiera exhalado la oscuridad por la boca, suficiente para inundar la habitación. Acosada por las respuestas, decide alejarse del libro y salir a los relámpagos.

–De modo que has vuelto –le dice el policía a Naheed.

El hombre toma un sorbo de té, la observa por encima del borde de la taza y luego dirige la mirada a Tara.

–Sí –responde la madre–. Había ido a visitar a unos familiares.

El policía se ha presentado en la casa hace media hora, con una vara de bambú de sesenta centímetros bajo el brazo izquierdo.

El hombre deja la taza en la mesa.

–Tenemos que llevarte a la comisaría para hacerte algunas preguntas –le dice a Naheed–. Ponte los zapatos y el velo.

Coge la vara y se acaricia el lóbulo de la oreja con la punta.

–¿Qué tipo de preguntas? No hay nada más que contar –dice Tara.

El hombre la mira fijamente.

–¿Cómo has dicho que te llamabas? ¿A qué se dedica tu marido?

–Mi marido está muerto.

–Como el de tu hija.

El hombre sonrío, coge la taza y toma otro sorbo sin decir nada más.

El calor es intenso a pesar de la tormenta de la noche anterior. Un pájaro *tatiri* entona su triste canto en las ramas de los árboles del jardín. «Está rezando para que llueva», le dijo Tara a Naheed de pequeña, y ella se preguntó por qué no bebía de los grifos, como los gorriones. «Se negó a darle agua a un santo varón, y este lo maldijo –le explicó Tara–. Ahora no puede beber por el pico, solo a través de una pequeña abertura en la parte superior

de la cabeza. De modo que no le queda más remedio que rezar para que caiga una gota por ese agujero y le llegue hasta la garganta.»

–¿A qué esperas? –pregunta el policía.

–No quiero que vaya a la comisaría –responde Tara sin alzar la voz.

–Bueno, Tara, Naheed –dice el policía–, imagino que ambas convendrías conmigo en que el hecho de que una chica desaparezca de su casa sin decírselo a nadie es un comportamiento que dista mucho de poder considerarse decente.

–Dejó una carta, pero no la vimos hasta más tarde.

–¿Dónde está?

El hombre se acaricia de nuevo el lóbulo de la oreja con la vara.

–No recuerdo dónde la guardé –dice Tara, que se pregunta si debería despertar a Rohan.

Pero necesita descansar. Kyra había ido a verlo un poco antes para ofrecerle su sincero pésame por la muerte de Basie y para decirle que el sitio de San José fue obra de unos agentes indios que se hicieron pasar por musulmanes, pero también reiteró la exigencia de que se fueran de casa cuanto antes.

–¿No recuerdas dónde guardaste la carta? –El hombre asiente–. Tara, soy uno de los guardianes morales de esta tierra. No puedes esperar que no sospeche del carácter de tu hija dado que tú misma fuiste detenida y encarcelada por comportamiento indecente. Y tu marido también estaba muerto cuando sucedió. Igual que el suyo.

Tara, que se ha levantado del asiento y parece decidida a llamar a Rohan, se sienta de nuevo.

–Sí –dice el hombre–. Hemos investigado vuestro pasado. –Se vuelve hacia Naheed–. ¿A qué esperas? No volveré a decírtelo. Ve a prepararte.

Se reclina en la silla y mira hacia el techo, tocándose el lóbulo con la punta de la vara.

Tara se quita los pendientes, se pone de pie, se acerca al hombre, le coge la mano derecha con la palma hacia arriba y le pone los pendientes en ella. A continuación, le cierra los dedos.

El policía permanece inmóvil durante unos instantes, pero entonces se levanta de forma brusca con una sonrisa.

–Bueno, me alegro de que hayas regresado sana y salva con tu familia. Creo que me iré. Parece que todo está en orden aquí.

Naheed se retira de la puerta para dejarlo pasar.

–Volveré de vez en cuando para preguntar por tu bienestar –le dice.

A medida que se acerca a Heer, le parece que está mirando sus propios recuerdos.

Baja del autobús dos pueblos antes de llegar y entra en una tienda de telas. Quiere hacerse un *shalwar kameez* nuevo. Quiere que sea de lino blanco, pero la mujer que va antes de él compra doce metros para una mortaja, y una sensación de incomodidad se apodera de él cuando piensa que llevará ropa del mismo rollo. De todos modos, cuando le llega el turno no queda tela blanca. Señala otro color al azar. Lleva la tela verde intenso al sastre que hay al otro lado de la calle y le pregunta cuánto tardará en prepararle la ropa. Compra una maquinilla de afeitar Bic de usar y tirar en la tienda que hay al lado y se afeita y se baña en los baños de la mezquita. Sube a un rincón apartado, abre un ejemplar del Corán y no aparta los ojos de la página para que no se le acerque nadie, y al rato se tumba y echa un sueño, de cara a la pared. Al cabo de dos horas regresa al sastre y su *shalwar kameez* está listo. Se lo pone y reanuda el viaje.

Son las diez de la noche cuando su rickshaw llega al bazar central y luego prosigue hacia el otro extremo de Heer. Como no desea que lo vean, se sienta con la espalda y la cabeza pegados al asiento trasero. Compra una entrada en el cine Khan Mahal, entra en la sala principal y se queda dormido en la última fila, mientras en la pantalla aparece una mujer sentada a un piano cantando

una canción, que dirige tímidamente los ojos a la fotografía enmarcada de un hombre que hay sobre la tapa del piano.

Cuando se encarama a la tapia de la casa de Rohan ya es más de la una. Del muro salta al ficus, se desplaza por las robustas ramas de varios árboles, salta al jardín y se dirige hacia la galería, sus pies liberando la fragancia de las hojas de guayaba que han caído. Se acerca a la galería donde la pared del fondo está cubierta de arriba abajo de lagartos nocturnos, que huyen al notar su presencia.

El suelo cruje bajo los pies de Mikal, que abre la ventana del dintel que hay en el pasillo principal. Cuántas veces lo ha hecho en el pasado, al llegar tarde a casa después de ir al cine. Baja por la pared, al igual que su imagen en la puerta de cristal que hay al final del pasillo, por lo que durante unos instantes está presente en ambos extremos.

Entra en la habitación de Rohan, se detiene junto a la cama y lo mira. En la mesilla de noche hay una lámpara encendida. Rohan abre los párpados, pero es como si no viera a Mikal. Los ojos del anciano se clavan en él, pero no muestran reacción alguna. Mikal permanece inmóvil junto a los destellos que lanza la lámpara. De no ser por la reacción de los lagartos, se sentiría invisible. Los ojos de Rohan lo observan durante un buen rato y entonces el anciano parpadea, como si fuera a decir algo. Pero no, en lugar de eso cierra los ojos. Mikal dirige la mirada hacia el chino que sostiene el reloj en la repisa de la chimenea. La una y media.

Sale al pasillo y mira hacia la puerta cerrada de la habitación de Jeo y Naheed.

En una hornacina está el camión de juguete que le había dado a Jeo en octubre, hace una eternidad.

Cuando sale a la galería pisa y esparce las semillas de melón que han dejado a secar en una sábana. Trepa el muro de la casa, se adentra en los callejones oscuros del barrio y observa durante varios minutos la ventana de

la casa de Naheed y Tara. Entonces decide ir a casa de Basie, pero se detiene, frunce el ceño y da media vuelta.

Entra en la habitación de Rohan por segunda vez en menos de una hora, estira el brazo hacia la almohada y coge la prenda de ropa que hay junto a la cabeza del anciano. Es la camisa que Jeo llevaba cuando partieron hacia Peshawar en octubre. Tiene varios cortes. Uno encima del corazón. Varios en el estómago. Algunos en los brazos.

Sale de la casa con la camisa manchada de sangre en las manos, se dirige hacia el cementerio y echa a correr a medida que se acerca. Las tumbas más recientes están rodeadas de espinos para evitar que los perros desentierren los cadáveres. Se engancha la ropa en algunos de los arbustos, pero sigue corriendo entre los montículos, hacia la parcela que pertenece a la familia de Rohan.

Al día siguiente, cuando entra en el jardín alrededor de mediodía, ve a Naheed de inmediato. La hierba está cubierta de flores rojas de los flamboyanes, una variada muestra de todos los tonos, que se aferran a la luz mucho tiempo después de muertas. Ella se encuentra en el otro extremo del jardín y Mikal se detiene cuando está a pocos metros. Este es el otro lado de la herida. Después de la guerra y la violencia y la locura de estar dentro del dolor, y de la fealdad de la intención y las acciones, su belleza resulta inverosímil y despierta una sensación de agradecimiento en él. Lo que significa estar vivo durante suficiente tiempo para amar a alguien. Que le concedan a uno otro día en la tierra.

Naheed está junto a una enredadera. Cuando lo ve se acerca a él y lo mira a los ojos; luego se dirige al cobertizo.

Sale con un trozo de cordel, regresa junto a la enredadera cargada de flores y le echa una mirada fugaz a Mikal.

Ata la enredadera en tres lugares, entrecierra los ojos cuando los pétalos le caen en la cara, le acarician el pelo e incluso se cuelan en el *kameez* por el cuello y las mangas, lo que la obliga a sacudir los brazos. El cuarto zarcillo que quiere sujetar está demasiado alto y no lo alcanza a pesar de los diversos intentos que realiza. En esta ocasión no lo mira cuando regresa al cobertizo a buscar algo que le permita alcanzar la enredadera, pero su ropa casi roza la de Mikal. Él estira los brazos y ata la rama en su sitio, se dirige al estanque y observa los cien nenúfares abiertos que flotan en el agua, el blanco de las garzas tan intenso que deslumbra al mirarlas bajo el sol. Mikal oye que Naheed regresa a la enredadera y luego oye el grito entrecortado que profiere, como alguien que acaba de despertar de una pesadilla.

–No soy un fantasma –dice.

Naheed se ha acercado a él y le acaricia tímidamente las manos mutiladas con sus finos dedos, los párpados de ante.

–No estoy muerto.

Ella lo mira.

–Si creyera que estabas muerto no estaría aquí.

–No digas eso. –Le pone una mano en el brazo–. Yo querría que siguieras en este mundo aunque yo ya no estuviera en él.

–Estás muy delgado.

–Y tú.

Naheed se sienta en el tronco que siempre ha habido junto al estanque, pesado como un ancla.

Él se arrodilla ante ella, también medio aturdido.

–¿Estás bien?

–Sí –dice ella, pero luego niega con la cabeza lentamente y no para hasta que puede volver a hablar–. No, no lo estoy. –Recupera la compostura y

prosigue—: No paraba de decirme que si estuvieras aquí conmigo todo iría bien.

—No te habría servido de gran ayuda.

—No es eso. Todas las cosas horribles habrían sucedido igualmente, pero lo habría llevado mejor. Contigo a mi lado.

—Ahora estoy aquí.

—Jeo está muerto.

Mikal asiente.

Ella lo mira durante un buen rato y lo retiene en el implacable ámbar de sus ojos.

—No nos hemos visto desde el día en que Jeo te trajo a casa y te pedí que te fueras. Cuando llevábamos sesenta y seis días de casados.

—Después de ese día te vi fugazmente alguna vez más. En distintos sitios, uno de ellos el bazar.

—Hace cuatrocientos setenta y nueve días que te vi por última vez. Me siento como si hubiera estado en cuatrocientas setenta y nueve guerras.

Ella alza la mirada, más allá de la cima oscilante, alta como una cometa, de los árboles de algodón de seda.

—¿Estás resentida con Jeo porque no te dijo que se iba a Afganistán?

—Estoy enfadada con él porque se fue, y porque se fue sin decirnos nada. Estoy enfadada contigo porque no nos contaste sus intenciones. Estoy enfadada conmigo misma por no haberme dado cuenta de ello. Estoy enfadada con los americanos por haber invadido Afganistán. Estoy enfadada con Al Qaeda y los talibanes por haber hecho lo que hicieron. ¿Acaso importa?

—Sí, importa

—¿De verdad?

—Sí.

Mikal permanece inmóvil, sin apartar la mirada de Naheed. Hay tantas

libélulas detrás de ella, en una zona donde toca el sol, que el aire parece hecho de celofán. Los árboles y sus diversas estaciones de duelo: la estación de lo que se ha ido, la estación de lo que nunca ha llegado, de lo que no puede deshacerse, de lo que nunca sucederá.

–No podemos decirle a nadie que estoy aquí. He matado a gente.

Ella agacha la cabeza y se tapa la cara con las manos.

–A dos americanos.

–¿Están buscándote?

–Sí. Me asustaron e intentaron confundirme. Perdí la cabeza y pensé que estaban a punto de matarme. Me habían mentido en otras ocasiones. No es una excusa. Sé que no debería haberlo hecho.

–Si te cogen, ¿se te llevarán?

–Sí. Probablemente me condenarán a cadena perpetua. Podrían ejecutarme, incluso.

Hojas pálidas. Un brote verde crece en el tronco caído. Espinas tan finas y largas como las manecillas de un reloj de bolsillo.

–Antes has hablado de «cosas horribles». ¿Qué más ha sucedido?

Naheed no levanta la cabeza.

–¿Qué cosas horribles han sucedido?

Ella respira hondo y se pone de pie.

–Ya te lo contaré mañana. –Señala la cocina y añade–: Necesito agua.

Naheed se va y al cabo de un rato Mikal se dirige a la galería y se sienta en los escalones. Oye a Rohan en su habitación, por lo que entra en casa y se acerca al sillón.

Se agacha junto al anciano.

–Tío –dice, y la imagen del hombre se disuelve ante él debido a las lágrimas.

Rohan abre los ojos.

Mikal apoya la cabeza en el regazo del anciano y rompe a llorar, lo invade

una honda tristeza, el deseo de vaciarse por completo. Nota que Rohan le pone una mano en la cabeza.

–¿Quién es?

–Soy yo. Mikal.

Mira al anciano a la cara, pero este no reacciona, lo observa con una mirada inexpresiva, con los ojos cansados.

–¿Mikal?

–Sí. He vuelto. –Solloza desconsoladamente–. Sé que Jeo ha muerto...

Pero algo va muy mal. Rohan parece el portador de una desgracia atroz que todos ignoran de momento. Ambos oyen entrar a Naheed y Mikal la mira, mientras Rohan sigue con la mirada fija en la pared. El anciano pronuncia el nombre de Mikal con una voz muy suave, una y otra vez, de manera inquisitiva, y le acaricia el rostro, pero él aún no entiende lo que hace Rohan, y Naheed empieza a explicarle lo sucedido.

–Creíamos que estabas muerto –dice Rohan.

–La muerte de Jeo no ha sido culpa mía –dice–. O tal vez sí. Debería haberlo protegido.

–Ojalá nos hubieras dicho que estaba pensando en irse a Afganistán –dice Rohan.

Mikal no responde.

–Pero entiendo los motivos por los que no lo hiciste. ¿Dónde has estado hasta ahora?

–Me hicieron prisionero, primero los señores de la guerra afganos y luego los americanos.

Mira fijamente el rostro de Rohan. De niño había leído que, si una estrella cae en el ojo de un ciego, este recupera la vista.

Se pone de pie.

–Tengo que ir a casa de Basie. ¿Cómo están Yasmin y él?
Naheed lo mira, y luego a Rohan.

–¿Qué ha sucedido?

Pero ambos están demasiado alterados para hablar.

–La situación se volvió horrible mientras estuviste muerto.

Abre la puerta y sale a la oscura tarde del jardín. Ella está allí, mirando la lluvia, las ráfagas de viento que azotan las cañas de bambú, los delicados penachos arrancados y que han caído al suelo. Es mucho más bonita en persona que en sus recuerdos. Ha olvidado su ubicación exacta, pero en algún lugar del jardín está el árbol _____ invisible y sin nombre en el que se dice que habita un genio anciano. Tara percibió su presencia y les aconsejó que debían quitarse la ropa al encontrar un genio. Así cree que sois capaces de quitaros la piel y se va.

Se sienta junto a ella.

–A veces creo que no solo te he perdido a ti –dice Naheed–, sino todo lo demás que poseía.

–No me has perdido.

–Te he dicho que he aceptado casarme con Sharif Sharif.

–Y yo te he dicho que no sucederá.

–Nos comprará la casa.

Mikal niega con la cabeza.

–No sucederá.

–Pagaré la operación de padre.

–Naheed. Mírame. No voy a permitir que suceda.

–Le di el sí tras la muerte de Basie. Nos quedamos solos. Padre, Yasmin y mi madre estaban en contra, y aún lo están. Pero no sabía qué hacer.

–Ahora estoy aquí.

–Si te considera una amenaza, lo único que tiene que hacer es ir a la policía, que te detendrá y te entregará a los americanos.

–Ya veremos.

–Sabe lo nuestro. Vio las cartas que me escribiste. Si averigua que estás vivo, que estás aquí...

Se oye el estruendo de un trueno, como si se hubiera abierto una sima hasta el centro de la tierra, y notan el repiqueteo del cristal en los marcos de las ventanas. Mikal dirige la mirada hacia los árboles y ve la lluvia que cae de las ramas más altas hasta las bajas, de hoja en hoja, como unas escaleras sin fin.

–¿Y si te pidiera que vinieras conmigo?

–No puedo.

–Lo sé.

–Tengo que pensar en los ojos de padre. En mi madre. En Yasmin. Tengo que ayudarles con todo lo que va a pasar. Me necesitan.

–Lo sé.

Naheed vuelve la cabeza para mirarlo.

–Nos necesitan. A los dos.

Ambos dirigen la mirada hacia los relámpagos, los ojos de Naheed refulgen con un brillo oscuro, un viento cálido en las hojas, los destellos que iluminan las nubes.

–Y las manos, ¿las tienes bien?

–Sí.

–Entonces ¿no las sacas de los bolsillos para que la gente crea que eres rico, que estás sujetando la cartera? –Una sonrisa fugaz ilumina su rostro.

Mikal la mira a la cara.

–No les pasa nada a mis manos.

Desde la casa de un vecino llega el sonido de una radio. Una canción que se pierde se encuentra una y otra vez en la lluvia. «Kithay lay aaya sanu pyar, sajna. Kini dur reh gai vairi jag day nain...» Cuántas esperanzas hay

depositadas en ambos, que en su unión deben proteger y mantener a todos aquellos que están separados, o que nunca han estado juntos.

–Yasmin, mi dolor –dice Rohan en voz baja desde el otro extremo de la habitación.

Yasmin y Mikal están sentados uno junto al otro, su cuerpo unido en un abrazo. Ella, que ha perdido a un hermano y un marido. «Se han ido, pero siguen aquí, en los corazones de aquellos a los que han dejado atrás. La guerra no ha podido destruir eso. Después de todo, la guerra es débil.» Mikal no halla consuelo alguno en estos pensamientos, en este sentimiento.

–¿Quién lo hizo? –pregunta–. ¿Quién secuestró la escuela?

–Nadie lo sabe –responde Yasmin.

–Cuando los soldados la asaltaron –dice Naheed–, los terroristas murieron o huyeron.

–¿Y el padre Mede aún está desaparecido?

Yasmin asiente.

–Los terroristas que sobrevivieron se lo llevaron con ellos. Algunos periódicos dicen que el sitio fue obra de la CIA y el Mossad.

Mikal se acerca a la ventana.

–¿Vas a quedarte? –pregunta Yasmin.

–No sé qué haré.

–¿Te condenarán a más de un siglo?

–Casi dos. No dejo de pensar que podría esconderme durante el resto de mi vida, pero ofrecen varios millones de recompensa por mí. Tarde o temprano me delataría alguien.

–Algunos no serían capaces de vender a un hermano musulmán.

–Algunos, sí.

Al anoecer, se sienta en los escalones del jardín y cena solo mientras

observa la lluvia. Deja el plato en el suelo, se levanta, se dirige a la puerta de la calle y mira en ambas direcciones antes de salir. Intenta ver algo a través de la cortina de agua que cae en torno al paraguas y dobla la esquina de la calle donde vive Tara. Donde vive Sharif Sharif. En el bolsillo, los dedos reposan junto a la navaja, que casi ocupa el lugar del dedo amputado.

Atraviesa el patio y mira hacia la puerta de la habitación donde se encuentra habitualmente Sharif Sharif. Se acerca y lo llama, pero esa noche no está. Al cabo de un rato, sube los escalones para ver a Tara.

La mujer está engrasando su máquina de coser, la ha desmontado por completo, y las docenas de piezas metálicas yacen en un periódico junto a ella, que está sentada en el suelo con las piernas cruzadas. Se apoya en la jamba de la puerta y la observa; ella lo mira una vez, pero enseguida aparta la mirada. Es obvio que Naheed le ha contado que ha vuelto.

Tara no puede aflojar un tornillo, entonces Mikal se acerca, le coge el destornillador y la ayuda.

–Hacía años que estaba atascado –dice la mujer en voz baja–. Cuando limpié la máquina el año pasado tampoco pude desatornillarla. No sé de dónde saqué la fuerza para atornillarla tan bien.

–No fuiste tú –dice Mikal–. Fui yo, hace dos años. Vine a ver a Naheed cuando tú habías salido, las piezas de la máquina estaban sobre la mesa y empecé a montarla.

Tara no añade nada, sigue enfrascada en su tarea, manejando las pequeñas piezas curvas y engrasándolas. Parecen reliquias de santos metálicos.

Se pone de pie y se lava las manos. Las huele y se las lava de nuevo, entonces va a la cocina y empieza a cocinar lentejas. Una mujer que ha pasado gran parte de su vida en una soledad empobrecida.

–No permitiré que Naheed se case con Sharif Sharif.

–Ese hombre no probará esa agua mientras yo viva –dice Tara–. Yo le había encontrado a otro joven. Aún no le he dicho que no a esa familia.

Un renegado del destino. Un fugitivo de la justicia internacional. Aún no es lo bastante bueno para su hija. ¿O acaso Tara está esperando a ver qué planes tiene?

Mikal se vuelve para irse, convencido de que es suficiente de momento. Había bajado la mitad de los escalones cuando Tara lo llama y él vuelve de inmediato.

La mujer señala la silla.

–Siéntate.

Baja el fuego de la olla, coge un taburete y se sienta frente a él.

Mikal no lo entiende de inmediato, pero entonces recuerda que de los muertos se habla con respeto y formalidad.

–Siento lo que le sucedió a tu hermano –dice Tara.

Yasmin dijo que había recibido ochenta y seis disparos.

–Era un buen hombre. Llegué a quererlo como a un hijo.

–Era un buen hombre. ¿Mejora eso las cosas?

–Yo diría que no.

Tara perdió a su marido cuando era muy joven; recuerda lo que sintió y su respuesta es instantánea. Es como si le hubiera preguntado el color del cielo.

–¿Y entonces?

–La vida se interpone en el dolor. –Empieza a abanicarse con unas hojas de palma–. Dejas de pensar en el dolor porque debes ocuparte de otras cosas. Pero cuando lo recuerdas... bueno... es un dolor extraño, como si alguien hubiera perdido una cuchilla en el interior de tu alma.

–No sé cuánto tiempo debería llorarlo, no sé cuándo debería parar.

Tara le pone una mano en el hombro.

–¿Quieres quedarte a cenar conmigo?

–No, gracias. Es mejor que vuelva a casa.

Regresa por las calles empapadas por la lluvia, se sienta en la galería y cuenta el dinero que le queda del que le dio Akbar. La camisa verde que lleva

tiene botones blancos. El sastre le dijo que los botones blancos y lisos costaban una rupia la docena, mientras que los verdes costaban el doble.

De noche, Naheed lo mira mientras duerme en una silla, en la galería, con las manos en los bolsillos. Lo tapa con una fina sábana de algodón, enciende una espiral de incienso para repeler a los mosquitos y la deja en el suelo junto a él, con cuidado de no hacer ruido con las cuentas de cristal. Decidió guardar la ropa negra y ponerse las pulseras para demostrarle a Sharif Sharif que ya no estaba de duelo por Jeo.

Mikal se despierta al amanecer, cuando Naheed está recogiendo las moras que han caído en la hierba, los frutos azules que la lluvia ha tirado, coágulos brillantes y azules, rojos, verdes, blancos, rosas, llenos de azúcar, que dejan los dedos pegajosos al comerlos, como si tuvieran sangre, y que manchan la lengua y las manos.

Se incorpora en la silla, con el cuerpo dolorido, y se envuelve con la sábana para entrar en calor.

–He soñado que había una ciudad en la que ardían los minaretes.

Ella se apoya en un árbol y se recoge los mechones de pelo con una mano.

–¿Estás seguro de que no lo viste de verdad? ¿En los bombardeos americanos en Afganistán? ¿En una fotografía del periódico?

Mikal niega con la cabeza. Los días infestados de dragones del planeta.

–Cuando me duermo, a menudo veo los ángeles en llamas –dice ella–. Pero en realidad no sucedió. Estaban colgados sobre los rehenes de San José, y ya ardían cuando aparecieron los soldados. La escuela ha quedado arrasada tras las explosiones. Es un montón de escombros.

En sueños también ve una y otra vez a los niños sedientos que beben orina en San José durante el segundo día del sitio. Y ve, el primer día del asedio, al subdirector que muere de un disparo y luego a los hombres y mujeres

sentados en ambos extremos de la sala, en la que hay una línea roja divisoria en el suelo que ha dejado el cadáver del subdirector cuando dos terroristas lo han arrastrado de un lado al otro.

Naheed está sentada junto a él y ambos observan el jardín en silencio. Las moras empiezan a rezumar el jugo que contienen.

–¿Qué se siente al haber vuelto?

Mikal sonrío.

–¿No podrías explicarle a los americanos lo que sucedió?

–No serviría de nada. –Tras una breve pausa dice–: Lo siento. Por todo. –Y sin volverse hacia ella añade–: Sin ti mi vida es un infierno.

Ya se lo había dicho antes, cuando ella llevaba casada sesenta y seis días, y Naheed no reaccionó. En esta ocasión, responde.

–Lo apagaré con mi aliento.

Naheed sale de casa y se dirige al cruce a comprar un paquete de Gold Flake para Mikal, ya que percibe su inquietud, una desesperación silenciosa pero palpable que nace de la imposibilidad de salir de casa.

–Hay alguien fuera –le dice ella, intentando ocultar el pánico cuando vuelve con los cigarrillos.

Mikal levanta la cabeza por encima del jazmín y el muro que rodea la casa, pero no ve a nadie en la calle.

–Lo he visto cuando he salido y seguía allí cuando he vuelto.

–¿Qué aspecto tenía?

«¿Asaltarán la casa?», se pregunta Mikal mientras baja del muro y mira a Naheed. El viento dobla los árboles que los rodean, como si estuvieran a punto de ser vencidos por la rotación de la tierra.

Es el año 1219, la era de la quinta cruzada, y Francisco, el futuro santo de

Asís, y su hermano Iluminado han cruzado las líneas enemigas para ser recibidos en audiencia por el sultán de Egipto, Malik al Kamil. Están a finales de septiembre y el paisaje que atraviesan aún está cubierto de cuerpos de la batalla que se libró el 29 de agosto.

Yasmin pasa la página. Durante siglos los artistas han plasmado los diversos episodios del increíble encuentro, uno de los más extraordinarios de la historia de la fe. El sultán con barba, túnica de brocado y turbante de seda, y Francisco con su túnica marrón, de tela basta y remendada.

Según algunas crónicas, los centinelas musulmanes se abalanzaron sobre Francisco y su hermano en cuanto los vieron. Pero según otras, cuando los centinelas los vieron llegar creyeron que eran mensajeros, o que tal vez habían ido a convertirse al islam. Los soldados de ambos bandos de la quinta cruzada se habían convertido, por lo que los centinelas los acompañaron hasta el sultán.

Yasmin acaricia las llamas con los dedos. El fuego arde en el libro de pinturas que sostiene en las manos. San Francisco de Asís se encuentra entre las llamas: entra en una hoguera para demostrar que su fe era superior al islam.

Sin embargo, eso no sucedió, sino que fue inventado posteriormente. El sultán y el futuro santo habían hablado de guerra y de fe, pero el encuentro discurrió de forma pacífica: no aparecieron clérigos musulmanes iracundos y fuera de sus cabales, como se afirma, para exigir que el sultán decapitara al monje.

Yasmin cierra los ojos y se lleva la mano al vientre, donde crece el hijo de Basie, pequeño como un carrizo. Él murió antes de que ella supiera que estaba embarazada.

Es como si la casa y el mundo padecieran una suerte de amnesia física. Lo han olvidado.

Cuando lo mataron, lo mataron en todos los recuerdos que albergaba de

Basie. Ochenta y seis balas. Una por el modo en que sonreía, una por el modo en que fruncía el ceño cuando leía, una por el modo en que apoyaba a veces la mano izquierda en el muslo cuando conducía, una por el modo en que se había echado a llorar cuando dijo que tenía que averiguar quién era la anciana que estaba sentada y se agarraba a las rodillas del inspector de policía, una por el modo en que le gustaba comer mangos sin pelar, una por la forma tan bonita que tenía de bailar al son de «One o’Clock Jump» de Count Basie, concentrado en sí mismo, una por el modo en que hablaba de su padre y lo imitaba como si estuviera borracho: «Llevaba barba, pero corregía con delicadeza a aquellos que lo confundían con un clérigo. Mi barba no es religiosa. Es revolucionaria, inspirada en Castro, el Che y Marx», una por el modo en que decía con una sonrisa «Permítame que lo complique todo aún más, su santidad», cuando el padre Mede decía «No soy más que un sencillo hombre de Dios», una por el modo en que decía que el islam era una religión cuyo pasado no podía predecirse, una por el modo en que no sabía rezar las oraciones e imitaba furtivamente a la gente que rezaba a su lado, una por el modo en que alzó la vista de la gran novela de Tolstói y dijo que el calor infernal del verano era a Pakistán lo que los inviernos nevados a Rusia...

Aguza el oído para comprobar si hay movimiento en la habitación de Rohan. Cuando, tras una pelea con Sofía, se saltaba una comida y decía desde su habitación que no tenía hambre, ella le llevaba la comida en secreto y sonreía cuando él fingía no hacerle caso en un principio, pero luego preguntaba: «¿Qué me has traído?».

Yasmin baja la mirada hacia el libro. El sultán le dio a Francisco la llave de su sala de oraciones privada, y al partir aceptó un regalo del sultán, un cuerno de marfil, que en la actualidad se conserva en Asís. La inscripción que tiene grabada dice que Francisco lo usó para llamar a la gente y a los pájaros para que lo escucharan predicar.

La sombra negra de la verja cae sobre su túnica blanca, que parece estampada. La llama de la vela titila en el suelo junto a Naheed. Mikal se inclina hacia delante y acerca la boca a su cuello, con una avidez que grita desde debajo de su piel. Todos los objetos que los rodean aparecen realzados, todos sorprendidos. Mikal se siente avergonzado por buscar la felicidad tan pronto después de la muerte de su hermano. Está convencido de que le sucederá algo horrible. Está llamando al castigo. Piensa en Salomi, piensa en Jeo, que solo lleva cuatro días muerto... para él. Intenta dejar atrás la confusión, sumirla en la oscuridad, coge a Naheed de las muñecas y empieza a romper las pulseras de cristal, eliminando la posibilidad de que Sharif Sharif la haga suya.

–Quiero mi aliento –dice Mikal.

Desliza la mano bajo la túnica, acaricia el pecho, el estómago, la curva de la espalda, y de pronto es presa del pánico. Ha estado en una guerra mundial y huele la sangre. Ella lo aparta suavemente porque también la huele: es una mujer. Una de las pulseras se le ha clavado en la muñeca izquierda. Encienden la vela que se había apagado hace unos instantes y ven la fina línea roja que nace del corte. Mikal se la acerca a la boca y con los dientes procede a extraer el pequeño fragmento de cristal alojado bajo la piel, sin detenerse cuando ella se levanta y lo lleva dentro de casa, y el cristal desaparece en su cuerpo del mismo modo en que el rubí entró en el de Jeo.

Cruza la Gran Carretera Principal y entra en el callejón oscuro; se dirige hacia las habitaciones pintadas y de techo alto, visualizando las palomas y pichones que hay en una de ellas. Cuando repara en la sombra que hay detrás de él, se enfurece consigo mismo por no haberse dado cuenta de que lo seguían. Se introduce en el estrecho hueco que hay entre los guardabarros y

parachoques de dos camiones aparcados, y mira hacia atrás. «No irán a por ti, sino que harán desaparecer a toda la gente que conoces.»

Sube de dos en dos las escaleras que llevan a su habitación. Mañana es el cumpleaños de Basie y tiene una botella de whisky Murree escondida detrás de un ladrillo suelto de la pared.

Mira a la calle desde la ventana. No parece haber nadie, al menos en las pocas zonas iluminadas que hay.

Se vuelve y mira las paredes de colores, luego se apoya en uno de los ángeles pintados y cierra los ojos. «Para ellos todo consistía en ayudar a los demás –decía Basie sobre sus padres, emborrachándose en el colchón de su habitación–. Siempre lo veían todo a través de su prisma. Recuerdo que una vez yo quería ver una película de vaqueros que ponían en el cine Capri y padre dijo que le encantaban las películas de vaqueros porque trataban de alguien que ayudaba a los habitantes de un pueblo aterrorizados por los malvados y los poderosos.» Ellos y sus amigos llevaban a poetas a las fábricas, para que se inspiraran y escribieran canciones sobre las horribles condiciones que tenían que soportar los trabajadores. Conocían a escritores y los presentaban a guionistas de Lahore para que los cuentos antiguos de la región que narraban historias de resistencia ante la injusticia se incorporaran a películas contemporáneas.

Se oye un ruido fuera.

–Akbar.

La tensión se transforma en una especie de alivio.

Akbar entra y abraza a Mikal.

–¿Qué haces aquí?

El chico tiene un aspecto desaliñado, como si no hubiera dormido, y los ojos oscuros.

–Han descubierto que maté a mi padre –dice en voz baja.

–Los militares. ¿La gente con la que había mantenido contactos?

–Sí. –Mira a su alrededor. Lleva una mochila al hombro y la deja a los pies de Mikal–. Tienes que llevar esto a Megido.

–¿Qué es?

–Salomi se ha casado. Su nuevo marido y ella tienen que huir de Pakistán. Estarán a salvo en Yemen.

Se dice a sí mismo que no debe permitir que Akbar vea su reacción.

–¿Qué hay en la bolsa?

–Necesitan dinero para huir.

–Yo creía que tenía de sobra.

Akbar niega con la cabeza.

–Antes sí, pero cuando mi padre se fue esa noche lo quemó todo en el horno de la fábrica de armas. No quedó ni una rupia. Lo convirtió todo en cenizas. –Señala la bolsa–. Tienes que ir y darle esto a Salomi para que puedan huir.

Akbar abre la bolsa. Está llena de ropa, pero saca tres fajos de billetes que hay escondidos debajo, cada uno del grosor de un listín telefónico.

–¿Cuándo se casó?

–La mañana que te fuiste. –Akbar deja el dinero en su sitio y cierra la cremallera–. Son cincuenta y cinco mil dólares.

–No creo que pueda hacerlo.

–Por favor. Los soldados tienen el apoyo de los americanos y no tardarán en asaltar la casa, si no lo han hecho ya. Salomi y su marido tendrán que sobornar a varias personas para atravesar pueblos y ciudades, y encontrar lugares en los que refugiarse. De lo contrario, la gente los entregará a los americanos para cobrar la recompensa.

–No puedo.

En la fábrica de ladrillos los estadounidenses le habían preguntado si alguna vez había manejado dinero de Al Qaeda. Sin embargo, sabe que debe ver a Salomi y darle una explicación, si puede.

–Limítate a ir, dale el dinero y vuelve –dice Akbar, y añade–: Eres mi hermano.

Se sienta junto a la bolsa, fumando, en una habitación inundada por la oscuridad. Han pasado tres días desde que Akbar le dio el dinero, que sigue en el mismo sitio. Se acerca a la ventana y mira al jardín, cuyas flores son tan bonitas como el edén, donde se dice que tienen su origen todos los recuerdos de todos los hombres, y al cabo de poco regresa junto a Naheed, que todavía está en la cama.

Cuando está desnudo a su lado ella ve las heridas de bala. Lo observa, su piel de un moreno pálido con las pantorrillas y los antebrazos más oscuros y velludos, delgados pero fibrosos y de una belleza absoluta a la luz de la vela que pasa por encima de él.

En un libro ha descubierto el valor del cuerpo humano. Se dice que los elementos químicos que conforman a un ser humano tienen un valor de mercado de entre cuatro y cinco dólares. Su risa arrebatadora, las cejas pegadas, el aroma de su aliento y su saliva cuando se inclina hacia delante y la besa durante varios minutos. Cuatro o cinco dólares. Las facciones cobran forma bajo el punto rojo resplandeciente cuando le da una calada al cigarrillo en la oscuridad. Es como si estuviera aspirando luz a través de un tubo blanco, una luz que luego corre por debajo de su piel y muestra su cuerpo de forma velada. Ella lo mira cuando Mikal se levanta de noche y se arrodilla junto a la mochila. Jeo regresó con un traje ajustado de moratones, y ahora ella no quiere que Mikal vaya a Waziristán.

Una noche, antes de casarse, Mikal se coló en la habitación que compartía con Tara. Ella se aterrorizó cuando lo vio junto a su cama en plena noche,

mientras su madre dormía a pocos centímetros. Lo cogió de la mano y lo acompañó hasta el tejado.

–No puedo dormir –le dijo él.

–Recita un poema. Ayuda. Uno que rime.

–No sé ningún poema.

–Pues cantas a menudo.

–Son canciones, no poemas.

–Son lo mismo.

Al día siguiente le regaló un poemario de Wamaq Saleem, comprado en el bazar urdu, que contenía unos versos en los que la paloma llamaba a su adorado amante, el ciprés. Era como si el poeta ignorara por completo la inmensidad que se interponía entre ambos, y entre el bulbul y la rosa, y entre la abeja y la flor de loto, por lo que la paloma llamaba y llamaba, la rosa se abría para el bulbul, y la abeja volaba en círculos y más círculos sobre los lotos.

–¿Te permitirán recibir cartas en la cárcel? –le pregunta Naheed cuando Mikal se aleja de la bolsa que contiene el dinero.

–¿De qué hablas? Te prometo que volveré.

–¿Y visitas? –Naheed se incorpora en la cama—. ¿Te permitirán recibir visitas los americanos?

Él la abraza.

–No digas eso.

–Ni tan siquiera sé cuánto cuesta un billete de avión a Estados Unidos. Debe de valer varios miles de rupias. Nunca podré ir a visitarte.

Lo que los despertó fue el sonido que se produjo cuando dejó de llover, la súbita calma en plena noche. Un silencio colmado de distancia.

–Será un viaje rápido –insiste él—. Dos días de ida, dos de vuelta. Cuatro días en total... Cinco como máximo.

Dibuja en un mapa una línea que va de Heer a Megido. Tomará autobuses

de rutas secundarias y evitará las estaciones principales. Es un zigzag de tinta que recuerda la constelación de Hidra. Y ahora se susurran mutuamente palabras en la piel. «Ciertamente, la plegaria en el principio de la noche es más eficaz y más correctas las palabras»: Naheed piensa en estas palabras del Corán. Los dedos de Mikal se entrelazan con la cadena de hojas que ella lleva en el cuello.

–¿De pequeño jugabas con las joyas de tu madre? –pregunta ella.

–Sí. También me las ponía.

Naheed se quita la cadena y se la pone a Mikal justo en el momento en que oyen la llamada a las oraciones del alba, pero permanecen abrazados, pecando en un momento sagrado, y cuando él se levanta de la cama ella intenta alcanzar el cierre de la cadena para quitársela.

–Déjamela –le pide él.

–Pero si es de mujer.

–Me da igual. –Y entonces añade–: ¿Acaso no es mujer el alma?

Fuera, en cuestión de una hora, el sol empezará a alzarse entre los arrecifes sangrientos de las nubes, y los pájaros ya buscan la luz que les permita volar.

Tara está reparando un paraguas estropeado.

–¿Te vas?

–Volveré dentro de unos días.

La mujer lo mira a los ojos.

–Un amigo necesita ayuda.

Ella asiente.

–Solo quería hablar contigo de Naheed –dice–. Ni tú ni yo queremos que se case con Sharif Sharif, pero me has dicho que le habías encontrado otro hombre... No lo necesita. Naheed quiere estudiar para ser maestra...

–Sé lo que necesita y lo que quiere mi hija. También puede estudiar

cuando se haya casado.

–Sí, tienes razón. –Mikal se mira las manos–. No sé qué quiero decir. Aún no puedo ofrecerle el tipo de vida que querrías para ella. Podrían atraparme en cualquier momento y llevarme lejos, con lo que la dejaría sola de nuevo.

Tara deja el paraguas a un lado.

–Me interpuse en tu camino una vez, pero no volveré a hacerlo. Supongo que, llegado el momento, lo que de verdad importa es la palabra de un hombre. Es la única garantía que necesita una mujer. ¿A quién le importa que los botones de su camisa no hagan juego con la tela?

–Volveré dentro de cinco días.

–Entonces me alegrará poder llamarte yerno.

–Siento no haber pensado en las consecuencias que habrías sufrido cuando le propuse a Naheed que huyéramos antes de su boda con Jeo.

–Me habría puesto en un verdadero aprieto, sí.

–Siento no haber pensado en ello.

–¿Lo harías de nuevo?

–No te estoy pidiendo disculpas por querer hacerlo.

Ella lo alaba abiertamente.

–Es una buena respuesta. Yo también voy a ser muy sincera contigo. Le fallaste una vez a mi hija porque no te presentaste cuando dijiste que ibas a hacerlo. No permitiré que vuelvas a decepcionarla. ¿Está claro?

–Sí. Pero ¿no dijiste que si ella hubiera huido las consecuencias para ti habrían sido horribles?

–Esa es una cuestión entre ella y yo que no te incumbe. En lo que respecta a los demás, estoy del lado de mi hija. No vuelvas a fallarle jamás.

–Siento haberla defraudado aquella vez.

–Haces bien en decirlo. Y tal vez debas replantearte ese sentimiento de culpa que arrastras por haber disparado contra esos americanos.

–Lo intentaré. Los hombres que maté tenían madres, padres, seguramente

mujeres e hijos. Los maté y debo pagar por el crimen.

–Pero no debes ser tan duro contigo mismo, al menos hasta que vuelva a reinar un orden perfecto en el mundo. A veces la vida es difícil, te provocaron y estabas confuso. Una parte de la culpa es suya. No seas tan severo.

–Tus palabras podrían tomarse como una excusa para vivir al margen de toda norma.

–Eso también es cierto.

Tara le dice que vaya con Alá, Mikal se echa la bolsa al hombro y baja las escaleras.

Llama a Naheed desde la estación de autobuses solo para oír su voz y hablan de los planes que tienen cuando regrese. Él le susurra unas cuantas palabras obscenas y ella se ríe en voz baja; luego Mikal escucha su respiración hasta que se le acaba el dinero, cuando el sol se alza sobre Heer y el cielo cambia de color como alguien cambiando de un idioma a otro; y como si estuviera en un cuento de hadas, sabe que morirá si se quita la cadena de Naheed que lleva al cuello. Cuando cuelga, lo hace con el profundo temor de que belleza y pérdida sean inseparables, pero entonces piensa en un verso de uno de los poemas de Wamaq Saleem: «El amor no es consuelo, es luz».

III

HIJOS IGUALES

... contaba la fábula
cómo fue arrojado por la ira de Júpiter,
y por encima de los cristalinos muros del cielo,
rodando todo un día de estío desde la mañana al mediodía
y desde el mediodía hasta la noche;
y al ponerse el sol cayó del cénit, como una estrella fugaz,
en Lemnos, isla del mar Egeo.

El paraíso perdido

A medida que el autobús se acerca a Megido, el cobrador y el conductor hablan de un posible cordón paramilitar en torno a la ciudad. Mikal les oye decir que los soldados están parando autobuses para comprobar la documentación de los pasajeros. Cuando están a seis kilómetros de las afueras le pide al cobrador que lo dejen apearse. Baja de un salto y lo ciegan el calor de la tarde y el resplandor de la carrocería metálica y también, cuando echa a andar, los destellos procedentes de todos los puntos del paisaje, que lo desorientan en varias ocasiones durante la hora y media que tarda en llegar a las afueras de Megido. Sopla un viento de poniente, de los desiertos salvajes e inabarcables. Se detiene cuando ve la casa amarilla y se la queda mirando. La tela de la mochila se reblandece por culpa del calor. Cuando se pone en marcha de nuevo, cambia de dirección. En lugar de dirigirse a la casa por la puerta delantera, se acercará por la orilla del río, por la cocina que hay en la parte posterior. Oculto entre los hermosos árboles que hay junto al agua, observa la entrada de la cocina. No hay movimiento ni se oye ruido. Ve la huella de una bota en la zona de tierra que hay entre el soto y la puerta de la cocina. Tumbado boca abajo, escucha con la oreja pegada al suelo durante varios minutos. Oye el murmullo del agua. Espera tres horas hasta que se pone el sol y la luz se tiñe de un ámbar intenso, los pájaros regresan a los árboles que lo rodean armando alboroto y se desgañitan mientras pelean por su rama preferida. No ha entrado ni salido nadie de la casa y al final decide ponerse en marcha de nuevo e ir más allá de la huella

del suelo. Le parece reconocer el dibujo de la huella de los días que pasó prisionero de los estadounidenses, pero no está seguro.

La puerta de la cocina cruje al abrirse y lo primero que ve es el casquillo en el suelo de baldosas, pero aun así entra y recorre la estancia sin hacer ningún ruido, reduciendo los movimientos del cuerpo al mínimo, con la respiración contenida. La puerta que hay al otro lado de la cocina da al patio interior de la casa, y mira por un resquicio. No hay nadie, y tampoco hay luz en las habitaciones que dan al patio. La luz roja del atardecer lo inunda todo, como si el lugar estuviera sumergido en sangre.

Vuelve sobre sus pasos, coge el casquillo del suelo y lo examina durante un rato.

Ha visto el coche del hermano de Akbar, aparcado en el otro extremo del patio, y coge un trapo de una estantería y decide acercarse al vehículo, agachado, para examinarlo. Envuelve el retrovisor lateral con el trapo para amortiguar el ruido que produce al arrancarlo, con un gesto decidido, como si le hubiera roto el cuello a un conejo.

Utiliza el espejo para inspeccionar las habitaciones antes de entrar en ellas, estirando el brazo junto a la puerta de cada una.

Varias paredes están acribilladas de balas. Los teléfonos no tienen línea. Está a punto de encender la luz, pero se detiene. En lugar de eso enchufa la plancha y toca la base al cabo de diez segundos para comprobar si se ha calentado. Sigue fría, de modo que han cortado el suministro eléctrico.

Los tres perros que había en la parte delantera de la fábrica de armas ya no están, y mientras atraviesa la hierba alta aparecen mosquitos, con los abdómenes hinchados de sangre, e ignora de quién puede ser. Dentro de la fábrica, el suelo junto al horno está cubierto de cenizas de dinero quemado. Ocupa un espacio del tamaño de seis o siete alfombras de oración. Las cenefas de tinta impresas en los billetes, así como las palabras, los retratos y los monumentos aparecen en gris sobre el negro del papel arrugado, grises de

varios tonos, según el color original de la tinta. Gris azulado. Gris naranja. Gris verdoso o rojizo.

Con los pies reduce un rectángulo oscuro a un montón de polvo negro, y al moverse es observado por el ojo de todos los billetes de dólares.

Cuando regresa a la cocina, está inundada con las delicadas sombras del crepúsculo. Enciende un farol y casi se estremece cuando la llama crece en el interior de la esfera de cristal y la intensidad de la luz aumenta a su alrededor, como si alguien hablara en un tono de voz más alto de lo que aconseja la prudencia. Baja la llama. La bolsa del dinero sigue colgando de su hombro. Levanta la tapa de barro de la vasija de la leche y ve que se ha agriado. Llena un vaso de agua y lo bebe en la penumbra. Hay unos cuantos chapatis duros como el cartón en un cesto, pero se secan al cabo de un día, por lo que no puede saber desde cuándo están allí.

Al final coge la lámpara y se dirige al ala sur, donde permanece casi una hora, intentando reconstruir lo que ha sucedido. La puerta metálica de la entrada ha sido arrancada de cuajo y huele los goznes para averiguar qué explosivo se ha utilizado. Parece que la batalla fue especialmente cruenta aquí. La sala que contenía las cajas de folletos está vacía, los cristales de las ventanas hechos añicos, los marcos astillados. Ha habido explosiones en varias salas. Cohetes, bombas. Los soldados debieron de disparar a través de las puertas y lanzar granadas antes de entrar. Recorre el ala como un zapador, sala a sala, y no encuentra a dos de los tres airedales hasta que abre la última puerta. Los cuerpos tienen rígor mortis. Están separados por pocos metros, unas pisadas unen los dos charcos de sangre y luego se dirigen hacia una ventana. No hay rastro del tercer perro.

Cuando regresa a la cocina coge uno de los chapatis secos y se lo come con las patatas con curry y cordero que encuentra en un cuenco de la nevera apagada, y mastica la carne dura hasta que se ablanda. Encuentra un bote de zanahorias en almíbar y se las come a oscuras, llevándose a la boca las

hortalizas largas y rojas de dos en dos o de tres en tres, mientras mira por la ventana hacia el río que fluye en silencio bajo la luna, al amparo de un manto de estrellas que empieza a crecer en el horizonte.

Se seca las manos en los pantalones y entra en la zona de la casa ocupada por las mujeres. Llama al leopardo en voz baja en varias ocasiones mientras se adentra en el santuario. El silencio lo rodea en el dormitorio de Salomi y lo embarga la sensación de que es el silencio de una trampa. Está atrapado en algo inmenso, respira lentamente para mantener la calma y no para de repetirse que no importa lo profunda que sea el agua mientras pueda nadar.

Se queda dormido en el suelo de la cocina, con la mochila a modo de almohada, y se despierta al cabo de varias horas, mirando al cielo azul oscuro. No lo recuerda, pero en algún momento de la noche ha salido al jardín y se ha echado a dormir en la hierba, y ahora yace boca arriba, mirando las constelaciones bajo un cielo refulgente, y siente la presión de la tierra en la espalda, que lo sostiene, que lo levanta en el espacio nocturno. Reposa sobre la temblorosa y tensa solidez del planeta, la curva enorme y viva del mundo bajo su cuerpo.

Aunque todavía es de noche, sale de la casa por la puerta de la cocina, con la mochila al hombro, los haces de luz de la luna rielando en la superficie del río. Tras cruzar el agua llega a la carretera que conduce a Megido, y a medio camino toma el estrecho sendero que desemboca en el prado de flores amarillas. Puede olerlas antes de llegar. Tiene la sensación de que las vio por última vez hace varios meses, cuando en realidad solo han pasado unos días. Ya se pueden ver claramente los cráteres y los cañones de la superficie lunar. Bajo la luz azulada de la noche, Mikal camina entre las flores, todavía algo calientes tras las altas temperaturas del día, y se dirige hacia las colinas; al cabo de tres cuartos de hora está agachado junto a una fuente, observando un grupo de figuras oscuras a lo lejos. Se pregunta si son estadounidenses. Se encuentran a unos cincuenta metros de él, al otro lado de una amplia franja de

grava. Entre ellos se interpone un pequeño grupo de arbustos oscuros. Se arrastra avanzando con los codos, con la mochila descansando sobre los riñones. Las figuras se mueven lentamente por la ladera de la colina y parece que buscan en la red de cuevas. Que buscan terroristas. De pronto emergen unas cuantas personas de una de las cuevas, echan a correr y luchan con los hombres que los buscaban. Se revuelven con furia, como una serpiente en las garras de un águila. Algunos de ellos caen al suelo y se levanta una cortina de polvo y el viento transporta sus gritos junto con unas palabras en árabe de alabanza a Alá, que los hombres capturados pronuncian al sentir que se cierra la presa sobre su cuerpo y al sentir cada punzada de dolor. Los estadounidenses, si son estadounidenses, guardan silencio, como si sus palabras y sonidos no pudieran transmitirse por el aire de esta tierra. Su existencia genera una electricidad que Mikal puede sentir en la piel, y durante una fracción de segundo le parece ver los ojos brillantes de un hombre blanco bajo la luz de la luna. Pero ahora sabe que los hombres que rastreaban las colinas son soldados paquistaníes porque los oye hablar en urdu, punjabí, pastún e hindko. Los prisioneros serán entregados a los estadounidenses y el ejército paquistaní cobrará la recompensa. A buen seguro los árabes debían de acabar de llegar de Afganistán y tenían la esperanza de unirse a los compañeros que ya habían huido a esta zona. Incluso es posible que tuvieran la intención de ir a casa de Akbar. Tres de ellos han huido colina abajo, en dirección al valle de flores, y cinco soldados los persiguen, levantando una cortina de polvo que desprende un resplandor pálido bajo la luna, y pasan a poco más de cinco metros del lugar donde se encuentra Mikal, pero siguen corriendo hasta convertirse en unas diminutas figuras bajo la luz azul y acaban desapareciendo.

–Sal de aquí, sal de aquí –se dice a sí mismo en voz baja.

Cuando llega a la casa, la oscuridad empieza a dar paso a la luz, despunta el alba y desde Megido llega la débil llamada a la oración. Se pregunta si

debería ir a la mezquita e intentar obtener información, pero al final decide no hacerlo por temor a que alguien avise a los soldados paquistaníes o estadounidenses de su presencia. Se queda dormido en la habitación de Akbar, escuchando al muecín, después de haber cerrado la puerta con llave y atrancarla con la mesa, escuchando al muecín y sus propios susurros: «Sal de aquí, sal de aquí».

Con el leopardo de las nieves escondido dentro de la camisa, el soldado estadounidense cruza la línea divisoria internacional alrededor de las tres de la madrugada, abandona la provincia afgana de Paktika y entra en Waziristán del Sur. La cabecita del cachorro asoma entre los dos botones desabrochados del *kameez* del soldado, que atraviesa una noche preñada de planes terroristas y complots de generales, las matemáticas de la guerra. Sopla un viento sucio que arrastra nubes de tierra, y el soldado carga con una mochila a la espalda y lleva un enorme teléfono vía satélite Thuraya en una funda en torno a la cintura. En el bolsillo de los pantalones cortos debajo de los largos lleva otro teléfono vía satélite más pequeño, en caso de que le quiten el otro.

Es un soldado de las fuerzas especiales y ha encontrado el leopardo de las nieves durante un asalto a una casa de una ciudad llamada Megido. Entre los diversos objetos que lleva en la mochila hay seis de las varias docenas de latas de comida de gato que ha hecho que le envíen desde Estados Unidos.

En los cactus hay flores nocturnas. Pasa entre las mariposas que se alimentan de ellas, cuyo aleteo oye a su alrededor. Estas colinas yermas son utilizadas por los terroristas para huir de Afganistán, algo de lo que es muy consciente mientras camina. Su hermano pequeño fue asesinado en enero por un prisionero liberado.

Desconoce su nombre, pero sabe que al prisionero le faltaban los índices de las manos.

Cruza una extensión de arena donde el viento ha formado pequeñas dunas onduladas, como unas escaleras rotas de mármol blanco; se fija en el ángulo en que avanza en relación con el dibujo de las dunas, manteniéndolo constante para no perder la orientación. Es el individualista. Les ha dicho a los demás miembros de su equipo que volvería dentro de veinticuatro horas o que les llamaría si necesitaba ayuda. Si para entonces no ha regresado, empezarán a buscarlo.

De vez en cuando se asegura de que el leopardo mire hacia su pecho, porque sabe que en el desierto los ojos del felino pueden verse desde un kilómetro y medio de distancia.

En las memorias de ambos teléfonos vía satélite ha cargado las fotografías del prisionero que mató a su hermano, tomadas cuando lo capturaron. Nunca deberían haberlo liberado; no les dio su nombre, lo cual debería haber sido indicio suficiente de que era un terrorista curtido que a buen seguro pertenecía a los altos mandos de Al Qaeda. Deberían haberlo enviado a Cuba para poder someterlo a un interrogatorio completo y avanzado. Prueba de ello era que había asesinado a dos estadounidenses en cuanto lo liberaron. Se está llevando a cabo una rigurosa investigación sobre los motivos por los que se concedió la libertad a un prisionero tan astuto e inteligente, que era a todas luces una amenaza para Estados Unidos y para la paz en la región.

Sin embargo, siempre resulta difícil tomar una decisión con certeza. Tanto los inocentes como los culpables lloran en las salas de interrogatorio y derraman lagrimones que dejan grandes manchas en los monos. «Juro por Alá, por mi corazón y mis extremidades...» «Juro por Alá y por la tumba de mi madre...»

Se detiene y mira a su alrededor al llegar a un río para asegurarse de que avanza en la dirección correcta. Sabe que la mayoría de los ríos de Waziristán del Sur fluyen de oeste a sur, y recuerda la paranoia que se apoderaba de su hermano a la hora de cruzar arroyos o ríos en Afganistán, ya que había oído

historias de minas rusas de plástico que aún eran arrastradas por la corriente. Pero está en Pakistán.

Hay bases militares estadounidenses en Alemania, Japón, Corea del Sur, Arabia Saudí, Kuwait, Baréin, Albania, Bulgaria, Macedonia, Qatar, Omán, Emiratos Árabes Unidos, Hungría, Bosnia, Tayikistán, Croacia, Afganistán, Kazajistán, Uzbekistán, Georgia. Una base en cada país vecino, lista para movilizar y reprimir posibles amenazas. Ahora ya no está en juego la felicidad americana, la libertad americana, los intereses americanos ni el estilo de vida americano. Lo que está en juego ahora es la supervivencia de Estados Unidos.

Se orienta por las estrellas y elige una nueva constelación cada veinte minutos cuando la antigua cambia de dirección con la rotación de la tierra. Hércules. Ofiuco. Se pregunta si entre ellas hay un espíritu o un dios o una diosa que recorra el campo de batalla, recopilando las últimas palabras de los moribundos, tomando nota de hasta la gota más pequeña de sangre derramada.

¿Cuáles fueron las últimas palabras de su hermano?

Precavido incluso cuando estaba alterado, su hermano nunca había infringido las normas como policía militar; de hecho, una tarde había intervenido cuando un interrogador se dejó llevar por las emociones y estableció contacto físico con el prisionero: agarró del mono al muchacho y lo zarandeó. La mayoría de los prisioneros son tan menudos, tan delgados y desnutridos que nunca los abandona el miedo de que alguno de ellos pueda morir incluso bajo los rigores del régimen normal. Aún no ha derramado ninguna lágrima por el asesinato de su hermano, ya que ha intentado expulsar esa pérdida de su pensamiento, se ha adentrado en una bruma inexplorada, y se reprende a sí mismo cuando se oye tararear la canción que tanto le gustaba a su hermano y que les había enseñado su madre.

Mikal tiene un hambre canina cuando se despierta tras dormir solo dos horas. Ha salido el sol. Coge cuatro huevos de la nevera, los cocina y se dirige con la sartén a la orilla del río, donde sopla una cálida brisa del desierto, y observa el agua mientras come. Lava la sartén, la guarda en la estantería y mira el reloj de pulsera. La mujer que trabajaba de cocinera en la casa vive a un kilómetro y medio de allí río arriba, pero es demasiado pronto para hacerle una visita. Cava un hoyo, luego se dirige al ala sur, envuelve a los dos perros en sábanas y los saca fuera. En lugar de romperles las patas, cava un hoyo más grande.

No se ha apartado de la mochila del dinero en ningún momento, pero ahora la deja en el armario del dormitorio de Akbar y la tapa con ropa hasta que ya no se ve. Está a punto de cerrar el armario cuando se detiene en seco. Las pistolas se han mezclado con llaves, cuchillos, tenedores y cucharas, y en la habitación del padre de Akbar hay un baúl de acero con una pistola de percusión en el interior. Si se abre la tapa sin activar un dispositivo especial, la pistola se dispara. Es ahí donde guarda la bolsa. Luego mira el reloj de pulsera, sale de la casa y echa a caminar por la orilla del río.

Hay un hombre sentado en la galería de la casa de la cocinera, leyendo un periódico. Ronda los cincuenta años, tiene un aspecto desaliñado, barba canosa de tres días y una nuez tan pronunciada como la nariz. Alza la vista y examina a Mikal.

–Me llamo Mikal. Soy amigo de Akbar –dice y señala con un gesto de la cabeza hacia atrás–. De la casa.

El hombre tarda en reaccionar y luego llama a una mujer que está dentro de casa.

–Fátima.

Aparece la mujer en la puerta y se lleva la mano a la frente para protegerse los ojos del sol. Luego se sitúa junto al hombre, secándose las manos con el velo. Ha reconocido a Mikal.

–¿Vienes de la casa? –pregunta el hombre.

–Sí, he pasado la noche allí.

La mujer da un grito ahogado.

Le hablan del tiroteo, que duró diez horas. El ejército acordonó una zona alrededor de la casa. En el asalto intervinieron fuerzas paramilitares del cuerpo fronterizo y de los exploradores de Waziristán. Fue la primera operación de Pakistán contra Al Qaeda y los talibanes, llevada a cabo bajo una gran presión por parte de Estados Unidos. Murieron varios miembros de las fuerzas de seguridad, así como militantes chechenos, uzbekos y árabes. Muchos extranjeros huyeron al desierto y las colinas.

–Todo esto sucedió hace tres noches –dice la mujer–. Desde entonces nadie había puesto un pie en la casa.

–De modo que no saben dónde está todo el mundo. El hermano y la hermana de Akbar...

Ambos niegan con la cabeza y, como no tiene nada más que decirles, da media vuelta para irse.

–Vuelve a la hora del almuerzo –dice la mujer.

–Gracias, así lo haré –promete Mikal.

–¿Me traerás mi rosario? Es de cuentas verdes y blancas y está colgado en un clavo cerca de...

–Lo he visto.

Cuando llega a la casa, desactiva el dispositivo, abre el baúl de acero y ve que el dinero sigue donde lo había dejado. Lo mira fijamente mientras juguetea con la cadena de Naheed que lleva al cuello.

Al cabo de media hora se encuentra en el estrecho sendero que conduce al prado de flores amarillas. Atraviesa el campo en dirección a las colinas. La cara occidental de la cordillera está formada por gruesos estratos de roca del mioceno, que descienden en dirección oeste. En el lado oriental aparecen varias rocas de formaciones más antiguas bajo las del mioceno, y forman una

escarpa de piedra blanca que ha dado nombre a la cordillera. Sube hasta el lugar donde murió el padre de Akbar en la camioneta. Finos estratos de lignito, de piedra caliza jurásica, y luego solo fragmentos de cristal y restos de pintura verde desconchada en la roca contra la que chocó la camioneta.

–Hijo de puta –dice alguien detrás de él, en voz baja.

Mikal se vuelve y lo ve agachado, a unos diez metros de él. El hombre con el que estaba prometida Salomi, el hombre al que conoció en la habitación llena de cajas, libros y otros textos.

–¿Qué haces aquí? –pregunta el hombre.

–Podría hacerte la misma pregunta.

–¿Estás solo?

El hombre mira a su alrededor. Vuelve a detener la mirada en Mikal, se echa el AK-47 al hombro y se levanta. Lleva el mismo *shalwar kameez* que el día en que Mikal lo vio por última vez, pero mugriento, lleno de polvo y porquería.

–¿Cuánto dinero tienes?

–Solo unas cuantas rupias –responde Mikal.

–Hijo de puta.

Le dará los dólares al hermano de Akbar o a Salomi, no a él.

–¿Qué haces aquí fuera? –pregunta el hombre.

–Estoy buscando a uno de los perros, que huyó.

–¿Dónde te habías metido?

–Debería irme –dice Mikal, que se vuelve.

–Te he preguntado que dónde estabas.

–Tuve que irme.

–Justo antes del asalto.

–¿Qué insinúas?

El hombre escupe en la tierra.

–Quiero las rupias que llevas en los bolsillos.

–Las necesito para mí.

El hombre levanta el rifle.

–No era una pregunta.

Mikal saca el dinero y el hombre le hace un gesto para que lo tire al suelo.

–¿Dónde está la bolsa con el dinero americano que te ha dado Akbar?

–En la casa.

–Tráelo aquí esta noche.

–¿Están contigo el hermano y la hermana de Akbar?

–¿Y eso a ti qué te importa? –El hombre guarda un elocuente silencio y añade–: He visto al perro.

Señala una roca que hay a diez metros de allí. Mikal se acerca al lugar, pero no hay nada. Lo rodea y regresa poco después.

–¡Es un chacal!

–Lo sé. Lo mató el perro.

–¿No podrías haberme avisado antes de enviarme allí?

El hombre no responde y entrecierra los ojos por culpa del sol.

–Ven aquí con el dinero a medianoche.

Cuando llega a la casa de la cocinera a la hora de comer, les dice que se irá al día siguiente. Y también que le gustaría dejarles una bolsa para que se la entreguen a Akbar o a cualquier otro miembro de la familia en caso de que vuelvan. El matrimonio le dice que un amigo había ido a verlos hacía una hora con noticias recientes.

–Alguien ha visto a Salomi en las colinas –dice el hombre.

–¿Dónde?

–No era Salomi –dice la mujer–. Era su fantasma. Han visto a su fantasma.

–Fátima –dice el hombre, consternado.

–Déjame que se lo cuente –dice ella–. Ha luchado en una guerra. Nadie

crea más en fantasmas que los soldados.

–No son más que habladoras –le dice el marido a Mikal–. Salomi ha sido capturada por los americanos o ha huido con la gente de Al Qaeda y se ha unido a la yihad. Para esa gente el anonimato de una mujer es un activo. Podría entregar mensajes oculta bajo el burka.

Como no tiene rupias, decide coger unos cuantos dólares de la bolsa y cambiarlos en el bazar de Megido. Ir hasta allí supone un riesgo, pero no tiene alternativa. Además, podrá utilizar una cabina para hablar con Naheed y decirle que empezará el viaje de vuelta al día siguiente.

Se queda dormido en la habitación de Akbar, con la almohada bordada con versos del Corán, cuyo fin es desterrar las pesadillas nocturnas. Se despierta tras la puesta de sol, abre el baúl de acero y ve que la bolsa ha desaparecido.

La desesperación se apodera de él de inmediato.

Examina el suelo para ver si hay sangre y mira hacia la pared opuesta en busca de una posible marca de bala, olisquea la pistola que hay en el interior del baúl para comprobar si se ha disparado. Incluso regresa al armario de Akbar, donde había escondido la bolsa en un primer momento, y saca la ropa, consternado, separando las prendas de una en una; luego mira bajo la cama y detrás del sillón.

Rodeado por la luz amarilla del farol que sostiene en la mano, se siente observado.

En la fábrica de armas coge un martillo, unas cizallas, un destornillador plano y se dirige hacia el coche al que le arrancó el retrovisor lateral la noche anterior. Rompe la ventana, entra en el vehículo, clava el destornillador en el contacto y lo gira como una llave, pero el coche no arranca. Destornilla los paneles de la columna de dirección para dejar al descubierto los cables que hay en su interior y los tornillos caen al suelo. Corta los cables rojos, pela los

extremos y los empalma. Entonces corta los cables del motor de arranque: acerca los dos extremos, que producen cinco chispazos de distintos tamaños al entrar en contacto, y el vehículo cobra vida. Por último desbloquea la dirección introduciendo el destornillador en la ranura entre la parte superior de la columna y el volante.

Una vez solucionados los problemas, sale por la puerta principal, a la que no se ha acercado desde que llegó.

Recorre las colinas sin rumbo fijo y se adentra en el desierto que las rodea, donde reina una oscuridad tan absoluta que le duelen los ojos de tanto forzar la vista, una oscuridad que recuerda a la celda oscura de aislamiento de la prisión estadounidense. Al final sale la luna y su luz se extiende con una neblina blanca sobre las dunas y las llanuras del desierto. Una a una las colinas que se alzan al oeste ofrecen sus laderas a la luna en una unión resplandeciente y pálida, alzándose entre las sombras. A medianoche regresa al lugar donde debía llevar los dólares, pero nadie acude a su encuentro y empieza a gritar el nombre del hombre en todas las direcciones. Escucha con atención, pero solo se oye el viento y el eco transportado por el viento, y el tiempo ya no le parece humano porque se expande y se contrae, es inestable como un líquido. Es la una de la madrugada y la está buscando a ella y a su fantasma, y la bolsa repleta de dólares, y habla consigo mismo, en una tierra accidentada junto al desierto, con una linterna en la mano derecha, recordando una historia sobre un soldado que entra de noche en un bosque donde se dice que vaga el espíritu de su amante muerta, transformado en un animal voraz.

En la casa, coge el teléfono sin línea y marca el número de Heer de sus padres, lo recuerda desde su infancia, y escucha en la oscuridad, imaginando

la lejana habitación pintada. Entonces marca el número de casa de Rohan y habla con Naheed durante casi una hora.

Dos soles falsos se alzan con el verdadero, uno a cada lado. Está exhausto después de haber dormido solo una hora, abre los ojos y en un estado de duermevela observa sus manos sobre las sábanas; por un momento, los dedos amputados le hacen pensar que está desapareciendo. Se incorpora bruscamente, alarmado.

Se dirige al baúl de acero, pero el dinero no ha aparecido, y se pregunta con una punzada de vergüenza y desconcierto si la cocinera y su marido se lo han robado.

El marido está en la galería cuando llega Mikal, leyendo el mismo periódico que la primera vez que fue a verlos. Cuesta encontrar periódicos en Waziristán.

—¿Has venido a despedirte?

Mikal niega con la cabeza.

—Creía que habías dicho que te ibas hoy.

Se queda quieto, en silencio.

—Tengo que encontrar trabajo para ganar dinero y poder pagar el billete de vuelta. Creo que iré a Megido.

—¿Cuánto necesitas? Podemos dártelo.

—Gracias, pero preferiría ganármelo.

Salta a la vista que no les sobra el dinero.

—Podrías hacerme algún recado —dice el hombre—. Me ahorrarás un viaje. Tendrías que entregarle un cargamento de chatarra a Sara. Es una ciudad pequeña, a unos cincuenta kilómetros de aquí...

—Lo sé. Akbar la mencionó en una ocasión.

—Te daré las indicaciones para que puedas llegar bien. Coge mi camioneta,

la que está cargada. Debería llevarte unas tres horas llegar hasta allí. Y tres horas más de vuelta.

–Puedo hacerlo, pero antes tengo que dormir un poco.

–Puedes irte después de comer y así volverás antes de que se ponga el sol. No te recomiendo que andes por ahí fuera cuando anochezca. –El hombre dobla el periódico y tiene los dedos manchados de tinta–. Esto resume la situación muy bien –dice–: después de leer los periódicos de este país tienes que lavarte las manos.

Mikal mira las páginas. Para ver si hay alguna noticia del padre Mede. Pero el país se ha sumido en otra crisis. «Matanza en el consulado estadounidense de Karachi», reza el titular con unas letras de siete centímetros. Un camión con una bomba de fertilizante, conducido por un terrorista suicida, fue detonado frente al edificio y provocó la muerte de doce personas y cincuenta y una más resultaron heridas, todas paquistaníes.

«Muchedumbre enfurecida mata al ladrón sospechoso...»

«Inmigrantes ilegales paquistaníes se ahogan en la costa italiana...»

«Senador defiende enterrar vivas a mujeres que deshonran a sus maridos...»

«“Los hemos arrasado”, dijo el general de división Franklin Hegenbeck, en referencia a la destrucción de tres pueblos en el valle de Shaikot en Afganistán. “No quedó nadie, solo tierra y polvo”...»

Deja el periódico y dirige la mirada hacia el río, que centellea bajo los tres soles. «Mañana a esta hora estaré de camino a Heer», piensa Mikal.

–Es un mal presagio –dice el hombre, en referencia al sol y el parhelio.

Pasa junto al huerto de granados y árboles de alheña para conducir a Mikal a la parte posterior de la casa. Mikal entra en una cabaña de madera y ve unas cadenas amontonadas que llegan a la altura de la cintura. Es el metal que debe transportar.

Se acerca en silencio, se agacha y acaricia el metal.

–¿Qué sucede? –pregunta el hombre desde la puerta de la cabaña.

Mikal niega con la cabeza y se aferra al recuerdo que le pasa por la cabeza.

–Eran de un mendigo que vagaba por todas partes –dice el hombre.

–Lo sé –dice Mikal al cabo de poco. Coge los aros que sujetaban las cadenas a las muñecas del hombre. También está el aro del cuello–. ¿Dónde las has encontrado? ¿Dónde está el faquir?

–Lo encontraron muerto al borde de la carretera.

Mikal se pone de pie, deja caer los aros metálicos y lanza una mirada de angustia al hombre.

–La primera vez que me fui de casa lo hice con la intención de encontrarlo. Seguí su rastro en la tierra, pero no logré dar con él.

–Bueno, ahora lo has encontrado. Al menos, a una parte de él. Apareció en el bazar de aquí, pero cuando los árabes de Al Qaeda lo vieron, montaron en cólera y lo insultaron. Le echaron en cara que tuviera la osadía de pretender interceder con Alá en nombre de los musulmanes. Intentaron darle una paliza, pero la gente lo impidió. Sin embargo, al día siguiente encontraron su cadáver.

–No podría haber huido corriendo –dice Mikal en voz baja.

Los cartuchos de bala están atrapados en los eslabones de las cadenas como pececillos de colores en una red.

–No. Las cadenas pesaban tanto y eran tan largas que tenía que arrastrarlas con ambas manos. Llegaron a alcanzar varios metros. Hay gente que dice que simplemente desapareció bajo las cadenas, que fue lo único que cayó al suelo.

–Creía que era mi padre.

Arrastran las cadenas entre los árboles hasta la camioneta. Mikal abre la puerta trasera, se sube a la plataforma con un puñado de eslabones y el hombre le va pasando el resto muy deprisa, mientras Mikal camina de espaldas sobre la caja.

En una ocasión lo vieron en La Meca, a pesar de que nunca había salido físicamente de Pakistán, y también lo vieron varias veces en distintos lugares del país al mismo tiempo.

–Fátima está leyendo un capítulo del Corán para que su alma halle consuelo –dice el hombre, con la respiración entrecortada, cuando ya han cargado todas las cadenas y Mikal ha bajado–. Cuando acabe, nos preparará el desayuno. Solo encontrarás un pueblo más de camino a Sara. Se llama Alá-Vasi, y allí vive la hermana de Fátima. Tal vez quiera que la lleves. Puedes dejarla allí, seguir hasta Sara y recogerla a la vuelta.

El sol y el parhelio siguen a la camioneta desde lo alto del cielo mientras atraviesa un desierto inabarcable, una extensión de la nada más absoluta con colinas bajas a lo lejos. No hay mucho tráfico en la carretera, pero Mikal se fija en todos los vehículos con los que se cruzan, por si los sigue alguien. ¿No ha visto a ese hombre en una moto antes? Está a media hora de Sara cuando un fuerte chirrido los obliga a detenerse. Baja de la camioneta, abre el capó y ve que la correa auxiliar se ha roto. Lo que queda cuelga de la polea del alternador, se ha enredado con la cubierta de distribución, y un tubo alimentador de un inyector diésel se ha desconectado y está derramando líquido.

Mira hacia la estrecha carretera, donde rocas y peñascos reflejan el calor como espejos. Transcurre una hora y no ha pasado nadie, por lo que Mikal se sienta al volante con la puerta abierta, las piernas colgando fuera, con la mirada fija en los remolinos de polvo que se forman en el suelo del desierto; el interior de la camioneta huele a la comida que Fátima ha llevado como regalo para su familia en varios tarros y cestos. Está convencido de que las cadenas del mendigo están ardiendo.

Pasa otra hora antes de que aparezca un camión en el horizonte. El

conductor acepta remolcarlo hasta el taller mecánico más próximo y durante el trayecto le cuenta que su primo murió el pasado otoño combatiendo en Afganistán y que su hermano está detenido en Cuba.

A las seis y media de la tarde los mecánicos aún no han acabado de reparar la camioneta. Mikal se da cuenta de que no podrá partir hacia Heer a la mañana siguiente: probablemente tendrá que pasar la noche en casa de la hermana de Fátima, en Alá-Vasi, tras entregar las cadenas.

Coge las dos botellas vacías de agua mineral Nestlé y las llena en el grifo.

–¿Puedo hacer una llamada? –pregunta al dueño del taller, señalando el teléfono mugriento que hay en el interior de una jaula de pájaros.

La portezuela está cerrada con un candado para impedir que alguien use el aparato.

–La pagaré.

El marido de Fátima le ha dado unas cuantas rupias para té y comida durante el trayecto.

Naheed responde cuando el teléfono suena por quinta vez.

–¿Ya has emprendido el camino de vuelta? –pregunta.

–Quería salir mañana a primera hora para llegar a Heer al día siguiente a última hora, pero ahora me parece difícil.

Naheed guarda silencio y Mikal sabe que algo va muy mal.

–¿Qué sucede? –pregunta.

–Sharif Sharif quiere casarse conmigo.

–Lo sé.

–Quiere que nos casemos cuanto antes. Esta semana. Dentro de pocos días. Una ceremonia rápida con un clérigo y dos testigos.

–¿Cómo ha pasado todo esto?

–Padre fue a verlo para decirle que mi acuerdo con él no era válido, y se enfureció. Ahora reclama lo que es suyo.

–No puede obligarte a que te cases con él.

–Él no opina lo mismo. Y madre no quiere involucrar a la policía.

–Iré enseguida.

–Padre dice que no aceptará ni una rupia de mí si me caso con él. Dice: «No quiero mis ojos y no quiero mi casa si tiene que ser a expensas de tu felicidad. Preferiría ser un mendigo ciego y sin hogar».

–Iré enseguida.

Mikal cuelga y se queda aturdido durante unos segundos. El mecánico se acerca y le dice que la camioneta ya está lista. El hombre está tan satisfecho con la reparación que le pide permiso a Mikal para firmar el motor con un destornillador.

El sol se pondrá poco después de las siete. Son las seis y cincuenta cuando Mikal retoma el camino a Sara para entregar las cadenas. El crepúsculo difumina la aspereza del paisaje, y el brillo mineral de las colinas aumenta durante un breve período de tiempo. Dirige la mirada hacia la puesta de sol y ve una nube blanca como la nieve, una nube de un rojo intenso, una nube verde con el borde amarillo como una hoja marchita, una nube azul pálido y cobriza. Pero el cielo se tiñe enseguida de un azul intenso y aparecen las estrellas. Abandona la carretera que serpentea entre las colinas y empieza a guiarse con las constelaciones para no perderse en el inmenso desierto, con la esperanza de avanzar en línea recta. Tiene prisa por entregar las cadenas.

Al cabo de media hora el desierto ha sido engullido por la oscuridad. Cuando ve la figura que yace en el suelo pisa el freno con todas sus fuerzas, y los neumáticos chirrían sobre el yeso y la pizarra resquebrajada por el sol. Espera a que la nube de polvo que ha levantado se pose, perforada por los faros de la camioneta; permanece inmóvil en el asiento, a la expectativa, sin apartar la mirada, con los nervios de punta y el corazón desbocado. Al cabo de un rato decide bajar del vehículo. Se queda junto a la puerta abierta y luego se acerca a uno de los faros para que puedan verlo claramente. Se desabrocha los botones del cuello y las muñecas y se quita la camisa

lentamente, acentuando cada gesto. Recuerda las palabras de Tara sobre los encuentros con genios.

Tira la camisa a un lado. Se desprende de su piel.

Se agacha, se quita los zapatos y también los aparta a un lado con un gesto muy claro.

Luego se quita los pantalones y también los tira a un lado.

Las estrellas surcan el cielo infinito, innumerables y guiadas por el azar; Mikal, que únicamente lleva la cadena que le dio Naheed, avanza con gran decisión. Los faros iluminan la figura que yace en el suelo y Mikal está a medio camino cuando ve que se trata de un hombre blanco, le ve la cara. Su piel pálida y su cabello rubio y dorado a la luz de la camioneta. Está tumbado de costado, inconsciente o muerto, con los ojos cerrados y el brazo derecho ensangrentado.

Mikal se queda quieto, respirando en silencio, y está a punto de dar un paso hacia el hombre cuando ve que una de las manos se mueve.

Se aparta y regresa a la camioneta, casi corriendo. Recoge la ropa y empieza a vestirse tan rápido como puede, mirando en derredor. Si hay un hombre ahí, bien podría haber más. Alza la mirada hacia el cielo en busca de helicópteros Chinook y aviones de combate mientras la adrenalina fluye por sus venas. Sabe que no tardará en aparecer alguien en la oscuridad. Se sube a la camioneta y solo piensa en huir de ahí cuanto antes, pero cuando los faros se apartan del soldado estadounidense, el cachorro de leopardo de las nieves asoma la cabeza detrás del hombro.

Con gran cuidado, vuelve a iluminar al hombre blanco con los faros, y ve el rostro impenetrable y sobrecogedor, los ojos brillantes del felino. A juzgar por las marcas del pelaje, parece que el animal va vestido de camuflaje.

Mikal baja de la camioneta y llama al animal, que no le hace caso, vuelve la cabeza hacia un lado y fija la mirada en la noche, con unos ojos que desprenden una calma verde y ancestral. Mikal se acerca sin quitarle la vista

de encima, estira un brazo, lo agarra del codo y se da cuenta de que pesa un poco más desde la última vez que lo tuvo en brazos. ¿Cuánto hace ya? Mira al hombre blanco, el *shalwar kameez* de color caqui que lleva. Da una vuelta a su alrededor desde una distancia prudencial, incapaz de comprender lo que está viendo. Es más corpulento que Mikal y parece cinco o seis años mayor, aunque no sabe si se le da muy bien adivinar la edad de una persona blanca. Se acerca un poco y le pone una mano en el pecho para comprobar si le late el corazón, pero lleva un chaleco antibalas bajo el *kameez*. Entonces le toma el pulso. Sangra por el brazo derecho, lo tiene roto por encima del codo y la sangre aún está caliente.

Mikal busca armas. El hombre blanco lleva un AK-47 de culata plegable al hombro y una pistola de 9 mm en una funda en el muslo derecho. Ve otra pistola en la espalda, a la altura de los riñones. En el bolsillo lateral del *kameez* encuentra doscientos dólares y una baraja de cartas con una inscripción en inglés. También lleva una «nota de aviso» en caso de captura, está escrita en pastún y en inglés, y ofrece una recompensa en efectivo a todo aquel que ayude a un soldado estadounidense que se encuentre en una situación de apuro. Luego abre la mochila del hombre y encuentra un cargador para el AK-47, envases de comida preparada para cinco días, una botella de agua y pastillas para depurar agua. Latas pequeñas y pesadas con fotografías de gatos. Comprueba si lleva un ordenador portátil. Coge el teléfono vía satélite de la funda, lo aplasta con los pies y acaba de destrozarlo con una roca.

El hombre tiene el cuello ancho como un toro y un cuerpo recio, con unos músculos que rezuman salud. Tiene las manos de un picapedrero. Debe de ser un soldado de las fuerzas especiales o un agente paramilitar de la CIA, piensa Mikal. Busca una cámara digital como la que utilizaron para mostrarle fotografías de mujeres cuando lo capturaron en la mezquita en enero, pero no la encuentra.

Dirige la mirada hacia la altura mareante donde brillan las constelaciones y los millones de estrellas que llegan hasta donde alcanza la vista, hacia el sur, el norte, el este y el oeste, y mira a su alrededor, el extenso desierto, con el mineral de hierro que funden las tribus waziri, las colinas de piedra, los lechos coralinos y el mundo que los espera. El único ruido que se oye es el del motor a ralentí de la camioneta. Coge la mochila y las armas y las deja en el suelo, frente al asiento del copiloto. Se sienta al volante, da la vuelta a la camioneta y pone marcha atrás. Retrocede lentamente hacia el soldado, utilizando sus propias huellas a modo de guía. Se detiene cuando está a un metro del estadounidense. Baja para comprobar la distancia y luego sube de nuevo a la camioneta y retrocede un poco más, hasta que se encuentra a medio metro del soldado.

Sale del coche y examina el rostro iluminado por los faros rojos de la camioneta. Mira la plataforma. Las cadenas parecen las entrañas amontonadas de una bestia metálica destripada. Algunos de los eslabones están oxidados, oraciones que no han recibido respuesta alguna desde hace décadas. Baja la puerta trasera e intenta subir al hombre a la plataforma. Primero lo abraza e intenta subirlo del modo más obvio, con un brazo por debajo de las rodillas, el otro bajo las axilas, con cuidado de no perder el equilibrio y haciendo una serie de maniobras elásticas; sin embargo, pesa demasiado. Mikal se queda sin aliento, su abdomen se hincha y se vacía agitadamente; aun así sienta al soldado junto a la puerta trasera, con las piernas estiradas como las de una muñeca, se sube a la plataforma y agarra al hombre de las axilas. No sabe qué hará si el soldado vuelve en sí. Concentra en los brazos toda la energía que le queda, tira del hombre con un gesto rápido y decidido, impecable e incansable. Por encima de todo, lo que no quiere es agravar las heridas para que el dolor le permita recuperar la conciencia. Cuando por fin logra subirlo, Mikal suda a mares. Se tumba en la plataforma junto al soldado, como si fueran hermanos, inspirando de forma

ruidosa el aire nocturno, con el peso muerto del brazo del soldado sobre el estómago. Al final se levanta y tira de la camisa, que había quedado atrapada bajo el peso del hombre blanco. Con la linterna entre los dientes, lanza un rayo blanco deslumbrante por la boca y encuentra los grilletes del cuello, el tobillo y las muñecas. Sobre el montón que forman las cadenas hay un brazalete, pero no encuentra el otro y tiene que hundir el brazo entre los eslabones. Coge el aro del cuello, se lo pone en la garganta al soldado y quita la llave después de cerrarlo. Le pone uno de los brazaletes en la muñeca sana. La plataforma de la camioneta mide tres metros de largo por dos de ancho, y encima hay un armazón rectangular de dos metros de alto para taparla con una lona. Fija varias cadenas a la base del armazón, a ambos lados del americano, para que esté sujeto a la carrocería de la camioneta. Así podrá incorporarse pero no ponerse de pie.

Mikal baja del vehículo.

Está convencido de que lo observan, pero es incapaz de ver a nadie en esa noche oscura como boca de lobo. Se dirige hacia la parte delantera, coge una botella de agua y regresa a la plataforma. Mientras abre la botella, ensaya en voz alta la pregunta que le hará al hombre, calentando la voz para la misión: «¿Dónd'istá chica? ¿Dónd'istá chica? ¿Dónd'istá chica?».

Se acerca al americano, le sujeta la cabeza con un brazo, con el rostro sucio de tierra mirando hacia el cielo, le abre la boca con cuidado, separa las dos hileras de dientes, siente el aliento en sus dedos, y empieza a verter un fino hilo de agua. El hombre no puede tragar, la boca se llena hasta los labios y el líquido empieza a correrle por las mejillas. El agua llega a la parte posterior de la garganta, una columna de burbujas se abre paso hasta la superficie, y la mente del soldado, alarmada, despierta al cuerpo. El hombre escupe el líquido, abre los ojos e intenta incorporarse con todas sus fuerzas. Parpadea deslumbrado por la luz de la linterna que el desconocido sostiene entre los dientes. Mikal retrocede de un salto y se le cae la botella del agua en la

plataforma, haciendo un ruido muy musical. El hombre profiere una especie de gruñido, una especie de rugido, al sentir la punzada de dolor de su herida, pero aun así es tan fuerte que cuando tira de las cadenas logra zarandear ligeramente la camioneta, retorciéndose por la ira y la confusión que se apoderan de él. Es como si además de su boca también gritaran sus ojos y contribuyeran a aumentar el alboroto. Mikal teme que la soldadura del armazón pueda ceder y que el soldado lo arranque de la plataforma. Aparte del primer contacto visual, no ha vuelto a mirar a Mikal, que en un principio consideró que no era necesario atar el brazo herido, y ahora el hombre intenta levantarlo en más de una ocasión, pero acaba desistiendo y profiere un grito de dolor entre dientes.

Mikal se pone de pie sobre la puerta trasera, ilumina el pelo rubio del hombre y su rostro mojado y algo más limpio gracias al agua. Tiene los ojos verdes con destellos castaños.

—¿Dónd'istá chica? —pregunta Mikal al cabo de un rato.

El hombre ha dejado de forcejear, está sentado, con la respiración entrecortada, sujeto a media tonelada de cadenas, pero no responde a la pregunta de Mikal, que alza la mirada al cielo.

Son casi las nueve y está empapado en sudor. Sabe que algunos de esos soldados entienden el urdu y el pastún, de modo que le formula la pregunta en ambos idiomas, pero es en vano. Baja de la camioneta, va hasta el asiento del acompañante y regresa con el cachorro de leopardo. Sube de nuevo a la plataforma, le muestra el felino al hombre y le pregunta:

—¿Dóndi su chica?

El soldado no lo mira, examina las cadenas y el armazón. Es como si Mikal no estuviera allí.

Las estrellas se deslizan por el cálido aire del desierto y parecen envueltas en un halo de perfección, sobre todo en contraste con lo que Mikal ve

esparcido por la tierra. Cuando dirige el haz de la linterna hacia la oscuridad, las colinas parecen nubes petrificadas, peñascos de vapor endurecido.

El leopardo profiere un rugido y se da cuenta de que su voz ha cambiado, ha pasado del canto de un pájaro al chillido de un águila. Ve que el soldado lame las gotas de agua que le quedan en la comisura de los labios, pero cuando le ofrece la botella empieza a forcejear de nuevo, con unos ojos que lo atraviesan y lo desafían y lo retan y lo amenazan.

Mikal regresa al volante y, con el suave pelaje del cachorro en el regazo, se pone en marcha de nuevo.

–¿Qué te han dado de comer? –pregunta, acariciando la cabeza del leopardo con una mano cuando ya llevan cinco minutos de viaje, con una respiración y un ritmo cardíaco que han recuperado la normalidad. El aire que entra por la ventana le seca la ropa y la piel–. No has tardado demasiado en hacerte amigo suyo, por lo que veo... –Todavía está asombrado por el poder que los ojos del animal ejercen en él, esa mirada que lo cautiva en un instante y que le nubla la mente con una sensación de ensueño. Entonces empieza a hablar sin parar–. ¿Vas a decirme algo? Seguramente te parece indigno de ti confraternizar con alguien como yo. Es probable que a estas alturas hayas olvidado tu propia lengua, ¿verdad? –Sin detener el coche, enfoca la linterna hacia la ventanilla que hay detrás. El soldado va sentado de espaldas y no reacciona cuando le ilumina el hombro. Las cadenas no le permiten alcanzar la ventana–. Tranquilo –le dice Mikal al cachorro–. No voy a hacerle daño a tu nuevo amigo. Me he fijado en que había una escuela junto a la casa de la hermana de Fátima. Seguramente uno de los maestros hablará inglés. Es ahí adonde pienso llevarlo.

La camioneta avanza en la noche levantando una gran nube de polvo. Una bandada de cigüeñas fantasmales cruza su campo de visión y la luz se refleja de manera intermitente en sus alas como si fueran un río, sus gargantas susurran una lengua que Mikal oye por encima del rugido del motor, unas

voces que azotan el aire negro. Atraviesa un terreno agreste, y en un tramo especialmente largo entre dos colinas interminables tiene la sensación de que no avanza. De vez en cuando regresa a la carretera, con el asfalto fundido por el calor del día, y luego vuelve al terreno desigual, aunque intenta avanzar en línea recta en la medida de lo posible. Alrededor de las diez y media ve una mezquita a pie de carretera, a menos de un kilómetro, con una única bombilla encendida sobre la puerta. Lo más probable es que esté desierta a esas horas y pasará de largo, pero aun así preferiría tener una lona para tapar la plataforma. Cuando se aproxima a la mezquita, mira hacia atrás y ve que el americano se ha desplomado. Frena, baja de la camioneta y corre hacia la parte posterior. Tiene los ojos cerrados. Mikal sube a la plataforma y está a punto de tomarle el pulso, de apartar las cadenas y deslizar la mano bajo el chaleco antibalas para comprobar si todavía le late el corazón, cuando el hombre se mueve y se incorpora de golpe.

Mikal retrocede. La inscripción que hay en el dintel de la mezquita reza: «El único refugio que tengo en este mundo es Tu umbral, la única protección para mi cabeza es esta puerta». Justo entonces aparece un hombre con barba en la entrada de la mezquita, con una vasija para las abluciones en la mano derecha. La puerta es verde, al igual que la cúpula del tejado, el mismo color que la camioneta. El clérigo se acerca pero se detiene al ver al hombre encadenado y aturdido.

–Creía que se había desmayado –dice Mikal.

–Es un hombre blanco.

–Sí.

–¿Qué te trae por aquí?

–Lo he encontrado en el desierto.

–¿Es un soldado? ¿Es americano?

–Eso creo. Tiene el brazo roto. Quiero llevarlo a Alá-Vasi. Creía que no habría nadie en la mezquita a estas horas.

–Estoy realizando una lectura nocturna del Corán. Solo he salido a buscar agua.

–No conocerás a alguien que hable inglés, ¿verdad?

–No.

Seguramente dice la verdad, pero hay personas que han recibido una paliza por saber inglés ya que las han considerado sospechosas de trabajar como confidentes para los estadounidenses.

–¿Por qué lo llevas a Alá-Vasi?

–Porque espero encontrar a alguien que hable inglés. Así podrá preguntarle al americano si sabe algo de mi amigo y su familia.

El rostro del clérigo no oculta nada, es un alma sin secretos.

–Nunca había visto a un hombre blanco –dice–. Durante la Primera Guerra Mundial vinieron hasta aquí. Utilizaron biplanos para bombardearnos. Los aviones se consideraban una prueba de cobardía. Mataban a la gente pero eran inalcanzables. –Entonces añade–: ¿Sabes lo que pasará si alguien lo ve?

–Espero poder conducir en la oscuridad para llegar a mi destino.

–¿Tuvo algo que ver con la desaparición de tu amigo?

–No lo sé. Pero creo que sí.

–Si alguien lo ve le cortarán la cabeza... Y seguramente a ti también por no haberlo hecho tú mismo. ¿Has dicho que tiene el brazo roto?

–¿Sabes encajar huesos?

Jeo habría sabido, piensa, y siente una punzada de dolor.

–Sí. Pero no deberíamos quedarnos aquí en la carretera. No quiero que me vean atendiendo a un americano porque también me pegarán un tiro. Conozco a gente que ni tan solo quiere mirar la fotografía de un americano. – El hombre se vuelve para entrar en la mezquita–. Lleva la camioneta a la parte trasera del edificio. Voy a ver si encuentro unas tablillas.

–También te agradecería mucho que me dieras una sábana vieja para taparlo durante el trayecto a Alá-Vasi. Un saco de arpillera, o lo que sea.

Mikal aparcó la camioneta en la parte posterior del edificio, en un torrente o un cauce seco que drena las colinas en la estación de las lluvias, y cuyos guijarros de piedra caliza contienen fósiles. El desierto que se extiende por detrás es un páramo oscuro de silencio. Coge la botella y sube de nuevo a la plataforma. Le ofrece agua al soldado y avanza con precaución hacia él. Desenrosca el tapón azul celeste con los dientes. El hombre no se mueve. Mikal se agacha, le acerca la botella a los labios y le da de beber lentamente. El soldado no aparta la mirada de Mikal. Entonces empieza a tragar. Cuando la botella está vacía, Mikal se aparta y el hombre lo observa, con una respiración muy profunda.

Al cabo de unos minutos, el hombre de la barba sale de la mezquita con una sábana, unas cuantas tablillas de madera y tiras de tela para sujetarle el brazo. Le da la sábana a Mikal, que la abre y comprueba que es lo bastante grande para cubrir al soldado.

–Se revolverá cuando le encajemos el brazo, pero no podrá soltarse –le dice Mikal al clérigo.

–Fíjate en lo grandes que tiene las manos. Si se suelta, te partirá el cuello como si fuera una ramita.

–¿Por qué haces una lectura nocturna del Corán? ¿Ha sucedido algo?

–Mi hijo es clérigo en una mezquita que no está muy lejos de aquí. Me ha dicho que ayer la puerta de la mezquita no se abrió y no permitió entrar a nadie. Alá está expresando Su ira por alguna cuestión. Alguien sin escrúpulos ha cometido una gran maldad y la puerta no volverá a abrirse hasta que esa persona reciba el perdón. –El hombre tiene los ojos arrasados en lágrimas y se las seca con la mano, unos dedos viejos que realizan una tarea ancestral–. Es una catástrofe. Nadie sabe qué crimen o pecado se oculta tras la prohibición.

En cuanto Mikal y el hombre barbudo suben a la plataforma, el americano empieza a tirar de las cadenas, a forcejear y retorcerse. El clérigo se detiene,

atemorizado, pero Mikal se acerca para demostrarle que el americano es inofensivo gracias a las cadenas. Le arremanga el brazo roto y el clérigo lo palpa en busca de las fracturas. El americano, presa de la ira, no para de gruñir, y cuando Mikal ilumina su rostro crispado ve restos de saliva en los labios. El anciano necesita examinar la clavícula para buscar signos de lesión, por lo que afloja el cuello del *kameez* del soldado americano y la parte delantera del chaleco antibalas. Le está examinando la espalda, lo palpa con la yema de los dedos, cuando de repente profiere un grito horrorizado.

–¡Alá, busco refugio en Ti!

Cuando Mikal ve la espalda del hombre, se le corta la respiración. Tiene un gran tatuaje:

كافر

La palabra ocupa todo el espacio entre los omoplatos, y ambos se lo quedan mirando mientras el americano no para de forcejear. Dice: «infiel».

Sin embargo, no está escrito en inglés, lo que habría significado que se lo hizo tatuar para sí mismo, o para otros compatriotas como él. Está escrito en alfabeto urdu o pastún, por lo que es obvio que el mensaje va destinado a la gente de aquí. Se mofa de ellos. Se jacta de su osadía. Estoy orgulloso de ser un infiel, de ser eso que tanto odiáis.

El clérigo tira las tablillas.

–Sácalo de mi vista.

–No se lo digas a nadie, por favor.

–Saca a ese animal de aquí. –El anciano baja de la plataforma, temblando de ira–. No solo quieren herirnos físicamente, sino también moralmente.

Mikal se vuelve para no tener que aguantar la mirada del hombre.

–Me iré. Me iré. Ahora mismo. Pero no se lo digas a nadie, por favor.

Cuando se sienta al volante, el anciano se acerca a la ventanilla y lo mira fijamente, como si buscara una respuesta. Le lanza una mirada de piadosa confusión: ¿por qué se ha condenado de ese modo el hombre blanco, por qué ha osado marcarse con el signo de Su desaprobación? Justo antes de que Mikal se vaya dice:

–Occidente se ha atrevido a preguntarse: ¿qué empieza después de Dios?

Es medianoche y avanza por las colinas mirando hacia la tormenta que se ha desatado al este, los destellos brillantes que surcan el cielo negro, las formas oscuras de las colinas Pahari que son visibles por un instante fugaz para desaparecer de nuevo y luego llega el sonido del trueno, fregonazos de relámpagos tan frágiles como los filamentos de una bombilla. Se adentra en un desfiladero bajo situado en la estribación más occidental de las Pahari y prosigue por el desierto abierto. En una ocasión ve las luces de un camión a lo lejos, en el lugar en el que la carretera divide la noche en dos. Al cabo de media hora atraviesa las últimas colinas de esa zona agrietada como la arcilla, y al cabo de media hora más llega a las afueras de Alá-Vasi. Antes de entrar en la ciudad, baja de la camioneta y tapa al americano con la sábana del clérigo. Coge la pistola de 9 mm de la mochila y se la esconde en la cinturilla de los pantalones. Pero entonces siente asco de sí mismo y vuelve a guardarla en la mochila.

Hay una calle que va de este a oeste y cruza la carretera principal. A partir de cierto momento desciende y se convierte en un camino ancho de tierra, y Mikal lo toma para dirigirse al lugar donde vive la hermana de Fátima. Es casi la una de la madrugada. Mientras avanza lentamente, el silencio mortecino de la noche se ve alterado por los perros de varias casas. Sigue

circulando hacia el este hasta que reconoce la puerta en la que dejó a Fátima, apaga el motor y se queda mirando la casa mientras los perros continúan montando alboroto. Examina el edificio de la escuela que hay al lado, el arco sobre el gran portal con una inscripción de un dicho del Profeta: «Busca la sabiduría. Aunque tengas que viajar hasta China». Esconde la mochila del americano bajo el asiento del copiloto, baja de la camioneta, se asegura de que el soldado esté bien tapado con la sábana y a continuación llama a la gran puerta de la casa.

Mientras espera, sujeta la pistola de 9 mm en la cinturilla del pantalón.

Pasan varios minutos antes de que alguien acuda a la puerta y le haga una serie de preguntas cortantes y desconfiadas, hasta que Mikal se identifica y lo dejan entrar. El hombre de la casa, el cuñado de Fátima, tiene en las manos un rifle para cazar ciervos y lo acompaña su hijo, un muchacho algo mayor que Mikal. El hijo se muere de ganas de volver a dormir y se retira de inmediato, dejando que el padre se ocupe de ese invitado tan inoportuno y desconsiderado. El hombre le dice a Mikal que entre con la camioneta por el portal y la aparque junto al jardín.

Mikal sale con el cachorro de leopardo en los brazos, mira a su alrededor, suelta un suspiro de alivio y le dice al padre, que acaba de cerrar la puerta:

–Tengo que contarte algo.

Los perros de las casas vecinas aún ladran. Lleva al hombre hasta la parte posterior de la camioneta, aparta la sábana con un gesto rápido y le enseña al americano que está sentado, rodeado de cadenas. Antes de que el hombre pueda decir algo, se oye un gran aullido tras ellos, y cuando Mikal se vuelve ve que el hijo y cinco o seis jóvenes más cruzan el jardín corriendo y se dirigen hacia ellos.

–No, no, no –dice Mikal en voz baja.

Apoya la mano izquierda en la caja de la camioneta y se encarama a la plataforma con el cachorro de leopardo en la otra mano. Coge la pistola que

lleva sujeta en la cintura del pantalón y se arrodilla delante del americano, de cara a los jóvenes que se precipitan hacia ellos. El padre ha levantado las manos para detener a su hijo. Mikal mira hacia atrás y ve que el americano está inmóvil, pero con los ojos encendidos. El padre avanza hacia su hijo, que se detiene a un metro de él, y los demás muchachos se paran detrás. El hombre es un gigante desde el punto de vista físico y ejerce su autoridad paterna sobre el hijo, pero de repente el muchacho se precipita hacia la camioneta, levantando una nube de polvo, y en la refriega Mikal oye el desgarramiento de una camisa y mantiene el brazo de la pistola estirado, preguntándose si será capaz de apretar el gatillo, y entonces se da cuenta de que otro de los jóvenes ha rodeado la camioneta y se dirige hacia el americano. Lo único que puede hacer Mikal es lanzarse sobre el soldado para no perder de vista a nadie, sus cabezas casi se tocan, nota que se le clavan las cadenas del mendigo en la espalda, y mueve la pistola hacia un lado y luego hacia el otro. Hay gritos, ojos desorbitados y un caos que va en aumento.

Los jóvenes han rodeado la camioneta y Mikal se apoya con fuerza en el americano, que de momento no se queja del brazo roto; la pistola de 9 mm los mantiene a raya, tiembla de miedo y el corazón le late con fuerza. Ha aparecido una barra de madera en la mano de alguien, que intenta coger una cadena con ella.

El hijo empuña un cuchillo Bowie y ataca a Mikal, que se aparta y le da un fuerte culatazo en la sien. Algunos de los jóvenes son criados de la familia, y aunque rodean la camioneta y gruñen no pueden contradecir los deseos de su amo. Sin embargo, los otros quieren abalanzarse sobre él, por lo que deben de ser primos.

Dos ancianos más han salido de la casa. Llamaban a los jóvenes por el nombre, que se detienen y los miran. El dueño de la casa todavía forcejea con su hijo, que está a punto de subir a la camioneta por un lateral, con la respiración entrecortada, el rostro crispado y la boca pringada de babas

mientras el padre lo abraza para retenerlo. Lo aparta sin soltarlo, y el cuchillo brilla en la mano del joven.

–¡Oh, Alá! –exclama el padre–. ¡Oh, Alá, busco refugio en Ti!

Los dos ancianos alzan las manos con gestos amenazadores, de rabia y de autoridad, y logran contener a los primos. El padre aparta al hijo de la camioneta.

–Quiero que te controles –le dice.

–De acuerdo.

–De acuerdo, ¿qué? De acuerdo, ¿perro? De acuerdo, ¿desgraciado?

–De acuerdo, padre.

El hombre pone los brazos en jarras, con la respiración entrecortada. Entonces se vuelve hacia Mikal.

–Empieza a hablar, muchacho.

–Confiaba en pasar la noche aquí antes de seguir viaje.

–¿Creías que te dejaría alojarte en mi casa con ese hombre sentado en la parte de atrás?

–Iba a contártelo todo, pero entonces llegaron ellos con ganas de guerra.

–¿Qué creías que sucedería cuando alguien lo viera?

–No sabía qué otra cosa hacer.

–¿A qué te refieres con ganas de guerra? –grita el hijo–. ¡Ya estamos en guerra!

–Lo sé.

–Mataron a mi hermano en noviembre. –El hijo señala al soldado estadounidense con el cuchillo.

–Si sabes que estamos en guerra –dice el padre–, explícame qué haces con ese hombre.

–Lo encontré en el desierto. Lo habría abandonado, pero entonces vi que tenía el leopardo de las nieves. El cachorro era de la hermana de Akbar. – Señala hacia la casa–. La gente para la que trabaja Fátima. De modo que este

hombre tuvo que estar en la casa de Akbar en Megido y ahora quiero encontrar a alguien que pueda hacerle algunas preguntas.

La respuesta de Mikal hace reflexionar al hombre. Detrás de él, los jóvenes caminan inquietos de un lado al otro, apretando la mandíbula.

El hombre se vuelve hacia ellos.

–Regresad todos a casa. Ghulam, asegúrate de que no salga nadie. ¡Nadie!

–Se vuelve hacia Mikal y le dice–: Aquí nadie habla inglés.

–Creía que tal vez alguno de los maestros lo hablaría.

El hombre se queda un rato pensativo.

–Tienes razón. Hay una maestra que sabe inglés.

Hasta ese momento, Mikal no se da cuenta de que todavía está apoyado en el soldado. Se aparta, se pone de pie y baja de la camioneta.

–La maestra vive al otro lado de la ciudad. Alguien podría ir a buscarla y traerla aquí –dice el hombre–, pero no creo que sea posible en estos momentos.

–No. –Mikal asiente con la cabeza.

–Tendremos que esperar a la mañana. Preferiría no ir a llamar a la puerta de la gente a medianoche. Además, tampoco querrá venir hasta aquí a estas horas. Su familia querrá saber adónde queremos llevarla.

–Si corriera la noticia de que ha hablado con un americano, quién sabe qué podría sucederle. –Mikal mira al hombre–. Siento haberte implicado en todo esto.

–Si corre la noticia de que tengo a un americano en mi casa, ¿quién sabe qué podría sucederme a mí? Y al resto de mi familia. La ciudad está llena de talibanes y de gente de Al Qaeda.

–Lo siento, quizá debería marcharme ahora mismo.

–¿Por qué crees que insinuaba eso? –pregunta el hombre–. Ahora ya estás aquí. Tenemos que decidir qué es lo que vamos a hacer. Creo que deberíamos

esperar a que amanezca, y cuando la maestra llegue a la escuela, podemos traerla aquí sin que lo sepa nadie.

–¿No podré irme de aquí hasta media mañana?

–Eso parece.

–Tengo que regresar a Heer cuanto antes.

–¿Dónde está eso?

–Es mi ciudad. En el Punjab.

–Llama por la mañana y diles que llegarás tarde. ¿Qué harás con el americano cuando haya respondido a tus preguntas?

–Aún no lo he pensado.

Mikal se apoya en la puerta de la camioneta.

El hombre lo examina atentamente.

–¿Cuándo fue la última vez que comiste?

–Solo estoy cansado.

–Si no se han levantado ya, despertaré a las mujeres. Ven a casa y te prepararán algo de comer. Escucha a esos perros.

–Tiene el brazo roto.

El hombre mira al soldado.

–Le diré a Ghulam que se lo encaje. Tú acompáñame.

–Creo que también deberíamos darle de comer.

–¿Qué come? No tenemos nada especial.

–Tengo su comida.

Saca la mochila y mira los paquetes de comida preparada. Abre un bolsillo pequeño situado en el forro de la bolsa, coge la nota de aviso y la desdobla. Hay un número de teléfono. Se la queda mirando, luego la guarda en el bolsillo y se vuelve hacia el hombre.

–Me quedaré aquí con él. No quiero dejarlo solo.

Piensa en el cuchillo de acero del hijo, en la ancha hoja de quince centímetros. Debe de ser un arma de combate porque tiene una pequeña

cubierta de latón en la parte posterior del lomo de la hoja para detener el impacto de la hoja del adversario, y una guarda superior inclinada hacia delante para proteger la mano al ejecutar una parada.

–Lo meteremos en el garaje que hay en la parte trasera de la casa y cerraremos la puerta con llave –dice el hombre–. Ven a comer y luego ya le darás la comida.

–¿Tenía el cachorro? –pregunta Fátima.

Su hermana y ella están despiertas, le están calentando cordero con guisantes en una sartén. Fátima le sirve un plato y Mikal oye voces de hombre en la habitación contigua. Están enzarzadas en una discusión que va subiendo de tono. Fátima le lleva un chapati envuelto en un trapo de algodón.

–Sí.

–Entonces debe de saber lo que sucedió en la casa.

Mikal asiente y Fátima regresa a los fogones.

–Sus compañeros del ejército deben de estar buscándolo –dice ella–. ¿Crees que podrían localizaros?

–No lo sé.

–El leopardo ha crecido un poco –dice Fátima.

–Es verdad, ¿no?

–¿Estás seguro de que es el mismo?

–Lo he comprobado. Tiene la mancha oscura en la parte interior de la oreja izquierda.

–¿Liberarás al americano? –pregunta la hermana de Fátima cuando Mikal empieza a comer.

–Tiene un número de contacto en la mochila –dice Mikal.

–No quiero que haya soldados americanos cerca de mi casa –dice la hermana–. Ya han matado a uno de mis hijos.

–Les llamaré cuando esté lejos de aquí.

–No quiero que pongas en peligro a mi familia –dice la mujer–. ¿Y si tu soldado les dice a sus compañeros que vengan a detenernos y luego nos encarcelan?

–Eso no pasará. Lo llevaré a un lugar tan lejos de aquí que no sabrá dónde ha estado.

–Pero existe la posibilidad de que ahora mismo lo estén siguiendo –dice la mujer–. Si supiera que sus compatriotas van a asaltar mi casa para rescatarlo, saldría ahí fuera con un rifle. Nos matarán.

Mikal está convencido de que en la habitación contigua tiene lugar una discusión muy parecida.

–Te prometo que no os involucraré más en todo esto. Y lamento que mataran a tu hijo.

De repente la mujer se tapa la cara con las manos y empieza a llorar, con los hombros y la cabeza inclinados. Mikal deja de masticar. Sorprendido, se queda quieto y la escucha. Entonces, con la misma facilidad con la que ha roto a llorar, la mujer logra contener el dolor y endereza la espalda y la cabeza.

–¿Cuántos chapatis comerás? –le pregunta, con la voz rota.

–Con este me basta.

Fátima lo mira y le acaricia la espalda a su hermana.

–Necesitará dos más al menos.

–Ningún problema.

–Gracias –dice Mikal.

Después de comer entra en el garaje y ve que han tapado la plataforma de la camioneta con una lona. No se ve nada del interior. La plataforma se ha convertido en una caja de lona rígida y tensa. En algunos lugares es tan resistente al tacto como el contrachapado.

Levanta una esquina de la tela y ve que le han vendado los ojos al soldado

con una cinta negra. Abre el paquete de comida preparada con los dientes, se sienta junto al hombre blanco y mezcla los productos químicos de la bolsa para calentar el trozo de carne envasada. Le habla para que sepa que es él y le acerca la comida a los labios hasta que abre la boca. Le cuenta que ha probado la comida preparada del ejército estadounidense en Peshawar, donde, por algún motivo desconocido, vendían las raciones, le cuenta que ha probado la carne de tiburón en el mar Árabe, un ave de presa y mariposas.

–Si entiendes lo que digo, responde, por favor. Te lo suplico.

El hombre de la casa aparece junto a la puerta trasera de la camioneta con un candado y los observa.

Cuando el americano acaba de comer, Mikal se pone de pie y el hombre cierra la puerta del garaje.

–¿Hay otra llave?

–No –responde el hombre.

–¿Te asegurarás de que nadie salga de casa durante la noche e informe a los vecinos?

–También nos interesa a nosotros por nuestra propia seguridad –dice el hombre–. Nos preocupa tanto como a ti. Ahora ve a casa y duerme. Fátima te está preparando la cama.

Jeo y Basie lo visitan en sueños. Se despierta poco después, incapaz de recordar los detalles del sueño, y permanece en la oscuridad de la habitación con los ojos abiertos; al final recuerda que ha preguntado a Jeo y a Basie qué se siente al estar muerto. Se esfuerza para recordar la respuesta, y está a punto de quedarse dormido cuando una mano lo toca en la oscuridad. Se incorpora en el momento en que se enciende una linterna en la habitación. Es uno de los primos, que está de pie junto a la cama.

–¿Nos lo venderías? Me han enviado para que te pregunte cuánto pedirías

por él.

–No está en venta.

–Te pagaríamos en efectivo.

–He dicho que no está en venta.

El joven lo mira y asiente.

–Pensamos que no perderíamos nada por preguntarte.

–Pues ya tenéis mi respuesta.

–¿Estás seguro?

–Del todo.

–La tía Fátima dice que te encarcelaron y torturaron.

Mikal aparta la mirada.

–Deberías tener ganas de darle una buena paliza. Es tu enemigo.

–No es eso lo que siento.

–Él te haría lo mismo.

–Pues entonces soy mejor persona que él.

Mikal se tumba de nuevo.

–Ahora quiero volver a dormir. Mañana me espera un día muy largo.

El joven apaga la linterna y Mikal lo oye marcharse a oscuras. Entonces se levanta de nuevo y corre el pestillo, luego mira por la ventana y ve al hombre de la casa junto a la puerta del garaje con un rifle de cazar ciervos en las manos. Mikal intenta no dormirse, su temor alimenta imágenes en la oscuridad, en las que aparecen genios y otros espíritus, pero al final acaba sucumbiendo. Jeo o Basie, uno de los dos, le pregunta si está seguro de que no quería matar a los dos soldados estadounidenses que había junto al lago, y lo asaltan las dudas, pero la persona que le formula la pregunta desaparece antes de que pueda responder. Cuando se despierta ha salido el sol, son las seis de la mañana y se levanta de inmediato. Pasa junto al hijo en el pasillo. El ceño del muchacho es una prueba del resentimiento que lo corroe y no le devuelve el saludo a Mikal, ni lo mira. Tiene un moratón en la sien donde

recibió el golpe de culata que le propinó Mikal la noche anterior, pero o bien no es grave o no ha querido curarlo para no dar muestras de debilidad. Casi todo el mundo parece despierto. Llegan olores de la cocina, donde las mujeres preparan *parathas*, *lassi* y fríen huevos. Hablan en susurros, aún es demasiado temprano para hablar en voz alta, ya que las palabras alteran el puro placer de vivir.

La puerta principal de la casa aún está cerrada con llave. El hombre sigue montando guardia junto al garaje, ahora con el cachorro de leopardo en el regazo, y los destellos de la luz del sol se reflejan en el pelaje del felino. El rifle está apoyado junto a la silla.

Mikal se acerca hasta él. El hombre se lleva la mano al bolsillo y saca un teléfono vía satélite hecho añicos, los pedazos y fragmentos plateados de plástico de los microcircuitos.

–Se lo encontramos en los pantalones cortos que lleva debajo del *shalwar*.

–No se me ocurrió mirar ahí –dice Mikal en voz baja.

–Me pareció que era mejor destruirlo. –El hombre lanza los pedazos al suelo ante él y se los queda mirando, como un adivino que lee el futuro en las piedras que ha esparcido–. Lo hemos lavado –dice–, en el baño.

–¿Qué?

–Bueno, se había ensuciado, así que hemos tenido que cambiarle la ropa. Opuso resistencia.

–Dame la llave.

–Está bien. Entra en casa y desayuna.

–Dame la llave.

–Entra en casa y desayuna.

Mikal asiente pero no se mueve.

–Tengo que hacer una llamada –le dice al final.

–He escondido el teléfono por si alguien intentaba llamar. Volveré a conectarlo después del desayuno.

–Gracias.

Piensa en toda la gente que lo espera en Heer, en la brisa y las fragancias del jardín, en el crujido de las hojas que caen en el camino rojo cuando las barren. En Naheed cuando limpia el rocío que empaña el espejo que hay en el lavamanos del jardín, en las flores que cuelgan encima de este. «Antes de que se creara la ciencia botánica hace unos trescientos años –recuerda que Rohan le contó a Jeo cuando eran niños–, se decía que las flores, en su infinita variedad y privadas de un orden humano, eran una prueba de la existencia de Dios.»

Los jóvenes lo miran desde lejos, desde distintos rincones de la casa, reunidos en grupos aquí y allí, y acaban retirándose. Mikal procura no establecer contacto visual con nadie. Mientras come, Fátima le dice que la escuela abrirá a las ocho y media y que los maestros deberían de empezar a llegar alrededor de las ocho.

A las ocho menos cuarto la hermana de Fátima se pone el burka, su marido abre la puerta de la calle y la mujer se dirige hacia la escuela para coger sitio junto a la puerta y esperar la llegada de la maestra que sabe inglés.

Mikal entra en el garaje, se acerca a la parte posterior de la camioneta y levanta la lona. El soldado, con los ojos vendados, percibe la presencia de alguien y mueve la cabeza. Tiene el brazo escayolado y sujeto con un cabestrillo de muselina blanca, hecho con un antiguo saco de harina. Lleva un *shalwar kameez* limpio y tiene un morado grande, de color negro y azafrán, en la frente. Mikal tiene la sensación de que lo ve a través de la venda, tal vez por la mancha descolorida que hay encima de los ojos. La calle está al otro lado del garaje y se oye el murmullo de los niños que llegan para iniciar una nueva jornada escolar.

Oye que se abre la puerta de la calle, asoma la cabeza y ve que la hermana de Fátima aparece con otra mujer mucho más delgada. Viste un burka más ajustado que el de la mujer mayor, con unas líneas más largas y definidas,

lleva un bolso de piel al hombro y sus pies producen un tintineo que no ha oído a las demás mujeres de la casa. Camina con paso firme y decidido, lo que contrasta con la forma de arrastrar los pies, tan maternal y de estar por casa, que caracteriza a las demás. Las observa hasta que entran en la cocina.

Al cabo de cinco minutos, el hombre va a ver a Mikal.

–La chica sabe inglés, pero se niega a hablar con el americano. Tiene mucho miedo. Dice que le cortarán la lengua, o que la matarán directamente.

–¿No puedes convencerla?

–Estamos intentándolo.

–¿Qué le ha pasado en la frente al americano?

–Ya te he dicho que opuso mucha resistencia cuando lo lavamos. Intentó rechazarnos y se enredó con las cadenas.

–Pensé que tal vez tenía algo que ver con lo que lleva escrito en la espalda.

–No. Pero voy a decirte algo: como lo coja alguno de esos que rondan por ahí fuera, pagará un precio muy alto por eso.

El hombre entra en la casa y regresa al cabo de unos minutos.

–Está aterrorizada y a punto de irse.

Mikal sale del garaje y ve a la chica, que cruza el patio sollozando en el interior de su burka negro. Se dirige hacia ella con un brazo estirado.

–Hermana, escucha... –le dice.

Pero la chica grita cuando lo ve acercarse y Mikal se detiene.

El padre abre la puerta y, cuando la maestra sale, dos de los criados echan a correr y huyen de la casa, apartando al hombre a un lado. En el exterior se oyen unos gritos agudos cuando los dos hombres chocan con los niños. El hombre de la casa se pone de pie y cierra la puerta de nuevo.

Todos se han quedado pasmados.

–Tienen miedo de que los americanos asalten la casa y se los lleven –dice uno de los otros criados.

–Se lo contarán a todo el bazar –dice el hijo–. Dentro de media hora, todos

los habitantes de Alá-Vasi cuyo honor, fe y hombría aún estén intactos asaltarán la casa. –Se acerca a Mikal y le da un fuerte golpe en la cara–. Vete de aquí. Fuera.

El padre no dice nada ni riñe a su hijo.

–Me lo llevaré. –Mikal asiente–. Y me iré.

El hijo saca un mechero del bolsillo, lo enciende y le prende fuego a un trozo de papel. Cuando ya es demasiado tarde, Mikal se da cuenta de que es la nota de aviso en pastún del soldado estadounidense.

–No queremos que traigas a los americanos a esta zona –dice el hijo, que suelta el papel cuando las llamas estaban a punto de quemarle las yemas de los dedos. Cuando deja caer el último fragmento de papel todavía arde. Al llegar al suelo ya se ha convertido en ceniza–. Nos quedaremos el Kaláshnikov, el chaleco antibalas y los dólares –añade–. La lona no es barata.

–Puedes quedarte la pistola para protegerte, y también la comida –dice el padre.

–También quiero el leopardo –añade el hijo.

–El cachorro es mío –replica Mikal enérgicamente.

El padre mira al hijo y luego a Mikal.

–Puedes llevártelo.

Mikal se vuelve para salir de la casa.

–Antes me has dicho que tenías que llamar por teléfono –dice el padre, que señala la puerta–. Lo tienes ahí.

Nadie contesta en Heer. Mikal cuelga y marca el número una segunda vez, pero nadie responde.

Al cabo de cinco minutos saca la camioneta del garaje y el padre camina junto al vehículo.

–¿Adónde irás? –Fátima aparece en la galería.

–No lo sé. Creo que iré a Megido. Lo esconderé en la casa e iré a la escuela para intentar encontrar un maestro que hable inglés.

–Déjalo en el desierto y sigue con tu plan –dice el hombre–. Vete a casa. Haz lo que hacen los demás jóvenes, ve películas, busca trabajo y peléate con tus hermanas.

–Sabe qué le sucedió a Salomi y al hermano de Akbar.

–Te acompañaré –dice Fátima.

–No –dice su cuñado, que levanta la mano.

–No es una buena idea –añade Mikal con voz suave.

–Si te acompaño, disminuirán las probabilidades de que te molesten. Respetarán a una mujer.

–Fátima –insiste el cuñado–. Si descubren a quién lleva detrás, dará igual quién lo acompañe delante.

El leopardo está hecho un ovillo en su regazo, y cuando bosteza muestra su lengua rosa pálido y mueve la cola. Mikal lleva la comida envuelta en un trapo en el asiento del copiloto, además de tres botellas Nestlé llenas con agua del grifo. Hay una botella con un aceite amargo y marrón oscuro para hacerle las curas del brazo al soldado, aunque no sabe cuándo debe ponérselo, ya que tendrá que llevar la escayola durante varios días.

–Ten cuidado –dice el hombre con sinceridad, antes de dejarlo salir.

–Gracias. Y lo siento mucho.

–Por un momento se me pasó por la cabeza dejar que los muchachos se encargaran de él. Para salvarte de ti mismo.

–Lo sé.

–Quizá debería hacerlo ahora mismo.

–Es mejor que me vaya.

–De acuerdo. No tomes carreteras principales. Ve por el desierto y no olvides que las colinas Pahari deben quedar siempre a tu derecha. Tardarás más, pero es la ruta más segura. Cuando la carretera se inunda, la gente acostumbra a ir por el desierto, de modo que no es imposible hacerlo. Yo

mismo lo he hecho. Y ahora empiezo a pensar que deberías esperar a que anochezca.

–No. Tengo que acabar con esto lo antes posible para regresar a Heer.

Los niños se encaminan hacia la escuela, y Mikal se detiene en el cruce que hay al final de la calle para dejar pasar a una docena de ellos. Un crío, que lleva una bolsa de libros el doble de grande que su torso, reacciona al oír las cadenas que hay bajo la lona y golpea la puerta de Mikal.

–¿Qué hay detrás?

Mikal apoya el brazo en la ventanilla.

–¿Es un ternero o una cabra?

–Es mi hermano. Hoy es el día de su boda, pero no quiere casarse, así que he tenido que atarlo y ahora lo llevo a casa de la novia.

A mediodía se encuentra en una llanura abrasadora; la corteza desnuda de la tierra está rodeada de colinas que ilumina el sol y ciega a todo aquel que las observa. Mikal mira continuamente por el retrovisor para comprobar que no lo siguen. Al oeste hay una nube de polvo que se desplaza horizontalmente y luego alza el vuelo como si obedeciera una ley que el viento ignora; las colinas se ven pálidas a la fría luz y se alzan con cruel dignidad y grandeza; las ruedas de la camioneta lo aplastan todo a su paso, y el calor los embiste a ráfagas, como si las rocas respiraran. Es un recordatorio de que, al contrario de lo que dice el Corán, hay algunos lugares de la tierra que escapan al dominio del hombre. Mikal atraviesa las terrazas de las colinas erosionadas por el viento bajo una luz cegadora, y tiene que mirar una y otra vez el termómetro. Al cabo de poco aparecen las palabras «Temperatura elevada» y se imagina que el líquido refrigerante sale a borbotones del radiador y que el vehículo se calienta.

Para la camioneta a la sombra, junto a un precipicio que queda al este del

paso de montaña, baja del vehículo y recibe la embestida de un viento muy fuerte, mientras el río de calor fluye velozmente por el canal de piedra, y en la corriente refulgen destellos de tierra y mica. Cuando levanta la cubierta de lona, el soldado estadounidense vuelve la cabeza vendada hacia él. Está empapado en sudor y tiene la piel roja, que debe de ser la reacción habitual de los blancos cuando tienen calor, piensa. Es un rojo intenso, como si fuese pintura. La escayola del brazo ya está seca y es de un blanco traslúcido en la penumbra. Mikal le quita la venda y le da agua después de echar una pastilla depuradora en la botella. Luego se dirige al río por el que han pasado hace unos minutos, un recodo serpenteante de agua que atraviesa el paisaje. Al acercarse, un par de avefrías, negras blancas negras blancas, levantan el vuelo rozando la superficie. Mikal las observa con los pies en el agua. El río está caliente y Mikal se siente como si le hubieran puesto unos grilletes de hierro en los tobillos. Se adentra en la corriente vestido, con el leopardo en el hombro, y el simple y sencillo peso de la criatura le transmite una sensación de alivio. Deja caer unas gotas plateadas sobre el pelaje del felino. La luz del sol rielas en la superficie a su alrededor, y da forma a lingotes medio fundidos. Se sienta entre los juncos muertos, llena la botella de plástico y regresa junto al americano. Le sujeta la cabeza con una mano y, con cuidado de no mojar la escayola, le humedece la cara, y el hombre parpadea y Mikal le aparta un mechón de pelo mojado que tapa el cardenal de la frente y el soldado parpadea y mira a Mikal y este le pone una mano bajo la barbilla para recuperar el agua que cae y se la vuelve a echar en la cabeza para refrescarlo. También le seca las cejas con los pulgares. Entonces lo mira a los ojos.

El soldado parece estar fascinado con los dedos amputados.

Hace cuatro viajes más al río y cuando acaba el americano está empapado, las cadenas y la plataforma brillan por el agua. El aire ondula y parece que lo deforma todo por culpa del calor, que es como una marea que arrasa con lo que encuentra a su paso. Se sienta en la puerta trasera de la camioneta con el

leopardo en el regazo, inmóvil como un juguete, mientras siente cómo se le seca la ropa, y siente la mirada penetrante del soldado. Hay nidos de arcilla de golondrinas en la pared inclinada del precipicio. El soldado estadounidense intenta moverse de vez en cuando y Mikal lo mira al oír las cadenas. Los ojos del hombre blanco son una puerta de entrada a otro mundo, a una mente conformada por unas reglas distintas, a una forma de vida distinta. ¿Qué tipo de hombre es? ¿Es bienhablado, una mezcla de fuerza y delicadeza? ¿Está enamorado de alguien o es ajeno a este tipo de sentimientos? ¿Tiene, como Mikal, un hermano?

Abre una lata de comida para el cachorro, se la pone delante al leopardo, y luego da de comer al americano. Cuando ha acabado, coge un chapati y un poco de cordero y come él. La ropa le refresca la piel mientras se seca y la sombra le proporciona una sensación tan agradable como la lluvia. De vez en cuando el soldado mira más allá de Mikal, fija la mirada en la cortina de calor, como si hubiera visto u oído algo. O clava los ojos en la lona, como si hubiera alguien al otro lado. Permanece sentado atado a las cadenas, con las piernas cruzadas y el brazo sano a un lado. Al cabo de poco parece que se queda dormido y Mikal también. Cuando se despierta, mira hacia la marea de la sombra del precipicio, que cambia con el movimiento del sol. Se dice a sí mismo que seguirá viaje cuando la línea de sombra llegue a ese arbusto, a esa roca pelada, a esa grieta que hay en el suelo.

Al final se levanta, quita uno de los tapacubos, lo llena en el río, lo deja en el asiento del copiloto y pone al cachorro de leopardo encima.

Se pone en marcha de nuevo para cruzar el valle. El sol brilla perfectamente inmóvil en el cielo. Hay algunos arbustos teñidos de oro por el sol y Mikal ve a lo lejos un chacal negro, pero por un segundo lo confunde con el airedale desaparecido.

Al cabo de una hora abandona el valle árido y empieza el ascenso entre las colinas. Cada vez escasea más la vegetación aunque hay alguna que otra

acacia. Mikal aminora la velocidad cuando allá delante, junto a unas rocas de color azúcar moreno con estrías azules, ve a un hombre y una mujer escuálidos sentados en el suelo, con una cabra negra y delgada que lleva en el cuello la suela de una zapatilla de goma para ahuyentar a los malos espíritus. Le dicen que son refugiados que han huido de los combates en Afganistán. Su hija ha muerto en un bombardeo.

–Todavía siguen los combates –dice la mujer–. Su muerte no sirvió para que ninguno de ellos se sintiera avergonzado. –Entonces le pregunta a Mikal si tiene perfume de jazmín–. La cabra no nos dará leche a menos que nos pongamos el mismo perfume que llevaba nuestra hija cuando la ordeñaba.

Mikal les da un poco de su comida.

–¿Por qué os habéis parado aquí? –les pregunta.

–Porque cobran a los refugiados que quieren pasar.

–¿Quiénes?

El hombre señala al lugar donde se dirige Mikal.

–Los señores tribales de la zona. Han puesto un peaje en la carretera. ¿Tienes dinero para pagarles y que te dejen pasar?

No había ningún peaje cuando salió de Megido ayer.

Le desean que Alá se apiade de él y lo tenga bajo su protección y Mikal reanuda la marcha.

Después de atravesar el desierto durante media hora, baja de la camioneta, se encarama a una cresta, tras subir por una pendiente de grava que parecen granos de trigo que han caído de un saco roto, y mira al otro lado. A unos quinientos metros se encuentra la carretera que debería haber tomado y ve el peaje. Es una cabaña de madera muy rudimentaria. Se tira al suelo de inmediato. Al cabo de treinta segundos levanta la cabeza y ve un vehículo que se dirige hacia él y la estela de polvo que lo une con el peaje. En un terreno yermo como ese resulta casi imposible pasar desapercibido y lo han visto.

–Hagas lo que hagas, hazlo rápido –se dice a sí mismo.

Se vuelve y baja de la cresta dando cinco grandes zancadas. Cuando se pone al volante se da cuenta de que no tiene dónde esconderse. Pone marcha atrás y embiste unos arbustos tan rápido como lo permite el vehículo, mira por el retrovisor lateral, luego hacia delante, el agua del tapacubos se derrama. Coge la pistola que lleva en la cintura, la sujeta con la mano izquierda y sigue retrocediendo hasta que aparece el mezquite bajo que había visto antes. Se detiene junto al árbol y las ramas golpean el lateral del coche. Entonces aparece el otro vehículo y bajan dos hombres a pocos metros del lugar donde se encontraba hasta hace un instante, miran hacia la cresta. Uno de ellos tiene prismáticos. Cinco minutos después suben al coche y regresan al peaje.

Falta una hora para que se ponga el sol y está en una pequeña hondonada orientada hacia el sur, sentado entre unas rocas, al lado de un estanque en cuya orilla crecen unas florecillas azules. La camioneta está justo tres metros por encima de él, con la puerta del conductor abierta. Ha intentado tomar distintos caminos, todos sin salida. Tiene mucha hambre y está sentado con el leopardo en los brazos, que olisquea el aire. Se acerca al arbusto que hay a unos cinco metros, con las ramas cargadas de unas bayas amarillas, como si las hubieran dibujado con una tiza de color. Las coge y las devora, y el jugo le corre por la comisura de la boca. Entonces mira hacia la camioneta. Coge unas cuantas bayas para el americano, sube a la plataforma y levanta la lona.

Lo primero que ve es que el soldado está de pie. Se ha quitado la cadena del pie izquierdo. Y ve que también ha logrado soltarse el brazo derecho. En la mano, el cuchillo del sobrino de Fátima. Lo único que lo mantiene cautivo es la cadena de la pierna derecha y la del cuello.

Clava los ojos en Mikal y le lanza una mirada calculadora, de frío reptil. Tiene el tobillo liberado en carne viva debido al esfuerzo para hacerlo pasar por el grillete.

Mikal hincha los pulmones, tiene la respiración entrecortada, no aparta los ojos del soldado. Hay una muesca en la base de la hoja, cerca de la empuñadura, y sabe que la llaman la «muesca de Quetta», y que se utiliza para cortar tendones y componer redes. Se lleva la mano a la boca y se come las bayas sin apartar los ojos del americano. Sujeta al leopardo con la otra mano y se pregunta cómo es posible que al animal no se le haya acelerado el pulso, como le ha pasado a él. Retrocede, suelta la lona y se precipita hacia la parte delantera. Sabe que el americano se ha dado la vuelta para no permitir que tome ventaja, siente sus ojos verdes y castaños a través de la lona. Alcanza la puerta abierta y al cabo de un segundo oye ruido de cristales: el soldado ha roto la ventana que hay detrás del asiento del conductor y ahora mira a Mikal a través de ella. La pistola de 9 mm se encuentra en el hueco que hay entre los dos asientos y Mikal no está seguro de que el hombre sepa que está ahí, no está seguro de que pueda verla a través de la ventana. ¿Le alcanzará el brazo para cogerla?

Ambos se miran fijamente con la respiración entrecortada. Mikal resiste la tentación de medir la distancia entre la ventana y la pistola con la mirada, ya que no quiere revelar la existencia del arma al americano. Estira el brazo en el mismo instante en que el soldado intenta clavarle el cuchillo en el brazo. La hoja desgarró la manga pero no lo hiere, y Mikal coge la pistola.

Cuando la tiene en su poder, se echa hacia atrás y deja al cachorro en el suelo. Levanta la esquina posterior de la lona y mira al americano, que blande el cuchillo y tiene los ojos encendidos.

Mikal señala la mano del cuchillo con la pistola. Apunta con el cañón hacia el suelo para indicarle que lo tire. Lo hace tres veces más. Entonces imita el gesto con la mano libre: no tiene dedo índice, pero espera que el soldado lo entienda.

El americano se muestra impertérrito.

—¿Crees que bromeo? —dice Mikal mientras sube a la plataforma y baja la

lona. Da un paso hacia delante y aprieta el gatillo. El disparo resuena en el desierto cuando la bala atraviesa la lona. Señala el cuchillo y el americano lo deja caer a sus pies. Mikal tendría que moverse rápido para cogerlo—. Acércamelo con el pie.

Hace el movimiento con el pie, pero el soldado lo mira sin obedecer.

Mikal repite el gesto, blande la pistola y entonces oye una voz fuera. El americano también la oye y mira a la izquierda.

La luz del sol que entra por el agujero de bala es como una lanza resplandeciente en ese espacio reducido, en el que también flota el polvo con destellos de colores.

En el exterior, otras voces se unen a la primera. Mikal retrocede lentamente hacia la puerta, esconde la pistola en la cintura del pantalón, levanta la lona, baja y se encuentra frente a un grupo de unas veinte personas formado por hombres, mujeres y niños. Es un grupo heterogéneo de familias, todos a pie, algunos de los niños desnudos, unos cuantos arrodillados junto a la rueda trasera de la camioneta, hablándole al cachorro de leopardo que se ha escondido bajo el vehículo.

—Hemos oído un disparo —dice un hombre, con un rostro que transpira curiosidad entre las gotas de sudor.

Luce un mostacho en forma de trapecio, pero se afeita una fina línea vertical bajo la nariz para mantener las dos mitades separadas.

—Ha sido el tubo de escape de la camioneta —dice Mikal.

Son peregrinos de un pueblo al oeste de las Pahari, viven en una aldea de la zona occidental de la región, y están realizando un viaje por tierra hasta una zona sagrada para recibir una bendición. Le dicen que llevan una semana de viaje y que aún les quedan tres días de trayecto, a no ser que llueva, en cuyo caso tendrán que reducir la marcha. Mikal no sabe qué hacer mientras los escucha, se siente aturdido. Mira a su alrededor. Uno de los hombres mira por la puerta abierta. Mikal se acerca y la cierra suavemente, lanza una

mirada rápida a la ventana hecha añicos, pero no hay nada que llame la atención. Solo el contorno irregular del cristal que ha quedado en el marco. Presa del pánico, teme que el americano corte la lona con el cuchillo en cualquier momento.

–¿Qué tipo de santuario vais a visitar? –le pregunta al primer hombre que ha hablado.

–Es la tumba de un soldado talibán –responde–. Una fuente de gran energía.

–Fue un gran guerrero y su tumba mide seis metros de largo –dice un chaval de unos trece años–. Los americanos lo mataron. –Lleva en la cabeza un cesto tapado con un trapo. El hombre señala el cesto, que Mikal supone que está lleno de provisiones, pero entonces quita el trapo y ve que oculta granadas de mano–. Queremos bendecirlas en el santuario –dice el chaval–. Luego las llevaremos a Afganistán y se las lanzaremos a los invasores.

Mikal no sabe cómo escapar de esta situación. Las mujeres parecen a punto de montar un campamento junto a la camioneta. Están preparándose para encender hogueras. Se pregunta si podría despedirse y marcharse, pero sabe que el americano lo atacaría con el cuchillo.

–Han matado a dos de mis hijos –dice un hombre–. Los americanos. Son peores que Gengis y Hulagu Khan.

–Lo siento –dice Mikal.

–Gracias. –El hombre se acerca a él para darle un fuerte abrazo que transmita la fuerza de las emociones. Luego señala la lona que cubre la plataforma de la camioneta–. ¿Queréis comer con nosotros tu familia y tú?

–Ya hemos comido.

–El santuario está cerca de Alá-Vasi. Si vais en la misma dirección, tal vez nuestras mujeres y nuestros hijos podrían ir en la parte posterior.

–Voy en la otra dirección.

Algunos de los niños pisotean el suelo, a pocos metros de donde se

encuentran ellos. Deben de haber visto un escorpión o una serpiente.

–Es un arbusto de Al Gharqad.

Mikal asiente con la cabeza. La planta odiada. El profeta Mahoma dijo: «En la lucha final entre musulmanes y judíos, cuando un judío se esconda tras una roca o un árbol, este dirá: “Oh, musulmán, oh, siervo de Alá, hay un judío detrás de mí, ven y mávalo”. Lo harán todos los árboles salvo el Al Gharqad, porque es el árbol de los judíos».

–Antes he visto un nido de serpientes aquí –dice Mikal, a quien por fin le sobreviene la inspiración–. Búngaros.

Y funciona. Se corre la voz y todo el mundo se pone en marcha de inmediato, los adultos, asustados, llaman a los niños y dan instrucciones. Mikal se agacha, coge el cachorro de leopardo escondido bajo la camioneta y observa a los peregrinos, que vuelven a formar un grupo compacto. Una mujer ajada pasa junto a él, tiene el rostro surcado de arrugas profundas como la corteza de un árbol, los ojos legañosos y el pelo teñido de un naranja intenso con henna. Se detiene y lo mira.

–Los americanos pueden hacerse con el control de todo el país –dice la anciana, que hace una pausa para recuperar el aliento y asiente con un leve gesto de la cabeza, como si estuviera escuchando una historia–. Pueden conseguir el dominio total y absoluto mientras prometan exterminar hasta al último hombre. –Escupe en la tierra y añade–: Son una maldición.

Entonces se va y se une al grupo. Mikal los observa mientras se alejan, pero ve que un hombre se separa y se acerca hasta él.

–¿Quieres que recemos por algo en el santuario?

Mikal sacude la cabeza.

–Rezad por todo el mundo.

Durante la conversación con los peregrinos no oyó ni una sola vez el tintineo

de las cadenas, pero ahora empieza de nuevo, fuerte y constante. El hombre está de pie, clavando el cuchillo en el eslabón de una cadena, cuando Mikal sube a la plataforma. Se detiene al ver que lo apunta con la pistola. Mikal lo obliga a tirar el cuchillo y, sin dejar de apuntarlo, se inclina hacia delante, estira el brazo, con los ojos clavados en el rostro del americano, coge el cuchillo y baja de la camioneta.

Contempla la puesta de sol. Se dirige a la cabina y, sin mirar ni una sola vez la ventana rota, coge una botella de agua, le quita el tapón y toma media docena de grandes sorbos. Guarda el cuchillo bajo el asiento. Regresa a la parte posterior y examina al americano, que no se ha movido.

–Si ya estaba enfadado contigo, espera cuando descubra que le has robado el cuchillo –dice.

El hombre lo mira.

–Sí, hablo contigo. Y además has roto la ventana de la camioneta que pertenece al marido de su tía.

Agarra con fuerza la pistola de 9 mm, sube a la plataforma y le hace un gesto para que se siente. Entonces se acerca sin apartar la mirada del brazo sano, lo ata de nuevo y le pone el grillete en el pie libre. Le hace un gesto para que introduzca la muñeca del brazo sano en el aro y el soldado obedece. Mikal elige otra cadena y rodea el brazo y el cuerpo tres veces con ella para que no pueda hacerle nada a través de la ventana rota. Le ata los pies con una cadena que sube por las espinillas y queda justo por debajo de las rodillas. En cierto momento el soldado decide complicarle más la vida a Mikal. Se niega a moverse y se convierte en un peso muerto. Se muestra enérgicamente pasivo. Es como si estuviera peleándose con una roca. Conoce a estos soldados, su habilidad para utilizar la fuerza letal en condiciones ambiguas y complejas, los años de preparación por los que han pasado.

–Hay que tener cuidado con la escayola –le dice Mikal–. A Ghulam le romperán el brazo por habértelo curado a ti. –Cuando ha acabado de atarlo,

añade—: Ya casi hemos llegado. Solo tengo que encontrar una ruta para evitar el peaje y habremos vuelto a Megido. Esperemos que el sobrino de Fátima no esté esperándonos.

Ve la mirada de rabia impotente que le crispa el rostro, los ojos preñados de odio mientras inspira aire ruidosamente. Los soldados estadounidenses no pueden adentrarse más de diez kilómetros en Waziristán o Pakistán, de modo que es obvio que el tipo está acostumbrado a hacer las cosas a su manera.

—¿Dónd'istá chica? ¿Dónd'istá chica? ¿Dónd'istá chica? —murmura Mikal para sí al bajar de la camioneta.

Se sorprende al ver que ha caído la noche y darse cuenta de que lo ha hecho todo a oscuras. Se oye el ruido casi electrónico de los insectos. La luna ha salido y su luz pura cae sobre la pálida inmensidad que lo rodea. Es como si hubiera nevado en el desierto.

Es más de medianoche cuando se convence de que no podrá rodear el peaje. Deja la camioneta atrás, se acerca al saliente que hay encima de la carretera, se agacha y examina la tierra que hay al este, al oeste y al norte, y la carretera que la atraviesa. Han puesto trozos de madera frente a la cabina y les han prendido fuego. Cuando el viento cambia de dirección huele el alquitrán de la carretera.

Regresa a la camioneta y se sienta, apoya la cabeza en el volante y cierra los ojos durante unos segundos. El cansancio puede con él y sueña que el soldado americano ha desaparecido del cajón de la camioneta, donde solo quedan las cadenas tiradas de cualquier manera. En el sueño es presa del pánico porque teme que el soldado lo ataque desde cualquier lugar y permanece paralizado en la oscuridad. Entonces ve al americano, sonámbulo, y lo observa mientras se acerca, sube a la camioneta de nuevo y se ata con las cadenas.

Mikal se despierta pero permanece en la misma postura, con la frente apoyada en el volante, y tarda un rato en darse cuenta de que oye una melodía. Levanta la cabeza. Enciende la linterna, mira a través de la ventana rota y ve que el soldado está cantando. Sale y se lo queda mirando desde la puerta trasera, escuchando la canción que ilumina la oscuridad, transformada de pronto en un paraíso de sonido. El hombre no para ni mira a Mikal a los ojos, el gesto de absorta concentración que se dibuja en su rostro permanece inalterable mientras pronuncia las palabras inglesas que, en un momento dado, parecen transformarse en un éxtasis de elogios hacia todo aquello que conoce —él, Mikal, todo lo que los humanos conocen, de hecho—, y al cabo de un instante un lamento, tierno y descarnado alternativamente, un arma forjada con el acero de la desgracia, clavada en el corazón del sufrimiento. Mikal siente el impulso de abrir las palabras con una cuchilla para examinar su interior, sus colores secretos, pero no quiere moverse por miedo a romper el hechizo, y al cabo de un rato empieza a reconocer algunas frases que se repiten, y luego lo embarga la sensación de que no hay nada más en las amplias colinas y el desierto, tan solo esa canción y esa voz delicada y sus sutiles colores de permanencia, y la valiente resonancia establece un vínculo que los une a través del aire bochornoso.

Esto es lo que decide hacer. Hará bajar al soldado de la camioneta, sin quitarle las cadenas, y lo esconderá en algún lugar. Luego irá con el coche hasta el peaje, les dejará examinar el vehículo si quieren. Seguirá con su trayecto pero se detendrá al cabo de poco, aparcará la camioneta y regresará a pie a las colinas, al lugar donde ha dejado al soldado estadounidense. Lo llevará hasta la camioneta y reanudarán el viaje.

Tal vez debería esperar al amanecer para poner el plan en marcha, dormir unas cuantas horas y sopesarlo con la cabeza despejada. Se sienta para darle

vueltas a la cuestión, con una mano sobre el leopardo, cuya caja torácica sube y baja con cada respiración. Mañana habrá pasado otro día y aún no habrá podido emprender el camino de vuelta a Heer. Se pregunta si debería dejar al cachorro con el americano por miedo a que se lo confisquen en el puesto de control.

Sin aviso previo aparece una joya resplandeciente en la oscuridad y permanece casi inmóvil ante sus ojos durante unos instantes. Como una humilde mota de polvo, la luciérnaga se aleja y Mikal observa su vuelo ingrátido hasta que la pierde de vista. Entonces aparta la mirada de aquel ser milagroso y vuelve a posarla en el americano y se pregunta si hay luciérnagas en su país. Mira a través de la ventana rota que los separa y de repente lo embarga una sensación abrumadora que no surge de ninguna emoción conocida, de repente siente que no está a la altura de una persecución tan amplia, de una vida tan despiadada. Se sorprende al darse cuenta de que está al borde de las lágrimas, se tapa la cara con las manos mutiladas y llora desconsoladamente. Estira el brazo y pone la mano en el hombro del soldado y, con la boca inundada de palabras fracasadas, le habla de Naheed, de su mirada áurea, y le habla de Jeo, y del período que ha pasado encarcelado en manos de los americanos y del señor de la guerra que le mutiló las manos y lo vendió a los americanos por cinco mil dólares. Le habla de la ciega de Rohan. Y de la muerte de Basie.

–Siento haber matado a tus compatriotas.

El americano intenta mirar hacia atrás, o mira la mano mutilada que reposa en su hombro. Lo que acaba de contar son recuerdos muy dolorosos, y Mikal se pregunta cómo se sentiría el soldado si lo hubiera entendido. De modo que decide parar. No quiere herirlo más de lo necesario. Las emociones alteran los pensamientos, así que aparta la mano y permanece sentado mirando hacia el frente durante un rato.

Cuando se encuentran a un kilómetro del peaje, Mikal reduce la velocidad y mira hacia los lados con la linterna, en busca de algún lugar donde esconder al americano y al leopardo. El viento arrastra la arena desde este lado de la carretera al otro. De pronto dobla una curva, ve un peaje a diez metros y ya es demasiado tarde para volver. Era imposible ver ese puesto de control desde lo alto de la colina. Hay una pequeña bombilla encendida fuera y el hombre sentado en la silla se ha levantado al ver a Mikal. Le hace gestos para que pare.

Tendría que haber sabido que habría más de una cabina. La región es un patchwork de clanes, sembrado de rivalidades a pesar de que todos descienden de un antepasado común que conoció a Mahoma en Arabia, que le encomendó la tarea de extender el islam en Waziristán.

La caseta del peaje es una construcción cuadrada, de aspecto sólido, de contrachapado, con un tejado de chapa ondulada. Fuera hay un Corolla familiar negro y un Montero. Mikal coge el cachorro que dormía en su regazo y lo deja enseguida en el asiento del copiloto, lo tapa con un trapo y detiene el vehículo. El hombre tiene una barba desigual y parpadea, deslumbrado por los faros. Sujeta una rosa roja algo marchita y una vieja automática del 45 amartillada, apoyada en la cadera derecha. Detrás de él, la puerta de la habitación está abierta y Mikal ve a varias personas dormidas. El hombre mira a Mikal de arriba abajo.

–Sal del vehículo. ¿Cómo te llamas?

–Mikal. Voy a Megido.

–Sal. ¿Qué llevas detrás?

–Van mi madre, mi hermana y mi mujer –dice Mikal, que baja de la camioneta y cierra la puerta de inmediato.

El hombre olisquea la rosa y le da vueltas bajo la nariz.

–¿Adónde vas con ellas a estas horas?

–Tendríamos que haber llegado a casa hace mucho, pero se estropeó la

camioneta.

El hombre asiente.

–¿Cuántas son? Diles que salgan.

–Están durmiendo.

El hombre suelta una palabrota entre dientes, se dirige a la parte trasera y da varias patadas.

–Arriba.

El ruido despierta a los hombres que dormían en la habitación, uno de los cuales lo maldice, el otro lo amenaza y el tercero lo insulta. Uno de ellos sale por la puerta, agarrando un Kaláshnikov de cualquier manera, y después de mirar alrededor con los ojos entornados y de comprobar que no ha sucedido nada que deba alertarlos, llama a su compañero «sucio infiel» y vuelve a la cama. El hombre de la rosa regresa junto a Mikal, que se mete la mano en el bolsillo.

–Siento mucho haberos molestado. ¿Cuánto os debo?

–Dame cien y marchaos –dice el hombre, que le tiende la palma de la mano con la rosa entre el pulgar y el índice.

Entonces se pone de puntillas y lanza una mirada distraída por la ventanilla del conductor.

Mikal decide darle ciento diez rupias; sin embargo, el hombre se ha apoyado en la ventanilla para observar algo con mayor detenimiento. Mikal sabe que se trata del leopardo, y el hombre lo confirma cuando abre la puerta y coge el cachorro; se vuelve hacia Mikal y lo mira fijamente.

–¿Es tuyo?

–Sí. Toma, ciento diez rupias. Siento mucho haberos molestado.

–¿Cuánto quieres por él?

–No puedo venderlo.

–¿Por qué no?

Observa al hombre y al cachorro, que tiembla en sus manos.

–No es mío, sino de mi hermana, por eso no puedo venderlo.

–¿La hermana que está ahí detrás? –pregunta el hombre–. Despiértala.

Vuelve la cabeza y escupe al suelo sin apartar los ojos de Mikal.

–En realidad, es de mi padre.

Mikal estira los brazos para recuperar el felino, pero el hombre no hace el menor ademán de devolvérselo. Se oyen murmullos de los hombres que intentan dormir en la caseta, quejas de que la transacción se está alargando demasiado, de que el ruido de la conversación les impide conciliar el sueño.

–¿Dónde está tu padre? –pregunta el hombre con un deje amenazador–. ¿Por qué has dicho que era de tu hermana?

–Porque pertenece a toda la familia. Lo he dicho porque estoy cansado. Ha sido un día muy largo.

–Tienen un sueño muy profundo. –El hombre señala la parte trasera de la camioneta.

Mikal le ofrece el dinero de nuevo y lanza una mirada rápida a la automática que descansa en la cadera del hombre.

–Toma, el dinero que os debo.

El hombre lo mira fijamente.

–Ese collar que llevas, ¿también es de tu hermana?

Mikal no se había dado cuenta: una parte de la cadena ha quedado por encima del cuello de la camisa, a la vista, y aunque la tapa de inmediato el hombre reacciona con rapidez, se acerca a la camioneta y quita las llaves del contacto. Le lanza una mirada recelosa y se hace un oscuro silencio. Parece que a partir de ese momento se van a replantear de nuevo todas las relaciones humanas.

–Espera aquí –dice el hombre, y le devuelve el cachorro a Mikal–. Y las quiero aquí fuera, en fila, dentro de treinta segundos.

Se dirige a la habitación, enciende la luz y grita a sus compañeros para que se levanten.

Mikal tarda cinco segundos en llegar a la puerta y otros cinco en echar el cerrojo. Los hombres gritan y la golpean, pero Mikal ya está sentado al volante, coge la llave de repuesto que había en la guantera y arranca el motor. Cuando tan solo han pasado veinte segundos ya se encuentra a cierta distancia del peaje, sigue acelerando, pero también sabe que no tardarán demasiado en derribar la puerta.

Un poco más adelante ve el peaje que quería evitar en un principio, el montón de madera que arde en la carretera, y un Montero aparcado. Sin aminorar la marcha atraviesa las llamas, lo que provoca una lluvia de rescoldos. Oye un disparo, o tal vez es algo que ardía, el chisporroteo de un tronco. No sabe cuándo la ha cogido, pero sujeta la pistola en una mano. El leopardo está inmovilizado entre sus muslos, oye el ruido metálico de las cadenas, la carretera serpentea a través de la noche y no tarda en ver la estela de polvo que levanta el vehículo que lo sigue, a unos dos kilómetros, pero el polvo refulge con un tenue resplandor bajo la luna del mismo modo en que la niebla marca el curso de un río, y ve los haces de luz de los faros y no puede creer la velocidad a la que se mueven. Oye los estallidos amortiguados de las armas de cañón largo a campo abierto, y una bala hace añicos el retrovisor del copiloto. En su retrovisor ve dos faros más que avanzan por el desierto envueltos en una pálida nube de polvo y que se dirigen hacia él en diagonal. Un poco más adelante se encuentra el río Wolf. Cuando cruce el puente estará a solo veinte minutos de Megido.

El sudor le empapa la ropa. Al salir de la curva de la penúltima colina, Mikal frena y la camioneta se detiene de costado en mitad de la carretera. Más adelante se encuentra el puente que cruza el río, pero está ardiendo, con unas llamas tan altas como los postes de la electricidad. Baja del vehículo y observa el incendio, los trozos de madera que caen al agua, que discurre seis metros por debajo. Parece como si la tierra se estremeciera debido a la fuerza

del fuego, como si los muertos le estuvieran haciendo sitio ahí abajo: una visión de la izquierda de Alá el día del Juicio Final.

Quita la lona que cubre el almacén de la plataforma y deshace el nudo de las correas que la sujetan. El americano dirige la mirada hacia el fuego, asombrado. Mikal arrastra la lona hacia el banco de grava que hay en la orilla, y entra en el río con la pesada tela hasta que le cubre la cintura, y sumerge la lona con ambas manos. Mira hacia el puente para intentar calcular cuántos tablones de madera ha perdido ya. Los fragmentos en llamas caen y chisporrotean al entrar en contacto con el agua roja. Mikal decide sentarse en el agua y mojarse la cabeza para empaparse por completo. Luego sale arrastrando la lona, que pesa el doble que antes.

Cuando llega a lo alto de la ladera con la lona empapada de agua, el americano empieza a forcejear para intentar liberarse de las cadenas, consciente del plan que tiene en mente. El hombre se retuerce apretando los dientes y luego grita en inglés una palabra que Mikal entiende: «¡No! ¡No! ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!». Da patadas contra la plataforma metálica y se mueve de un lado a otro. Mikal le echa la lona encima como si fuera la red de un pescador de la que chorrean gotas doradas, por un momento pierde el equilibrio debido al esfuerzo, pero sube al cajón para comprobar que el soldado está bien tapado. Baja al suelo de un salto, se sienta al volante y se pone el cachorro debajo de la camisa mojada. Maniobra la camioneta tan rápido como puede y se dirige a toda velocidad hacia la boca del fuego. «Pensé en tu belleza, y esta flecha labrada con ideas delirantes la llevo clavada en la médula.» Las palabras que había citado Naheed.

Se adentra en la energía letal y cegadora de cien soles y el americano no deja de gritar ni de retorcerse bajo la lona, y los neumáticos se estremecen al pasar sobre los tablones en llamas, las lenguas de fuego zarandean el vehículo, se retuercen en su viento abrasador y el fuego tiene su propio sonido, el rugido de una bestia primigenia, que se funde con el estruendo del

río, pero mientras avanza por el puente cobra fuerza el río y las llamas quedan relegadas al silencio, y el fenómeno se repite, las agujas romas de las zarpas del cachorro se clavan en su piel, el calor se vuelve insoportable y Mikal se da cuenta de que está pronunciando el nombre de Naheed, que la llama desesperado, porque tiene que cruzar, porque el puente es el puente entre su parte más íntima y la del americano, algo que el fuego no puede consumir ni dejar sin sentido, un puente a sus padres y a Basie, a un mundo en el que Jeo aún está vivo y en el que Tara no fue a la cárcel, al corazón blanco y abrasador del fuego, el fogonazo que le robó la vista a Rohan. No permitirá que capturen al soldado americano, y en ese momento lo ama, y ama a los dos hombres que mató, y ama a la chica muerta que se ponía perfume de jazmín, es tan grande el amor que siente que cree que su corazón no podrá soportar tanta intensidad y lo matará antes de que lo mate el fuego. La camioneta da bandazos de un lado a otro a medida que ceden los tablones. Las llamas entran en la cabina cuando el parabrisas se tiñe de negro ante sus ojos y entonces un haz de luz lo hace añicos, y Mikal ya no sabe si se mueve en horizontal o si cae en vertical con el vehículo envuelto en llamas. Sin embargo, de repente se encuentra en la otra orilla. Para el vehículo, abre la puerta, deja el cachorro en el suelo, se sube a la plataforma y tiene la sensación de que lo está haciendo con una extrema lentitud. Tose para expulsar el humo de los pulmones. Ve fugazmente que los neumáticos están ardiendo y que la pintura se está desconchando.

La lona ha prendido en algunas partes, pero son llamas del tamaño de una moneda. La arranca y deja al descubierto al americano y las cadenas. Están cubiertos por un manto de vapor que cobra una forma nueva a cada segundo que pasa, y un rescoldo amenaza con extenderse por el cabestrillo y la escayola.

El hombre tiene la respiración entrecortada. Mikal apaga el rescoldo de la escayola y toca las cadenas para comprobar si están calientes; luego le limpia

el sudor de los ojos con ambas manos. Cuando baja de la camioneta ve un grupo de hombres a unos tres metros del vehículo, los espíritus hostiles de los lugares desconocidos, iluminados por el puente en llamas. Los apuntan con más de una docena de armas, y uno de los hombres tiene el cachorro en brazos. Es tan grande y fuerte como el americano. Mikal los mira con las manos en la cabeza, presa súbita del cansancio que ha acumulado en estos días.

La habitación en la que los meten huele a polvo. Al americano le han tapado la cabeza con una capucha y le han quitado las cadenas. Mikal les dio las llaves y varios de los hombres subieron a la camioneta. En lugar de desencadenarlo, simplemente lo soltaron y lo llevaron como una efigie de metal, como un caballero hecho prisionero.

No sabe adónde los han llevado, si a Waziristán o a Afganistán. Ambos están maniatados a la espalda.

Han atravesado la oscuridad hasta que las modestas aves del desierto aparecieron en el joven aire, y el sol ascendió dejando una estela dorada, carmesí y plateada, y empezó a arder sin parar; a media mañana llegaron a un pueblo, pasaron por la calle principal, que estaba llena de polvo, dejaron atrás la mezquita, unas cuantas tiendas, una docena de niños y casi el mismo número de perros. El camión se detuvo ante la puerta de la casa más grande del otro lado del pueblo y uno de los hombres que iban detrás bajó, abrió la puerta y el camión entró en un gran patio lleno de palmeras altas en flor, preñadas de dátiles.

Los dejaron en la habitación y se fueron. Mikal se negó a responder a sus preguntas sobre el americano y observó cómo los desconcertaba la situación. ¿Debían liberar a Mikal? A fin de cuentas había capturado al americano y lo

había encadenado. Pero ¿qué se escondía tras esa ambivalencia, rayana en la ternura, que mostraba hacia el soldado?

Mikal lo mira en la penumbra. La bolsa de tela que le tapa la cabeza. La escayola quemada del brazo. La tela del *shalwar kameez* arrugada en los lugares en los que Mikal lo rodeó con las cadenas.

Es una habitación subterránea y el suelo es de baldosas grandes de barro no vidriado, muy torcidas, como las paredes. Hay una ventana alta sin cristales por la que entra la luz exterior, pero que sin embargo no llega al suelo, ya que la mayor parte de ella se disuelve en la oscuridad por encima de sus cabezas. Mikal duerme plácidamente, exhausto, y se despierta más tarde cuando se abre la puerta que hay en lo alto de las escaleras, donde aparece un hombre mayor, que empieza a bajarlas lentamente. Mira a Mikal y al americano. Es obvio que no ve muy bien. En la puerta han aparecido las siluetas de varios niños, y el hombre se acerca al pie de las escaleras, levanta las manos en forma de asta, les grita y los pequeños huyen. Es un hombre menudo y de tez oscura, y de pronto Mikal tiene la sensación de que es él quien desprende el olor a polvo y tierra. Como si al alcanzar la edad madura hubiera decidido regresar lentamente a aquello de lo que están hechos los humanos.

–¿Quieres comer algo? –le pregunta con calma a Mikal, que asiente–. ¿Y el hombre blanco?

Los ojos negros del hombre se posan en la cabeza encapuchada.

–A ver qué puedo conseguir. –Se acerca un poco más a Mikal–. ¿Lo capturaste a propósito? ¿Para conseguir la recompensa que ofrecía esa guerrilla árabe?

–No.

–¿Quién eres?

Hace calor en la habitación y Mikal ve las gotas de sudor que corren por la frente ajada del hombre.

Mikal niega con la cabeza.

Ambos guardan silencio.

–Estoy buscando a unas personas –dice Mikal–. Creo que fueron capturadas por... –señala al americano– su gente.

–Occidentales.

–Sí.

–Occidentales –dice el hombre, con voz áspera.

–Sí.

–¿Cómo te llamas?

–Mikal.

El anciano repite el nombre en silencio.

–¿Quién es tu gente?

–No la conoce. No soy de Waziristán.

El hombre piensa.

–¿Lo atrapaste ayer? Fue un día con tres soles.

–Había un sol y el parhelio, sí.

–Es algo que se menciona en ciertos libros antiguos e importantes.

Mikal asiente. Había leído sobre los parhelios en libros de astronomía.

El hombre mira al americano.

–Luché contra los occidentales cuando estuvieron aquí en la década de 1930.

Cierra los ojos y los abre de nuevo. Bajo la pálida luz del día, los ojos no revelan nada. Parece que está examinando las sombras de la habitación.

–Yo fui capturado por los americanos –dice Mikal–. No sabía qué querían de mí. Me da miedo pensar lo que podrían estar haciendo a toda la gente que tienen encarcelada.

–No podemos saber qué quieren los occidentales –dice el anciano–. Para saber qué quieren, tienes que comer lo que comen, vestir lo que visten y respirar el aire que respiran. Tienes que haber nacido donde han nacido.

–No lo sé. Antes ha hablado de los libros. También podemos aprender

cosas de los libros.

–Nadie que haya nacido aquí puede saber qué quieren los occidentales – dice el hombre–. Para nosotros son unos desconocidos. La división es demasiado grande y definitiva. Es como preguntar qué saben los muertos o los que aún no han nacido.

El hombre estira una mano temblorosa en la penumbra, limpia el sudor de la frente de Mikal y se sorprende. La nota fría, dura y exangüe.

–¿Eres el amo de esta casa? –pregunta Mikal–. ¿Qué va a pasarnos?

–Solo soy un sirviente. Tomarán la decisión esta noche. Han convocado a todos los jefes de las tribus de los alrededores.

El hombre se vuelve para irse.

–Tengo que hacer una llamada –dice Mikal, que se da cuenta de lo absurdo de su petición en cuanto sale de su boca–. Tengo que decirle a alguien que voy a regresar, tengo que decirle que no pierda la esperanza.

–¿Es tu amante?

–Sí, pero tal vez se vea obligada a casarse con otro hombre.

El gesto de asentimiento del hombre es un recordatorio de que ciertas cosas persisten en este mundo. Al final el hombre se dirige hacia las escaleras.

La luz del sol que entra por la ventana se ha teñido de un amarillo oscuro cuando el anciano regresa y le desata las manos a Mikal.

–Me han dicho que te acompañe fuera. Quieren hablar contigo.

Mikal sigue al anciano por las escaleras y salen al gran patio. No muy lejos de allí acaban de matar una vaca. Se cruzan en su camino varios hombres con cubas llenas de carne brillante: uno de ellos lleva un juego de cuchillos ensangrentados, otro arrastra un cuarto trasero enorme y la pezuña deja un pequeño surco en la tierra compacta del patio. Han trasladado la camioneta quemada desde la orilla del río hasta aquí y ahora descansa en un rincón sobre un montón de ladrillos, ya que le han quitado los neumáticos

calcinados. Aparecen dos críos –deben de ser hijos de los criados, porque llevan la ropa sucia y el pelo enmarañado, y tienen los dientes amarillos– y los siguen desde una distancia prudencial, aunque Mikal oye su conversación: «Él solo capturó al americano, que mató a cincuenta musulmanes y les arrancó el corazón...», «Mañana liberarán al americano en las montañas y soltarán a los perros para que lo cacen...», «El americano le robó la camioneta a su tío y él lo persiguió hasta capturarlo...». El anciano se vuelve hacia los críos y los espanta con solo mirarlos. Mikal y el hombre recorren la galería que están limpiando tres niños pequeños con un trapo.

Entran en una sala. Es la casa de una familia muy rica, con puertas altas y bisagras de latón, con unos techos cuatro veces más altos que las puertas. Sentado en la sala, en un sofá muy grande y con demasiado relleno, se encuentra el hombre robusto que Mikal recuerda del puente en llamas y que hizo ademán de quitarle las cadenas a balazos al soldado americano hasta que Mikal le dio las llaves. Tiene poco más de treinta años, una bandolera llena de balas de rifle que le cruza el pecho en diagonal y una pistola en una funda de cuero negro labrado bajo la axila. En las manos tiene el cuchillo. En la mesa delante de él hay restos de comida, un periódico y un jarrón de plástico con flores de plástico. Lanza una mirada fugaz a Mikal y luego la dirige de nuevo al cuchillo.

–¿Cómo te llamas? –pregunta sin mirarlo.

En el suelo se dibujan arcos refulgentes de humedad, unos pequeños, otros más grandes, según la longitud de los brazos de los niños.

–Creo que ya te lo he dicho –responde Mikal.

El hombre levanta la cabeza y lo mira. Entonces deja la daga sobre el periódico. Incluso sus gestos más pequeños son expansivos, y hace uno para referirse a toda la mansión.

–Háblame del americano.

–No hay nada que decir. Lo encontré en el desierto.

–¿Por qué no lo mataste cuando lo viste? ¿No sabes que están en guerra con nosotros?

–¿Dónde está el cachorro de leopardo?

–Dime una cosa. –El hombre se inclina hacia delante y dice–: ¿Has oído hablar de una señora llamada Madeleine? ¿No? En 1996, a esta señora llamada Madeleine Albright, embajadora de Estados Unidos en la ONU, le preguntaron en una entrevista que le hicieron en televisión qué opinaba del hecho de que quinientos mil niños iraquíes hubieran muerto como consecuencia de las sanciones económicas estadounidenses. ¿Sabes qué respondió? Dijo que había sido «una decisión muy dura» pero «creemos que el precio ha valido la pena». Estas son sus palabras exactas. ¿Qué opinas?

–¿Qué crees tú que opino? Me tomaría tu amor hacia los niños más en serio si no los obligaras a fregar el suelo.

El hombre lo observa en silencio.

–¿Crees que obligarlos a fregar el suelo es tan grave como matarlos de hambre? –pregunta el hombre.

–No he dicho eso.

El hombre hace un gesto de desdén con la mano.

–He decidido liberarte.

–No pienso irme sin el soldado americano ni el cachorro.

El otro suelta una carcajada burlona.

El criado anciano le toca el brazo a Mikal, pero este no le hace caso.

–No pienso irme.

El hombre se pone de pie.

–Estás acostumbrado a dar órdenes, ¿verdad? –pregunta Mikal.

–Es peor de lo que crees. Estoy acostumbrado a que me obedezcan.

Mikal aguarda ante la casa toda la tarde, soportando el sol abrasador, oyendo

los sonidos que se producen al otro lado del portalón, donde un vigilante conversa con alguien de vez en cuando. La puerta se abre cuando llega un vehículo y el vigilante le lanza una mirada antes de cerrarla de nuevo.

–¿Es cierto que el americano violó y luego asesinó a la mujer a la que amas? –le pregunta a Mikal desde el otro lado.

–No.

Cuando el sol empieza a ponerse, Mikal decide alejarse de la casa. Toma la calle que atraviesa el pueblo, llena de tiendas que venden arroz y aceite para cocinar, hilos y botones, dulces para niños, harina de garbanzos, cascarilla de arroz para alimentar a los caballos y cazuelas de mala calidad. Pregunta si hay algún teléfono público que usar, pero es en vano. Compra un mango y el vendedor le dice que es de la misma variedad que tomó Alejandro Magno. Mikal se lo come con la piel y sigue avanzando por la calle. De pronto se halla en la oscuridad de una trastienda, se detiene y se da cuenta de que es un espejo. Se sienta en el otro lado de la calle, donde empiezan los campos, y observa un convoy de vehículos que se dirigen hacia la casa que hay al otro lado. Escucha la llamada a la oración que proviene del minarete, los círculos concéntricos de sonido que se expanden en el aire, y que hacen que el lugar parezca el centro de la tierra. La llamada nace del corazón del planeta. Pero se corta bruscamente. Algo le ha pasado al altavoz. Entra en la mezquita, se limpia el polvo y el sudor de la cara, y se une a la cola para poder rezar las oraciones. Luego se sienta en la alfombra e intenta preguntar a los demás para averiguar algo sobre los dueños de la casa grande. Sale de la mezquita y compra comida en una tetería infestada de moscas que revolotean como si fueran un puñado de canicas en un frasco que alguien ha agitado. Le da los huesos de la carne que ha comido a un perro callejero y le habla y le silba, algo que no hace gracia al dueño del local ni a los demás clientes. Les pregunta por la familia propietaria de la casa. Alrededor de las diez de la

noche, se sienta en una calle casi vacía a fumar un cigarrillo, escucha la música de los grillos y ve al anciano a lo lejos.

Se pone de pie y se dirige hacia él.

–He venido a pedirte que te vayas. Es por tu propio bien –dice–. Han visto que aún sigues por aquí y quieren llevarte de nuevo a la casa.

–Iré.

–No. He venido a advertirte. Deberías irte.

–No puedo.

–Si robo el leopardo y te lo doy, ¿te irás?

–No. No me basta con el leopardo.

–Vete –le dice el hombre–. Si te capturan no volverán a soltarte.

Mikal permanece allí plantado, negando con la cabeza.

–¿Le han hecho algo?

–No lo sé. Ya te dije que solo soy un criado.

Entonces ve a un gigante con turbante negro que camina hacia ellos.

–Ha venido a por ti –le dice el anciano–. Corre. Vete.

–No –dice Mikal, que echa a caminar hacia el hombre.

Sale de la casa al cabo de dos horas y se dirige hacia las colinas; se siente como un elemento superfluo de la vida fantasmal nocturna. Mil estrellas del desierto brillan sobre él y cada una titila sola. El aire oscuro que lo rodea es cálido y sus pies aplastan una planta aromática y liberan su fragancia mientras inicia el ascenso. De vez en cuando vuelve la mirada hacia atrás, hacia las luces que se alejan detrás de él, hasta que ya solo se ve la bombilla que hay en lo alto del minarete de la mezquita. Pero también esta desaparece. Al cabo de una hora, en un valle esculpido en roca, se echa junto a un arroyo, donde los árboles son tan pálidos como el papel. Al quedarse dormido cerca del suelo, de la tierra agraviada, se adentra en una pesadilla... O tal vez sea

una confusión, mezcla de sueño y del recuerdo de lo que ha visto hace unas horas...

Alrededor de las dos se despierta y se da cuenta de que ha sido por culpa de un rayo de luz que le ilumina la cara, un haz de brillo pegajoso. Se da la vuelta, se pone boca abajo y observa los cuatro vehículos que transportan a americanos. Pasan a pocos metros de él. Son comandos, un destacamento especial o agentes de los servicios de inteligencia. Cuando se han ido, Mikal se levanta y regresa al pueblo tan rápido como puede, corre hasta que nota una punzada en el costado, espera a que se le pase y echa a correr de nuevo. Mientras dormía ha cerrado los puños con fuerza, angustiado, y ahora tiene dos uñas manchadas de sangre. Atraviesa la calle oscura y abandonada, silba cuando dos perros le gruñen y se callan de inmediato. Se acerca a la casa grande por detrás y en tan solo cinco minutos sube a la azotea, al depósito de agua, y salta. Resigue una larga pared de ladrillos. Sube unas escaleras sin pasamanos, hasta un tejado más bajo. El patio está iluminado con cuadrados y recuadros de luz pálida, las tamaras oscuras, y lo cruza pasando de una sombra a otra. Abre la puerta de la cocina, se acerca al horno tandoor, encuentra un trozo de carbón y se lo guarda en el bolsillo. Se vuelve y oye un sonido cuando está a punto de salir.

–Sabía que volverías –dice el anciano. Se enciende una luz de contorno borroso que muestra al hombre de pie, con el cachorro de leopardo en las manos. Se acerca a Mikal y le entrega una llave, el leopardo y la linterna–. La llave es de la habitación donde está encerrado. También he abierto el portal. Puedes irte cuando quieras.

–¿Por qué lo haces?

–Mi hijo está en poder de los americanos. Si me porto bien con él, tal vez ellos se porten bien con mi hijo.

–Me pregunto si es así como funcionan las cosas.

–¿Adónde lo llevarás?

–No lo sé.

–No podrá llegar muy lejos a pie.

–¿Puedes conseguirme las llaves de uno de los coches?

–Oirán el motor.

–Sí.

Apaga la linterna y se dirige hacia la puerta de la cocina.

–¿Sientes los dedos amputados? –le pregunta el hombre en la oscuridad.

–A veces.

–Entonces es una señal de que existe otra vida.

Mikal dibuja un todoterreno con el pedazo de carbón. El soldado lo observa. En el capó dibuja una gran bandera estadounidense. Señala el dibujo y luego hacia arriba, a las escaleras.

Cuando van a salir a la calle, se enciende una luz detrás de ellos y alguien grita. El americano se apoya en Mikal, que tiene la sensación de que es él quien carga ahora con las cadenas. No aparta la mirada de la luz que brilla en lo alto del minarete. Salen a la calle y cuando llegan a la mezquita le hace un gesto al soldado para que se siente tras el puesto de cañas de la India que hay plantadas a lo largo del primer escalón. Mikal trepa por el edificio apoyando los pies en los huecos y molduras de la fachada, y deja unas pequeñas manchas de sangre debido a las dos uñas heridas. Salta al patio que hay al otro lado y abre la puerta para que entre el americano. La cierra de nuevo y se agacha para desatarle las botas y quitárselas. Detrás de ellos, y apoyada en la pared, se encuentra la tabla de madera en la que bañan a los muertos. Mikal se quita los zapatos y a continuación ambos entran en el edificio sagrado, atravesando un mar de alfombras de oración. Cuando llegan a la sala principal, Mikal cierra la puerta con el pestillo, se acerca al armario que hay

junto al púlpito *minbar* y lo abre. En el interior se encuentra el equipo que permite que el muecín convoque a los fieles a la oración: el viejo amplificador y el micrófono de acero con forma de cabeza de palo de golf. Oye a gente frente a la puerta de entrada de la mezquita y alguien pide que lleven una escalera, una cuerda.

Mikal enciende el amplificador, se iluminan varias lucecitas rojas y señala el micrófono.

–Avísalos –le dice en pastún–. Avísalos. Diles que vengan a buscarte. Diles que vengan a la mezquita.

Tal vez debería hacer de nuevo un dibujo del todoterreno con la bandera estadounidense, pero el americano parece entender la idea de inmediato y asiente.

No hay forma de saber si los americanos que ha visto Mikal podrán oírlo, pero no tienen otra alternativa. Si los americanos llegan, se desatará un combate encarnizado. El hombre blanco empieza a hablar, pero no oyen nada procedente del minarete, ningún eco de sus palabras en el exterior, que no han salido amplificadas. Mikal sube el volumen al máximo pero no supone ninguna diferencia. Entonces recuerda que, unas horas antes, la llamada a la oración había finalizado bruscamente cuando aún no había acabado.

El americano ha dejado de hablar y se agacha para examinar el cable que sale de la parte trasera del amplificador, se aparta del armario y se encarama a un montante situado cerca del techo, que conecta el altavoz con la cúspide del minarete. Señala el hueco de quince centímetros que hay en el lugar donde se ha fundido el cable debido a una subida de tensión.

Mikal lo mira y el murmullo de la calle aumenta de intensidad. Se oyen pasos en la calle, el susurro de las esteras de carrizo. Se lleva las manos a la nuca y abre el cierre del collar. Con dos gestos rápidos empalma los dos extremos del cable del amplificador y cierra el circuito.

El americano coge el micrófono de nuevo y la sala se llena de inmediato

del sonido de su respiración ampliada diez, veinte, treinta veces. Es como si hiciera volar espadas por el aire. El minarete, cuyo objetivo es convocar a los fieles a la oración y a alabar al Todopoderoso, está llamando a los infieles para que vengan y profanen Su casa. Las palabras se extienden por la oscuridad, por las colinas de arcilla y esquisto, por las llanuras y por el desierto rocoso que había sido testigo de la llegada de los humanos hace muchos siglos y que ha sido testigo del derramamiento de sangre anciana, de profetas y amantes, peregrinos y vigías.

Los soldados de las fuerzas especiales tardan quince minutos en llegar a la mezquita, y el helicóptero Chinook, del tamaño de un autobús escolar, aparece en el cielo diez minutos más tarde, atronador.

–¡Rehén americano! –grita el hombre blanco a través de la puerta cerrada de la sala de oración–. ¡Rehén americano! ¡Rehén americano!

No dejó de hablar por los altavoces de la mezquita durante siete minutos para llamar y guiar a sus compatriotas. Pero entonces los altavoces dejaron de funcionar. El calor de la electricidad había fundido el collar.

Mikal se encuentra junto al americano, con la espalda pegada a la pared, mientras el cachorro no para de gemir angustiado en sus brazos. Está pensando en Naheed. Cuando estaba con ella lo único que importaba era si era bueno o malo, no fuerte o débil, no que recibiera el favor o la maldición de Dios. Los comandos se acercan a la sala de oración, se abren paso con explosivos para atravesar puertas y paredes.

–¡Rehén americano, abran la puerta, diríjense a la izquierda con las manos en alto y tumbense en el suelo!

El hombre blanco coge a Mikal con firmeza de la muñeca y abre la puerta.

Bajo un fuego intenso, los comandos sacan de la mezquita, medio en

volandas, medio a rastras, al soldado estadounidense. A través del barullo de gritos en inglés y pastún de los heridos, y de los fognazos y el humo de las explosiones, el soldado llega a un maizal de límites difusos situado detrás del edificio, donde ha aterrizado el helicóptero. Los comandos le aseguran que regresarán e intentarán encontrar al muchacho del cachorro de leopardo. No sabe en qué momento exacto de la confusión y la matanza le ha soltado la muñeca. Y es demasiado pronto para saber a quién pertenecía el rostro que vio, con un nódulo rojo en la parte superior de la frente y varias arrugas que se extendían por sus facciones, como si alguien hubiera intentado dibujar un coral en aquella piel. Más tarde intentará poner en orden los diversos recuerdos fragmentados, crear una secuencia con ellos. Pero ahora el Chinook alza el vuelo por encima de los fognazos de las armas; algunos soldados se inclinan hacia delante y disparan al suelo, la mezquita se hace más y más pequeña, y finalmente el helicóptero se aleja de la violencia de la guerra y el edificio desaparece por completo, y solo quedan las estrellas que brillan en la oscuridad final; cada una señala un lugar en el que podría florecer un alma y todos los misterios que alberga en su interior, perenne con la tierra.

Aún no ha amanecido en Pakistán y resulta difícil distinguir con claridad el cielo y la tierra a lo lejos. Tres cuartos de hora antes de que salga el sol, aparecen franjas anaranjadas en el horizonte oriental: una luz comprimida y que sin embargo respira en los confines del mundo. Entonces desaparece y llega el gris, seguido por momentos de una intensa luz azul. Cuando sale el sol es una sorpresa: el mundo aparece una vez más y en apariencia todo se rige por las reglas habituales.

Naheed se encuentra en el sendero cubierto por el rocío, con rostro serio.

–¿Qué haces? –le había preguntado él la semana anterior, antes de partir hacia Waziristán.

Naheed estaba pintando los pétalos de una flor para realzar su amarillo. Estaba utilizando la caja de pinturas de Sofía y uno de sus pinceles finos.

–El año que viene, cuando esta planta vuelva a florecer, padre se habrá quedado ciego –le dijo ella–. Así que quiero asegurarme de que pueda verla hoy.

Deslizó el pincel con cuidado por el contorno de los pétalos una última vez, luego limpió las suaves cerdas y empezó a añadir puntos rojos en el interior de la corola.

Mikal entró en la habitación de Sofía y encontró otra caja de pinturas y un pincel y se subió a pilares y troncos para pintar las flores a las que ella no alcanzaba, y desapareció de la vista en algún que otro momento, y utilizó el agua de lluvia acumulada en las grietas de la corteza, las gotas de las hojas, o su propia saliva cuando no tenía otro líquido a mano, las arrugas de sus labios

llenas de color como las líneas que dibujó en algunos de los pétalos, las rosas y las lilas de las Indias, las flores anodinas del árbol de la música que crecen directamente del tronco, la cañafístula rosada y espinosa. Conoció a pájaros en las copas y ahuyentó a bandadas enteras cuando se adentró en la piscuala con el pincel blanco, tarareando una canción.

Naheed respira el aire del atardecer y piensa en el momento en que Mikal regresará, pálido, cubierto de polvo y con su cadena colgada del cuello. Aun herido y con cicatrices, sigue siendo perfecto, y ella entiende por qué los dioses quieren utilizar a seres humanos como instrumentos.

IV

ISAÍAS

Porque todo calzado que lleva el guerrero
en el tumulto de la batalla
y todo manto revolcado en sangre
serán quemados,
serán pasto del fuego.

ISAÍAS

Año tras año, los lirios aumentan la colonia. Tres pétalos erectos con tres sépalos; las flores en su tallo hueco son de un azul pizarra con vetas algo más oscuras y una cavidad sedosa en el centro. Naheed se encuentra junto a ellos y vuelve la cabeza para mirar a los dos niños que se entretienen con el camión de juguete. El hijo de Mikal, y el de Basie y Yasmin. Corren por los caminos con el camión y sus gritos impregnan el aire limpio y refrescado por la lluvia.

Naheed entra en la cocina y empieza a hacer chapatis, les da forma con cuidado para que sea un placer además de un trabajo. En una ocasión Mikal había observado que ella da forma a las bolas de masa en la palma de la mano en sentido contrario a las agujas del reloj. Como Tara y Yasmin. No recordaba cómo las hacía su madre.

Ahora, años más tarde, su hijo corre por el sendero rojo con su primo.

Naheed cuenta los chapatis y sabe cuántos comerá cada persona. Yasmin da clase en el instituto y escuela secundaria Aligarh y no tardará en llegar y se sentarán y comerán juntos. No han vuelto a tener noticias del padre Mede desde el asedio, pero están reconstruyendo su escuela lentamente. Cuando hayan acabado, Naheed habrá obtenido el título de maestra. Sabe que Galileo cantaba para marcar el paso del tiempo cuando medía la fuerza de la gravedad, y que Newton se introdujo cuidadosamente una aguja por detrás de su propio ojo para averiguar cómo la luz causa vibraciones en la retina, y que Syed Ahmed Khan dijo: «No existe diferencia entre el mundo de Alá y la obra de Alá».

Imagina cómo serán los niños cuando sean muchachos: de carácter reservado en general, pero con un toque de alegre desenfreno que se revelará de forma ocasional.

Naheed ha atado un cordel que conduce de un lugar a otro del jardín. Lo llaman la «cuerda de funambulista» y une las distintas plantas y lugares que le gusta visitar a Rohan. El anciano recorre el jardín aferrado a ella, siguiendo una ruta en zigzag entre los árboles. A veces los niños sugieren que debería seguir fuera de casa, que debería llegar hasta la mezquita, los bazares y las casas de los conocidos. La cuerda también pasa por el estudio de Sofía. Y va de la casa de Bagdad a la de La Meca, de la casa de El Cairo a la de Córdoba y a la Otomana, y en último lugar a la de Delhi, coronada por el baniano y el suave balanceo de los mangos con rabillos de treinta centímetros.

Espíritu Ardiente sigue al otro lado del río, aunque Kyra ha desaparecido y, según los periódicos, lo busca el gobierno. Algunos dicen que está en Irak o Waziristán. Ahora la escuela es gestionada por el gobierno y de momento Rohan y su familia no han tenido que abandonar la casa, viven en una situación precaria, pero no es peor ni mejor que la de la mayoría de los habitantes de este país desconsolado y triste.

Naheed observa a los niños, Tara masca semillas de hinojo durante un minuto para ablandarlas y luego las pasa directamente de su boca a la de los pequeños. Tara, que tuvo que trasladarse a la casa cuando la familia impidió que Naheed se casara con Sharif Sharif y este la echó del piso. Están frente a la casa Otomana. Todos los tulipanes amarillos que crecen frente a ella tienen una pupila marrón oscuro en la base del cáliz, y al mirarla uno siente que la flor lo obsequia con su atención, y de ese modo refuerza nuestra existencia. La paternidad de Naheed y Mikal se ha mantenido en secreto. En mitad del embarazo, Naheed y Yasmin se fueron a una aldea lejana, regresaron tras los partos y dijeron que Yasmin había tenido mellizos. Es una mentira que nadie

querría decir, pero no les queda otra alternativa, y se recuerdan a sí mismos que son más afortunados que muchos otros de sus compatriotas.

Así pues, Naheed observa a los niños, que juegan y urden sus pequeñas conspiraciones en el jardín, y los años pasan lentamente mientras espera a Mikal, que por entonces es más un sentimiento que una persona, una sensación en el pecho y una penumbra de asociaciones creada por la separación; los días se hacen más largos y más cortos y las frutas y verduras de temporada aparecen y desaparecen de la cocina. En ocasiones lo ve de noche, cuando los relámpagos revelan los rostros de los profetas y los reyes, suspendido en la corteza de los árboles del jardín. Mikal le había dicho que el planeta más brillante del cielo era Júpiter y que durante cientos de *años* las tormentas arrasaron su superficie.

Naheed ya lo había esperado en una ocasión, y por entonces todo el mundo le dijo también que ya no estaba vivo.

En el invernadero, Rohan toca las semillas germinadas con las yemas de los dedos y recita un verso del Corán. «Dios hiende el grano y el hueso, hace salir la vida de la muerte y saca la muerte de la vida...»

Naheed alza la vista de la página que está leyendo en el momento en que se abre la puerta y entra Mikal. Acaso sea su fantasma, que ha ido a convencerla de que siga adelante con su vida sin él. Mikal levanta la mano lentamente, Naheed se pone de pie y se dirige hacia él, con la mano tendida. Los insectos tejen una telaraña de sonido en el aire. Ella camina hacia él con una mirada llena de intensidad queda, como si fuera consciente de las fuerzas invisibles y no identificadas del mundo, e intentara identificarlas y verlas en su cabeza.

AGRADECIMIENTOS

Este libro es una obra de ficción. Los personajes, hechos y organizaciones que aparecen en él son producto de la creación del autor y se utilizan de forma ficticia. Todo parecido con cualquier persona viva o muerta, y con cualquier organización o hecho pasado o presente es mera coincidencia.

La primera deuda de la que debo dejar constancia es con Canda McWilliam, de cuya perfecta novela *La tierra en litigio* tomé las palabras «Espíritu Ardiente». El fragmento entrecomillado de la página 36 está tomado de *The Temptation to Exist* de E. M. Cioran (The University of Chicago Press, 1968). El fragmento citado en la página 137 pertenece a *El último suspiro del moro* de Salman Rushdie (Plaza & Janés, 1995). La carta citada en la página 159 es de Walt Whitman, tomada de *Walt Whitman's Civil War*, editado por Walter Lowenfels (Da Capo Press, 1960). La cita que marca el final de sección de la página 270 es el reverso de una que se encuentra en *Mitti ki Kaan* de Afzal Ahmed Syed (Aaj Publications, Karachi, 2009). El original dice: «El amor *no* es una marca distintiva, algo que permite identificar un cadáver». (La cursiva es mía.) Las palabras entrecomilladas que aparecen al final del capítulo de la página 319 son de Simone Weil. Los versos que recuerda Mikal en la página 379 son de W.B. Yeats. Un libro que me resultó muy útil fue *The Interrogator's War* de Chris Mackey y Greg Miller (John Murray, 2004). Otro fue *Beslan* de Timothy Philips (Granta Books, 2008). Una primera versión del capítulo 16 apareció en *Granta 116: Ten Years*

Later. Me gustaría dejar constancia de mi agradecimiento a John Freeman y Ellah Allfrey por sus consejos y amabilidad.

Gracias a Lewis Burns. A la señora Shamin Akram. A Andrew Wylie, Sarah Chalfant y Charles Buchan. A Stephen Page, Lee Brackstone y Angus Cargill en Londres, y a Diana Coglianese y Sonny Mehta en Nueva York.

Nadeem Aslam nació en 1966 en Pakistán. Emigró a Inglaterra a los catorce años, cuando su padre escapó del régimen del presidente Zia. Su novela *Season of the Rainbirds* (1993), ambientada en el Pakistán rural, recibió el Premio Betty Trask y el Author's Club a la mejor primera novela, y fue finalista de los premios Whitbread a la Mejor Primera Novela y Memorial John Llewelyn Rhys del *Mail on Sunday*. En España también se han publicado sus novelas *La casa de los sentidos* y *Mapas para amantes perdidos*.

Título original: *The Blind Man's Garden*

Edición en formato digital: septiembre de 2013

© 2013, Nadeem Aslam

© 2013, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2013, Roberto Falcó Miramontes, por la traducción

© 2013, Cordon Press, por la imagen de la cubierta

Diseño de la cubierta: Nora Grosse / Random House Mondadori, S. A.

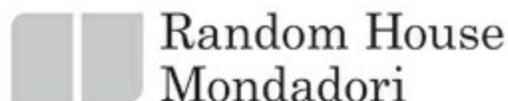
Imagen de la cubierta: © Doug Landreth / Corbis

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-2801-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com



Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre [Random House](#), división editorial de [Bertelsmann AG](#), la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y [Mondadori](#), editorial líder en libros y revistas en Italia.

Forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Caballo de Troya, Collins, Conecta, Debate, Debolsillo, Electa, Endebate, Fantasy, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Nube de Tinta, Plaza & Janés, Random, RHM Flash, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47–49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede Madrid:

Agustín de Betancourt, 19

28003 MADRID

España

Tel.: +34 91 535 81 90

Fax: +34 91 535 89 39

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en www.randomhousemondadori.com.

   Collins  conecta 

Grijalbo Lumen   

PLAZA  JANÉS   *Editorial Sudamericana*